



LA EXPERTA

TARA SUE ME

SUMISIÓN III





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Nathaniel West siempre ha vivido siguiendo unas reglas muy estrictas que espera que acate todo el mundo, y en especial las mujeres a las que domina en su dormitorio. Pero su última amante está derribando todos sus límites y alterando sus patrones de conducta. Abby King jamás imaginó que conseguiría apropiarse del corazón de Nathaniel West. Lo que empezó siendo un fin de semana de placer se ha convertido en un apasionado romance. Abby sabe que la única forma de ganarse su confianza es someterse plenamente a él y olvidar todas sus inhibiciones. Porque para conseguir que él abra las puertas a un camino de mayor intimidad, primero debe dejar que se adentre en su mundo hasta donde jamás había llegado nadie.

L  **LIBROS**

Tara Sue Me

La experta

Sumisión - 3

*Para Cyndy, Danielle y Kathy.
Esta historia no sería lo mismo sin vosotras.
Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.*

ABBY

Tardé más tiempo del habitual en recorrer el camino de vuelta a casa de Nathaniel. O quizá sólo fue una sensación mía. Tal vez sólo fueran los nervios.

Ladeé la cabeza con aire reflexivo.

Quizá no sólo fueran los nervios, tal vez fuera la expectativa.

Las expectativas que tenía después de tantas semanas de hablar, de esperar y de planificar... y por fin estábamos allí.

Por fin habíamos vuelto.

Me llevé la mano al cuello y toqué el collar, el collar de Nathaniel. Las yemas de mis dedos se desplazaron por su conocido contorno y se deslizaron por encima de los diamantes. Moví la cabeza de un lado a otro para volver a familiarizarme con la joya.

No tenía palabras para describir cómo me sentía volviendo a llevar el collar de Nathaniel. Como mucho podía comparar la situación con un rompecabezas al que por fin habíamos puesto la última pieza. Sí, era cierto que durante las últimas semanas Nathaniel y yo habíamos vivido como amantes, pero los dos nos sentíamos incompletos. Cuando me volvió a poner el collar y me reclamó de nuevo, yo encontré lo que me faltaba. Era extraño incluso para mí, pero por fin sentía que volvía a ser suya.

Por fin el coche llegó a su casa y recorrió el largo camino de la entrada. Vi luz en las ventanas. Nathaniel había programado el temporizador previendo que cuando yo llegara ya habría oscurecido. Su pequeño gesto me resultó muy conmovedor. Demostraba, como todo lo que hacía, lo presente que me tenía en todo momento.

Jugueteé con las llaves mientras caminaba hacia la puerta principal. Mis llaves. De su casa. Ya hacía una semana que me las había entregado. Yo no vivía con él, pero pasaba mucho tiempo allí. Me dijo que lo más lógico era que pudiera entrar con mis llaves y cerrar cuando me marchara.

Apolo, su golden retriever, corrió hacia mí cuando abrí la puerta. Le acaricié la cabeza y lo dejé salir unos minutos. No lo dejé pasear mucho tiempo, porque

no estaba segura de lo que tardaría Nathaniel en volver a casa y quería estar preparada cuando llegara. Quería que el fin de semana fuera perfecto.

—Quédate aquí —le dije a *Apolo* después de pararme un momento en la cocina para rellenarle el cuenco de agua. El perro obedecía todas las órdenes de Nathaniel, pero, por suerte, en esa ocasión también me hizo caso a mí. Normalmente me habría seguido escaleras arriba, y aquella noche sería muy extraño que él también estuviera en la habitación.

Salí rápidamente de la cocina en dirección a mi dormitorio. La habitación que ocuparía los fines de semana.

Me desnudé y dejé la ropa bien doblada a los pies de la cama doble. Ése era uno de los puntos en los que Nathaniel y yo nos habíamos puesto de acuerdo: yo dormiría con él las noches de domingo a jueves, siempre que estuviera en su casa, pero las noches de viernes a sábado dormiría en la habitación que reservaba para sus sumisas.

Ahora que teníamos una relación más tradicional durante la semana, los dos queríamos asegurarnos de que adoptábamos la actitud correcta durante los fines de semana. Y esa actitud sería más fácil de mantener si dormíamos separados. Era cierto que la nueva situación nos iría bien a ambos, pero quizá beneficiara un poco más a Nathaniel. Él no solía compartir la cama con sus sumisas y mantener una relación romántica con una era algo completamente nuevo para él.

Entré desnuda en el cuarto de juegos. Nathaniel me había mostrado la habitación el fin de semana anterior: me explicó cómo funcionaba todo, hablamos mucho y me enseñó cosas que yo no había visto nunca y otras de las que jamás había oído hablar.

En esencia, era una habitación sencilla: suelos de madera, pintura de un tono de marrón muy oscuro, muebles de cerezo, incluso había una enorme mesa de madera maciza. Sin embargo, las cadenas y los grilletes, el banco, la mesa de piel y el potro de madera desvelaban su verdadera naturaleza.

Bajo las cadenas colgantes me esperaba un único almohadón. Me dejé caer de rodillas sobre él y me coloqué en la postura que Nathaniel me explicó que debía adoptar siempre que lo esperara en el cuarto de juegos: el trasero sobre los talones, la espalda recta, la mano derecha sobre la izquierda apoyada en el regazo y sin cruzar los dedos y la cabeza agachada.

Adopté la postura y esperé.

El tiempo fue pasando.

Por fin lo oí entrar por la puerta principal.

—*Apolo* —dijo y aunque yo sabía que decía el nombre del perro en voz alta para dejarlo salir otra vez, otro de los motivos era alertarme de quién era la persona que había entrado en la casa y darme tiempo a que me preparara. Quizá también lo hiciera pensando que oiría posibles pasos en el piso de arriba. Los pasos que le dirían que yo no estaba preparada para su llegada. Me sentí

orgullosa de saber que Nathaniel no oiría nada.

Cerré los ojos. Ya no tardaría mucho. Imaginé lo que estaría haciendo: dejar salir a *Apolo*, quizá le estuviera dando de comer. ¿Se desnudaría en el piso de abajo? ¿Lo haría en su dormitorio? ¿O entraría en el cuarto de juegos con el traje y la corbata puestos?

Me dije que no importaba. Cualquier cosa que hubiera planeado sería perfecta.

Agucé el oído. Estaba subiendo la escalera. Solo. El perro no lo seguía.

En cuanto entró, sentí cómo cambiaba la atmósfera de la habitación. El aire se cargó de electricidad y el aire entre nosotros parecía zumbar. En ese momento comprendí que le pertenecía. Sí. Estaba en lo cierto al haberlo asumido. Pero había algo más, algo más importante y es que quizá él también me perteneciera a mí.

Se me aceleró el corazón.

—Muy bien, Abigail —dijo y se puso delante de mí.

Iba descalzo y vi que se había quitado el traje para ponerse unos vaqueros negros.

Volví a cerrar los ojos. Aclaré mi mente. Me concentré. Me obligué a permanecer inmóvil bajo su escrutinio.

Se dirigió a la mesa y oí cómo abría un cajón. Durante un segundo intenté recordar todo lo que había en los cajones, pero me contuve y me obligué de nuevo a relajar la mente.

Volvió y se colocó a mi lado. Un objeto de piel bastante firme se deslizó por mi espalda.

La fusta.

—Tu postura es perfecta —observó, mientras deslizaba el artilugio por mi espalda—. Espero encontrarte así siempre que entre en esta habitación.

Me sentí aliviada al saber que mi postura lo satisfacía. Aquella noche tenía muchas ganas de complacerlo. De demostrarle que estaba lista para aquello. Que estábamos preparados. Nathaniel se había mostrado muy preocupado al respecto.

Aunque, por supuesto, en ese momento no se podía adivinar en él ni un ápice de duda o preocupación, ni en su voz, ni en su actitud. Su conducta en el cuarto de juegos era de control y confianza absoluta.

Deslizó la fusta por mi estómago y luego la volvió a subir. Me estaba provocando.

Maldita fuera. Me encantaba la fusta.

A pesar de las ganas que tenía de verle la cara, mantuve la cabeza gacha. Quería mirarlo a los ojos, pero sabía que el mejor regalo que podía hacerle era demostrarle mi más absoluta confianza y obediencia, así que permanecí con la vista en el suelo.

—Levántate.

Me puse de pie muy despacio, sabiendo que estaba exactamente debajo de las cadenas. Normalmente él las tenía recogidas, pero aquella noche las había dejado colgando.

—De la noche del viernes al domingo por la tarde tu cuerpo es mío —aseveró—. Tal como acordamos, la mesa de la cocina y la biblioteca siguen siendo tuyas. Ahí y sólo ahí serás libre para decir lo que piensas. Pero con respeto, claro.

Sus manos se deslizaron por mis hombros y luego siguieron por mis brazos. Una de sus manos resbaló por entre mis pechos y siguió hasta donde estaba húmeda y dolorida.

—Esto —dijo acariciando mis labios exteriores—, es tu responsabilidad. Quiero que te lo depiles entero tan a menudo como sea posible. Si decido que has descuidado esa responsabilidad, serás castigada.

Y en eso también nos habíamos puesto de acuerdo.

—También es responsabilidad tuya asegurarte de que la esteticista hace bien su trabajo. No admitiré ninguna excusa. ¿Está claro?

Yo no dije nada.

—Puedes contestar —me indicó y percibí una sonrisa en su voz.

—Sí, Amo.

Insertó un dedo por entre mis pliegues y noté su aliento en mi oreja.

—Me gustas bien depilada. —Su dedo giró sobre mi clitoris—. Húmeda y suave. No quiero que haya nada entre tu coño y lo que sea que decida hacer con él.

« Joder » .

Entonces se puso detrás de mí y me agarró del culo.

—¿Has estado usando el tapón?

Esperé.

—Puedes contestar.

—Sí, Amo.

Sus dedos regresaron a la parte frontal de mi cuerpo y yo me mordí la cara interior de la mejilla para evitar gemir.

—No te lo volveré a preguntar —me advirtió—. De ahora en adelante es responsabilidad tuya preparar tu cuerpo para aceptar mi polla de cualquier forma en que yo decida compartirla contigo. —Dejó resbalar el dedo por mi oreja—. Si quiero follarme tu oreja, espero que tu oreja esté preparada. —Me metió el dedo en la oreja y tiró—. ¿Lo entiendes? Contéstame.

—Sí, Amo.

Me levantó los brazos por encima de la cabeza y luego me sujetó primero una muñeca y luego la otra a los grilletes.

—¿Recuerdas esto? —preguntó, haciéndome cosquillas en la oreja con su

cálido aliento—. ¿Te acuerdas de nuestro primer fin de semana?

De nuevo permanecí sin decir nada.

—Muy bien, Abigail —dijo—. Sólo para que no haya malentendidos, durante el resto de la noche, o hasta que te diga lo contrario, no quiero que hables ni digas nada. Sólo hay dos excepciones, la primera es que puedes usar tus palabras de seguridad. Deberás decir las cuando sientas que necesitas hacerlo. Debes saber que el hecho de que utilices tus palabras de seguridad no tendrá repercusiones ni consecuencias. Y la segunda es que cada vez que te pregunte si estás bien, quiero recibir una respuesta inmediata y sincera.

Por supuesto no esperaba ninguna respuesta. Tampoco iba a dársela. Sin previo aviso, sus manos se volvieron a deslizar hasta ese lugar donde me moría por él. Como tenía la cabeza gacha, vi cómo insertaba un dedo en mi interior y me mordí la mejilla para evitar gemir.

Dios, qué bien me sentía cuando me tocaba.

—Qué húmeda estás. —Se internó un poco más y giró la muñeca. Joder—. Normalmente me deleitaría yo solo con tu sabor, pero esta noche me siento generoso.

Me sacó el dedo y tuve una inmediata sensación de vacío, pero antes de que pudiera pensar en ello, noté cómo ese dedo resbaladizo se metía en mi boca.

—Abre la boca, Abigail, y saborea lo preparada que estás para mí.

Nathaniel deslizó el dedo por mis labios separados antes de metérmelo en la boca.

Ya había probado mi sabor en alguna ocasión, por curiosidad, pero nunca lo había hecho con tanta cantidad y jamás lo había lamido en el dedo de Nathaniel. Me sentía depravada y salvaje.

Joder, me excitó mucho.

—Date cuenta de lo dulce que eres —dijo, mientras yo le lamía el dedo.

Se lo chupé como si fuera su polla, deslizando la lengua por su longitud y succionándolo con suavidad. Lo deseaba. Lo deseaba dentro de mí. Lo chupé con más fuerza, imaginando que tenía su polla en la boca.

«No te correrás hasta que yo te dé permiso y seré muy poco generoso».

Las palabras que me dijo cuando estábamos en su despacho regresaron a mi mente y reprimí un gemido antes de que escapara de entre mis labios. Iba a ser una noche muy larga.

—He cambiado de opinión —dijo, cuando acabé de lamerle el dedo—. Si que quiero probarlo.

Entonces pegó los labios a los míos y me obligó a abrir la boca. Sus labios eran brutales, poderosos, exigentes; su única misión era beber de mi sabor.

Joder, si Nathaniel seguía por ese camino me iba a dar un ataque.

Se retiró y me levantó la barbilla.

—Mírame.

Lo miré a los ojos por primera vez desde que había entrado en la habitación: firmes y verdes. Se pasó la lengua por los labios y sonrió.

—Cada vez estás más dulce.

Me obligué a seguir mirándolo a los ojos a pesar de las ganas que tenía de dejar resbalar la vista por su pecho y su cuerpo perfecto. Pero no era yo quien debía decidir si podía disfrutar de eso, así que seguí sosteniéndole la mirada.

Él rompió la conexión: se dio media vuelta y se dirigió a la mesa. Se metió algo en el bolsillo y agaché la cabeza antes de que se volviera hacia mí.

Dio cinco pasos hasta donde yo estaba y entonces todo se tornó oscuro.

—A mi absoluta merced —dijo, con una voz tan suave como la seda del pañuelo que me cubría los ojos.

Me acarició los pechos. Sus largos dedos se apoderaron de mis pezones y los hizo rodar, tiró de ellos y me los retorció.

« Joder » .

—Había pensado utilizar las pinzas esta noche —me explicó, dándome un capirotazo en la punta de un pezón.

« Jodeeeeer » .

Ya habíamos hablado de las pinzas, pero no las había utilizado aún. Noté cómo me crecía una pequeña burbuja de expectativa en el estómago. Nathaniel me había prometido que me gustarían mucho y que el breve dolor que sentiría merecería la pena cuando experimentara el placer que me provocarían.

—Lo había pensado —prosiguió—, pero me he decidido por otra cosa.

Noté cómo deslizaba algo de metal por mi pecho. Parecía un cortador de pizza, algo dentado. Lo deslizó alrededor de uno de mis pechos y luego hizo lo mismo con el otro. La sensación fue increíble. No se acercó a ninguno de mis pezones. Sólo fue aproximando la rueda cada vez más hasta que la apartó. Entonces los artilugios fueron dos, ambos se movían exactamente de la misma forma. Me provocaba con ellos, pero sin llegar nunca a donde yo más necesitaba el contacto. Cada vez los acercaba y luego los volvía a alejar. La siguiente vez se acercaron incluso más y sentí que, si no me tocaba pronto, entraría en combustión espontánea.

Y entonces lo hizo y las ruedas pasaron por encima de mis pezones: justo donde necesitaba sentir más alivio. Me gustó tanto que olvidé dónde estaba y lo que estaba haciendo y gemí de placer.

—Ahhh.

Nathaniel se retiró inmediatamente.

—Maldita sea, Abigail —exclamó, quitándose el pañuelo de los ojos—. Lo has hecho dos veces en menos de dos horas. Ahora y antes en mi despacho. —Me tiró tan fuerte del pelo que no tuve más remedio que mirarlo a los ojos—. Estoy empezando a pensar que no quieres nada de esto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Yo quería hacerlo todo perfecto ese fin

de semana. Y, sin embargo, ya la había fastidiado dos veces: una vez en su despacho y otra vez en su cuarto de juegos. Pero lo peor, lo peor de todo, era saber que había decepcionado a Nathaniel.

Me quería disculpar. Quería decirle que lo sentía y que podía hacerlo mejor. Pero me había dicho que no hablara y lo mejor que podía hacer era obedecer sus órdenes.

—A ver —continuó, mirándome a los ojos—. ¿Cuál era el castigo por desobedecer durante una escena?

Él conocía el castigo tan bien como yo. Probablemente mejor. Sólo lo estaba alargando para hacerme sudar.

—Ah, sí —dijo, como si acabara de recordarlo—. El número de azotes por desobedecer durante una escena es decisión del Dominante.

«Decisión del Dominante. Joder» .

¿Qué decidiría?

—Podría azotarte veinte veces. —Me pasó las manos por el trasero—. Pero eso arruinaría el resto de la noche y no creo que ninguno de los dos quiera eso.

Dios, no. No me iba a azotar veinte veces, ¿verdad?

Bajé la vista y me esforcé todo lo que pude por no mirar el potro.

—Pero ya te he azotado tres veces en mi despacho —reflexionó— y es evidente que no ha servido de nada.

El corazón me latía con fuerza. Estaba convencida de que Nathaniel podía oírlo.

—Ocho —sentenció poco después—. Repetiré los tres azotes anteriores y añadiré cinco más. —Se acercó a mí y susurró—: La próxima vez sumaré cinco más y te azotaré un total de trece veces. Después serán dieciocho. —Me estiró del pelo—. Créeme, no querrás que te azote dieciocho veces.

Cielos, no, no quería dieciocho azotes. Ni siquiera quería recibir los ocho que me iba a dar.

Me soltó las muñecas. La lata de bálsamo se quedó en la mesa, ignorada. De momento no me iba a hacer friegas para aliviar el dolor.

—Al potro, Abigail.

«Joder.

» Joder. Joder. Joder. Joder» .

Mientras me acercaba al potro, me dije que podía hacerlo. Los dos podíamos hacerlo. Aquello no tenía nada que ver con lo que había ocurrido la última vez. Él ya me había explicado que entonces cometió un error con el descuido que mostró después de castigarme. Y además esa noche sólo me daría ocho azotes.

Estaba decidida a asegurarme de que no habría ninguno más.

Pero por muy terrible que fuera el recuerdo de la última vez, no fue la amenaza del dolor lo que ralentizó mis pasos, sino lo decepcionada que me sentía conmigo misma. Por haberlo desobedecido, pero, sobre todo, al pensar que

habían sido mis actos los que lo habían obligado a castigarme el primer fin de semana que volvíamos a jugar. Durante la primera hora de nuestro primer fin de semana.

Me apoyé boca abajo en la suave hendidura del potro. Quería que aquello acabara cuanto antes para que pudiéramos centrarnos en actividades más placenteras.

Nathaniel no me hizo esperar. Empezó a azotarme con la mano casi inmediatamente después de que me colocara en posición.

« Calentamiento» .

Me fue golpeando el trasero con rápidos azotes a los que imprimió más fuerza que a los azotes eróticos.

—Me decepciona mucho tener que estar haciendo esto tan pronto —dijo.

Sí, eso era lo que más me dolía.

—Te he pedido que contaras los azotes que te he dado en mi despacho. — Cogió algo que había junto al potro—. Pero como te he dicho que no hables, tendré que ser yo quien los cuente esta vez.

El mordisco de la correa de piel se hizo notar en mi trasero.

—Uno —pronunció con voz fuerte y firme.

Volví a notar el impacto.

—Dos.

« Ay» .

Cuando me azotó por quinta vez, ya tenía las mejillas cubiertas de silenciosas lágrimas. Me mordí el labio inferior para evitar quejarme.

—Tres más —susurró, acariciándome la zona en la que me había azotado—. Seis —dijo tras el siguiente azote.

Me di cuenta de que no me estaba pegando con demasiada fuerza.

Dos más. Sólo dos más y podríamos seguir adelante.

—Siete.

Y por fin:

—Ocho.

Oí su respiración pesada detrás de mí y parpadeé con fuerza para apartar las lágrimas de mis ojos. Nathaniel dejó la correa y pude oír sus pasos alejándose.

Poco después, volví a notar sus manos frotándome algo frío y húmedo en el trasero.

—¿Estás bien? —preguntó.

Yo dejé escapar un tembloroso suspiro de alivio.

—Sí, Amo.

Siguió acariciándome mientras hablaba.

—Ya hemos hablado de esto. Odio tener que castigarte, pero no puedo pasar por alto la desobediencia. Ya lo sabes.

Sí que lo sabía. Y en adelante me esforzaría más.

Se colocó junto al potro y se inclinó hasta que su rostro quedó frente al mío. Luego me besó una mejilla muy despacio y después la otra. Cuando sus labios se acercaron a mi boca, se me aceleró el corazón. Y entonces me besó: un beso lento, suave y largo.

Suspiré.

Se retiró y en sus ojos vi un brillo travieso.

—Ven aquí, preciosa. —Me tendió la mano para ayudarme a levantarme—. Quiero perderme en el sabor de tu dulce sexo.

NATHANIEL

Me dio la mano y yo se la estreché antes de soltarla. No se tambaleó al bajar del potro en dirección a la mesa.

—Párrafo dos —dije.

Ya había pensado que quizá tuviera que castigarla ese fin de semana, el primer fin de semana que volvíamos a nuestros respectivos papeles. Habíamos pasado las últimas semanas como amantes y, a pesar de que ambos disfrutábamos mucho de nuestra relación, no podíamos ignorar que nos faltaba algo. Y, sin embargo, ese fin de semana tan esencial también sería el más complicado.

Castigarla jamás se convertiría en mi actividad favorita, pero me sentía aliviado. Por fin sabía que podía hacerlo. Nunca había dudado de que Abigail podría soportarlo.

Mientras la observaba, noté cómo poco a poco iba entrando en el estado anímico adecuado. Hacía varios meses que no hacía aquello y me sorprendió descubrir lo cómodo que me sentía al recuperar mi posición. Como siempre, ella tenía razón: ya estábamos preparados.

Me volví a centrar en Abigail. Estaba tumbada boca arriba sobre la mesa, con los brazos a ambos lados del cuerpo y las rodillas flexionadas y separadas. Una representación exacta del párrafo dos.

—Me complace mucho que lo recuerdes —confesé.

Ella no se movió ni dio ninguna señal de haber oído lo que le había dicho, pero yo sabía que mi elogio la animaría.

Deslicé la vista por su cuerpo. Observé sus largas extremidades y la confianza con que se me ofrecía. Pura perfección.

Posé las manos en sus caderas, se las subí por el torso, seguí por sus brazos, le cogí las manos y se las coloqué por encima de la cabeza. Nuestros ojos se encontraron un momento.

—Cierra los ojos —le ordené.

Le flexioné los codos y la até a la mesa. Deslicé los dedos por su estómago y sus caderas con cuidado de no rozarle el trasero y le até los tobillos a la mesa. Se

le puso la carne de gallina. Cuando acabé, di un paso atrás.

« Joder » .

Las sensaciones que me provocaba el mero hecho de mirarla eran increíbles.

—Date un minuto para sentir, Abigail —dije—. Siente lo expuesta que estás. —Al oír mis palabras se le endurecieron los pezones. Excelente—. Lo vulnerable que eres.

Dejé que lo asimilara; y yo era muy consciente de lo indefensa que se debía de estar sintiendo en aquella postura.

—Puedo hacerte todo lo que quiera —añadí sin tocarla. Dejé que fueran mis palabras las que la acariciaran y la excitaran—. Y tengo la intención de hacerte muchas cosas.

Cogí un almohadón y se lo puse debajo de las nalgas. Aún las debía de tener doloridas, y, por otra parte, esa postura me daba mejor acceso a su sexo. Por un momento pensé recordarle que no se podía correr hasta que yo le diera permiso, pero luego decidí no hacerlo. Tenía que aprender. Estaba seguro de que lo recordaría y, si no era así, formaría parte de su entrenamiento. Aunque también sabía que trece azotes sumados a los ocho que ya le había dado acabarían por completo con el juego.

—Estás preciosa —murmuré.

Empecé por su cuello y fui bajando. Deslicé las manos por los delicados huesos de sus hombros y reseguí con los pulgares los contornos del collar cuando me detuve junto al hueco de su garganta. Pasé algunos minutos acariciándole el cuerpo con suavidad, mientras dejaba que se acostumbrara a su cautivo e indefenso estado. Dándole tiempo para que se concentrara en mí y en mis caricias. Poco a poco, éstas se fueron haciendo más ásperas, pero ella guardó silencio.

Me coloqué entre sus piernas y deslicé un dedo entre sus húmedos pliegues. Ella se sobresaltó un poco, pero permaneció quieta y en silencio.

—Mmmmm —susurré, posando el pulgar sobre su clitoris, al tiempo que insertaba un poco el dedo anular—. Veo que te excita estar a mi merced, ¿verdad, chica traviesa? —La penetré un poco más—. Te excita estar atada. —La acaricié con el pulgar—. ¿Qué es lo que tanto te gusta, saber que me perteneces o saber que te haré todo lo que quiera? —Deslicé un segundo dedo en el interior de su sexo—. ¿O quizá sean ambas cosas? —le pregunté con un susurro.

Yo sabía que eran las dos cosas. Sin ninguna duda.

Saqué los dedos y bajé la cabeza para besar con ternura su piel desnuda. Se estremeció debajo de mí. Luego le separé los pliegues con suavidad para deslizar la lengua por su abertura. Ella se volvió a estremecer, pero siguió en silencio. La lamí y disfruté de su dulce sabor, percibiendo su ligero estremecimiento, mientras ella se esforzaba por seguir inmóvil y en silencio. Interné un poco más la lengua y arrastré la punta hasta su clitoris, para acabar con un pequeño giro.

La siguiente vez utilicé también los dientes y la rocé sólo un poco.

Le acaricié muy levemente los muslos mientras la chupaba y la mordisqueaba. Luego me pegué a ella para morderla con más fuerza, alargando su placer y llevándola peligrosamente cerca del límite.

Me di cuenta del momento exacto en que tuvo que empezar a esforzarse para contener el clímax: se le entrecortó la respiración y le empezaron a temblar las piernas. Soplé y provoqué una larga y continua corriente de aire caliente sobre su hinchado clitoris. Abigail se puso tensa: seguía manteniendo a raya la necesidad de liberación.

Yo no quería que fracasara en su esfuerzo y sabía que si volvía a tocar su sensible sexo sería incapaz de contenerse, así que me retiré acariciándola desde los muslos hasta las pantorrillas. La alejé del precipicio. La bajé de las alturas.

Ella suspiró con fuerza y se le relajó todo el cuerpo.

—Lo has hecho muy bien, Abigail —dije—. Estoy muy contento.

Esbozó una leve sonrisa.

«Eso es, preciosa. Busca la felicidad en mi placer».

Ya llevaba atada en esa postura demasiado rato, así que la desaté. Primero los brazos. Empecé por las muñecas y fui bajando las manos hasta sus hombros. Se los acaricié para aliviar la tensión y cuando acabé se los coloqué a ambos lados del cuerpo. Luego bajé hasta sus piernas e hice lo mismo con la mitad inferior de su cuerpo: le desaté los tobillos y le masajé las pantorrillas con ternura. Cuando acabé, le separé las piernas y las dejé colgar por el borde de la mesa.

Me alejé para dirigirme al armario que había en el otro extremo de la habitación. Abrí una puerta, me metí un vibrador en el bolsillo y cogí el látigo de tiras de piel de conejo. Volví a la mesa escuchando los pasos de mis pies desnudos sobre el suelo. Les imprimí más fuerza de la habitual para que ella me oyera y supiera dónde estaba en todo momento.

Seguía con los ojos cerrados.

«Excelente».

—Adivina lo que tengo —dije, a pesar de saber que no contestaría. Su cuerpo seguía relajado. Entonces deslicé las tiras del látigo por el pecho—. Un látigo. —Hice serpentear las puntas por su cuerpo hasta que le hicieron cosquillas en el estómago—. Dime, Abigail, ¿te gustaría que te azotara con el látigo?

Se le entrecortó la respiración.

—Quizá esté siendo un poco desconsiderado —continué—. Tal vez no debería haberte ordenado permanecer en silencio mientras utilizo un juguete nuevo. —Le rocé el vientre con las puntas del látigo—. Pero tú harás lo que yo te diga, ¿verdad? —pregunté—. Tú harás cualquier cosa que yo te pida.

Ése era el estado al que tenía que llevarla, debía conseguir que me confiara su cuerpo por completo, que me diera todo lo que podía ofrecer y un poco más. Pero aún no había llegado a ese punto. Quizá ella creyera que sí, pero yo sabía

muy bien que eso llevaría su tiempo.

Me volví a tomar mi tiempo y fui trabajando su cuerpo muy despacio. Utilicé el látigo no sólo para darle placer, también para recordarle que yo controlaba perfectamente la situación. Pensaba utilizarla, sí, pero nunca le haría daño. Le demostraría que podía confiar en mí y que conmigo estaba a salvo.

Cambié de postura y el látigo aterrizó en su pecho, primero de un lado y luego del otro, y las puntas rozaron sus sensibles pezones. Arrastré las suaves tiras por su cuerpo y fui aumentando la velocidad gradualmente. La piel de conejo era suave. Había planeado utilizar el látigo de ante, pero eso fue antes del castigo. Quería ir despacio con ella, tratarla con suavidad, y temía que el de ante fuera demasiado después de los azotes.

Me pasé el látigo a la mano izquierda y deslicé los dedos de la derecha entre sus piernas, le rocé el clitoris con suavidad y luego me interné ligeramente en su evidente humedad.

« Perfecto » .

Volví a coger el látigo con la mano derecha y le azoté un muslo. Las puntas rozaron su abertura. Luego posé la mano sobre su sexo para volver a acariciarla.

—¿Te hace cosquillas, Abigail? —le pregunté—. ¿Sientes la suficiente fricción como para darte placer, pero no la bastante como para que resulte liberadora?

Seguí azotándola unos minutos más, sin dejar de cambiar de postura y de alternar las zonas en las que aterrizaban las puntas del látigo. Cuando se empezó a poner demasiado tensa, me di cuenta enseguida.

—Relájate, Abigail —le dije, rozándole el estómago con la piel—. Esta noche no utilizaré nada más fuerte y, si no, te lo diría antes de hacerlo.

Ella suspiró y la tensión abandonó su cuerpo.

—Eso es —la animé, haciendo impactar el látigo sobre su pecho una vez más—. Tú límitate a sentir. —Arrastré las tiras por su cuerpo y le golpeé el clitoris con ellas.

—Confía en mí.

Entonces me saqué el vibrador del bolsillo y lo puse en marcha para dejar que lo oyera antes de sentirlo.

—¿Puedes aguantar un poco más? —le pregunté, sabiendo que sí podía.

Seguí azotándola con el látigo en una mano y utilicé la otra para penetrarla lentamente con el vibrador. Sabía que si lo hacía con demasiada fuerza y muy deprisa le provocaría el orgasmo, así que fui despacio para dejar que se fuera acostumbrando a la vibración.

Noté cómo se me ponía la polla dura dentro de los vaqueros, pero reprimí mis necesidades y deseos y me obligué a concentrarme en Abigail. Aquella noche era para ella. Debía conseguir que se acostumbrara a nuestro nuevo acuerdo y esforzarme por recuperar su confianza. Tenía que enseñarle que existía una nueva clase de control, uno que aún no habíamos forzado demasiado hasta

entonces.

Fui moviendo el vibrador dentro y fuera de su cuerpo con lentitud, mientras seguía provocándola con el látigo. Las tiras de piel aterrizaban sobre sus pechos al mismo tiempo que internaba el vibrador profundamente. Adopté un ritmo y luego lo varié un poco para mantenerla en suspense.

Cuando empecé a notar que se esforzaba de nuevo por mantener el orgasmo a raya, saqué el vibrador y lo dejé encima de la mesa junto al látigo. Luego me puse a su lado y le acaricié la cara.

—Abre los ojos, preciosa.

Ella parpadeó varias veces antes de conseguir enfocarme bien.

La confianza y el amor que vi en su mirada casi me dejaron sin aliento, pero conseguí controlarme.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, Amo —susurró.

Me incliné y le rocé los labios con los míos.

—Lo estás haciendo muy bien —dije contra ellos, antes de retirarme—. No hace falta que cierres más los ojos.

Me desabroché los vaqueros. Estaba lo bastante cerca como para que ella pudiera oírlo, pero fuera de su visión directa, para que no pudiera verme. Me bajé los vaqueros y cuando liberé mi erección, tragué saliva con fuerza.

« Joder ».

No estaba muy seguro de cuánto podría aguantar. Me quedé quieto durante algunos minutos, decidiendo cómo proceder y, sin darme cuenta, me acaricié la polla unas cuantas veces.

Saqué los pies de los vaqueros y me acerqué a la mesa. Abigail estaba inmóvil; parpadeaba de vez en cuando y respiraba pausadamente. Paseé la vista por su cuerpo, desde sus durísimos pezones hasta la suave piel de su vientre que podía saborear con la memoria: en ese momento ya tendría un ligero sabor salado. Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre la mesa y hundirme en ella.

Pero no podía esperar que aprendiera a controlarse si no era capaz de demostrarle que yo también podía hacerlo.

Le retorcí un pezón.

—Creo que mañana usaremos las pinzas —dije, estrujándole el otro pezón con fuerza. Ella inspiró hondo—. Pero de momento quiero que te pongas a cuatro patas y me ofrezcas ese precioso culito.

Abigail se empezó a mover enseguida; primero se puso de lado y luego se apoyó en las manos y las rodillas.

—Separa bien los brazos y las piernas —le indiqué.

Cuando estuvo en posición, yo di un paso atrás y bajé lentamente la mesa. Era una mesa acolchada, hecha por encargo, y disponía de un mecanismo

automático para subirla y bajarla. Cuando la tuve a la altura que quería, me puse detrás de ella.

—Agáchate hasta que yo te diga.

Abigail empezó a hacerlo hasta que le puse una mano en el trasero.

—Así está bien —dije.

Le pasé las manos por las nalgas.

—¿Qué te parece? —le pregunté—. ¿Ya te he atormentado lo suficiente? —Apreté las caderas contra su trasero para que pudiera sentirme—. ¿Debería dejar que disfrutaras de mi polla?

Ella dejó caer la parte superior del cuerpo hasta apoyar todo el peso en los codos y esperó.

—Hum —murmuré, disfrutando de la visión de su cuerpo abierto y esperándome. Abierto y preparado. Le di un suave azote. Para entonces, el dolor del castigo ya habría desaparecido un poco y el golpe sólo sirvió para excitarla más.

Apoyé las manos a ambos lados de sus caderas y la penetré muy despacio.

« Joder » .

Aquella mañana ya lo habíamos hecho en la ducha. Lo habíamos hecho dos veces más la noche anterior. ¿Por qué me gustaba tanto cada vez? Eché la cabeza hacia atrás y me interné más profundamente.

Tan bien. Tan perfecto.

« Concéntrate » .

Me retiré un poco y le froté el clitoris con la yema de los dedos.

—Esta noche te has portado tan bien que puede que deje que te corras. —Me retiré un poco más—. O quizá te haga esperar hasta mañana.

Y después de decir eso, adopté un ritmo lento y provocador. Me retiraba casi por completo. Esperaba durante lo que parecía una cantidad de tiempo desproporcionada y luego me volvía a abrir paso hacia su interior.

Reduje un poco más el ritmo. Disfruté de la sensación de estar dentro de ella. Me aseguré de que sentía cada centímetro de mi longitud. Sentía cómo se dilataba a mi paso.

Y luego, poco después, empecé a moverme más deprisa. Pero sólo un poco. Con cada nueva embestida deslizaba la yema del dedo alrededor de su clitoris, evitando el contacto directo a propósito.

—Muévete conmigo —le ordené.

Cuando la volví a embestir, ella empujó hacia atrás y me absorbió hacia adentro.

« Sí » .

Me esforcé por mantener un ritmo constante. Mientras me movía en su interior le acariciaba los pechos, que encajaban en mis manos a la perfección. Le pellizqué ambos pezones, imaginando las pinzas que le pondría al día siguiente

y Abigail echó la cabeza hacia atrás presa del éxtasis, mientras yo la llevaba de nuevo al límite del placer.

Le di un capirotazo en un pezón y luego hice rodar la dura punta entre los dedos. Ella se dejó caer contra mí con más fuerza y me demostró cómo se sentía sin necesidad de palabras o sonidos. Le deslicé las manos por los costados y noté cómo se le entrecortaba la respiración. Cada vez le costaba más aguantar. Ninguno de los dos podría resistir mucho más.

Aumenté el ritmo y la embestí con fuerza y constancia. Su respiración era cada vez más pesada.

—Me encanta estar dentro de ti —dije, apretándole las caderas en un vano esfuerzo por acercarme más a ella y conseguir más profundidad—. Me encanta sentir cómo te dilatas. —Jadeaba al tiempo que empezaba a moverme más deprisa—. Cómo me aceptas. —Balanceé las caderas y me interné aún más—. Joder.

Mis palabras se convirtieron en gruñidos y ya no estaba seguro de lo que había dicho. El mundo desapareció. El tiempo aminoró. Sólo existíamos nosotros dos.

Abigail se estremeció debajo de mí.

—¿Qué me dices? ¿Dejo que te corras? —la provoqué. Su única respuesta fue un nuevo empujón contra mí—. ¿O debería ser cruel? —Callé un segundo mientras ella me absorbía más profundamente—. ¿Debería hacerte esperar hasta mañana y dejarte sufrir toda la noche?

Comencé a moverme a más velocidad, con largas y duras embestidas. Abigail se quedó quieta; tenía el cuerpo tenso y tirante de lo mucho que se estaba esforzando por contener el orgasmo. A mí me dolían los testículos; necesitaba dejarme ir.

Me incliné sobre su espalda y susurré:

—Córrete con fuerza para mí, nena. —Volví a deslizar el dedo alrededor de su clitoris y mi voz sonó incluso más grave—. Quiero oírte.

Le rocé el clitoris con la punta del dedo.

Su grito resonó en el silencio de la habitación.

« Joder » .

La embestí de nuevo.

—¡Madre mía! —gritó, mientras su cuerpo se contraía a mi alrededor.

Su orgasmo arrastró el mío y me corrí con tanta fuerza como ella.

Estaba completamente agotada y al acabar cayó flácida sobre la mesa. Yo me incliné, me apoyé en los codos y empecé a darle suaves besos en la parte inferior de la espalda, mientras me esforzaba por volver a respirar con normalidad. Ella no se movió.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—S-sí. —Inspiró hondo—. Amo.

Subí la boca por su cuerpo, acariciándola y besándola mientras avanzaba, acercándome más antes de salir de ella.

—Siéntate cuando estés preparada —le indiqué—. Puedes hablar con libertad.

Abigail se quedó quieta unos minutos más y yo me tomé mi tiempo para masajearle los músculos y mordisquear y rozar su piel con los labios muy suavemente.

—Lo has hecho muy bien —repetí contra su nuca—. Estoy muy contento.

Se dio media vuelta con una leve sonrisa de orgullo en los labios y no pude evitar besarla con dulzura. «¿Por qué se me ocurrió en algún momento que no besarla era una buena idea?»

—Tómate tu tiempo —dije—. Date una ducha, bebe un poco de agua o lo que te apetezca; luego reúnete conmigo en la biblioteca más o menos en treinta minutos.

ABBY

Sin rastro de duda, y sin siquiera tener que pensarlo, había sido el orgasmo más alucinante de toda mi vida. De alguna forma, eso de no poder hablar o siquiera gemir y tener que esperar a que él me diera permiso lo hizo todo mucho más intenso. Luego, cuando salí del cuarto de juegos, recordé su ronco susurro: «Córrete con fuerza para mí, nena. Quiero oírte». Casi me vuelvo a correr.

«Nena».

Me estremecí sólo de pensarlo.

Lo primero que vi cuando entré en mi habitación fue el cubo de hielo que había sobre la cómoda. Por curioso que pueda parecer, lo cierto es que hasta que no vi la botella de agua dentro del cubo no me di cuenta de lo sedienta que estaba. Pero evidentemente, Nathaniel sí había pensado en ello. Él siempre pensaba en todo.

Me bebí la mitad de la botella antes de advertir un delicado camisón que había a los pies de la cama. Sonreí. Nathaniel había estado muy ocupado preparándolo todo antes de entrar en el cuarto de juegos. Dejé la botella de agua y cogí la prenda. Era de un suave tono verde, ni demasiado sexy ni tampoco muy sugerente. Cuando me lo pusiera me sentiría como una reina.

Como disponía de tiempo antes de tener que bajar a la biblioteca, me di una ducha rápida y dejé que el agua caliente se deslizara por mi piel todavía sensible. Cuando me puse el camisón aún tuve una sorpresa más: el frío satén resbaló por mi piel caliente intensificando el ligero hormigueo que nuestro encuentro sexual había dejado en mi piel. Era como si pudiera seguir sintiendo las caricias de mi Amo incluso desde el otro extremo de la casa.

Me detuve en la puerta de la habitación.

«Mi Amo».

Era la primera vez que pensaba en él de ese modo en lugar de como «Nathaniel». No me recreé mucho en ese pensamiento. Corrí escaleras abajo; estaba ansiosa por volver a estar con él.

Nathaniel me esperaba ya en la biblioteca, de pie junto a la mesa de los decantadores. Cuando llegué a la puerta se me quedó mirando.

—Te queda muy bien ese camisón, Abigail —dijo.

«Abigail». Entonces recordé que, aunque estuviéramos en mi biblioteca, seguía siendo fin de semana, yo seguía llevando su collar y tenía que actuar en consecuencia.

Él llevaba unos pantalones de color tostado con cordón en la cintura y tampoco estaba nada mal. Bajé la vista.

—Gracias, Señor.

—Mirame cuando estemos aquí —dijo.

Yo levanté la cabeza y lo miré a los ojos. En ellos brillaba una palpable emoción.

—Recuerda que éste es tu espacio —añadió con suavidad.

—Sí, Señor —contesté. La semana anterior me había dicho que podía llamarlo «Señor» cuando estuviera en la biblioteca o sentada a la mesa de la cocina. Pero que esperaba que lo llamara «Amo» cuando estuviera en cualquier otro lugar de la casa, siempre que fuera durante el fin de semana.

—¿Cómo te sientes? —preguntó y entonces se apresuró a añadir—: Con el camisón, me refiero.

—Es divino.

Balanceé las caderas y el satén me volvió a rozar la espalda.

Él sonrió como si supiera exactamente lo que sentía. Probablemente lo supiera. Todo lo que hacía estaba calculado.

—Pasa —me invitó, haciéndome un gesto en dirección al interior de la estancia. Alzó una copa de vino—. ¿Tinto?

—Sí, por favor.

Luego hizo un gesto hacia el suelo, delante de la chimenea vacía. Había puesto montones de almohadones y esponjosas mantas, lo que creaba un espacio muy apetecible para sentarse. Elegí un almohadón bien grande y tomé asiento.

Él se unió a mí segundos después y me ofreció una copa de vino tinto. Me di cuenta de que no se había servido ninguna para él. A tenor de lo que me contó unos días atrás, no me sorprendió que no bebiera nada.

—Puede que pienses que lo que dije el día de la fiesta de Jackson y Felicia era un poco melodramático —empezó a decir cuando nos sentamos en su sofá de piel el martes por la noche, después de cenar—. Lo de que casi me muero cuando te marchaste.

—Pues sí —admití—. No creía que tuvieras una faceta tan dramática.

—Estuve realmente mal cuando te marchaste —explicó—. Empezó en cuanto volví aquí, después de seguirte hasta tu casa.

No estaba segura de adónde quería llegar con todo aquello. No me gustaba hablar de ese episodio de nuestras vidas. Y era evidente que a él tampoco.

Frunció el cejo.

—No estoy seguro de lo que llegué a beber ese día, pero cuando Jackson me encontró, estaba intentando quemar la biblioteca.

—¿Qué? —exclamé.

Él cerró los ojos.

—No lo recuerdo muy bien. No me acuerdo de todo. Yo sólo... —Se le apagó la voz por un momento—. Sólo necesitaba decírtelo. Por algún motivo me parecía importante.

—Podrías haber muerto —susurré, al percatarme de la despreocupación con que hablaba de que había estado a punto de quemar su casa.

—No creo —dijo—. Estaba demasiado borracho como para hacer nada. O, por lo menos, eso es lo que me digo. No es que quisiera morir. Sólo quería...

—Quemar tu casa —concluí.

—No. —Negó con la cabeza—. Sólo la biblioteca.

—Eso no tiene sentido —le rebatí—. No puedes quemar sólo la biblioteca. Se quemaría también el resto de la casa.

—Ya lo sé —dijo—. Pero supongo que en ese momento me pareció que sí tenía sentido. Lo único que recuerdo es el dolor, el vacío y la desesperación.

Le cogí la mano y se la acaricié.

—No me sorprende.

Él me besó los nudillos.

—¿Qué es lo que no te sorprende?

—No me sorprende que Jackson se sintiera como se sentía.

Dejó de besarme.

—¿Te explicó algo? Juro que si te dijo algo le daré una patada en el culo.

Le hice callar posándole un dedo sobre los labios.

—No. Nunca me dijo nada. Pero Felicia... —Me reí al recordar cómo estalló el día que llegó a casa con el anillo—. Felicia fue bastante dura conmigo. Ahora lo entiendo. Ya había oído hablar a Jackson de lo mucho que te había afectado que te dejara.

—Estuvo viniendo a casa cada día durante mucho tiempo —explicó él meditabundo—. Preocupé mucho a toda la familia. Al final le dije a mi primo que yo tenía la culpa de que te hubieses marchado. Que no fue cosa tuya.

Le apoyé una mano en la rodilla y se la estreché con suavidad.

—Ése debió de ser el motivo de que me abrazara el día de la fiesta. Aquella noche advertí un cambio en él.

—Siento mucho que Jackson te culpara de nuestra ruptura. —Suspiró con tristeza y pesar—. Debería habértelo dicho.

—Y por eso vamos a hablar tanto a partir de ahora —repuse—. Hablaremos mucho. Y de todo.

Hablar mucho de todo. Probablemente era eso lo que Nathaniel pretendía que hiciéramos en la biblioteca.

Me ofreció un plato.

—Sé que has cenado muy temprano. ¿Tienes hambre?

Mi estómago rugió en respuesta y él sonrió. ¿Por qué no me había dado cuenta antes del hambre que tenía?

El plato contenía queso y galletas, almendras, uvas y pasas. Lo dejó entre los dos y yo cogí un trozo de queso cheddar. Cuando acabé de comérmelo, cogí un puñado de almendras y también me las comí. Él picó unas cuantas uvas y un trozo de queso gruyer.

La situación era agradable y el picoteo muy apetecible, pero estaba segura de que tenía otros motivos para haberme citado en la biblioteca. Aquello mismo lo podríamos haber hecho en la cama y podría haberme dicho que comiera algo en la cocina. ¿Por qué querría que nos encontráramos allí?

«Podrías preguntárselo», me dije. Pero a pesar de saber que estábamos en un espacio donde lo tenía permitido, me sentía rara dirigiéndome a él como lo haría cualquier otro día de la semana.

Estaba empezando a comprender a qué se refería con lo de hablar.

La última vez que me puso su collar no lo hicimos mucho.

Pero ¿qué se suponía que debía decirle? ¿Gracias por el alucinante orgasmo?

Entonces Nathaniel carraspeó.

—No voy a hacer esto cada vez, pero he pensado que sería una buena idea pasar un rato juntos y hablar de cómo ha ido la noche. —Me sonrió—. Dado que ha sido nuestra primera noche y sólo tu segunda vez en el cuarto de juegos.

Yo reseguí con el dedo la cenefa dorada del plato.

—Necesito que esto pueda ser una conversación de doble dirección —añadió.

—Lo sé —dije por fin—. Es sólo que... Es raro.

—Quizá te ayude hablar de esas rarezas.

Los dos alargamos el brazo para coger la misma uva y nuestros dedos se tocaron. Yo aparté la mano.

—¿Lo ves? —preguntó, con voz cargada de emoción—. ¿Por qué has hecho eso?

Yo inspiré hondo.

—Sólo intento mantener separados al Natha... Quiero decir que intento separarlo de la persona que eres durante el fin de semana. —Miré el plato—. Es más difícil de lo que pensaba.

Él me levantó la cara para mirarme a los ojos.

—¿Por qué?

—No quiero fastidiarla —admití—. No quiero extralimitarme.

—Creo que es muy improbable que hagas eso. —Se le escapó una carcajada—. Quizá tengas dificultades en otros aspectos, pero no creo que suponga ningún problema para ti demostrar respeto en la biblioteca o en la mesa de la cocina.

—Lo dices porque esto —lo señalé primero a él, luego a mí y luego a él otra vez—, es fácil para ti. Tú estás acostumbrado.

—Pero esto —señaló el espacio entre nosotros— es nuevo para mí. —Miró al techo y frunció el cejo—. Pero pensándolo bien, creo que quizá tengas razón.

« Sé que tengo razón ».

—Y, sin embargo, la verdad sigue siendo —prosiguió— que no podemos hablar con sinceridad sobre la escena si no te muestras abierta y relajada conmigo.

Yo suspiré con fuerza.

—Entonces, dime... —continuó, apartando el plato y cogiendo mi copa de vino para dejarla a un lado—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Se me aceleró el corazón.

—Me tortura no saber responder a esa pregunta.

Sonrió.

—Torturarte no era lo que tenía en mente.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Señal? —pregunté, empleando mi antigua técnica para averiguar si estaba bromeando.

—Sí —contestó—. Era un chiste, pero no ha sido muy bueno. Sólo estoy intentando relajar un poco el ambiente. —Su voz se convirtió en un susurro y se le oscurecieron los ojos—. Ven aquí.

Me acerqué un poco y él me cogió la cara entre las manos.

—¿Cómo voy a conseguir que te relajes? —Me dio un beso en la mejilla—. Que hables abiertamente. —Me besó la otra mejilla—. Y que me digas cómo te sientes.

Sus caricias eran la conexión que necesitaba, lo que ansiaba sin saberlo y sentí cómo me derretía entre sus manos. Sus labios se desplazaron desde mi mejilla hasta mi oreja.

Yo volví la cara hacia él y nuestros labios se rozaron con suavidad. Me acerqué inconscientemente y sus brazos me rodearon; me estrechó contra su pecho y luego nos reclinó hasta que estuvimos apoyados sobre los almohadones.

—¿Mejor? —me preguntó en un susurro.

—Mucho mejor —respondí, cerrando los ojos—. Gracias.

Me acarició el pelo durante un rato, mientras yo escuchaba los regulares latidos de su corazón.

—Está bien. Hagámoslo de esta manera —propuso—: dime qué cosas te han gustado.

Habíamos pasado horas hablando sobre nuestras listas de preferencias. Sobre lo que nos gustaba y lo que queríamos probar. ¿Por qué me violentaba tanto hablar sobre lo que habíamos hecho? Me dije que era una tontería. Nathaniel ya lo había visto todo de mí. Me había tocado por todas partes. No había nada de lo que pudiera avergonzarme.

—Lo de no poder decir nada ha sido muy intenso —murmuré.

—¿Y muy intenso significa: «Me ha encantado, hagámoslo otra vez»? —preguntó—. ¿O muy intenso significa: «Lo he odiado, no quiero volver a hacerlo más»?

Inspiré hondo y percibí su intensa fragancia selvática. Alguien se había duchado hacía poco.

—Hum. Me ha encantado, hagámoslo otra vez —respondí.

—Creo que puedes aguantar más —dijo él—. La próxima vez comprobaremos si puedes.

La expectativa me produjo un hormigueo por todo el cuerpo. «Aguantar un poco más». No podía imaginar a qué se refería. Me alegraba que creyera que podía resistir más. Para ser sincera, yo pensaba que había llegado al límite de mi control en ese sentido.

—Me ha gustado el látigo de piel de conejo —continué, con la intención de cambiar de tema—. Ha sido muy distinto de lo que imaginaba.

Él me deslizó una mano por el costado.

—He decidido que este fin de semana sólo utilizaré ese látigo. —La presión de sus dedos se tornó más fuerte cuando alcanzó mi espalda—. Pero hablaba en serio cuando he dicho lo de las pinzas. Las utilizaré mañana. —Se inclinó un poco y me susurró al oído—. Y me alegro mucho de que hayas estado usando el tapón anal.

Asentí con la cabeza; de repente me sentía incapaz de hablar. El hormigueo aumentó de intensidad y se deslizó hacia abajo hasta quedarse entre mis muslos.

«Joder» .

—¿Y los ocho azotes? —preguntó.

—Me han dolido mucho —contesté.

—Ése era el propósito.

—Lo sé —dije—. Eso lo comprendo perfectamente. —Levanté la cabeza—. Pero no parecías sorprendido. ¿Ya sabías que metería la pata tan pronto?

—Pensaba que cabía la posibilidad. Me parecía normal. Pero no quería decir nada antes de que ocurriera. ¿Cómo habría sonado?

Volví a apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Probablemente no te habría creído.

—Probablemente no —convino él.

—Aunque lo que más me ha dolido ha sido ver que te había decepcionado —añadi.

—Eso ha sido lo que menos me ha gustado de la noche —admitió—. Tener que castigarte. Pero has aprendido. No has vuelto a cometer el mismo error.

Yo no quería que siguiéramos hablando de mi fracaso.

—Te toca —propuse—. ¿Qué es lo que te ha gustado más a ti?

—Mirame —me ordenó y yo ladeé la cabeza para mirarlo a los ojos—. Lo que más me ha gustado has sido tú. La confianza que me demuestras. Tu obediencia. Lo mucho que disfrutas complaciéndome.

Yo negué con la cabeza.

—No me refería a eso. Yo me refería a...

—Chis —susurró—. Aún no he acabado.

Apreté los labios.

—Eres exquisita en tu forma de complacerme —afirmó en voz baja—. Y eso, preciosa, ha sido mi parte preferida. Es mi parte preferida.

No pude contenerme: levanté la cabeza y le di un beso, rozándole muy suavemente los labios.

Quise decirle que lo quería, pero no estaba segura de que estuviera permitido. No sabía si sería una buena idea. Quizá fuera mejor no decir según qué cosas durante el fin de semana. O por lo menos de momento. Disponíamos de muchos días para confesarnos nuestro amor.

Nathaniel no me decía muy a menudo que me quería. Quizá sólo lo hubiera hecho unas cuantas veces. Pero no me preocupaba que no acostumbrara a verbalizar sus sentimientos, porque, por algún motivo, la parquedad de sus palabras las hacía más especiales.

No intentó profundizar en el beso, ni yo tampoco. Era evidente que los dos estábamos de acuerdo en que, en ese momento, el mero roce de nuestros labios y a hablaba lo suficientemente alto. Entonces, mientras yo volvía a concentrarme en los latidos de su corazón y disfrutaba de la seguridad de estar entre sus brazos, nos sumimos en un cómodo silencio.

—¿Ha habido algo que no te haya gustado? —preguntó él de repente.

—No —respondí—. No cambiaría nada. —Yo sabía que con el tiempo nos resultaría más fácil hablar del tema. Me pregunté cómo iría la conversación cuando hiciera algo que no me gustara—. ¿Y a ti?

—Nada.

No estoy segura de cuánto tiempo estuvimos en la biblioteca. Él no volvió a hablar hasta que el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio la medianoche.

—Si ya has acabado de comer, deberías irte a la cama.

—Lo sé —dije.

Cuando me alejé de sus brazos, sentí al instante la añoranza de sus caricias.

Nathaniel se puso de pie y me tocó el hombro justo cuando yo me volvía para irme.

—Desayuno en la mesa del salón a las ocho. Después nos meteremos en el cuarto de juegos. No me importa si lo haces esta noche o mañana por la mañana, pero quiero que el cuarto de juegos esté limpio antes de desayunar.

Cuando lo oí darme órdenes de esa forma tan directa, una nueva oleada de deseo me recorrió el cuerpo.

—Sí, Amo.

Me besó con dulzura.

—Buenas noches, Abigail.

Estuve dando vueltas en la cama un buen rato sin comprender el motivo de mi inquietud. Ya había dormido en aquella cama tan pequeña muchas veces. A decir verdad, había dormido allí más noches que en su cama. ¿Por qué me costaba tanto conciliar el sueño?

Nathaniel dormía en la otra punta del pasillo. Habíamos decidido que los fines de semana dormiríamos separados. Ése era el acuerdo que yo quería. El que él quería. El que queríamos los dos.

Me pregunté si a él también le estaría costando dormir.

Y justo cuando había decidido darme por vencida y bajar a la biblioteca a servirme un poco de brandy, lo oí: las suaves y evocadoras notas de un piano. Una melodía tan sencilla que resultaba delicada y reconfortante.

Suspiré satisfecha y cerré los ojos.

Ya no di más vueltas en la cama.

NATHANIEL

Ya me imaginaba que no podría dormir. Por algún motivo, sabía que volver a tener a Abby en mi casa en calidad de sumisa, incluso a pesar de que eso era lo que los dos queríamos, lo que necesitábamos, sería difícil. Sentí cierto alivio al saber que ella quería pasar las noches del viernes al domingo en su viejo dormitorio.

Eso que había comentado en la biblioteca sobre que nuestra relación era fácil para mí porque yo estaba acostumbrado, no podía estar más alejado de la verdad. Toda nuestra relación era territorio desconocido para mí.

Salí de la biblioteca después de tocar un rato el piano y volví a subir. La puerta de su habitación estaba cerrada y me pregunté si estaría dormida o si seguiría dando vueltas en la cama, si seguiría intranquila. Ya suponía que a ella tampoco le resultaría fácil dormir. Una vocecita interior me susurraba que debería haberle pedido que lo hiciera en el suelo de mi habitación.

Me detuve frente a la puerta de mi dormitorio.

Ya la hice dormir en el suelo en una ocasión. Le habría pedido a cualquier otra sumisa que durmiera en el suelo de mi habitación después de haberle puesto mi collar.

«¿Eso significa que no voy a ser capaz de ser su Dominante y su amante al mismo tiempo?»

No quise recrearme en ese pensamiento. En mi mente apareció la imagen de Abigail con mi collar puesto. Mi collar y nada más. Recordé la conversación que habíamos mantenido en la biblioteca y las ganas que tenía de hacerla mía. De quitarle el camisón y deslizar las manos por su cuerpo...

Se me puso la polla incómodamente dura y metí la mano por el elástico de los pantalones para agarrarla. Recordé algunas escenas de aquel día:

Abigail de rodillas en mi despacho.

Esperándome en el cuarto de juegos.

Reprimiendo un gemido cuando le informaba de mis planes con las pinzas.

Mis ojos se volvieron a posar en la puerta de su habitación.

Es posible que no estuviera durmiendo en el suelo, pero seguía siendo mi

sumisa. Su deber era servirme como y cuando yo lo decidiera.

Abrió la puerta y la vi dormida.

—Despierta —le dije.

Ella murmuró algo en sueños y se alejó de mí.

—Ahora, Abigail.

Se sentó muy despacio, con ojos soñolientos. El pelo le caía sobre los hombros muy alborotado, no le había resultado fácil dormirse. Se llevó la mano a la clavícula para ponerse bien el tirante del camisón.

—Las noches del viernes y el sábado dormirás lo que yo decida. —Me bajé los pantalones—. Y ahora mismo no quiero que duermas.

Sus ojos se posaron en mi erección. Sí, Abigail sabía muy bien de lo que le estaba hablando.

—Esta noche me siento generoso, así que te dejaré decidir cómo lo quieres —le dije.

Ella parpadeó unas cuantas veces.

—Como a ti te complazca, Amo.

—Me parece, Abigail —me acerqué a su cama—, que te acabo de decir lo que me complacería. —Me incliné sobre ella—. Quiero que seas tú quien decida cómo quieres que te la meta.

Volvió a bajar la vista. ¿Estaba avergonzada? ¿De qué iba aquello? Tenía que superar aquella vergüenza. La vergüenza no tenía cabida en nuestra relación.

Deslicé los dedos por debajo de los tirantes del camisón y se lo quité.

—Decidas lo que decidas —susurré—, quiero que te quites esto.

Cuando estuvo desnuda, la miré arqueando una ceja. Aún no había dicho nada.

—Se acabó el tiempo —le dije—. No me lo has dicho lo bastante rápido, así que elegiré yo por ti. —Le di la vuelta sobre la cama y la tumbé boca arriba para dejarla con la cabeza colgando por el borde—. Ya que has decidido no hablar cuando te he hecho una pregunta, le daremos un uso mejor a tu boca.

Tuve que inclinarme un poco, pero apoyé las manos a ambos lados de sus caderas y me moví hacia adelante hasta que mi polla le rozó los labios.

—Hazlo bien y quizá te deje volver a dormir.

Cerré los ojos mientras me rodeaba con la boca. Me gustó tanto internarme en su calidez que mientras lo hacía noté que aún se me ponía más dura. Le posé una mano en el vientre para controlar su respiración y empecé a embestir para meterme más adentro.

Ella me tomó entero, relajó la garganta y me succionó mientras yo me follaba su boca lentamente. Me rodeó la polla con la lengua y cuando me retiré, me la lamió entera para deslizarla después por toda mi longitud cuando me volví a internar en su boca.

Me había vuelto a desobedecer. Le había hecho una pregunta, le había pedido

una respuesta y no me la había dado. Tenía que corregirlo.

—Estoy a punto de correrme —le advertí, cuando mi liberación empezó a ser inminente. Embestí su boca con más fuerza—. Pero no puedes tragártelo. Te quedarás mi semen en la boca hasta que yo te lo diga.

Permanecí inmóvil mientras el orgasmo me recorría el cuerpo y le clavaba los dedos en la suave piel de la cintura.

«Joder» .

Abigail se quedó muy quieta mientras yo me retiraba y recogía mis pantalones. Cuando la miré seguía sin moverse.

—Siéntate.

Lo hizo respirando por la nariz, con las mejillas ligeramente hinchadas. Yo me acerqué y le cogí la cara con la mano.

—Cuando te digo que quiero que me contestes, quiero que me contestes. Tragarte mi semen es un honor que no te concedo a la ligera. ¿Lo entiendes? —Ella asintió y le apreté las mejillas—. Paladea mi sabor en tu boca, porque eres la única persona del mundo que puede hacerlo. Eres la única sumisa que puede servirme. —Le levanté la barbilla—. Tú eres la elegida para llevar mi collar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y yo sentí una punzada de incomodidad, pero la ignoré. Necesitaba provocarle una impresión muy intensa aquel fin de semana, para recordarle que no le menté al decirle que la última vez fui suave con ella.

Le pasé el pulgar por debajo de los ojos y limpié la humedad que encontré a mi paso. Había dejado claro mi mensaje y Abby lo había comprendido.

—Veo la decepción en tus ojos. Traga, Abigail.

Dejé la mano en su mandíbula y observé el movimiento de su garganta mientras me obedecía.

Aunque ya sabía que ese fin de semana no sería fácil, nunca pensé que sería tan duro para ambos.

Quería encontrar la forma de volver a conectar con ella, de hacerle ver que estábamos bien, pero estaba perdido, no sabía cómo hacerlo. Jamás me había enfrentado a nada parecido en toda mi vida.

Abigail estaba sentada frente a mí, con la mirada gacha y la decepción escrita en la cara. Busqué las palabras adecuadas. Cualquier cosa que la convenciera de que todo iba bien. De que aquello sólo era un pequeño resbalón en el camino y que no debía sentirse demasiado mal. Y, sin embargo, me incomodaba la idea de susurrarle palabras de amor después de la reprimenda.

Y entonces me llegó la inspiración. Me incliné hacia adelante y le murmuré:

—«Pues yo debo amar porque vivo.

» Y eres tú quien me llena de vida» .

Estaba seguro de que ella recordaría que ésos eran los dos últimos versos de «Porque ella me preguntará por qué la amo» , de Christopher Brennan, uno de

los últimos poetas que leyó en las sesiones que dirigió en la biblioteca en la que trabajaba.

Jadeó al reconocer los versos y yo sonreí. Sí. Se acordaba.

Me retiré y, al hacerlo, mis labios le rozaron la mejilla.

—Buenas noches, preciosa.

Cuando me fui a mi habitación y me metí en la cama, la oí merodear por la casa. Estaba limpiando el cuarto de juegos; probablemente no se había podido dormir después de que la despertara.

Me di media vuelta y miré el reloj. Eran las dos de la madrugada. Vaya, era muy tarde. Por un momento, me pregunté distraídamente cómo habría ido el primer fin de semana de Paul y Christine cuando decidieron los detalles de su acuerdo, hacía ya tantos años. Probablemente él aún estaría despierto. La última vez que hablamos mencionó que su hijo Sam estaba sufriendo unos cólicos terribles. Pero aunque Paul estuviera despierto, dudaba mucho que le gustara oír mi voz a esas horas. Lo llamaría después de desayunar. O de comer.

Aparté la vista del despertador y esperé hasta que oí a Abigail volver a su dormitorio antes de dejarme arrastrar por el sueño.

Poco después de desayunar, ella me estaba esperando en el cuarto de juegos. Sentada sobre los talones, con las manos en el regazo y la cabeza gacha. Exactamente como le había dicho que debía esperarme cuando estuviera allí. Al verla en posición y sólo con mi collar puesto, mi polla cobró vida.

—Perfecto —dije—. No esperaba menos. —Advertí el orgullo que irradiaba de su cuerpo—. Levántate, Abigail —añadí—. Deja que vea lo que me pertenece.

«Es jodidamente preciosa», pensé cuando se levantó.

Tenía la mirada baja, pero podía sentir su expectación y su excitación. Faltó poco para que su energía zumbara por toda la habitación.

Me puse detrás de ella, le deslicé una mano por el costado y noté cómo se le aceleraba la respiración. Luego me incliné un poco para susurrarle al oído:

—Hoy te voy a presionar un poco. —Se estremeció bajo mi caricia. Yo proseguí: Recuerda que puedo hacerlo, porque confío en que utilizarás tus palabras de seguridad si las necesitas. —Le cogí un pecho—. Voy a dejar que hables y te abandones al orgasmo como quieras. Pero seguiré necesitando que seas completamente sincera conmigo cuando te pregunte cómo estás.

Me acerqué al armario y cogí dos pinzas para pezones, unidas por una cadena. Sus ojos me siguieron mientras regresaba y me detenía delante de ella.

—Tampoco te voy a tapar los ojos. Quiero que veas todo lo que hago.

Bajé la cabeza y me metí uno de sus pezones en la boca. Deslicé la lengua por la punta y, al hacerlo, le arranqué un gemido. Succioné y alargué la mano para acariciarle el otro pezón. Cuando empezó a estremecerse bajo mis caricias, cambié de postura para prestarle la misma atención al otro pecho.

Luego me incorporé y le cogí el pecho izquierdo con las manos. Se lo masajee, hice rodar su pezón entre mis dedos y se lo pellizqué mientras observaba cómo se le ponía la carne de gallina. Lo que venía a continuación le dolería un poco y necesitaba asegurarme de que estaba preparada.

—Inspira hondo, preciosa —susurré, pellizcándole el pezón con una mano, mientras abría la pinza con la otra. Cuando inhaló, le coloqué la pinza con suavidad.

Abigail soltó el aire con un pequeño jadeo.

Yo deslicé la mano por su cuerpo y la acaricié entre las piernas.

—Muy bien.

Repetí el procedimiento con el otro pezón, muy despacio y evaluando su reacción. La observé atentamente. Cerró los ojos un momento y se estremeció, pero estaba bien.

—¿Estás bien? —le pregunté al terminar.

Ella sonrió.

—Sí, Amo.

Yo le devolví la sonrisa.

—Mira hacia abajo, Abigail —dije—. Mira lo traviesa que eres.

Mis ojos siguieron la trayectoria de los suyos y me di un momento para asimilar la imagen de sus pezones erectos, adornados con mis pinzas y la cadena colgante.

—Vamos a jugar a un jueguecito —proseguí—. Quiero que me desnudes. —Ella seguía mirándose los pechos—. Mírame. —Cuando levantó la vista, expliqué—: La trampa es que cada vez que me toques la polla, yo me ganaré el derecho a tirar de esa cadena.

Di un paso atrás.

—Ya puedes empezar.

Cerré los ojos y esperé que comenzara. Yo sólo llevaba puestos los pantalones. Sería difícil, pero no imposible, que me desnudara sin tocarme la polla. Las pinzas eran nuevas para ella. Si las odiaba, las temía o le dolían mucho, sabía que procuraría no tocarme.

Para cuando mis pantalones estuvieron en el suelo, había contado cuatro roces de su mano. La última fue cuando me acarició la polla con descaro al ponerse de pie.

«Cuatro».

Oculté una sonrisa.

—¿Cuántos tirones me he ganado? —le pregunté.

—Cuatro, Amo.

—Hum. Cuatro.

Cogí la cadena y tiré despacio. Abigail dejó escapar un gemido gutural que viajó directamente a mi polla.

Cómo me gustaba esa mujer.

—Me debes tres más —puntualicé—. Me los cobraré más tarde.

Volví a los armarios y cogí una cuerda de seda. Cuando volví a estar detrás de ella, le cogí los brazos y se los puse a la espalda. Me tomé mi tiempo para atarle la cuerda con el máximo cuidado y le inmovilicé los brazos.

—Me gustas en esta postura —comenté, volviendo a colocarme delante de ella—. Así tus pechos están hacia afuera, en silenciosa ofrenda para mí.

Deslicé el dedo por debajo de la cadena, la miré a los ojos y di un lento tirón hacia arriba.

Abigail parpadeó.

—Oh, Dios.

—Te gusta, ¿verdad?

Dejó escapar otro gemido.

—Sí, Amo.

Yo esboqué una sonrisa ladeada, encantado de que se hubiera acostumbrado tan bien a las pinzas.

—Abre las piernas.

Deslicé una mano entre ellas: estaba húmeda y preparada.

Casi.

Necesitaba que estuviera más excitada. Más sensible.

Me arrodillé entre sus piernas y le besé el clitoris, luego me retiré y soplé con suavidad. Saqué la lengua y lamí su abertura de principio a fin, centrando mi atención en su clitoris. Repartí suaves besos por la cara interior de sus muslos y dibujé un camino para acabar entre ellos, donde le mordisqueé un poco más el clitoris.

Ella se sobresaltó y yo seguí centrándome en esa parte de su cuerpo con más intensidad; mi objetivo era unir el placer y el dolor en su mente. La volví a rozar con los dientes y tiré de la cadena una vez más. Abigail se estremeció contra mí.

Solté la cadena y luego deslicé dos dedos en su interior, tratando de alcanzar ese lugar, justo ahí, ese punto que sabía que la haría perder el control. Hice girar la lengua por encima de su clitoris y le volví a internar los dedos.

Ella jadeó y alcanzó el clímax.

« Joder » .

Mientras me ponía de pie, oí su respiración pesada y advertí el ligero rubor que le cubría la piel. Sus pechos tenían buen aspecto, pero ya había llevado las pinzas puestas durante suficiente rato para ser la primera vez.

—Respira hondo, preciosa —dije, cogiendo una pinza con una mano y

agarrándole el pecho con suavidad con la otra. Su cálido aliento me rozó los hombros y el torso—. Otra vez. Suelta el aire muy despacio.

Lo hizo y yo le quité la pinza lo más lentamente posible. Cuando la sangre volvió a circular por su pezón, ella inspiró con fuerza.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, Amo —contestó con voz ronca.

—Muy bien.

Volví a alargar el brazo hasta su entrepierna y acaricié su carne aún sensible. Abigail acercó las caderas.

—Inspira otra vez —le ordené, cuando noté que empezaba a relajarse—. Suelta el aire despacio.

Le quité la otra pinza y luego las dejé caer las dos al suelo. Después interné un dedo en su sexo y le rocé el clitoris suavemente con el pulgar, con la esperanza de aliviar parte del dolor. Cuando le murmuré lo contento que estaba, su pelo me hizo cosquillas en la mejilla. Le dije que estaba muy orgulloso y ella suspiró.

—Abre más las piernas —le indiqué, retirándome un poco.

La dejé en esa postura durante algunos minutos, consciente de que estaría sintiendo el aire cálido entre las piernas, de que todas sus terminaciones nerviosas estarían alerta. Estaba preciosa.

« Maldito bastardo con suerte » .

Cogí el lubricante con efecto calor de encima de la mesa y me volví a colocar detrás. La rodeé con los brazos y le rocé los pezones con las yemas de los dedos. Abigail me respondió con un gemido y echó las caderas hacia atrás para pegarlas a mi cuerpo.

Me reí. Pocos minutos después, ya había extendido el lubricante por mi polla y mis dedos.

—Hace poco, me dijiste que cuando te la metí por el culo te sentiste completamente llena —expuse.

Se sobresaltó cuando le empecé a extender el lubricante por el ano.

—¿Estás preparada para volver a sentirte así, Abigail?

NATHANIEL

Abigail murmuró algo entre dientes que no alcancé a comprender.

—O te estás calladita o hablas claro para que pueda entenderte —le dije, dándole un azote en el culo—. ¿Lo entiendes?

—Sí, Amo.

—Muy bien. —Le agarré las manos atadas—. Ahora inclínate.

Empezó a moverse lentamente, preparándose. Yo le sujeté las manos con firmeza con la mano izquierda para que se diera cuenta de que podía confiar en mí. Tenía las piernas muy abiertas, cosa que a ella le proporcionaba una buena estabilidad y a mí una vista increíble.

—Estás preciosa, Abigail —aseveré—. Me encanta lo abierto que está tu culo en esta postura. —El dedo lubricado de mi mano derecha dibujó un círculo en su ano—. Vamos a ver si decías la verdad cuando dijiste que habías estado usando el tapón. —La penetré un poco con el dedo—. Me muero por metértela por aquí.

Ella gimió y se empujó contra mí. El dedo se enterró más profundamente.

« Joder » .

La follé lentamente con el dedo, asegurándome de que seguía agarrándola con fuerza de las manos para que no se cayera. La cabeza le colgaba entre las rodillas; su melena rozaba el suelo con cada nueva embestida de mi dedo.

Interné un segundo dedo. Presioné despacio. Dilatándola. Preparándola. Aún estaba demasiado firme.

Cuando se empezó a acostumbrar a mis dedos, yo me replanteé lo que había pensado. Tomarla allí, en medio del suelo, no iba a funcionar. No podría agarrarme a ella, concentrarme en su cuerpo y embestirla sin provocarle una presión innecesaria en los brazos y los hombros.

Miré a mi alrededor y mis ojos se posaron sobre el potro.

« Perfecto » .

—¿Añorabas esto? —le pregunté—. ¿Echabas de menos que preparara tu culo para mi polla?

Me interné algo más adentro. Mi pene se moría por un poco de fricción, pero por mucho que quisiera sacar los dedos y penetrarla, sabía que no podía hacerlo.

Abigail confiaba en que yo lo haría bien y yo valoraba mucho esa confianza.

Detuve el movimiento de mis dedos y ella también dejó de moverse. Cuando estuve seguro de que aguantaría el equilibrio, le solté los brazos. Aún con los dedos en el interior de su ano, deslicé la otra mano entre sus piernas y acaricié su humedad.

—Muy bien, Abigail —dije—. Has estado usando el tapón. Añorabas mi polla, ¿verdad?

Le rocé el clitoris.

—Oh, Dios —gimió—. Sí, Amo.

Empecé a estimularle el clitoris con una mano, mientras seguía dilatándola lentamente con los dedos de la otra. Ella dejaba escapar algún quejido de placer de vez en cuando.

—Te voy a sacar los dedos —le expliqué—. Cuando lo haga, quiero que vayas hasta el potro.

«Lo uso para castigar —le expliqué en una ocasión—. Pero también sirve para otros propósitos». ¿Se acordaría? ¿Podía atreverme a esperar haberla llevado a ese lugar de su mente donde confiaría en mí ciegamente?

Saqué los dedos de su cuerpo muy despacio y dibujé un último círculo alrededor de su clitoris.

—Incorpórate —le pedí, tirando de sus manos.

Abigail lo hizo muy despacio y su pelo recuperó su lugar original alrededor de su rostro.

—Al potro, preciosa.

No vaciló. Con suerte, sabría que no había hecho nada para merecer ningún castigo.

—Estoy tan orgulloso de ti... —le repetí, cuando se puso en posición—. Me encanta que confíes en mí.

Estaba tumbada sobre el potro, de espaldas a mí. Tenía los brazos atados a la espalda y las piernas abiertas. Yo me puse detrás y me incliné hacia adelante.

—Puedes sentirlo en esta postura, ¿verdad? —le pregunté, volviendo a deslizar un dedo lubricado en su interior y haciendo que la parte superior de su cuerpo se moviera contra la madera—. Tus pezones. —Me retiré un poco y su cuerpo se movió ligeramente—. ¿Te das cuenta de cómo rozan el potro?

Volví a dilatarla con los dedos y deslicé una mano entre sus piernas para rozarle el sexo. Quería que se muriera por tenerme dentro. Quería llevarla hasta ese punto en el que se derretiría por mi polla. El movimiento de su cuerpo contra el potro, la suave dilatación de mis dedos, la estimulación de su clitoris... todo se sumaba para llevarla hasta ahí.

Gimió.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Qué necesitas?

—Oh, Dios —exclamó, cuando la penetré más profundamente.

—¿Qué necesitas? —Le di un azote en el culo y ella gimió de nuevo—. Dímelo.

—A ti —jadeó—. A mí.

—¿Estás lista para mí?

Saqué los dedos y coloqué la punta de la polla contra ella.

—Por favor —pidió.

Tenía que ir despacio. Sólo era su segunda vez. Le dolería.

—Despacio —dije, más para mí mismo que para que me oyera.

Me interné suavemente en su cuerpo, apretando los dientes para aplacar la ardiente necesidad de embestirla con fuerza.

Detuve el movimiento de mis caderas y metí dos dedos en su humedad.

—Mira lo que me haces —le susurré—. ¿A ti te pasa lo mismo?

Su única respuesta fue el gemido que le arrancaron mis dedos al deslizarse alrededor de su clitoris. Empujé las caderas hacia adelante y me detuve en seco cuando la oí inspirar con fuerza.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, Amo —dijo con voz ronca—. Más. Por favor.

Entré un poco más en ella. Me retiré. Avancé un poco. Doblé los dedos y, cuando los metí en su sexo, sentí los movimientos de mi polla.

« Joder » .

Con la siguiente embestida me deslicé un poco más adentro, apretándola con más fuerza contra el potro y me hundí hasta el fondo. Sus músculos se contrajeron contra mis dedos.

—Déjate ir. —Tenía la voz espesa—. Cuando quieras.

Ella arqueó la espalda y mis dedos llegaron a lo más profundo de su sexo. Adopté un ritmo lento mientras la embestía con la polla por detrás y sacaba los dedos para acariciarle el clitoris. Entonces me retiré y la penetré de nuevo con los dedos.

Cada bocanada de aire, cada latido de corazón, cada nervio de mi cuerpo palpitaba con su nombre. Palpitaba de necesidad de ella. Abigail me engullía entero.

Eché la cabeza hacia atrás y aceleré el ritmo. Su cuerpo rozó el potro con más fuerza.

—Ah —gimió, contrayéndose de nuevo a mi alrededor.

« Sí » .

Metí los dedos más adentro.

—Oh, Dios —susurró—. No puedo aguantar... no puedo...

—Pues no lo hagas —murmuré, penetrándola aún más.

Entonces alcanzó el clímax y dejó escapar un suave aullido.

Yo la embestí de nuevo, dejé que la necesidad me superara y me corrí dentro de ella.

Nos quedamos allí tumbados durante varios segundos, mientras escuchábamos nuestros jadeos y los latidos de nuestros corazones. Al poco, conseguí recomponerme y salí de su cuerpo muy despacio.

—¿Estás bien? —inquirí.

—Oh, Dios, sí.

Sonreí.

—Ahora vuelvo. No te muevas.

Me fui al baño que había dentro del cuarto de juegos y me lavé las manos sin dejar de mirarla. Cogí algunas toallas grandes del toallero radiador y luego mojé algunos paños.

Extendí las toallas en el suelo. Cuando regresé junto a Abigail, le desaté los brazos con suavidad y le besé las muñecas. Dejé caer la cuerda mientras le besaba los brazos y le daba un masaje relajante en los hombros. Le cogí un brazo y le besé la cara interior del codo antes de colocárselo junto a su cuerpo y repetir la maniobra con el otro brazo. Me puse frente a ella y me bajé para que nuestras miradas estuvieran al mismo nivel. En sus ojos se adivinaba un profundo placer.

—Me dejas alucinado —le dije—. Cada vez. —La besé con suavidad—. ¿Te puedes poner en pie?

Abigail asintió y se levantó.

—Ven a tumbarte en las toallas. —La cogí del brazo—. Están calientes.

Cuando lo hizo, la limpié con los paños húmedos y acabé envolviéndola en más toallas esponjosas. Estuvo a punto de ronronear de puro placer.

—Te iba a preguntar si lo has pasado bien, pero creo que no me hace falta —bromeé. Ella me respondió con una risita grave y sensual. Le rocé los labios con los míos—. ¿Estás cansada?

—Mmmm. —Cerró los ojos—. Me siento como una medusa. Como si fuera de gelatina. —Bostezó—. Puede que esté un poco cansada.

« ¿Un poco cansada? »

Reprimí una carcajada. Quizá hubiera dormido cuatro horas. Probablemente menos. Un poco cansada, claro.

—Quiero que descanses. Prepárate algo de comer si quieres. Yo me las arreglaré solo. —La volví a besar—. Tú duermes una siesta.

Después de prepararme un sándwich y de comprobar que Abigail dormía cómodamente, me fui al salón y llamé a Paul.

Contestó al segundo tono.

—¿Nathaniel?

—Hola, Paul —contesté.

—¿Cómo van las cosas con Abby? —se interesó.

Él sabía lo importante que era ese fin de semana y lo difícil que sería, tanto

para ella como para mí. Tenía suerte de tener un amigo como él con el que poder hablar. Sabía que si no tuviera a nadie con quien hacerlo me sentiría muy perdido.

Y ¿qué pasaba con Abby?

«Oh, no», pensé cuando lo comprendí.

¿Con quién podía hablar ella?

«Con nadie. Ella no tiene a nadie».

—¿Nathaniel? —insistió Paul, adoptando un tono inquieto que substituyó a su anterior saludo despreocupado—. ¿Va todo bien con Abby?

Ella sólo me tenía a mí, a nadie más. Y yo era su Dominante; ¿eso contaba? ¿A qué otra persona podría recurrir? Felicia apenas aceptaba nuestra relación. Las cosas se habían suavizado con ella, pero yo sabía que no aprobaba nuestro estilo de vida. Abby hablaba a menudo con Elaina, pero aunque la mujer de mi mejor amigo supiera lo nuestro y lo aceptara, no sería un buen apoyo para una sumisa sin experiencia.

—Joder. —Me desplomé contra el respaldo del sillón—. He vuelto a meter la pata.

—Nathaniel —dijo Paul, trayéndome de nuevo al presente—. ¿Cómo está Abby?

—¿Qué? —pregunté, al darme cuenta de que tenía el teléfono en la mano—. ¿Abby? Está durmiendo.

—Muy bien —contestó—. Entonces, cuéntame, ¿en qué has metido la pata?

—Me acabo de dar cuenta de la suerte que tengo al contar con tu apoyo, al poder tener a alguien con quien hablar y lo duro que sería todo si no fuera así. —Inspiré hondo—. Abby no tiene a nadie. —Entrecerré los ojos al recordar—. Tenía una amiga *amateur* que vivía por aquí, pero no creo que sigan estando en contacto.

—Ya veo.

—Me refiero a que, bueno, me tiene a mí. Nosotros hablamos. —Recordé el rato que pasamos en la biblioteca y en lo difícil que seguía siendo conseguir que se expresara con libertad cuando llevaba mi collar—. A veces.

—¿Y aparte de ti no tiene ningún amigo que lleve el mismo estilo de vida? —preguntó—. ¿No conoce otras sumisas con las que poder charlar?

—No que me haya contado.

«Me lo habría dicho, ¿no?»

—¿Has pensado en llevarla a alguna fiesta? ¿A algún sitio donde pueda conocer gente?

En realidad sí que lo había pensado. Llamar a algunos de los miembros de la comunidad era una de las cosas que quería hacer cuando pasara la boda de Jackson y Felicia.

—Sí —contesté—. Pero tenemos esa boda y acabamos de reiniciarlo todo

este fin de semana. Había pensado... Joder.

No importaba lo ocupados que estuviéramos, yo me tendría que haber asegurado de que ella tenía el apoyo que necesitaba.

—¿Te acuerdas de lo que te dije cuando fui a visitarte?

—¿A visitarme? —le pregunté—. ¿Así es como lo llamas? ¿Te refieres a cuando viniste a reprocharme que me hubiera convertido en un patético despojo humano?

—Sí, eso.

—Dijiste muchas cosas. —Me ruboricé al recordar que Paul tuvo que dejar a su hijo recién nacido para venir a salvarme de mí mismo—. ¿A qué te refieres?

—A cuando te dije que quería que vinierais a vernos cuando volvierais a estar juntos.

Era cierto, me había olvidado de eso. Aunque cuando lo dijo yo nunca pensé que Abby y yo volveríamos a estar juntos.

—Sé que Jackson se casa dentro de dos semanas —prosiguió Paul—. Pero ¿crees que hay alguna posibilidad? ¿Quizá el fin de semana que viene?

—Hum —reflexioné, intentando organizarlo todo en mi cabeza... Podría funcionar—. Hablaré con Christine, a ver si su madre se puede quedar con Sam un rato el sábado. —Se quedó un momento en silencio mientras pensaba—. Habla con Abby. Envíame vuestras listas; quizá podamos jugar juntos. ¿O sigues sin compartir las sumisas a las que les pones el collar?

« ¿Compartir a Abby? »

Intenté imaginar a otros hombres poniéndole las manos encima. Otro hombre deslizando los dedos por su pelo. Los labios de otro hombre sobre ella.

« Jamás » .

—Yo no comparto —dije casi con un rugido.

—Es una lástima —contestó—. Los cuatro juntos...

—De todos modos —lo interrumpí—, es uno de los límites infranqueables de Abby.

Yo sabía que lo de compartir nunca había supuesto ningún problema para Paul y Christine. Y me parecía muy bien. Pero no iba conmigo.

—En ese caso, ¿crees que quizá podríamos jugar para vosotros? —insistió—. ¿Tal vez con algo que Abby haya marcado como límite suave? A Christine la excita mucho que la observen y los dos necesitamos pasar un buen rato en el cuarto de juegos.

Pensé unos segundos.

—Suena bien. Déjame hablar con Abby.

Luego comentamos cómo había ido el fin de semana hasta el momento.

—¿Cómo han ido los castigos? —preguntó él, cuando yo saqué a relucir la necesidad que había habido de ellos.

—Difíciles —le respondí con sinceridad—. Para los dos. Ella estaba afligida y

ver eso me disgustó a mí y...

—Te preguntaste si estabas haciendo lo correcto —concluyó por mí.

—No recordaba que me resultara tan difícil con las demás.

—¿Con tus sumisas anteriores? —preguntó.

—Sí —respondí—. No recuerdo que me sintiera así.

—Yo sí que me acuerdo —aseveró con cierto tono de burla en la voz.

—¿Qué?

—También me llamaste después de castigar a Beth por primera vez.

—¿Beth? —Intenté recordar—. Eso fue hace mucho tiempo.

—Y entonces estabas tan afligido como lo estás ahora —dijo—. Quizá incluso más.

Desee poder recordarlo. Lo de Beth parecía haber ocurrido hacía ya mucho, era algo muy alejado de lo que estaba viviendo en ese momento.

—Como no te acuerdas del incidente, es probable que no recuerdes lo que te dije —apuntó.

—Vamos, Paul. Dímelo de una vez.

—Es perfectamente normal que te cueste infligirle dolor a otra persona, incluso en la clase de relación que mantienes —afirmó—. Lo que me preocuparía es que te resultara sencillo.

—Ya lo sé, pero... —empecé yo.

—No hay peros —me cortó—. La mayoría de los Dominantes que conozco experimentan lo mismo.

—¿Cómo os fue a ti y a Christine? —inquirí—. ¿Cómo fue el primer fin de semana que pasasteis juntos después de empezar una relación romántica?

—Christine y yo somos diferentes de ti y de Abby —señaló—. Nosotros decidimos mantener esta clase de relación las veinticuatro horas los siete días de la semana.

—Pensaba que fue antes de que empezara a salir —comenté.

—No, fue después.

—Vaya —exclamé, tratando de imaginar esa clase de vida con Abby—. Y ¿cuánto tiempo duró?

—Algunos meses —contestó—. A nosotros no nos funcionó. Era demasiado difícil. —Pude percibir la sonrisa en su voz—. Así que ya ves que todo el mundo tiene que librar sus batallas.

—¿Todavía?

—Sí. Todavía. Aunque te aseguro que ahora son muy distintas.

Suspiré, más de alivio que de otra cosa. Lo que me estaba ocurriendo era normal. Abby y yo estábamos bien. Sólo necesitábamos tiempo para ponerlo todo en orden.

—¿Qué planes tienes para mañana? —me preguntó.

—Estoy intentando decidir si debería pedirle que se quede a dormir mañana

por la noche —respondí, meditando la idea.

Abby había pasado conmigo la noche del jueves y no estaba seguro de que quisiera quedarse hasta el lunes.

—No sé si es muy buena idea —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Porque este tipo de relación dual es nueva para ti —me explicó—. Y, para ser sincero, creo que ella lo llevará mejor que tú. Pero en tu caso —vaciló—, creo que es posible que mañana por la noche necesites reflexionar sobre algunas emociones. No sé si tenerla en tu casa cuando acabe el fin de semana será lo mejor.

No había pensado en ello, pero era probable que tuviera razón. Necesitaría tiempo para pensar en cómo había ido el fin de semana, incluso después de haberlo hablado con Abby. Quizá me viniera mejor poder hacerlo solo.

A fin de cuentas, seguíamos teniendo la noche del lunes. Y la noche del martes. Y la noche del miércoles...

El llanto de Sam rompió mi concentración.

—Vaya. No duerme nunca —exclamó Paul—. Me tengo que ir.

—Me estoy replanteando lo del próximo fin de semana —bromeé.

—No te culparía.

Le prometí a Paul que hablaría con Abby antes de llamarle durante la semana y nos despedimos.

No hacía ni dos minutos que había colgado cuando volvió a sonar el teléfono.

Era Jackson.

—Eh, hola —saludé—. ¿Qué pasa?

—Felicia y yo queríamos invitaros a Abby y a ti a una barbacoa mañana por la noche —dijo—. Para estrenar la casa.

Jackson y Felicia se acababan de comprar una casa en las afueras, porque mi primo había decidido que su ático no era lo más adecuado para una pareja de recién casados. Empezaron a trasladarse el fin de semana anterior, aunque yo sabía que técnicamente Felicia aún seguía viviendo en el apartamento contiguo al de Abby.

«Otra conversación que tiene que surgir tarde o temprano».

—¿Una barbacoa? —pregunté.

—Ya sabes —se burló—. Filetes, patatas. Comida de hombres. Aunque si quieres puedo poner algún pescado en la parrilla.

—Me conformo con los filetes —contesté, sin parar de pensar ni un minuto—. ¿A qué hora?

Quería quitarle el collar a Abby y poder hablar con ella sobre el fin de semana antes de hacer nada el domingo por la noche.

—No lo sé —respondió—. ¿Importa mucho? ¿Tienes que coger un avión?

—¿Qué tal sobre las cinco? —propuse.

Eso nos daría dos horas. Teniendo en cuenta que era el primer fin de semana que jugábamos, no era lo ideal, pero serviría.

—Me parece perfecto —contestó—. Ah, no, nena —lo oí decirle a alguien, probablemente a Felicia—. Eso tiene que estar ahí. Son cosas del fútbol.

Yo carraspeé con discreción.

—Perdona, Nathaniel —se disculpó Jackson—. Mujeres, ya sabes... La quiero mucho, pero tiene que aprender a no tocar mis cosas.

Cuando colgué, miré a mi alrededor.

«Mujeres, ya sabes...»

La verdad es que no lo sabía.

ABBY

—Gracias por servirme este fin de semana —dijo Nathaniel, después de quitarme el collar el domingo a las tres de la tarde.

Me acarició el cuello con los dedos y me estremecí al sentir el amor que desprendía su caricia.

—Gracias por dejar que te complazca —contesté.

No quería que pensara que yo no disfrutaba tanto como él de nuestros fines de semana. En especial, teniendo en cuenta los errores que había cometido.

Era absurdo, pero me sentía distinta sin el collar. Era una sensación difícil de explicar. No es que el collar fuese un peso, no era una carga, pero cuando me lo quitó, supe exactamente a qué se refería cuando me dijo que llevarlo me ponía en un estado anímico muy concreto.

Lo miré de reojo y noté que se me dibujaba una sonrisa en los labios.

—¿Te quieres sentar un rato conmigo? —me preguntó—. Así podremos hablar.

También había algo diferente en él. Actuaba de forma distinta. Estaba menos seguro de sí mismo.

Me pregunté si serían imaginaciones mías.

La Abby de entre semana le habría gastado alguna broma. Mi yo de la semana anterior le habría respondido con una frase ingeniosa.

Pero había pasado los dos últimos días y medio entregada a mis deseos más primitivos y éstos no incluían las frases ingeniosas.

Y él lo sabía, claro.

—Pensaba que te mostrarías más... —hizo una pausa mientras buscaba la palabra adecuada— desinhibida cuando te quitara el collar.

Vale, aquello ya era demasiado.

—¿Crees que me he mostrado inhibida durante el fin de semana? —le pregunté—. ¿En qué momento exactamente? ¿Cuándo estaba tumbada desnuda sobre el potro o cuando estaba atada a tu mesa acolchada? —Me di unos golpecitos en la frente con la yema del dedo—. Ah, ya lo sé, han sido las pinzas para los pezones, ¿no? Definitivamente, las pinzas.

No tuve tiempo de seguir con mi descarado discurso. Inspiré hondo y me dispuse a enumerar las actividades del sábado por la noche, cuando de repente me agarró la barbilla y me atrajo hacia él para darme un largo y apasionado beso.

—Aquí estás —dijo sin soltarme, cuando nuestros labios se separaron. Me miró fijamente a los ojos—. Sabía que estabas por aquí, en algún lado.

Le pasé las manos por el pelo y tiré de sus mechones despeinados.

—Nunca me he marchado.

—Ya lo sé —afirmó—. Es que tenía miedo de que no quisieras hablar. Y de que esto fuera un poco raro.

—Dame algunos minutos. Sólo necesito... —arrugué la frente—, ¿«adaptarme» es la palabra correcta?

—Adaptarte es tan buena como cualquier otra —respondió, señalando el sofá—. ¿Te sientas conmigo? El viernes por la noche tuve la sensación de que nos fue bastante bien.

Se sentó él primero y dio unas palmaditas en el sitio que quedó libre a su lado.

—Apóyame los pies en el regazo. Te voy a hacer un masaje.

—Me siento tentada de decirte que ya has hecho suficiente. —Me senté en el sofá y le puse los pies en el regazo—. Pero me encanta que me masajeen los pies.

Sonrió, me cogió un pie y empezó a mover sus mágicos dedos.

—¿Ya he hecho suficiente? —repitió—. ¿A qué te refieres?

—Por dejarnos ser nosotros —dije—. De la forma que decidamos ser nosotros.

—¿Eso significa que no me vas a decir que ya no quieres mi collar?

—Pues claro que no. ¿Por qué crees eso? —le pregunté.

Siguió masajeándome en silencio y con el cejo fruncido durante algunos minutos.

—Me preguntaba si habría sido demasiado duro. Pensaba que podrías haber decidido que ya no querías estar conmigo. O, por lo menos, no en todos los sentidos.

—¿Eso pensabas?

—Sí.

Tenía que hablarle de mis miedos. Tenía que ser sincera. Él se estaba esforzando mucho para ser honesto conmigo.

—Yo tenía miedo de que no me aceptaras. De que decidieras que entrenarme suponía demasiado esfuerzo o trabajo, o que no valía la pena. —Me tragué el nudo que se me había hecho en la garganta—. He metido mucho la pata.

Él dejó de masajearme.

—Ha sido nuestro primer fin de semana. Todo era más difícil y más exigente que antes. Me habría sorprendido mucho que no cometieras ningún error.

—¿Ah, sí?

Por algún motivo, me sentí mejor.

—Ya te lo dije el viernes por la noche —añadió.

—Sí y una hora después volví a equivocarme.

—Necesito que seas sincera conmigo —confesó él, reiniciando el masaje—. ¿Cómo te sentiste cuando no te dejé tragar mi semen?

—¿Sinceramente?

Él arqueó una ceja como única respuesta.

—Tenía mucho miedo de atragantarme y escupírtelo todo encima —respondí al recordarlo—. Y me sentía muy mal por no haber contestado y haberte decepcionado. Odio sentirme así. —Bajé la voz—. Pero también me siento poderosa al saber lo mucho que te afecto, al pensar que quisiste despertarme, que tenías que despertarme.

—Pero cuando volqué todo ese poder en ti y te di rienda suelta...

Sonrió y esperó que yo dijese algo.

—Eso me gustó mucho —concluí.

—¿Y el castigo?

—Eso ya no tanto —contesté y entonces me di cuenta de que él iba a abrir la boca—. Ya sé que es un castigo —me adelanté— y se supone que no debe gustarme.

—¿Fue eficaz?

—Sí.

—Entonces sirvió para su propósito —dijo. Luego añadió—: ¿Por qué no contestaste?

—Mi cerebro trabaja demasiado —expliqué—. No dejaba de pensar en lo que debía contestar y en lo que tú querrías que contestara. En lo que pasaría si decía algo incorrecto.

—Lo único incorrecto fue lo que ocurrió. —Hizo girar los pulgares por la almohadilla de mi pie y me acarició la zona que se extendía por debajo del dedo gordo—. No será muy habitual que te deje elegir nada durante los fines de semana, pero cuando lo haga, quiero que tomes una decisión. Podrías haber optado por cualquier cosa, incluso por la mano.

—¿Y si hubiera dicho que quería ponerme encima de ti?

—¿Acaso te puse alguna condición? —Se le oscureció la mirada—. Sólo quería que eligieras.

En mi mente apareció una imagen de los dos moviéndonos juntos.

—¿Y si te hubiera pedido que me hicieras el amor?

La forma en que irrumpió en mi habitación no encajaba con esa imagen. Dudaba mucho que le hubiera pedido eso, pero seguía queriendo saber lo que él

habría hecho.

Me levantó el pie y me dio un beso en la planta.

—Pues todo habría acabado de una forma muy distinta.

—¿Lo habrías hecho?

—Sí —contestó—. Si ésa hubiera sido tu elección...

—Oh —exclamé, volviendo a sentirme decepcionada conmigo misma.

—Abby —susurró él como si percibiera mi tristeza—, no dejes que un único error te afecte tanto. Es la experiencia del aprendizaje.

—Pero fue una ocasión única y yo la eché a perder.

—Y lo volverás a hacer. Y otras veces seré yo quien meta la pata. Aprendemos y seguimos adelante.

Cambió de pie y fue abriéndose camino desde la punta hasta el talón.

—Gracias por el poema —dije. Me encantó que me recitaras «Porque ella me preguntará por qué la amo», era justo lo que necesitaba para apaciguar mis miedos.

—No hay de qué.

La nueva casa de Felicia y Jackson era muy bonita. Tenía cinco habitaciones, cinco baños completos, tres aseos y una enorme terraza en el tejado. Últimamente, había pasado muchas de mis horas para comer y muchas de mis tardes en tiendas de muebles, anticuarios y almacenes de telas con Felicia, que era una gran decoradora. Sabía lo que quería y casi siempre lo conseguía. Aunque también ayudaba mucho que estuviera prometida con uno de los jugadores de fútbol americano más conocidos del país.

Y, sin embargo, el tiempo que pasábamos juntas estaba empañado por una patina de tristeza. Habíamos sido vecinas durante años y me costaba mucho encajar el hecho de que ella se habría marchado en menos de dos semanas. Cuando no estuviera con Nathaniel, yo estaría sola.

«A menos...»

No, no quería ni pensar en eso. Era demasiado pronto para siquiera pensar en irme a vivir con Nathaniel. Incluso aunque él quisiera que lo hiciera.

¿Verdad?

«No es para tanto —reflexioné—. Lo más probable es que, después de la boda, yo pase la mayor parte del tiempo en casa de Nathaniel».

Pero, aun así...

Decidí que era mejor no forzar la situación. Todo era demasiado novedoso para ambos.

—¿En qué piensas tan concentrada? —me preguntó él cuando me abrió la puerta del coche—. ¿Abby? —insistió, tendiéndome la mano.

—Sólo pensaba —contesté. Sentí la calidez y la firmeza de su mano alrededor

de la mía—. En nada en particular.

—Recuérdame que te pregunte algo sobre el próximo fin de semana —dijo mientras subíamos los peldaños de la puerta principal.

—¿El próximo fin de semana? —Lo miré. Él no solía explicarme sus planes para el fin de semana—. ¿Qué pasa?

Me estreché la mano.

—Luego.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó Jackson cuando abrió la puerta—. Adelante. Estaba a punto de encender el fuego. —Se inclinó hacia adelante para rodearme con un brazo—. Felicia quiere tu opinión en la cocina.

—No —negué, devolviéndole el abrazo—. Ella sólo quiere que sonría y asienta a todas sus opiniones.

Jackson se rio.

—Sí, probablemente tengas razón.

Entramos en la cocina, donde mi amiga estaba muy atareada eligiendo los ingredientes de la ensalada. Cuando los hombres cogieron los filetes y se marcharon en dirección al patio, me miró con una ceja arqueada.

—¿No llevas el collar? —inquirió.

—Pensaba que no querías conocer los detalles. —No le había contado nada sobre nuestro nuevo acuerdo. Sin embargo, ella ya sabía que yo había pasado el fin de semana con Nathaniel y probablemente habría supuesto el resto. Me senté en uno de los taburetes de bar que habíamos elegido a principios de aquella semana—. Sabía que quedarían bien.

—Sí, quedan muy bien. —Cogió un cogollo de lechuga y lo lavó en el fregadero—. Y no, no quiero conocer los detalles. Sólo pensaba que lo llevarías puesto. Sé que has pasado todo el fin de semana con él. Y no te llevaste maleta.

Aquella maldita chica era demasiado observadora.

—¿Quieres conocer los detalles o no? No puedes tener las dos cosas. —Cogí un cuchillo—. ¿Necesitas ayuda? —Me dio un pepino y empecé a trocearlo—. Y ya que lo preguntas, sí, he llevado su collar este fin de semana. Pero sólo lo voy a llevar los fines de semana.

—¿Puedes hacer eso?

—Felicia... —le advertí, cortando el pepino en pequeños cubos.

—Lo siento —se disculpó—. Es que me preocupo por ti. En especial después de lo que pasó la última vez.

—Eres un encanto por preocuparte —contesté—, pero no tienes por qué. Esto no tiene nada que ver con lo de la última vez.

—Será mejor que ese hombre vaya con cuidado —dijo—. Quedaría muy mal que tuviera que asesinar a mi cuñado.

La idea de que Nathaniel se fuera a convertir en el cuñado de Felicia siempre me provocaba una extraña desazón. Era como si ella fuera a tener una conexión

con él que yo no tendría.

—Por lo menos es de brillantes —prosiguió—. Quedará bien con el vestido.

Su comentario me pilló desprevenida. No había pensado llevar el collar a la boda, pero la ceremonia se celebraría en fin de semana y, según nuestro acuerdo, debería ponérmelo. Me mordí el labio mientras echaba el pepino troceado en el cuenco de la ensalada. Tampoco tenía tanta importancia. Yo ya lo había llevado delante de la familia de Nathaniel. Podía volver a hacerlo.

« Pero se trata de la boda de Felicia » .

En cualquier caso, volví a pensar que no era para tanto. Tampoco era que, durante la celebración, Nathaniel fuera a encerrarme en un armario oscuro para azotarme con una pecha.

« Aunque por otro lado debo admitir que sería divertido » .

Me acaloré sólo de pensarlo.

« No. No. Debes. Pensar. Esas. Cosas » .

O quizá me ordenara que me metiera debajo de la mesa y se la chupara.

No, él nunca haría algo así.

« La ensalada, Abby —me dije—. Estás preparando una ensalada » .

Pero cuanto más me concentraba en no pensar en estar a disposición de Nathaniel durante la boda de Jackson y Felicia, más pensaba en estar a disposición de Nathaniel durante la boda de Jackson y Felicia y más se me disparaba la imaginación. Para cuando acabamos de preparar la ensalada, ya había repasado todas las situaciones posibles. Cada una más descarada que la anterior.

Oí unas risas procedentes del vestíbulo y cuando levanté la vista del cuchillo que estaba lavando, vi a Nathaniel y a Jackson entrando en la cocina.

Probablemente éste fuera quien atrajera más miradas. No sólo era guapo, sino que además tenía un porte que llamaba poderosamente la atención. Y como siempre estaba riendo y sonriendo, apetecía estar con él.

Pero era su callado y discreto primo quien acaparaba toda mi atención. Su presencia me atraía incluso desde la puerta. Nathaniel caminaba con tal elegancia y seguridad que me tenía completamente hechizada. Mis ojos se posaron en los suyos y nos miramos fijamente. Dejó un plato de filetes sobre la encimera sin apartar su ardiente mirada. Mis ojos se deslizaron hasta sus labios carnosos y fue como si volviera a sentir sus besos en mi espalda, después de haberme poseído en el potro el día anterior. La forma en que me ordenó que me mirara después de ponerme las pinzas...

« Qué traviesa eres » .

Me acaloré de nuevo y me concentré en el cuchillo que seguía lavando.

—¿Estás bien, Abby? —preguntó Jackson—. ¿Quieres que encienda el aire acondicionado?

—No. —Negué con la cabeza—. Estoy bien. Sólo un poco acalorada. —Hice

un gesto con la cabeza en dirección al agua del fregadero—. Son los platos.

Pero Nathaniel sabía muy bien en qué estaba pensando. Se puso detrás de mí, me quitó el cuchillo de las manos y lo dejó sobre la encimera con delicadeza.

—Creo que ya está limpio. —Se volvió hacia mí—. ¿Estás bien?

« ¿Estás bien?»

La pregunta que me había formulado una y otra vez los dos últimos días para asegurarse de que me sentía bien, segura y dispuesta a continuar. Repasé mentalmente cada parte de mi cuerpo y de mi mente para comprobar y asegurar que mi respuesta era verdad.

—Sí, A... —Me callé en seco al oírlo inspirar hondo—. Sí, Nathaniel. —Me puse de puntillas y le rocé la mejilla con los labios—. Sí, estoy bien —le susurré al oído—. Sólo he patinado un poco.

Su expresión era inescrutable, casi como si estuviera valorando si debía decir algo o no.

—Me preguntaba... —comentó como para sí mismo, pero no acabó la frase.

—Eh, vosotros dos —intervino Jackson—. Dejadlo ya, que vamos a comer.

Entonces me di cuenta de que Nathaniel me estaba rodeando con los brazos y que a ojos de cualquiera probablemente parecíamos una pareja fundida en un abrazo de enamorados. Miré a Felicia, pero mi amiga se limitó a asentir con aprobación y se fue a sacar los platos de un armario.

—Vamos —le dijo a Jackson—. Saquemos los platos y los filetes. No sé por qué los habéis vuelto a entrar. —Nos sonrió a Nathaniel y a mí—. Traed la ensalada cuando salgáis.

—Hecho —respondí, sin dejar de abrazar a Nathaniel.

Felicia y Jackson se marcharon, hablando sobre las patatas que él había dejado en la parrilla y preguntándose si estarían listas o no.

—Lo siento —le dije a Nathaniel cuando ya no podían oírme.

—¿Por qué? —me preguntó.

—No quería meter la pata. Cuando he dicho...

—Quiero que hagas una cosa por mí —me interrumpió—. Quiero que dejes de disculparte por todo. A decir verdad, no quiero que vuelvas a disculparte en toda la noche. —Le brillaron los ojos—. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré. No sé lo que me ha pasado. Supongo que al oírte preguntar si estaba bien, lo he relacionado con otras cosas.

—Ha sido culpa mía —admitió él—. Tengo que encontrar palabras nuevas. —Se separó de mí y sacó dos frascos de aliño de la nevera—. ¿Sólo tiene salsa italiana y ranchera? ¿No hay de queso azul?

Me encogí de hombros.

—Me parece que no le ha dado tiempo a llenar la nevera. ¿Crees que podrás conformarte con la italiana por una noche?

Pero en vez de contestar, él eligió retomar la conversación anterior.

—Cuando he entrado en la cocina y te he visto junto al fregadero, parecías —frunció el cejo— perpleja o confusa o algo. —Cogió un trozo de pepino del cuenco de la ensalada y lo masticó con aire pensativo—. Me preguntaba si quizá hubiera sido mejor que nos quedáramos en mi casa esta noche.

Yo me preguntaba lo mismo. Resultaba extraño actuar como una pareja «normal» después de un fin de semana tan intenso.

—Lo entiendo —le dije—. Pero creo que nos irá bien. Jackson es muy divertido y la verdad es que quiero demostrarle a Felicia que estamos bien.

Cogí el cuenco de la ensalada y me fui hacia la puerta,

Desde que nos reconciliamos ya habíamos salido con Jackson y Felicia varias veces. Y aunque una parte de mí se preguntaba si Nathaniel y yo deberíamos habernos quedado en su casa esa noche, otra parte aún mayor tenía ganas de volver a estar con Jackson y Felicia. En cierto modo para demostrar que podíamos mantener una relación normal con otra pareja.

Nathaniel y yo salimos al patio cuando Jackson estaba sacando las patatas de la parrilla.

—Justo a tiempo —comentó Felicia.

Nathaniel dejó las salsas en la mesa y me cogió el cuenco de ensalada de las manos. Luego se puso detrás de mi silla y me la retiró.

—No tienes por qué hacer eso, ¿sabes? —le dije sentándome, mientras él empujaba la silla hacia la mesa.

—¿Me concedes este capricho?

Dejó resbalar los dedos por mi espalda y luego los volvió a subir para apoyarlos en mi nuca y estrechármela con delicadeza. Era como si se sintiera más cómodo tocándome. Necesitaba una conexión física conmigo.

Miré a Felicia y a Jackson. Estaban de pie junto a la parrilla, hablando. Ella sostenía un plato lleno de patatas en la mano.

—Me gusta cuidar de ti —afirmó Nathaniel mientras se sentaba.

—Ya has cuidado de mí todo el fin de semana —respondí.

—No. —Sonrió—. Has sido tú quien ha cuidado de mí.

Me puso la servilleta en el regazo.

—¿Qué tal si los dos aceptamos que hemos cuidado el uno del otro?

—Me parece bien —convino—. Pero tú tienes que aceptar que siempre te retiraré la silla, te abriré la puerta del coche y me pondré de pie cuando te levantes de la mesa. —Se inclinó hacia mí y susurró—: Me educaron así. Mi padre y mi tío hacían lo mismo por mamá y Linda y ellas nunca los complacieron como tú me complaces a mí.

—Que tú sepas —le contesté.

Él se rio.

—No pienso ni considerar esa idea.

Felicia y Jackson se acercaron a la mesa.

—Bueno —dijo éste mientras se sentaba—, ¿qué habéis estado haciendo este fin de semana?

A Felicia casi se le salen los ojos de las órbitas y yo me tuve que aguantar la risa. Fue muy cómico. ¿Qué creía que íbamos a hacer? ¿Ponernos a detallar todo lo que habíamos hecho a la mínima ocasión?

—Abby me ha preparado sus deliciosas tostadas francesas —dijo Nathaniel, hablando del desayuno que le había preparado aquella mañana. Alzó su copa en mi dirección—. Buenísimas, como siempre. —Miró a Felicia—. ¿Te ha dado la receta? A Jackson le encantan las tostadas francesas.

Ella negó con la cabeza.

—No soy muy buena cocinera. Creo que Jackson tendrá que vivir sin esa exquisitez.

Y así de fácilmente, la conversación se alejó de nuestro fin de semana. Yo apoyé la mano en la rodilla de Nathaniel y él entrelazó los dedos con los míos.

Le apreté la rodilla.

« Gracias » .

Él me apretó la mano.

« De nada » .

—Creo que debería irme a casa —dijo Felicia dos horas más tarde, después de meter el último plato de la animada cena en el lavavajillas—. Abby ha prometido que me ayudaría a organizar los asientos del banquete.

Jackson se apoyó en la encimera.

—Explicame otra vez por qué nos importa dónde se sienta la gente.

Ella resopló y cogió su bolso, que estaba junto a la nevera.

—Simplemente nos importa.

—Pero, cariño, ya has repasado los sitios cinco veces. —Me guiñó un ojo; era evidente que disfrutaba tocando ese resorte de Felicia—. Estaremos igual de casados aunque los Tompkin se sienten al lado de los McDonald.

Ella lo ignoró.

—¿Cuándo dijiste que llegaba tu padre? —me preguntó.

—El jueves de esa semana —contesté, deslizando la mano en la de Nathaniel. Ya me había mencionado las ganas que tenía de conocer a mi padre. Entonces se me cruzó un pensamiento: « ¿Hará algún comentario sobre el collar si lo llevo puesto? » .

Felicia se puso en jarras.

—¿Crees que le gustaría sentarse con los Tompkin?

—Ni siquiera yo creo que eso sea una buena idea —intervino Nathaniel.

Era normal que no lo creyera. ¿Quién querría que el padre de su novia se sentara a cenar con los padres de su exnovia?

—Entonces creo que Abby y yo tenemos mucho trabajo —dijo Felicia.

Nathaniel tiró de mí en dirección a la puerta.

—Te llevaré a casa. —Miró a Jackson y asintió—. ¿Sigue en pie la cena de mañana?

Pero su primo sólo tenía ojos para su prometida.

—Si mañana sigo vivo... te propongo un trato —le decía él—. No volveré a decir ni una sola palabra sobre los asientos si tú dejas que siga teniendo los trofeos en el salón.

Ella sonrió, todavía en jarras.

—Siempre que sepas que sigo pensando que quedarían mejor en tu despacho. Él se le acercó con una sonrisa en los labios.

—Y mientras tú sepas que sigo sin entender que nos preocupe tanto saber dónde se sientan todos los invitados.

La tenía en el bote. Se abrazaron, él se inclinó hacia adelante y le susurró algo al oído. Ella se rio y se le acercó más.

Nathaniel y yo nos marchamos de la cocina cogidos de la mano y salimos por la puerta principal.

—¿Comemos juntos mañana? —me preguntó.

—¿Sushi?

—Para sushi siempre estoy disponible —sentenció—. Aunque lo prefiero cuando lo preparamos nosotros.

Ya estábamos junto a su coche.

—Entonces ¿qué te parece si preparamos sushi el martes por la noche y mañana almorzamos juntos?

—El martes por la noche me parece genial —contestó—. ¿Tienes planes para mañana por la tarde?

Le quité una pelusa imaginaria de la camisa porque quería tocarlo.

—Última prueba del vestido.

—Qué divertido.

—En realidad no, pero sobreviviré. Especialmente si puedo pensar en el martes.

Él sonrió.

—El martes por la noche prepararemos sushi. —Bajó la voz—. ¿Te quedarás a pasar la noche?

Me acerqué a él.

—Sí —dije y sentí la caricia de su aliento en la mejilla.

Sus labios rozaron los míos.

—Gracias.

—Si yo no me puedo disculpar —lo rodeé con los brazos—, tú no puedes darme las gracias.

Oí su cálida y profunda carcajada junto a mi oreja. Me retiré un poco y

sonreí.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Cuando se volvió a acercar a mí, cerré los ojos e inhalé su fragancia. Desprendía un olor masculino y salvaje.

Nuestros labios se rozaron, con suavidad al principio. Suspiré y le pasé los dedos por el pelo. Nathaniel gimió y separó los labios para profundizar el beso. Entonces la delicadeza se convirtió en pasión y la suavidad se tiñó de deseo. Pero los dos sabíamos que no nos podíamos abandonar a nuestras necesidades. Aquello no iba a pasar de un beso.

Cuando nuestros labios se separaron, él suspiró contra mi mejilla.

—Te quiero.

ABBY

Puse a hervir el arroz y me acerqué a donde Nathaniel picaba el pepino, las zanahorias y los aguacates. Pasé la mano por debajo de su brazo y cogí una zanahoria pelada.

—Eh. —Se dio media vuelta—. Estaba a punto de utilizarla.

—Tienes muchas.

Le di un bocado y me deleité en el satisfactorio crujido.

Él entrecerró los ojos y me miró con fingida furia mientras yo masticaba y me tragaba la zanahoria.

—Para tu información —dije, señalándolo con ella—, nunca elegiría guisantes en vez de zanahorias un martes por la noche. A menos que estén hervidas. Odio las zanahorias hervidas.

Aparecieron unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y en sus labios se dibujó una preciosa sonrisa.

—Mensaje recibido.

—Pero bueno —cogí el pelador y otra zanahoria—, como te he quitado una zanahoria pelada, lo menos que puedo hacer es pelarte otra.

—Oh, sí —exclamó, rozándome el hombro con la mano con mucha suavidad antes de apartarse de mí—. Es lo menos que puedes hacer.

Yo sabía que se estaba esforzando mucho para dejar que fuera yo quien marcara el ritmo de nuestros días de entre semana. Mientras comíamos el día anterior se mostró un tanto vacilante, cosa que supuso un cambio importante respecto a la barbacoa con Felicia y Jackson, cuando casi no dejó de tocarme.

Me volví hacia él y le acaricié la mano.

—Me encanta que me toques. No dejes de hacerlo sólo porque creas que podría malinterpretarlo o sentirme obligada a algo.

Su sonrisa se acentuó.

—Qué bien me conoces.

Me puse de puntillas y le di un breve beso.

—A veces.

La expresión de sus ojos me decía que no me creía. Decidí no insistir.

Además, había otro tema del que quería hablar. Me volví de nuevo hacia la encimera y empecé a pelar la zanahoria.

—¿Querías preguntarme algo sobre el próximo fin de semana? —le recordé.

Él cogió otra zanahoria y nos pusimos a trabajar codo con codo.

—Supongo que ya me has oído hablar de Paul, ¿verdad? —preguntó.

Paul era el mentor de Nathaniel. El hombre que fue su instructor. Él me dijo en una ocasión que Paul era la única persona a la que se había sometido. Todavía no era capaz de asimilar esa idea: Nathaniel sometiéndose a alguien. Incluso aunque no hubiera sexo era algo que me confundía.

—¿Y de Christine? —añadió.

Christine era la mujer de Paul y su sumisa. Tenían un hijo de tres meses, Sam. Paul le había enviado fotos de su rollizo bebé a Nathaniel. Era monísimo y tenía una preciosa sonrisa desdentada.

—Claro que recuerdo a Paul —dije—. Es algo difícil de olvidar.

La imagen de Nathaniel sometiéndose voluntariamente a alguien era algo difícil de olvidar.

—Hablé con él —explicó—. Nos ha invitado a New Hanover este fin de semana.

«¿Este fin de semana?»

—Le dije que quería comentarlo contigo y saber qué pensabas —continuó—. Podrías hablar un rato con Christine. Ella es sumisa y creo que sería bueno que tuvieras la oportunidad de charlar con alguien con quien pudieras relacionarte a ese nivel.

Yo seguí pelando la zanahoria. ¿Alguien con quien hablar? ¿Alguien que no fuera Nathaniel? ¿No sería un poco raro? ¿Cómo se entablaba una conversación de esa clase? ¿Hola, soy Abby y me va la dominación?

—También me mencionó que ellos podrían representar alguna escena para nosotros —dijo Nathaniel—. Quizá con alguno de tus límites suaves.

«¿Ver cómo otros practican sexo?»

Se me cayó el pelador y aterrizó en el suelo.

Él se agachó para recogerlo. Cuando se levantó, me sujetó el mentón con suavidad.

—En tu lista pusiste que estabas dispuesta a probarlo, que te apetecía observar a otras personas. Yo nunca violaría tus límites infranqueables. Jamás.

Mi mente se movía en mil direcciones. ¿Estáramos en el cuarto de juegos de Paul? ¿Cómo funcionaba aquello? ¿A Christine no le importaría?

—Marcaste los puntos «desnudez forzada delante de otras personas» y el «exhibicionismo entre amigos» como unos límites suaves. —No me soltó la barbilla—. No voy a forzar esos límites este fin de semana. Estarás vestida en todo momento y no te pediré que hagas nada delante de nadie.

Nos quedamos los dos en silencio durante algunos segundos y todo lo que no

dijo resonó en mi cabeza. El recordatorio de que en algún momento sí forzaría mis límites.

Sonrió.

—Y es martes, Abby.

Había esperado hasta el martes para sacar el tema del fin de semana, porque quería que opinara con sinceridad. Enseguida comprendí por qué no me lo preguntó el domingo, cuando estuve a punto de llamarlo «Amo» delante de Jackson y Felicia. Él sabía que si me lo planteaba tan poco tiempo después de haberme quitado su collar, mi respuesta podría estar condicionada.

—Vaya —dije—. Supongo que cuando marqué esas casillas no pensaba que ocurriría tan deprisa.

—¿No quieres ir?

Ladeé la cabeza.

—No, no es eso. Sólo necesito pensar un minuto.

Me volví a concentrar en las verduras para asegurarme de que cuando el arroz estuviera listo lo tendría todo preparado. Él abrió la puerta de la nevera y sacó el atún y la anguila; me estaba dando espacio y tiempo para que pensara bien lo que iba a responder.

—¿Alguna vez has practicado sexo con Christine? —le pregunté.

—¿Qué? —Levantó la vista del pescado—. No.

—¿Alguna vez has representado alguna escena con ella? —insistí, después de replantearme la pregunta.

—No. —Cogió un cuchillo y cortó el atún en tiras—. Pero los he visto practicar sexo otras veces.

—Ésa iba a ser mi siguiente pregunta.

—Ya me lo imaginaba.

Separé las verduras en pequeños montones —mi montón y el suyo—, y pensé un poco más en su pregunta. ¿Sería muy extraño sentarse a cenar con una pareja después de haberlos visto en su cuarto de juegos?

—Abby —dijo, lavándose las manos—, Paul y Christine están muy bien considerados en la comunidad y están muy acostumbrados a tratar con principiantes. Es posible que se den situaciones un tanto incómodas, pero es algo a lo que los dos están habituados. Paul me dijo que a Christine la excita saber que la están observando.

Ya se me había ocurrido. Me acordé de cuando Nathaniel y yo lo hicimos en la Super Bowl. Siempre sentía una corriente de excitación que me recorría el cuerpo cuando pensaba en ello.

—Te irá muy bien hablar con Christine —dijo—. Ella te comprenderá y te ayudará en cualquier duda que tengas y que no te sientas cómoda comentando conmigo. —Se acercó a mí y me acarició la mejilla. Sus expresivos ojos contrastaban con el relajado tono de su voz—. Y Christine se casó con su

Dominante.

«Se casó con su Dominante».

¿Algún día Nathaniel y yo llegaríamos a estar en ese punto? ¿Él llegaría a querer eso? ¿Y yo?

Pensé en lo unida que estaba a Felicia y comprendí lo agradable que sería tener una amiga que llevara el mismo estilo de vida que yo y con la que pudiera hablar. Luego pensé en mis listas y en las cosas que había marcado como límites suaves. ¿Estaría dispuesta a cambiar esa lista después de una experiencia como ésta? ¿Si viera con mis propios ojos cómo otra pareja representaba una escena con alguno de mis límites suaves, cambiaría de intereses?

—Iremos. —Sonrei—. Hagámoslo.

Pensaba que me preguntaría si estaba segura, pero optó por besarme con suavidad.

—Mañana llamaré a Paul.

Después de cenar sacamos a *Apolo* para jugar a la pelota con él un rato. El perro sabía muy bien lo que íbamos a hacer y corría delante rebosante de excitación.

Nathaniel y yo caminábamos el uno al lado del otro, con nuestros brazos rozándose de vez en cuando. Cuando llegamos a la altura de los cerezos, le lanzó una pelota de tenis a *Apolo*. El perro gruñó, salió corriendo a recogerla y la volvió a traer para que se la lanzara de nuevo.

Yo me reí cuando vi que se tropezaba con las patas al volver hacia nosotros. Parecía que se estuviera riendo.

—Qué presumido —dije.

—Le gusta alardear delante de ti —comentó Nathaniel, lanzándole la pelota de nuevo.

Seguimos jugando un rato más. El clima empezaba a ser más cálido y, aunque aún faltaba más de una semana, parecía que Felicia y Jackson iban a tener muy buen tiempo el día de su boda. No sabía cómo mi amiga se había atrevido: yo jamás sería capaz de planificar una boda al aire libre. Demasiadas incertidumbres.

—¿Cuándo vence el contrato de alquiler de tu apartamento? —me preguntó Nathaniel.

Su pregunta me sorprendió y lancé mal la pelota. Por suerte, a *Apolo* no le importó.

—A mediados de junio —dije.

—¿Vas a renovarlo?

—Aún no lo he decidido.

Lo oí inspirar hondo.

—He estado pensando —empezó.

Me quedé de piedra. ¿Me iba a pedir que me fuera a vivir con él? ¿Qué le iba a contestar? Cuando volví a lanzar la pelota, me di cuenta de que me temblaba la mano.

—¿Se te hará cuesta arriba estar sola cuando Felicia no viva en el piso de al lado? —inquirió.

Yo me había planteado eso mismo muchas veces.

—No lo sé.

—No estoy seguro de que me guste que estés sola.

—¿Porque crees que Felicia me ofrecía protección? Ya soy mayorcita, ¿sabes?

—Ya lo sé. Pero me preocupo por ti.

—Quizá me compre un perro, o me lleve a *Apolo* conmigo, o consiga un buen espray de gas pimienta, o...

—O podrías venirte a vivir conmigo.

Me quedé sin aliento y volví la cabeza para mirar a *Apolo*.

—Supongo que eso depende.

—¿De qué?

—De si quieres que me venga a vivir contigo porque te apetece o porque estás preocupado por mí.

Su mirada era dulce y suplicante.

—¿Es que dudas de lo mucho que te quiero?

—No me ha parecido que ése fuera el motivo principal por el que me lo pedías.

—He metido la pata —reconoció—. Déjame intentarlo de otra forma. —Me cogió la cara con las manos y me la levantó para mirarme a los ojos—. Quiero que estés aquí por la mañana, para ver cómo te levantas con el pelo alborotado y lo gruñona que estás hasta que te tomas un café. Quiero que estés aquí por las tardes, para que me puedas contar cómo te ha ido el día mientras preparamos la cena juntos. Y quiero que estés aquí por las noches, porque no hay nada que me guste más que quedarme dormido sabiendo que estás más cerca de mí que el próximo latido de mi corazón. —Sus labios estaban a punto de rozar los míos—. ¿Quieres venirte a vivir conmigo?

Tenía la boca seca. No podía hablar.

—¿Abby?

—Sí.

Volvió a sonreír, me cogió de la mano y volvimos a casa.

Horas después, yo estaba en su habitación, mirando cómo volvía a sacar a *Apolo* por última vez. A través del enorme ventanal de su dormitorio, podía ver al perro deambulando por el césped con el hocico pegado a la hierba. Nathaniel estaba

junto a él y miraba la luna con expresión meditabunda.

Yo escudriñé la extensión de césped siguiendo el largo camino que se perdía entre una arboleda. Se me hacía muy raro pensar que al cabo de unas tres semanas aquél sería mi nuevo hogar. Aquella casa. Aquel césped. Aquella habitación.

—¿En qué estás pensando?

Mis ojos volvieron al césped. No había visto ni oído a Nathaniel regresar a la casa. Me volví hacia él.

Seguía con los pantalones del traje puestos y, aunque se había quitado la corbata, aún llevaba la camisa blanca. Esbozó una leve sonrisa al darse cuenta de que me había pillado desprevenida y se acercó un poco más.

—Estaba pensando que en menos de un mes ésta será nuestra habitación —dije.

—Nuestra habitación. —Se acercó a mí y me posó una mano en cada hombro—. Me gusta cómo suena.

—¿De verdad? —pregunté—. Llevas tanto tiempo viviendo solo que me preocupa entrometerme o invadir tu privacidad.

—He pasado toda mi vida adulta pensando que había algo malo en mí y sintiéndome como medio hombre por lo que soy. —Me acarició la mejilla y luego la clavícula con uno de sus largos dedos—. Haberte encontrado, tenerte conmigo así y saber que me deseas... —Su dedo subió hasta mis labios—. No quiero seguir estando solo. Te quiero. Quiero que estés aquí conmigo.

Cerré los ojos y él me estrechó entre sus brazos para besarme con delicadeza.

Luego se apartó.

—Por cierto, estás muy guapa. Quería decírtelo antes de que me distrajeras con tu comentario sobre nuestra habitación.

Me alegró mucho que se hubiese fijado en el camión. Lo había elegido para la primera noche que pasáramos juntos después del fin de semana. No era una prenda excesivamente cara, pero era del color plateado con el que tanto le gustaba verme y tenía un corte que realzaba mi figura.

—¿Has visto la espalda? —lo provoqué. Era escotado por detrás y tenía unos finos tirantes cruzados.

—Cuando he entrado y te he visto junto a la ventana, he estado a punto de no decir nada sólo para poder quedarme aquí mirándote.

Él no era el único que estaba disfrutando de las vistas. Empecé por la parte superior de su camisa y fui bajando, al tiempo que desabrochaba un botón detrás de otro.

—Por mucho que me guste verte con tu camisa blanca —dije—. Prefiero verte desnudo.

Me tomé mi tiempo para desvestirlo y disfruté pensando que teníamos toda la

noche por delante. Horas y horas para disfrutar el uno del otro, para amarnos, para reconectar mediante lentas y dulces caricias. Me sentí abrumada por la idea de que muy pronto podríamos estar de esa forma cada noche de la semana. ¿Alguna vez llegaría a mirar aquella habitación, con él dentro, y sentirla familiar?

Nathaniel me acarició. Luego, con pausada ternura, cogió el camisón y me lo quitó.

—Tu cuerpo bañado por la luz de la luna —dijo, dejando resbalar las manos por mi piel—. Precioso.

Era él. Él me hacía preciosa. Sus palabras. Sus caricias. Su amor.

Antes de que pudiera decir nada, sus labios se posaron sobre los míos y me besó.

Para cuando tiró de la colcha y nos metimos en la cama ya estábamos los dos desnudos. Entonces se puso encima de mí para besarme el cuello y saborearme. Yo deslicé las manos por su espalda y cuando le rocé la piel con las uñas, noté cómo se estremecía.

Me sentía atrevida: me apoyé en sus hombros y me incorporé. Cuando se tumbó boca arriba, me senté sobre él y le rocé los pezones, primero con los dedos y luego con los labios. Casi había olvidado lo dulce que era su sabor: masculino combinado con un toque salvaje.

Tracé un camino de besos por su estómago mientras lo acariciaba con las manos. Evité el contacto con su polla y me centré en otras partes de su cuerpo: su ombligo, el vello de su bajo vientre y la sensible piel de encima de su ingle.

—Joder, Abby —susurró cuando le mordisqueé la piel de la cara interior del muslo.

Estaba tan cerca de su erección que sabía que podía sentir mi aliento. Arqueó las caderas en un vano intento de conseguir algo de fricción, pero yo aún no había acabado de explorarlo.

—Mírate a ti a la luz de la luna —indiqué, retirándome para observar cómo la pálida luz proyectaba sombras sobre su piel. Me senté y deslicé un dedo desde su hombro hasta su muslo, evitando, una vez más, la parte de su cuerpo más necesitada de contacto. Luego dejé resbalar la mano y le agarré los testículos—. Las sombras que se esconden aquí. —Mis dedos siguieron por su muslo—. Y la claridad que se extiende por aquí.

—Ven aquí —murmuró, alargando los brazos para cogerme.

—Aún no.

—Te deseo.

Me acarició los brazos con las manos.

—Espera.

Me deslicé un poco hacia abajo y le lamí la rodilla. Se la cogí y le besé el interior.

—Lo que me estás haciendo es una crueldad —se quejó.

—Hum —respondí, concentrándome en memorizar la musculada curva de su pantorrilla.

Deslicé los dedos por su pierna y le levanté el pie. Busqué la zona justo de debajo del hueso del tobillo. Cuando la encontré, le di un beso en la suave piel que lo recubría.

Nathaniel suspiró.

—¿Qué? —pregunté.

—Creo que nadie me había besado ahí.

Volví a darle un beso en el mismo sitio y deslicé la lengua por su piel.

—Qué descuidadas.

Luego le presté el mismo grado de atención a la pierna y el tobillo opuesto para, por fin, volver a subir por su cuerpo. Por algún motivo, eso de disfrutar de él había aumentado mi excitación. Entonces se sentó y, cuando me rozó la punta de los pezones con los pulgares, estuve a punto de correrme allí mismo.

Nathaniel observó mi reacción con una sonrisa traviesa.

—¿Ansiosa?

Bajó la cabeza y se metió uno de mis pezones en la boca.

Yo lo agarré del pelo con más fuerza.

—Oh, Dios, sí.

—Es una pena —dijo, cambiando de lado.

Me tumbó sobre la cama sin apartar la boca de mi piel ni un solo segundo. Estaba debajo de él y percibía la suavidad y la ligereza de sus caricias. Su boca y sus labios se deslizaban por el valle entre mis pechos y de vez en cuando sacaba la lengua para provocarme.

Cuando llegó a mi vientre dejé escapar un gemido. Él bajó un poco más y lamio la piel justo de encima de mi clitoris. Luego sopló, provocando una suave corriente de aire cálido que recorrió mi humedad. Se rio con suavidad al oír la maldición que murmuré entre dientes.

Lo agarré de los hombros, quería que se pusiera encima de mí, quería sentir su peso sobre mi cuerpo. No me hizo esperar. Gateó hacia arriba y me separó las piernas con las rodillas muy suavemente. Yo lo rodeé con los brazos y él dejó caer la cabeza sobre mi cuello.

Me penetró despacio, dejándome sentir cada uno de sus centímetros. O quizá su intención fuera sentir cada uno de los míos. Cuando estuvo completamente enterrado en mí, le deslicé las manos por la espalda. Él flexionó un poco las caderas y se preparó para embestir.

—Espera —le pedí, deteniéndolo con las manos.

—Joder —masculló en mi oído—. ¿Por qué?

—Quiero sentirte un minuto —respondí, disfrutando de la suave dilatación que me provocaba sentirlo tan adentro.

Murmuró algo entre dientes, pero se quedó quieto.

Eso de tenerlo tan cerca pero no poder abandonarme a la necesidad de moverme en busca de la liberación que necesitaba pronto empezó a ser demasiado. A Nathaniel se le entrecortó la respiración y se puso tenso.

—Vale —dije, cuando ya no lo pude soportar más. Subí las manos hasta sus hombros.

—Gracias a Dios.

Se retiró casi del todo y luego me penetró con una larga y suave embestida. Empezamos a movernos al unísono y yo le rodeé la cintura con las piernas, arqueándome hacia él para acoger cada una de sus acometidas. Incluso en ese momento, nuestra fusión seguía siendo pausada. Ninguno de los dos quería correr. Nos estábamos tomando nuestro tiempo y disfrutábamos de cómo encajábamos y de cómo nos movíamos con el otro.

Mi orgasmo fue llegando muy despacio, comenzó siendo un foco de calor dentro de mi vientre y se fue desplazando hacia abajo. Él debió de sentir lo mismo, porque aumentó el ritmo y me penetró más profundamente. Con más fuerza.

Intenté retener esa sensación, quería alargarla, hacer que durara más, pero no podía. Me contraí una vez a su alrededor y dejé que el clímax me superara. Él me siguió poco después y se corrió dentro de mí, con un suave gruñido.

Nos quedamos quietos durante varios minutos. Luego Nathaniel levantó la cabeza y me dio un beso largo y profundo. Yo me tumbé sobre su pecho y él me rodeó con los brazos.

Quería quedarme así desnuda, tumbada en la cama y hablar de nada y de todo. Pero las emociones del día me pasaron factura y pronto empecé a notar que me pesaban los párpados.

No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que su risa hizo vibrar su pecho debajo de mí.

—Duérmete —me susurró, acariciándome el pelo—. Ya habrá tiempo.

NATHANIEL

Cuando el miércoles llegué a casa de Abby para cenar con ella, su apartamento estaba lleno de cajas de mudanza.

—Has estado ocupada —comenté.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y empezamos a disfrutar del pollo braseado y el maíz que había preparado.

—Jackson ha contratado un camión de mudanzas para este fin de semana, para que recojan las cosas de Felicia, y han sobrado algunas cajas.

—¿Crees que te sentirás sola cuando se vaya?

Sus ojos revolotearon por la habitación al tiempo que detenía el tenedor a medio camino de su boca.

—No tengo previsto pasar mucho tiempo aquí después de la boda.

Me quedé sin aliento. Sabía que Abby quería vivir conmigo. Sabía que se trataba de mucho más que de un tema de mera conveniencia, pero oírsele decir en voz alta... Me sorprendía cada vez que lo hacía.

—¿Se ha molestado Felicia cuando le has dicho que no estarás aquí para ayudarla con la mudanza este fin de semana?

—No —contestó—. Ya sabe que nuestros fines de semana no son asunto suyo.

«Nuestros fines de semana».

—Así me gusta —dije, para provocarla un poco—. Yo soy el único que toma decisiones sobre nuestros fines de semana.

—Felicia lo está haciendo mucho mejor —aseveró Abby—. Esta vez me está demostrando mucho más apoyo.

—Me alegro. No me gustaba nada pensar que intentaba convencerte para que me dejaras.

—No me malinterpretes. No digo que lo comprenda, pero lo ha aceptado. —Paseó el maíz por el plato—. Incluso ha llegado a decirme que los diamantes de mi collar combinarán muy bien con el vestido.

«¿Los diamantes y el vestido?»

—Y ¿por qué te ha dicho eso? —inquirí.

Dejó de jugar con el maíz y me miró.

—Es en fin de semana.

—¿El qué?

—Su boda, Nathaniel —respondió, como si lo que estaba diciendo tuviera todo el sentido del mundo.

—Eso ya lo sé. Sólo estoy intentando decidir que... —empecé, pero entonces entendí lo que quería decir con eso—. ¿Cree que vas a llevar el collar a la boda?

Abby frunció el cejo.

—Y ¿no es así?

Joder. Lo había vuelto a hacer. Había asumido que ella lo sabía.

—No había pensado ponerte el collar ese fin de semana —dije.

—¿Ah, no? —preguntó—. ¿Por qué?

Deberíamos haber tenido esa conversación hacía ya varias semanas, quizá incluso cuando hablamos por primera vez de la frecuencia con que llevaría el collar.

—¿Te acuerdas de los motivos por los que decidí que no quería que llevaras el collar durante la semana?

Ella asintió.

—Dijiste que me hace adoptar un estado anímico concreto.

Alargué el brazo por encima de la mesa y le cogí la mano.

—Y ahora que lo has llevado durante todo un fin de semana y te lo quitaste el domingo, ¿estás de acuerdo conmigo?

Casi era capaz de ver cómo trabajaba su mente. Me la imaginé reviviendo la noche del domingo, cuando casi mete la pata en casa de Jackson y Felicia.

—Sí —respondió.

—Y ¿crees que quiero que tengas ese estado de ánimo en la boda de tu mejor amiga, cuando además eres su dama de honor?

—Oh —se limitó a decir.

—Y a la inversa —continué—. ¿Crees que yo quiero adoptar la actitud que tengo cuando llevas mi collar? ¿El día que mi primo se está casando y yo soy su padrino?

—Ya —dijo, cuando comprendió la realidad de ambas situaciones.

—Debería haber sacado este tema mucho antes. —Negué con la cabeza—. Es que nunca imaginé que pensarías que ibas a llevar el collar a la boda.

—Entonces ¿es como un fin de semana libre?

—Esto es una relación de doble sentido. —Le acaricié los nudillos con el pulgar—. Tenemos que hacerla funcionar para los dos. Ir reorganizando las cosas según sea necesario.

Abby esbozó una sonrisa traviesa.

—Adiós a mi fantasía de que me encerraras en un armario para azotarme con una percha.

Parpadeé.

Dos veces.

—¿Tenías una fantasía en la que yo te azotaba con una percha? —le pregunté.

Ella asintió. Era evidente que estaba disfrutando de la ventaja de haberme pillado desprevenido.

—Y también me había imaginado chupándotela durante el banquete.

—¿Sabes?, no sólo los fetichistas disfrutan de un armario cerrado en las bodas.

—O de un poco de acción por debajo de la mesa —añadió con un brillo pícaro en los ojos.

—Eres muy muy mala.

Abby separó la mano de la mía y bebió un sorbo de su copa de vino blanco con serenidad.

—Eso dicen.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Ella volvió a llevarse la maldita copa a los labios y bebió otro sorbo. Yo era incapaz de apartar la vista.

—Te aseguro que no tengo ni idea —aseveró.

—Al contrario —repliqué, mirándole los labios e imaginándolos alrededor de mi polla—. Estoy seguro de que tienes varias.

—Es posible.

—Quizá podamos comentar esas ideas. —Hice un gesto en dirección a su habitación—. ¿Lo hablamos en un sitio un poco más cómodo?

—Podríamos. —Se levantó muy despacio—. Pero primero tienes que quitar la mesa. No me gusta dejar los platos sucios toda la noche.

Cogí los dos platos y me fui hacia el fregadero. Antes de salir del comedor, la miré por encima del hombro.

—Y, Abby, sólo para que no haya ningún malentendido. Si fuera la boda de cualquier otra persona...

Ella se detuvo a medio camino de su habitación.

—Sí que llevarías el collar —concluí.

La tarde del viernes se reunió conmigo en el aeropuerto a las cinco y media. Yo la estaba esperando junto al jet.

—¿Qué tal tu día? —le pregunté, dándole un beso en la mejilla y cogiéndola de la mano.

—Largo.

«Sí, preciosa. Sé muy bien a qué te refieres».

Su collar nos estaba esperando dentro. Había planeado ponérselo en cuanto alcanzáramos la altitud de crucero.

Cuando estuvimos sentados y en el aire, me volví hacia ella.

—Antes de hacer cualquier cosa, quiero hablar contigo.

—¿Va todo bien?

—Claro —le dije—. Sólo quiero dejar las cosas claras antes de ponerte el collar.

—¿Y darme la oportunidad de expresar cualquier duda que pueda tener?

No pude evitar sonreír.

—Aprendes rápido.

—Lo intento.

Sabía que era cierto y quería ayudarla en todo lo que pudiera.

—Quiero que este fin de semana te sientas cómoda —expliqué—. Quiero que te sientas con libertad para poder hablar con Paul y Christine, y que te quede muy claro que puedes hacerlo también conmigo siempre que lo necesites.

—¿De verdad?

Asentí.

—Tienes que ver la casa de Paul y Christine como una enorme biblioteca o como la mesa de la cocina. Seguirás teniendo que dirigirte a mí como «Señor» o «Amo» porque no hay nada que esconder delante de ellos. Tendremos que establecer nuevas normas para su cuarto de juegos, pero ya hablaremos de eso mañana. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Si decido hacer algún cambio, te lo comunicaré.

—No estoy segura de comprender eso.

Me alegraba que lo planteara. Yo había formulado la frase de forma imprecisa con toda la intención, sólo para ver si me pedía que se lo aclarara.

—Si decido que se ha acabado la hora de la biblioteca o que no quiero que actúes con libertad por algún motivo, si decido que quiero jugar, te lo comunicaré. —La miré a la cara para asegurarme de que lo entendía—. ¿Te ha quedado más claro?

—Sí. Me dirás que has decidido azotarme con una percha.

—Exacto. —Me reí—. Te diré que he decidido azotarte con una percha.

—Comprendido.

Me miré el reloj y luego miré por la ventana. Estábamos volando tranquilamente y ya habíamos dejado de ascender. Me desabroché el cinturón y me puse de pie.

Su collar estaba en una mesa cerca del minibar. Lo saqué de la caja. Sus ojos seguían todos mis movimientos.

Lo sostuve con la mano.

—Ven aquí, Abigail —dije—. Y demuéstrame las ganas que tienes de llevar mi collar.

Paul y Christine vivían en una modesta casa de dos pisos. Mientras entraba con el

coche por el camino, traté de recordar cuánto hacía desde la última vez que los visité. ¿Quizá dos años?

Miré a Abigail con el rabillo del ojo. Estaba sentada rígida e inmóvil junto a mí. No había cambiado de postura desde que salimos de la agencia de alquiler de coches.

—Relájate —la tranquilicé, acariciándole la rodilla—. Son dos personas normales que comparten nuestros mismos intereses. Te prometo que no hay nada de lo que debas asustarte.

Asintió e inspiró hondo, pero no dijo nada.

—Acuérdate de lo que te he dicho en el avión —insistí—. Quiero que te sientas cómoda para hablar este fin de semana, no sólo conmigo, también con ellos.

—Lo siento —se disculpó—. Tenía muchas ganas de hacer esto. Es sólo que ahora que ya estamos aquí...

Le di unas palmaditas en la rodilla.

—Todo irá bien.

—Sí, Amo —convino, pero estaba poco convencida.

—No quiero que me contestes así sólo para darme la razón —le advertí—. Quiero que me creas.

No dijo nada más. Yo aparqué el coche y salí para abrirle la puerta. Sabía que había poco que pudiera decir para convencerla. Tendría que aprender por sí misma que en casa de Paul y Christine no había nada que temer.

Las luces estaban encendidas a pesar de que eran las nueve pasadas. Me parecía recordar que Paul me dijo que su suegra no se llevaría a Sam hasta el día siguiente.

Y entonces, cuando nos acercamos a la casa, lo oí, el inconfundible sonido del agudo llanto de un bebé.

—Me parece que va a ser una noche larga —auguré.

Ella abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida.

Yo la miré arqueando una ceja y llamé al timbre.

Paul abrió la puerta y los llantos se oyeron con más fuerza.

—Nathaniel —dijo, tirando de mí para abrazarme—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Nos hizo un gesto para que entráramos en la casa.

Cuando lo hicimos, se volvió de nuevo hacia nosotros.

—Tú debes de ser Abby. —Le tendió la mano—. He oído hablar mucho de ti. Me alegro de conocerte al fin.

Ella se sonrojó un poco.

—Yo también he oído muchas cosas sobre ti.

—No te creas nada —bromeó él con un grave susurro—. Bueno, no te lo creas todo. Algunas probablemente sean ciertas.

—Créetelo todo —me indicó Christine, entrando en el salón—. Cada una de las palabras que hayas oído y quizá algo más. —Se rio y me abrazó—. ¿Cómo va todo, Nathaniel? —Luego alzó las manos—. Abby, bienvenida a nuestra casa. Como puedes ver, Sam no se quería perder vuestra llegada.

—Consideradlo un buen método anticonceptivo —bromeó Paul.

Christine lanzó una mirada acusadora a su marido antes de volver a dirigirse a nosotros.

—Pasad. ¿Necesitáis ayuda con las maletas?

—Nathaniel —intervino Paul, haciendo un gesto en dirección a la puerta—. Te ayudaré a llevar las maletas.

—Abby y yo os esperaremos en el salón —anunció Christine—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó, mientras salían del vestíbulo.

—Es encantadora —comentó Paul cuando por fin estuvimos solos.

—¿Verdad que sí?

—¿Un poco nerviosa por el fin de semana?

—Claro. Pero yo tengo mucha fe en Christine. Ella la tranquilizará enseguida.

—Ajá —convino—. Suele tener ese efecto en la gente.

—Eso espero. Abby no ha dicho ni una sola palabra desde que hemos salido del aeropuerto.

Cogimos las maletas y nos adentramos en la casa.

—Os he instalado en la habitación de invitados que hay en el mismo pasillo de la nuestra —expuso—. Espero que Sam no os tenga en vela toda la noche.

—Estaremos bien.

Entramos y Paul dejó la maleta de Abby junto a la puerta. Luego se excusó antes de entrar al salón, donde ella y Christine hablaban en voz baja. Posó una mano sobre el hombro de su esposa, se inclinó hacia adelante y le susurró algo al oído. Christine le contestó algo que no pude oír y se levantó para irse a la cocina, después de darle un beso a Paul en la mejilla.

Él me hizo un gesto para que entrara en el salón.

—Nathaniel y yo vamos a ir un momento a mi despacho —le explicó a Abby—. No lo retendré mucho tiempo.

Ella asintió.

—Enseguida volvemos —añadí yo.

Sabía que Christine la haría sentir como en casa, pero no quería estar separado de ella mucho rato.

—Sí, Señor —dijo, bajando la vista al suelo.

Era la primera vez que me llamaba «Señor» en presencia de otras personas y no estaba preparado para lo que me hizo sentir. Reprimí las ganas de hacer un gesto en dirección a la habitación de invitados y ordenarle que se reuniera allí conmigo para poseerla rápido y duro...

—¿Nathaniel!? —me llamó Paul.

El despacho de Paul no había cambiado mucho desde la última vez que lo vi. Enseguida me di cuenta de que tenía nuestras listas sobre la mesa.

—¿Un poco de lectura ligera? —le pregunté, mientras me sentaba en una silla.

—Sólo entre cólico y cólico de Sam.

—¿Qué has preparado para mañana?

—Bueno. —Cogió una de las listas—. Parece ser bastante aventurera, incluso a pesar de tener poca experiencia. Pero lo que me ha sorprendido es que ha marcado las varas como límite infranqueable.

Asentí.

—Yo te enseñé a utilizar las varas —recordé—. Eres un experto.

« Sí » .

—Creo que las utilizaré mañana con Christine para demostrarle a Abby que no tiene nada que temer.

Una parte de mí pensaba que era buena idea demostrarle las posibilidades de una vara cuando no se usaba para castigar. Paul era muy bueno con eso. Así, luego Abby y yo podríamos hablar del tema. Y ella y Christine también podrían comentarlo.

Pero entonces recordé la conversación que mantuvimos algunas semanas atrás y el miedo que vi en sus ojos cuando me habló de aquel caso de Singapur. Sabía que aún no era el momento de introducirla en el mundo de las varas. No podía hacerlo en nuestro segundo fin de semana de juegos.

—No —me negué.

Él arqueó una ceja.

—Es uno de sus límites infranqueables —expliqué—. Y teniendo en cuenta que estamos comenzando lo que espero que sea una relación larga, o permanente, quiero ir despacio.

—Larga o permanente —repitió.

—¿Qué?

—Es que cuesta de creer que seas el mismo hombre que vi cuando volé a Nueva York hace algunos meses.

—Me han ayudado mucho —comenté—. He recibido mucho perdón y mucho más amor del que merezco.

—Todo el mundo merece amor. Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta. Y me alegro de que Abby no te haya dejado.

—Exacto —dije—. Así que no pienso recompensarla obligándola a presenciar una escena con varas el segundo fin de semana que lleva mi collar.

—Tienes razón. Alguien ha debido de enseñarte muchas cosas.

—Joder. No empieces con el autobombo.

Paul se rio.

—Sólo hazme el favor de recordar una cosa.

—¿Qué?

—Esto es nuevo para ti —dijo—. Es nuevo para Abby. No intentes hacer lo mismo que hiciste en tus relaciones pasadas, porque no tiene nada que ver. Es bueno cambiar las reglas y establecer normas nuevas.

—Gracias. Necesitaba escucharlo.

Sonrió de nuevo.

—Ya lo sé.

Sus palabras resonaron en mi cabeza algunas horas más tarde, justo cuando Abigail entró al dormitorio, después de salir del cuarto de baño.

Paseó los ojos por la habitación y luego bajó la vista en dirección al suelo, probablemente en busca de su camastro.

Aquella semana yo había pensado muchas veces en cómo iría la noche. En cómo debía organizarlo todo para dormir.

—Me gustaría que esta noche durmieras en mi cama, Abigail.

Abrió unos ojos como platos.

—Me puedes rechazar si quieres, claro —añadí—. Te dije que este fin de semana quería que hablaras con libertad y Paul me ha dado un colchón para ti.

Ella tragó saliva con tanta fuerza que pude oírlo.

—Te dije que no solía invitar a ninguna sumisa a dormir conmigo —comenté con delicadeza—. Pero no dije que no lo hiciera nunca.

Eso captó toda su atención.

Se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Me encantará dormir contigo esta noche, Amo.

ABBY

Era incapaz de relajarme y dormir.

Christine y Paul eran muy distintos a como yo me los había imaginado, aunque tampoco es que me hubiera formado una imagen exacta de cómo creía que serían. Sólo había supuesto algo más siniestro.

Así que no estaba nada preparada para la pareja tan normal que nos recibió en su casa. Paul era un poco mayor que nosotros, alto y robusto, tenía el pelo rubio oscuro y unos preciosos ojos azules. Christine, por su parte, era más bajita, tenía media melena castaña y una mirada amigable que brillaba cuando se reía.

No dejé de observarlos ni un minuto en busca de algo en su conducta, alguna pista que dejara entrever la naturaleza de su relación. Estaba segura de que habría una caricia, una mirada, un gesto, y entonces yo pensaría: «Sí, ahora lo veo. Ahora es evidente» .

Pero no hubo nada.

Sólo vi cómo Christine bromeaba con su marido y le lanzaba una mirada molesta cuando él dijo que los llantos del bebé eran un buen método anticonceptivo. No hubo ninguna mirada sutil. Ni ninguna pequeña caricia cargada de significado.

Sólo eran una pareja normal y corriente.

Cuando los hombres se marcharon del salón, Christine me habló con naturalidad y me preguntó cómo nos habíamos conocido Nathaniel y yo. Ya sabía lo de la boda de Felicia y Jackson y hablamos, no sólo de esa boda, sino también de la suya. Lógicamente, al final nuestra conversación se centró en Sam y en los altibajos de la maternidad. No salió ni una sola vez... bueno, lo que yo pensaba que saldría.

Al cabo de un rato, los hombres regresaron al salón y Nathaniel y yo nos fuimos a la habitación de invitados.

Me di media vuelta con cuidado para no despertarlo. Aún estaba sorprendida de que me hubiera pedido que durmiera con él y me sentía muy honrada de que lo hubiera hecho. Yo sabía, basándome en conversaciones anteriores, que cuando él decía que no solía compartir la cama con sus sumisas quería decir que lo había

hecho menos de cuatro veces.

O nunca.

No habíamos hablado del día siguiente. De cómo iría o de lo que haríamos. Yo no dejaba de intentar imaginar cómo sería nuestra experiencia en el cuarto de juegos. ¿Me resultaría extraño ver desnudos a Paul y Christine?

En la habitación de invitados de éstos había una cama de matrimonio. Por algún motivo, me resultaba extraño. Yo tenía una cama de matrimonio en mi apartamento y aunque acostumbábamos a dormir juntos con más frecuencia en la cama extragrande de Nathaniel, de vez en cuando también compartíamos mi cama.

Para evitar pensar en lo que ocurriría el día siguiente, decidí pensar en camas. Me pregunté por qué estarían clasificadas de aquella forma: doble, de matrimonio y extragrande. ¿Por qué no pequeña, mediana y grande? Y ¿por qué la doble era la más pequeña?

Flexioné las rodillas para pegármelas al pecho y de repente noté unos brazos que me rodeaban.

—Esta noche estás especialmente intranquila —dijo Nathaniel, estrechándome un poco más.

—Siento haberte despertado, Señor.

—¿Quieres hablar de algo?

—No si eso va a ser motivo de que no puedas dormir.

Me dio un beso en la nuca.

—No te lo habría preguntado si me preocupara perder horas de sueño. Ahora mismo, tú eres mi mayor preocupación, quiero conseguir que te sientas cómoda y que descanses. Quiero que mañana estés en el mejor estado anímico posible.

Yo sabía muy bien cuál era su preocupación. Sabía la gran cantidad de tiempo y atención que dedicaba a planificar nuestros fines de semana. Estábamos sacrificando mucho tiempo para estar allí. Tiempo que, normalmente, sería nuestro y compartiríamos solos.

Nathaniel había planeado hasta el más mínimo detalle para conseguir que yo estuviera a gusto, para ayudarme a relajarme y que me sintiera cómoda con sus amigos. Incluso me había invitado a dormir con él.

Como me había dicho que debía pensar en aquella casa como si estuviera en la biblioteca, deslicé las manos por sus brazos y disfruté de su fuerza y de lo tranquila que me sentía entre ellos.

—Ahora me siento mejor —dije.

—¿Y eso?

—Ahora que me estás tocando. Sé que suena raro, pero siempre consigues relajarme cuando me tocas.

Estrechó un poco más los brazos.

—Yo estoy aprendiendo tanto como tú. Me ha parecido que te sorprendía un

poco que te invitara a dormir conmigo. Tenía miedo de que prefirieras dormir en el suelo pero no quisieras decepcionarme.

Yo me volví para mirarlo.

—Yo no quiero decepcionarte nunca, pero mis motivos para dormir contigo esta noche son completamente egoístas. Sencillamente, me siento mejor en tu cama.

—Me alegro —contestó—. ¿Qué piensas de Paul y Christine?

—No son como esperaba.

—¿Debo atreverme a preguntarte qué esperabas?

—Pensaba que Paul sería fornido y corpulento. Muy peludo. Y que vestiría mucho cuero negro. —Bostecé—. Quizá incluso una máscara.

—Tienes una imaginación muy poderosa.

—Creía que Christine sería reservada y callada —continué—. Tímida.

—Christine es de todo menos tímida. —Deslizó un dedo por mi collar—. Esto no anula tu voluntad, no te convierte en una esclava. Ya lo sabes. —Me dio unos golpecitos en la cabeza—. Te lo tienes que meter aquí. —Me puso la mano en el corazón—. Tú eres una mujer valiente, fuerte y fiera.

—Es por ti —susurré, agradecida por el refugio de la oscuridad—. Tú eres quien me permite ser valiente, fuerte y fiera.

—Y sólo estás en la superficie, preciosa. —Me rozó la mejilla con los labios—. Estoy impaciente por ver cómo te das cuenta.

—Estoy nerviosa.

—Ya lo sé —dijo—. Y mañana, incluso aunque estés nerviosa, seguirás siendo valiente, fuerte y fiera. Porque tú eres así. Es lo que necesito de ti y es lo que vas a darme.

Todo mi ser. Yo estaba dispuesta a poner toda mi persona en sus manos. Le daría todo lo que me pidiera.

—¿Te ayudaré a dormirte si te abrazo? —me preguntó.

—Siempre me ayuda que me abrace, Señor.

Me dio la vuelta para que mi espalda quedara pegada a su pecho y yo me acurruqué en su calidez. Me rodeó con los brazos y me quedé dormida pocos minutos después.

Después de disfrutar del abundante desayuno que preparó Paul a base de salchichas y tortitas, Christine y yo nos fuimos al salón. Ella tenía a Sam en brazos y se disponía a darle de mamar.

—No te importa, ¿verdad? —me preguntó.

Pensé que era un detalle que lo preguntara, incluso a pesar de lo que iba a hacer delante de mí pocas horas después.

—No —contesté—, no me importa.

Yo no había estado con muchos bebés y tampoco había visto a nadie amamantando a uno. Colocó a Sam con mucha habilidad y luego se puso una gasa sobre el hombro, que ocultó la mayor parte del pequeño.

A continuación, suspiró y se recostó en la silla.

—Es un tragón —dijo, pocos minutos más tarde—. Igual que su padre.

Yo asentí, pero como no veía ningún motivo para seguir esperando, me abalancé sobre las preguntas que me moría por hacerle.

—¿Cómo os organizáis Paul y tú para seguir jugando con un bebé en casa?

—Te aseguro que no lo hacemos tan a menudo como nos gustaría.

—¿Ya no lo hacéis todos los fines de semana?

—No —dijo—. Desde que tenemos al bebé eso ya no funciona. De momento utilizamos el cuarto de juegos cuando tenemos tiempo, cosa que últimamente no es muy a menudo.

—Aunque tenéis un buen motivo —comenté, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Sam.

—Oh, sí. No lo cambiaría por nada. —Se quedó pensativa un momento—. Bueno, no todo. Sí que cambiaría la cantidad de horas que duermo. Y el goteo continuo de la leche. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Sabes lo raro que es llevar sujetador en el cuarto de juegos?

—Nosotros empezamos a jugar de nuevo el fin de semana pasado —le expliqué—. Pero sí, ya me lo imagino.

—Escucha —dijo—, yo soy una persona muy abierta y sincera. Haz el favor de avisarme si te doy demasiada información.

—No pasa nada.

—La primera vez que jugamos después de que naciera Sam, hará unas cuatro semanas, no llevaba el sujetador y, bueno... el goteo. He visto muy pocas veces a Paul quedarse de piedra. —Se rio—. Pero la expresión de su rostro no tuvo precio.

Traté de imaginar al imperturbable Paul quedándose de piedra, pero no lo conseguí.

—Y ¿qué hizo? —pregunté.

—Lo limpió —respondió. Yo imaginé paños húmedos y papel—. Luego me dijo que el sabor era bastante dulce.

Noté cómo me ruborizaba.

—Lo siento —se disculpó—. Me he pasado.

—No —la tranquilicé; quería oír más cosas sobre ella y Paul—. Es que no me lo esperaba, aunque quizá deberíamos empezar con algo más sencillo. Quiero saber cómo os organizáis. Explicame cómo os conocisteis.

—Paul es muy conocido —afirmó y me dio la sensación de que Christine solía contar aquella historia a menudo—. Su reputación le precede. Probablemente ocurra lo mismo con Nathaniel.

Asentí.

—Lo vi por primera vez aquí, en una reunión —continuó—. Yo ya hacía años que era sumisa, pero en ese momento acababa de salir de una relación. Algunas semanas más tarde, él me pidió ayuda para una demostración. Ya sé que Nathaniel es tu primer Dominante, pero confía en mí, cuando juegas con alguien experimentado —negó con la cabeza—, es alucinante.

Yo dudaba que alguien pudiera hacerme sentir como me hacía sentir Nathaniel, pero preferí no decir nada.

—Estuvimos jugando sin compromiso durante algunos meses —explicó—. Y luego acordamos vernos cada fin de semana. Empezamos a salir y, bueno, el resto es historia.

—Nathaniel me dijo que una vez mantuvisteis una relación las veinticuatro horas del día durante toda la semana.

Ella asintió.

—Fue después de empezar a salir. Hubo algunas cosas que disfruté mucho, pero no creo que a Paul le gustara demasiado.

—Creo que a Nathaniel le pasaría lo mismo.

—¿Y a ti?

Pensé en ello. ¿Cómo sería ser su sumisa toda la semana, ampliar nuestros juegos del fin de semana? Siete días... Lo imaginé por un momento. Era mucho tiempo. Podríamos hacer muchas cosas.

—Quizá —dije—. Sólo una semana tal vez. Por probar.

—Como ya te he dicho, a mí había ciertas cosas que me gustaban. Era una experiencia diferente. —Se dio un minuto para cambiar de pecho a Sam y luego se volvió a cubrir—. No quisiera ver la cara que pone Nathaniel si le dices que quieres intentar llevar una relación de veinticuatro horas. —Se rio—. Probablemente esto no era lo que tenía en mente cuando dijo que le gustaría que tú y yo habláramos.

Me reí con ella.

—Probablemente no.

—Lo que tienes que recordar sobre Nathaniel —me explicó, poniéndose seria de nuevo—, es que es la primera vez que se enamora. Está yendo más despacio contigo que con sus anteriores sumisas. Ya sé que en parte se debe a tu inexperiencia, pero también a que tiene miedo de presionarte demasiado.

Eso me resultaba muy fácil de creer.

—Ya lo sé y te puedo decir que sé que habrá momentos en los que querré que me presione más.

—Tienes que decírselo. Tu deber es informarle siempre que necesites que las cosas sean distintas.

—Me cuesta mucho comprender eso. Me resultaría imposible hacerlo durante un fin de semana.

—Él necesita la información —insistió—. Pero si te vas a sentir más cómoda, puedes decírselo entre semana. No hay ninguna regla que diga que no puedes hablar del fin de semana durante el resto de la semana.

—Eso es lo que necesito recordar. Es información. No le estoy diciendo lo que debe hacer.

—Exacto. Él es quien tiene la última palabra, pero podrá tomar mejores decisiones si tú le das todos los datos que necesita.

Le quería preguntar muchas cosas, pero había un asunto en concreto del que realmente necesitaba hablar con alguien. Alguien que no fuera Nathaniel.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le pedí.

—Soy un libro abierto —contestó con una sonrisa—. Para mí hay muy pocas cosas prohibidas.

—Las varas —dije, casi estremeciéndome al decir la palabra—. Háblame de ellas.

—No es un tema escogido al azar, ¿verdad?

Me mordí una uña.

—Las marqué como límite infranqueable porque estaba asustada. Pero a Nathaniel le gustan.

—Y ¿quieres conocer la visión de una sumisa sobre las varas?

—Sí.

—Me sorprendería mucho que Paul no hubiera usado las varas con Nathaniel en más de una ocasión cuando le enseñó —dijo—. Pero supongo que su perspectiva es muy distinta a la mía.

—Entonces ¿me lo explicarás? —le pregunté, muy interesada por escuchar lo que pensaba de aquellas cosas que tanto me asustaban.

Christine asintió.

—Verás, Paul me ha castigado con una vara en alguna ocasión y eso es algo completamente distinto. No me gusta nada cuando las usa de esa forma.

—¿Se pueden usar las varas para otras cosas?

—Conozco mucha gente que disfruta cuando los azotan con varas. Yo soy una de ellas.

—¿Ah, sí?

—Todo es cuestión de técnica y Paul tiene una técnica excelente. Y Nathaniel aprendió de Paul.

No dije nada.

—No te mentiré. Duele —añadió—. Pero los azotes también, ¿verdad?

—Sí, pero los azotes me gustan.

—En ese caso, cuando te sientas cómoda con las varas, probablemente te guste que Nathaniel las utilice —auguró—. Siempre que lo haga progresivamente, claro.

—¿Progresivamente? ¿Como los azotes de calentamiento?

—Exacto.

—Hum —exclamé a modo de respuesta. Aparqué el tema para pensar en ello después. ¿Varas para el placer? Quién lo iba a decir.

El timbre de la puerta sonó justo cuando Christine sacaba a Sam de debajo de la gasa y se ponía bien la camiseta.

—Ésa debe de ser mi madre —comentó—. Justo a tiempo.

Cuando la madre de Christine se marchó con Sam, Nathaniel y yo volvimos a la habitación de invitados. Me dijo que tenía un conjunto preparado para mí, pero me detuvo antes de que me lo pusiera.

—Antes de que te cambies —expuso—. Quiero que sepas que el tiempo de biblioteca se ha acabado hasta nuevo aviso. ¿Lo has entendido?

—Sí, Amo.

—Paul tiene ciertas reglas que hay que respetar en su cuarto de juegos —explicó—. Tienes que recogerte el pelo. Las únicas joyas que se permiten en su interior son los anillos de boda. Ha hecho una excepción con tu collar. No quiero que agaches la cabeza. Quiero que observes a Paul y a Christine. Y como observadora, deberás permanecer en silencio. —Sonrió—. A menos que te resulte abrumador de un modo negativo y necesites utilizar tus palabras de seguridad. ¿Entendido?

—Sí, Amo.

Se inclinó hacia adelante y me besó.

—Reúnete conmigo fuera de la habitación dentro de quince minutos.

Cuando entramos en el cuarto de juegos, que estaba en el piso de abajo, Christine ya estaba en posición. Nathaniel se encaminó hacia un sillón de respaldo alto que había al fondo de la sala y yo lo seguí. Cuando se acomodó, yo me senté en un almohadón a sus pies y le apoyé una mano vacilante en la rodilla. Christine no se movió. Llevaba un sujetador, tal como esperaba, pero aparte de eso estaba desnuda.

La observé un minuto para acostumbrarme a la imagen.

«Está desnuda —me dije—. Está desnuda y no pasa nada».

Me di un momento para pasear la mirada por el cuarto. Era el doble de grande que el de Nathaniel y contenía más equipamiento. La mayor parte de la sala era igual: una nevera, un fregadero y un kit de primeros auxilios. Aunque en una de las estanterías había un escuchabebés y me asaltó la certeza de lo que sería jugar con un bebé en casa. Agradecí mucho que la madre de Christine se hubiera llevado a Sam durante algunas horas.

No estaba segura de cuántas veces habrían jugado Christine y Paul desde que nació su hijo, pero supuse que no habrían sido muchas. ¿Quién iba a tener tiempo para eso entre las tomas nocturnas y los cólicos? Entonces pensé que quizá Christine y Paul estaban igual de contentos que nosotros de que alguien se quedara con su hijo durante algunas horas.

Cuando Paul entró, mi mirada se dirigió hacia la puerta. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta, igual que Nathaniel. Me sorprendió mucho su cambio de actitud. Seguía pareciendo el mismo, pero más intenso.

Se acercó a donde Christine lo esperaba de rodillas.

—Me alegro mucho de volver a tenerte en el cuarto de juegos, nena —dijo.

Ella apoyó las manos en el suelo y se inclinó sobre sus pies.

—Espero poder darte placer, Amo.

—Demuéstramelo —contestó y entonces ella se acercó más y empezó a besarle los dedos para proseguir con los pies. Cuando acabó, siguió por las rodillas y le deslizó las manos por las piernas—. Aún no —dijo él y se retiró.

Ella se detuvo de inmediato y volvió a adoptar la posición inicial.

Eso me pareció interesante. Nathaniel nunca me había pedido que le besara los pies. Me pregunté por qué y si yo actuaría igual de rápido que Christine si me pidiera que lo hiciera.

Pero no tuve tiempo de analizarlo mucho, porque Paul le mostró a Christine un collar de piel.

—Me moría de ganas de volver a ponerte esto —le dijo.

Ella me había explicado que sólo llevaba el collar cuando estaban en el cuarto de juegos. El embarazo y el nacimiento de su hijo habían cambiado la dinámica de su relación y ahora ya sólo eran Dominante y sumisa en aquella habitación, al contrario que Nathaniel y yo, que lo éramos durante todo el fin de semana.

Ella siguió con los ojos bajos.

—Yo también tenía muchas ganas, Amo.

Cuando le puso el collar, comprendí el significado del ritual. La forma de hacerla suya y cómo le demostraba que le pertenecía, tanto con sus palabras como con sus acciones. Asimismo, al aceptar su collar, ella accedía a cederle el control temporal de su persona. Se entregaba a él. Yo entendía esa parte del acto cuando Nathaniel me ponía su collar, pero lo que me pilló de sorpresa fue la mirada que vi en los ojos de Paul cuando le abrochó el collar. La intensidad de su expresión: el orgullo, el deseo carnal... Aquello no me lo esperaba.

¿Tendría Nathaniel la misma expresión cuando me ponía el collar a mí? ¿En su rostro se apreciaría la misma expresión que en el de Paul?

Cuando acabó de abrocharle el collar, éste dio un paso atrás con fuego en la mirada.

—Quiero que te pongas a cuatro patas encima de la mesa.

Ella gateó hasta la mesa sin despegar los ojos del suelo y luego se subió a ella.

Me pregunté por qué gatearía. ¿Sería algo que Paul esperaba que hiciera? ¿Nathaniel también querría que yo hiciera eso? ¿Querría que gateara en lugar de caminar?

Entonces Paul se puso delante de Christine, le puso una mordaza de bola en la boca y se la abrochó detrás de la cabeza.

—Voy a ser un poco más duro que de costumbre —explicó, acariciándole los hombros con suavidad—. Y me quiero asegurar de que no asustas a nuestros invitados. —Se inclinó hacia adelante para susurrarle al oído, aunque desde donde estábamos seguíamos oyéndolo—. Además, me encantan los sonidos que haces cuando tienes la bola metida en la boca.

Luego le puso algo en la mano.

Yo noté el aliento de Nathaniel en mi oído:

—Es una campana —susurró tan bajito que enseguida comprendí que la pareja que teníamos delante no podría oírlo—. Eso le permite emplear su palabra de seguridad a pesar de estar amordazada. Si pasa algo y ella necesita parar o bajar la intensidad de la escena, dejará caer la campana.

Yo me moví un poco hacia adelante. Nathaniel nunca me había amordazado y tenía bastante curiosidad. Recordé que Christine me había recomendado que le dijera a Nathaniel que me presionara un poco más cuando me apeteciera y que le comentara las cosas que me apetecía hacer.

Mientras Paul iba al otro extremo de la habitación a coger algunas cosas, yo no dejé de mirar a Christine. Pensaba que parecería vulnerable, y sí que lo parecía, pero no era su vulnerabilidad lo que me atraía. Era la belleza de su confianza, la gracia de su sumisión. Su postura desprendía una elegancia que yo nunca había imaginado.

Entonces Paul se puso de nuevo detrás de ella y le volvió a deslizar la mano por la espalda. Su mirada captó toda mi atención.

—Ya veo que lo estás deseando. —La penetró con un vibrador y ella dejó escapar un gemido amortiguado por la bola—. Mira lo caliente que estás.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, mientras yo intentaba asimilar lo que estaba ocurriendo ante mí. Intentaba aceptar que el hombre que me había preparado el desayuno aquella mañana estaba penetrando a su mujer con un vibrador. No podía apartar la vista.

Empezó a azotarla. Al principio los sonidos eran suaves, pero poco a poco fueron aumentando de intensidad. Por un momento me pregunté lo que se sentiría al ser azotada estando tan colmada.

Poco después, mi mente se concentró, no tanto en lo que estaba haciendo Paul, sino en la imagen que proyectaban los dos juntos. En el modo en que él centraba en ella toda su atención. La intensa concentración de su expresión. En ese momento, para él no existía otra cosa que no fuera Christine y me volví a preguntar si Nathaniel tendría el mismo aspecto cuando yo me entregaba a él.

Entonces recordé lo que me había dicho a principios de aquella semana, cuando me explicó que no quería que adoptara el estado anímico que me provocaba su collar el día de la boda. Y de repente comprendí a qué se refería. Entendí lo mucho que tendría que esforzarse durante todo el fin de semana para concentrarse y planificar todos los detalles necesarios. Para asegurarse, por

encima de todo, de que yo estaba bien y bien atendida en todo momento.

Volví a prestar toda mi atención a la pareja que tenía delante y, aunque lo que hacían me parecía interesante —Paul había empezado a azotarla con una pala de madera—, lo que me cautivaba era cómo se movían. Parecían estar bailando una danza compleja en la que Christine imitaba y aceptaba cada uno de los movimientos de él. Y, a cambio, sus gemidos lo animaban a él a seguir. Lo que estaba viendo era una calle de doble dirección que no esperaba y toda la escena proyectaba una delicada belleza que nunca creí posible.

Estaba tan abstraída observando aquel intercambio que apenas me di cuenta de que Paul había cogido un látigo de puntas. Yo quería ser Christine. Quería que fuera Nathaniel el que se esforzaba por darme el placer que sólo él podía darme. Quería volver a jugar, ahora que la imagen de lo bonita que debía de ser mi sumisión había arraigado con firmeza en mi cabeza.

Al rato, Paul se detuvo, le dio permiso a Christine para relajarse y ella dejó caer la cabeza sobre la mesa. Le quitó el vibrador y la mordaza, le dio un beso en la mejilla y le susurró algo que no pudimos oír. Cuando ella lo miró, el amor y la confianza de su mirada me conmovieron tanto que estreché con más fuerza la rodilla de Nathaniel.

Recordé nuestro primer fin de semana, cuando me cogió de la barbilla y me ordenó que lo mirara mientras estábamos en el cuarto de juegos. ¿Lo habría hecho de la misma forma en que Christine había mirado a Paul? Y ¿podía recordar si la expresión de Nathaniel era tan feroz como la de Paul? Me molestó no poder recordarlo y me prometí prestar más atención la próxima vez.

Entonces, Paul le dijo a Christine que se pusiera en el centro de la sala y ella se bajó de la mesa para obedecer sus deseos. Allí había lo que parecía un complejo sistema de cuerdas y poleas. Recordé haber leído en internet que ése era el equipo que se necesitaba para las escenas de suspensión y me volví a inclinar hacia adelante. Nathaniel no tenía nada de aquello en su cuarto de juegos.

Paul se tomó su tiempo para colocarle a Christine lo que parecían unas botas, que después ató a las cuerdas y poleas que colgaban del techo. Al observarlos, me pareció evidente que llevaban años juntos. No había torpezas ni indecisiones, sólo una total cesión del control y un control perfectamente asumido.

Cuando Christine estuvo en posición en el suelo, Paul se acercó a un interruptor que había en la pared. En pocos segundos, la polea levantó las piernas de Christine y ella inició una practicada maniobra que debía de haber hecho muchas veces. Cuando su cabeza quedó colgando a algunos centímetros del suelo, las poleas se detuvieron. Entonces él se acercó a ella, asintió y se desabrochó los vaqueros.

Yo quise apartar la vista, pero fui incapaz de hacerlo. Y justo cuando estaba intentando decidir si debía cerrar los ojos, justo antes de que Paul se bajara la

cremallera, noté que un pañuelo muy suave me cubría los ojos. Nathaniel me susurró:

—El sentido de la vista no es el más importante en esta escena.

« ¡No! —quise gritar cuando me di cuenta de que en adelante tendría los ojos vendados—. Quiero verlo» .

Pero entonces recordé la belleza y la confianza que había visto en la sumisión de Christine y supe que al llevar aquella venda me estaba sometiendo a mi propio Amo. Supe que él tenía sus razones. Así que me senté un poco más derecha y me concentré en mis demás sentidos.

Al principio pensé que el que tenía más despierto era el del tacto. La suavidad del almohadón sobre el que estaba sentada, la sensación del aire en mi vientre desnudo, los duros huesos y músculos de la rodilla de Nathaniel bajo mis dedos. Incluso la seda de la venda.

Pero entonces empecé a percibir los sonidos. La respiración entrecortada de Paul mientras Christine le hacía lo que fuera que le estuviera haciendo. Los susurros de ánimo, demasiado bajos como para comprenderlos, pero que se decían en un tono que comprendía perfectamente. Por encima de mí percibía el continuo sonido de la respiración de Nathaniel. Incluso mi propio corazón. Aquella habitación que antes me parecía silenciosa, se convirtió en una cacofonía de sonidos.

No tenía nada con lo que medir el paso del tiempo salvo mi propia respiración y los latidos de mi corazón. Intenté encontrar algo más y me concentré en los rítmicos sonidos que procedían de la pareja que tenía delante.

Christine dejó escapar un suave gemido de placer y me pregunté qué estaría pasando. Entonces recordé el susurro de Nathaniel y supe que lo que estuviera sucediendo no era lo que él quería que extrajera de aquella experiencia.

«Tú eres una mujer valiente, fuerte y fiera», me había dicho cuando estábamos en la cama la noche anterior.

Yo pensé que eran palabras románticas pronunciadas para tranquilizarme y ayudarme a dormir. Pero al escuchar y vivir la escena que estaba ocurriendo ante mí, adquirieron mucho más significado.

Vi la valentía de Christine en su postura en el suelo mientras esperaba las órdenes de Paul.

Percibí su fortaleza en las palabras de éste mientras la animaba con suavidad y ella iba accediendo a sus deseos.

Sentí la ferocidad de ambos en emociones tan agresivas que casi podían iluminar el cuarto de juegos con el calor que emanaban.

«Eres tú —le había susurrado yo—. Tú eres quien me deja ser valiente, fuerte y fiera» .

Hablaba muy en serio cuando se lo dije la noche anterior y seguía pensando que era totalmente cierto. Y, sin embargo, en ese momento me abrí a una nueva

faceta y, a medida que la pareja que tenía ante mí seguía a lo suyo, yo me quedé allí sentada a ciegas, asombrada ante aquella nueva revelación.

ABBY

Nathaniel me cogió de la mano y yo me sobresalté, sorprendida de la punzada de deseo que me provocó el contacto. Me llevó la mano sobre mi regazo.

—Ponte en posición de espera —susurró y su voz ronca me provocó otra oleada de deseo.

Yo me levanté del almohadón y me coloqué en la postura que adoptaba cuando estaba en su cuarto de juegos. Arrodillada en el suelo, agucé el oído para intentar averiguar lo que estaba ocurriendo. No llevaba el tiempo suficiente en el cuarto de juegos de Paul como para saber cerca de qué mueble estaría Nathaniel, ni mucho menos lo que estaría haciendo o qué estaría cogiendo.

¿Seguirían Paul y Christine en la habitación? ¿Me estarían mirando? Nathaniel me dijo que no forzaría mis límites sobre el exhibicionismo ese fin de semana, pero ¿aquello se podía considerar exhibicionismo? En realidad sólo estaba arrodillada.

Volví a intentar oír algo, percibir alguna voz, cualquier susurro. Y entonces lo entendí: no importaba. No importaba lo que hubiera planeado Nathaniel, lo tenía todo controlado. Yo le concedía ese poder y preocuparme era como ponerlo en entredicho.

Si Paul y Christine estaban en la habitación, yo quería que mi sumisión fuera un reflejo de lo que acababa de ver. Entonces me di cuenta de que no importaba si ellos seguían allí. Yo quería que nos vieran. Quería demostrarles lo orgullosa que me sentía de servir a mi Amo.

Unos pies desnudos se acercaron a mí.

—Levántate, Abigail —dijo Nathaniel.

Yo me puse en pie con toda la elegancia que pude, pero el cambio de postura y el hecho de tener los ojos vendados me desorientaron y me tambaleé un poco.

Él me cogió y me rodeó los hombros con los brazos.

—Cuidado, preciosa. —No movió las manos, siguió sujetándome—. Necesito que confíes en mí.

«Sí. Lo que sea».

—Paul y Christine se han marchado. Estamos solos.

Se me aceleró el corazón. Estábamos solos. Solos. Oh, las cosas que podía hacerme cuando estábamos solos.

—Quiero que me contestes cada pregunta que te haga con rapidez y total sinceridad —dijo—. ¿Lo entiendes?

—Sí, Amo.

«Amo».

Esa palabra significaba mucho más después de haber visto a Paul y a Christine.

«Amo».

Me estremecí al comprender sus nuevos significados. Cada vez que la decía, renovaba mi compromiso con él. Le recordaba que estaba a su lado por decisión propia. Le había dado el control y le confirmaba que lo deseaba.

¿Habría una palabra de tres letras con más significado que ésa?

Me cogió de la mano.

—Ven conmigo.

Caminamos. No estaba segura de adónde íbamos. No nos estaríamos marchando, ¿no? Yo no quería irme. Quería quedarme en el cuarto de juegos. Quería que Nathaniel me hiciera suya, que me utilizara, que...

Pero era elección suya y si él quería que nos marcháramos, tendría un buen motivo.

Entonces nos detuvimos. No me parecía que estuviéramos cerca de la puerta. Me costaba mucho situarme, pero me pareció que estábamos cerca de la pared opuesta a la puerta.

—Desnúdate —me ordenó, soltándome la mano.

Yo ya me había desnudado para él muchas veces, tanto en calidad de amante como de sumisa, pero esa vez fue distinta. Más intensa.

Me metí los dedos en el elástico de la cintura y me imaginé que él me estaba mirando.

—La parte de arriba primero.

Me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador. Lo dejé caer al suelo y noté sus manos sobre mí casi inmediatamente. Luego me obligó a caminar hacia atrás hasta que mi espalda tocó algo de madera.

Me acarició los pezones con los pulgares y me mordí los labios. Luego deslizó la boca por mi cuello con suavidad.

—Esta mañana lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Yo era incapaz de decidir qué me hacía más feliz, si sus manos y su boca o su elogio.

—Estoy tan orgulloso que he decidido concederte una pequeña recompensa.

—Me cogió la muñeca y me la sujetó con una suave esposa por encima de mi cabeza. Hizo lo mismo con la otra muñeca y luego me mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Te voy a follar con fuerza atada a la cruz de Paul.

« Oh, joder, sí ».

No dejaba de mover las manos mientras hablaba: por encima de mis hombros, por mi pecho, retorciéndome un pezón, acariciándome el vientre. Enseguida me convertí en una temblorosa masa deseosa, estimulada por su voz grave y ronca.

—Yo también tengo una de esas en mi cuarto de juegos —continuó, ignorando mis deseos, aunque quizá supiera exactamente lo que hacía—. La próxima vez que estemos allí, te ataré de espaldas a mí. —Sus caricias se tornaron más ásperas—. Dejaré tu culo completamente expuesto. —Cogió la tela que me cubría la cadera y tiró de ella hacia abajo para desnudarme del todo—. ¿Te gustaría que hiciera eso, Abigail?

Yo jadeé cuando el aire frío rozó mi carne necesitada. Él me acarició el clitoris con los dedos.

—Sí, Amo, por favor —contesté en un susurro que sonó a rugido.

Empezó a dibujar lentos círculos en mi piel desnuda y de vez en cuando internaba los dedos en mi humedad.

—Sé que te gustó el látigo de piel de conejo. Creo que ha llegado el momento de utilizar el de ante.

Yo me estremecí al pensar en ofrecer mi trasero a su látigo.

—Pero de momento —dijo, abriéndome las piernas— tenemos otras cosas que hacer. ¿No te parece?

Me estaba atormentando deliberadamente. Entre las promesas de lo que me esperaba en su cuarto de juegos, sus manos sobre mi cuerpo y la expectativa de lo que se disponía a hacer, apenas podía formar un pensamiento coherente.

—Lo que tú desees, Amo.

Se rio.

—Me alegro mucho de que compartas mi punto de vista.

Entonces me agarró de las piernas y me penetró de un solo movimiento. Mi espalda golpeó contra la madera con tanta fuerza que se internó más profundamente en mí.

—No te contengas —dijo, y le rodeé la cintura con las piernas—. Esta habitación está insonorizada. —Se retiró, me embistió de nuevo y yo dejé escapar un fuerte gemido—. O eso creo.

Una parte de mí quería que Paul y Christine lo oyeran. A fin de cuentas, me parecía lo más justo. Quería que supieran lo que me hacía Nathaniel durante los fines de semana, cómo le respondía yo, cómo dictaba cada uno de mis movimientos, mis pensamientos y, al parecer, a veces, incluso mi respiración.

Me embistió de nuevo y Paul y Christine abandonaron mi mente por completo. Me concentré sólo en sentirlo mientras él me llevaba más y más cerca de la liberación. Me movió las piernas, varió el ángulo y alcanzó ese punto tan dulce que había escondido en mi interior.

No pude contenerme y grité.

Nathaniel siguió embistiendo y acariciándome por dentro una y otra vez, hasta que me mareé de placer. A él se le entrecortó la respiración y deslizo la mano entre nuestros cuerpos.

Cuando me acarició el clitoris, dejé escapar otro grito.

—Por favor, Amo —le supliqué.

Él tenía la voz ronca.

—Por favor, ¿qué?

Oh, Dios, sus dedos. Su polla. Sentirme vulnerable y completamente a su merced.

—Por favor, Amo, no aguanto más.

Me penetró de nuevo.

—Pues córrete.

El clímax me recorrió en cuanto me volvió a acariciar.

Me agarró las caderas y me empotró contra la pared mientras yo seguía rodeándole la cintura con las piernas. Me penetró una y otra vez mediante rápidos y profundos movimientos y poco a poco él también fue acercándose a la liberación.

Cuando se corrió, noté cómo crecía un segundo orgasmo en mi interior y sus movimientos me llevaron de nuevo al clímax.

Se quedó pegado a mí durante los minutos siguientes; tenía la respiración entrecortada y pesada. Cuando por fin los dos nos recuperamos un poco, me volvió a dejar las piernas en el suelo con delicadeza. Se apresuró a soltarme las muñecas y pasó varios minutos masajeándome los brazos y los hombros.

Y al final noté sus dedos detrás de mi cabeza y la venda cayó de mis ojos. Entonces pude mirarlo a los ojos por primera vez desde que entramos en el cuarto de juegos.

Y allí estaba.

El intenso deseo, la pasión y el amor que me preguntaba si encontraría en ellos. Inspiré hondo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, Amo. —Me quedé allí de pie, mirando sorprendida los sentimientos que había descubierto en sus ojos—. Mucho más que bien —susurré.

Luego me llevó de nuevo a la habitación de invitados. Una vez en la cama, se recostó contra el cabezal y yo me acurruqué entre sus brazos. Por mucho que quisiera hablar después de la mañana que habíamos pasado, estaba feliz de que me abrazara, porque me seguía sintiendo más cómoda hablando con él mientras me tocaba.

—Ahora quiero que seas completamente sincera conmigo —expuso y yo me

relajé entre sus brazos—. ¿Qué te parece lo que ha ocurrido hasta ahora?

—He pensado tantas cosas que aún no he procesado toda la información —respondí—. Pero lo primero que quiero hacer es darte las gracias por haber organizado esto. Al principio estaba preocupada, pero ha sido de mucha ayuda.

—¿En qué sentido?

—En todos —respondí, sin estar muy segura de cómo describirlo—. Empezando por Christine. Es tan confiada y está tan segura de sí misma...

Cuando hablé, pude percibir la preocupación en su tono.

—¿Tú has tenido dudas sobre ti misma?

Incliné la cabeza y mi pelo cayó hacia adelante.

—Cuando estoy contigo no. Es cuando estoy en el trabajo o hablando con Felicia. Incluso cuando estoy con Elaina y Todd. A veces me he preguntado si a nosotros nos pasaba algo raro.

—¿Y ahora? —preguntó con emoción en la voz.

—Ahora ya no me lo pregunto —contesté con intención de tranquilizarlo—. Al ver a Paul y Christine y la vida que han construido. No estoy diciendo que esté preparada para tener hijos y eso, pero ahora comprendo que cuando lo esté... estaré bien.

—Estaremos bien —me corrigió.

El corazón me dio un vuelco al comprender el trasfondo de sus palabras y volví la cabeza para besarlo.

—Estaremos bien —repetí.

—¿Hay algo más? —me preguntó, acariciándome el pelo.

—Hay mucho más. —Me volví a recostar entre sus brazos—. Christine me ha ayudado a comprender lo importante que es darte información. Ahora entiendo que no es como decirte lo que tienes que hacer.

—Me alegro de que alguien haya conseguido aclarar eso.

—No quería que pensaras que te estaba marcando el camino.

—Hay un mundo de diferencia entre decirme lo que tengo que hacer y decirme lo que te gusta o lo que te gustaría que hiciéramos más habitualmente —me explicó en aquel tono de voz firme pero suave que tanto me gustaba.

—Lo sé. Christine me dijo que si me resultaba más fácil, te lo podía decir entre semana.

—O en fin de semana.

Yo negué con la cabeza.

—No me imagino haciendo eso.

Él se quedó callado y yo me pregunté si cambiaría de tema, pero entonces volvió a hablar:

—¿Qué te parecería que te diera otra palabra de seguridad?

—¿Qué?

—Podríamos añadir la palabra «verde».

—Y ¿para qué serviría?

Nathaniel inspiró hondo.

—La podrías utilizar si quisieras que fuera más rápido o te presionara un poco más.

—¿Ah, sí? —pregunté, excitada ante la perspectiva.

—Sí. Tal vez te sientas más cómoda diciendo «verde» en lugar de hablar directamente —dijo—. Pero seguiré pidiéndote que me expliques los detalles después.

Me pregunté por qué no me había dado la palabra «verde» cuando hablamos de las palabras de seguridad, pero entonces decidí que probablemente no había pensado que yo alguna vez querría que me presionara más o que me sentiría cómoda utilizándola.

—Me gusta —confesé—. Utilicémosla.

—¿De qué más hablasteis Christine y tú? —inquirió, en lugar de seguir con las palabras de seguridad.

—Me dio curiosidad oír la hablar de la relación de veinticuatro horas cada día de la semana que mantuvo con Paul durante un tiempo. Me pregunté cómo sería.

Él se cambió de postura detrás de mí.

—Sólo durante una semana o así —me apresuré a añadir—. No por un período muy largo o de forma indefinida.

Entonces contestó con cautela.

—Si en algún momento del futuro sigues queriendo explorar algo así, no me opondré a ampliar nuestros juegos del fin de semana. Pero sólo durante un período específico de tiempo y sólo cuando me puedas demostrar que eres capaz y estás dispuesta a darme la información necesaria.

—De acuerdo.

—No es algo en lo que yo esté especialmente interesado. Pero si tú quieres probarlo, lo haré por ti.

Estaba empezando a comprender los beneficios de comunicarle mis pensamientos.

—Gracias.

Me dio un beso en la cabeza.

—Casi me da miedo preguntar, pero ¿hay algo más?

—La escena de Paul y Christine. Nunca había pensado cómo se vería. Lo... —me detuve un momento—. Lo bonito que sería.

—¿Bonito?

—Mmmm —murmuré, resiguiendo el contorno de los dedos que tenía entrelazados con los míos—. La confianza. El control. El modo en que se enfrentaban y se equilibraban el uno al otro.

—Es casi abrumador.

—La forma en que él la miraba... —me callé.

—¿Sí?

—Pensar que tú pudieras contemplarme de esa forma.

Él me apoyó las manos en los hombros.

—Mirame.

Me di la vuelta sobre su regazo y lo miré a los ojos.

Y jadeé cuando vi la verdad de lo que me dijo a continuación.

—Ya lo hago —afirmó—. Siempre.

NATHANIEL

La miré a los ojos y me di cuenta de que por fin se había percatado. Lo había entendido. Por lo menos en parte. Entonces jadeó y tuve la esperanza de que hubiera encontrado en mis ojos lo que estaba buscando.

—¿Ahora le ves el sentido? —Le puse la mano en la mejilla y se la acaricié —. ¿Ahora entiendes, aunque sólo sea un poco, cómo me siento cuando veo lo que me das?

—Sí —contestó, sin dejar de buscar mi mirada—. Ahora lo veo.

—Me alegro.

La atraje hacia mí y la besé con firmeza y urgencia. Quería saborearla. Quería sentirla debajo de mi cuerpo.

Gimió dentro de mi boca y me rodeó los hombros con los brazos. Por un momento me dejé ir y me abandoné a la necesidad que había estado conteniendo desde que vi su cara de sorpresa en el cuarto de juegos. Sólo me detuve cuando ella tiró de mí y trató de tumbarme encima de su cuerpo.

—No —dije, apartándome—. No podemos. Paul ha pedido que traigan comida preparada.

Tenía muchas ganas de decirle a mi amigo que nosotros comeríamos más tarde y pasar las siguientes horas a solas con Abby en la cama. Pero no podíamos hacerlo, éramos sus invitados y él había sido muy considerado al preguntarme a qué hora debía pedir que trajeran la comida. Teníamos que respetarlos el tiempo que estuviéramos en su casa.

Ella suspiró.

—Sí, Señor.

—Luego —le susurré.

Me respondió con una sonrisa. Sus dedos resbalaron por mi camisa.

—¿Te puedo hacer una última pregunta?

—Lo que quieras.

Sus dedos no se detuvieron.

—Tus anteriores sumisas —dijo—. ¿Ellas... y tú...?

Yo posé las manos en su pelo y las arrastré por la suavidad de su melena.

Comprendía los motivos por los que Paul quería que las sumisas llevaran el pelo recogido en su cuarto de juegos, pero yo no pensaba igual. Le había soltado el pelo a Abigail en cuanto salimos del cuarto.

—¿Si las miraba de la misma forma que te miro a ti? —le pregunté.

—Si es así, lo entiendo. Me refiero a que ahora comprendo más cosas. —Sus dedos se deslizaron por el cuello de mi camisa—. Aunque supongo que sólo os he visto a ti y a Paul. Y Christine y yo somos... bueno. —Dejó caer la mano—. Es igual, no sé lo que estoy intentando decir.

—Yo sí. —Le cogí la cara con las manos—. Y no, no creo que nunca haya mirado a nadie de la forma que te miro a ti. Tú eres mi uno por ciento.

Ella arqueó las cejas.

—Tu ¿qué?

—Antes de que entraras en mi despacho aquel primer día —le expliqué—, yo me sentía completo y en paz durante el noventa y nueve por ciento del tiempo. Pero me obsesionaba ese uno por ciento. Y entonces te encontré: el uno por ciento que me faltaba.

Abrió unos ojos como platos.

—Vaya.

—Eres tú. Siempre has sido tú. Cuando me dejaste, eras tú. Cuando volviste, eras tú. Nunca habrá nadie más. —Le rocé la mejilla con los labios—. Así que si me preguntas si alguna vez he mirado a alguien, ya fuera sumisa o no, de la misma forma que te miro a ti, la respuesta es un contundente «no». —Volví a tirar de ella—. Y por muchas ganas que tenga de quedarme contigo en la cama para demostrártelo repetidamente, le he prometido a Paul que bajaríamos a comer con ellos.

Pareció desanimarse.

—Luego —le repetí—. Te lo prometo.

Después de comer, nos sentamos los cuatro en el salón. Yo ya le había explicado a Abby que como hacía menos de tres meses que Christine había dado a luz y estaba dando el pecho, Paul dedicaba más tiempo del habitual a cuidar de ella después de cada escena.

—Una suspensión invertida es particularmente intensa —le expliqué—. Incluso sin añadirle las demás circunstancias.

Christine parecía completamente satisfecha y relajada sentada en el sofá entre los brazos de Paul. Su madre ya había vuelto a traer a Sam y, después de darle el pecho, Christine se lo dejó coger a Abby.

Yo no estaba preparado para las emociones que me asaltaron cuando la vi acunando al bebé. Antes de que ella formara parte de mi vida, yo nunca había pensado en casarme o tener hijos. Pero ahora todo me parecía posible.

Recordé el día que encontré los anillos de boda de mis padres, cómo me puse el de mi padre y lo raro que me sentí. Quizá ya no me sintiera así.

Me recosté en el sofá y disfruté viendo cómo Abby hablaba con Paul y Christine. Antes de salir de casa estaba tan nerviosa que estuve a punto de cancelarlo. Lo único que evitó que lo hiciera fue la esperanza de que aquel fin de semana pudiera sernos de mucha ayuda. Me sentía aliviado. Todo había salido mucho mejor de lo que esperaba.

De vez en cuando, ella me miraba y sonreía cuando nuestros ojos se cruzaban.

« Joder. La deseo ».

Paul le hizo una pregunta sobre la biblioteca y ella se centró en él. Yo me acomodé en el sillón y seguí observando. Sam se quedó dormido y Abby lo cambió de postura para que estuviera más cómodo.

—¿Qué planes tienes para mañana, Nathaniel? —preguntó Paul.

Dejé de mirarla.

—Había pensado llevarme a Abby al campus de Dartmouth después de desayunar. Para enseñarle parte de mi pasado. ¿Te gustaría? —le pregunté.

—Sí, Amo —respondió ella.

« Amo ».

Joder, era increíble las sensaciones que me provocaba cada vez que decía eso delante de otras personas.

Y, a juzgar por su mirada, ella lo sabía.

El día siguiente le elegí la ropa antes de bajar.

—Hoy quiero que te recojas el pelo. Quiero que pasees por las calles de Dartmouth con el cuello completamente expuesto. —Deslicé un dedo por su collar—. Nadie más sabrá lo que es esto, pero quiero que lo sepas tú. Quiero que lo sientas. —Le di un beso en el cuello—. Cada vez que sople el viento y te acaricie la piel, quiero que te estremezcas pensando que llevas la marca de mi control.

Después de desayunar nos despedimos de Paul y Christine. Prometimos volver pronto a visitarlos e incluso comentamos la posibilidad de que ellos tres pudieran venir a Nueva York en algún momento. Abby y Christine se abrazaron y ésta le susurró algo al oído. Abby se rio y le contestó con otro susurro. Paul me miró arqueando una ceja y yo asentí. Sí, el fin de semana había sido un éxito.

Cuando estuvimos en el coche, le dije:

—Hoy vamos a probar algo un poco distinto. Vamos a explorar mis lugares favoritos de mi antiguo campus; pareceremos una pareja como cualquier otra. —Le apoyé una mano sobre la rodilla desnuda—. Sólo tú y yo sabremos la diferencia.

Ella se puso más derecha.

—Mientras caminemos, deberás ir un paso por detrás de mí. Cuando nos sentemos, deberás apoyarme la mano en la rodilla. No puedes cruzar las piernas ni los tobillos en ningún momento. No te pediré que me llames Señor o Amo si alguien te puede oír. ¿Lo entiendes?

—Sí, Amo —dijo con una seductora sonrisa en los labios.

Pocos minutos después, detuve el coche en un aparcamiento público cerca del campus. Salí y lo rodeé para abrirle la puerta.

—Estás preciosa, Abigail.

—Gracias, Amo.

Paseamos por la zona principal del campus y le señalé varios edificios donde estaban mis antiguas aulas. Pasamos por delante de algunos alumnos que disfrutaban del sol de la mañana, quizá preparándose para las clases.

Al principio, ella caminaba con cautela, despacio, comprobando sin parar que estaba en el lugar correcto. De vez en cuando miraba a su alrededor como si esperara que alguien pudiera darse cuenta de lo que estábamos haciendo. Pero, poco a poco, cuando por fin comprobó que nadie nos prestaba atención, empezó a mostrarse más segura.

Me detuve en los escalones del Webster Hall, junto a la biblioteca en la que acostumbraba a estudiar; y me senté. Ella lo hizo vacilante junto a mí y posó una mano nerviosa en mi rodilla.

Yo apoyé la mano sobre la suya.

—Solía sentarme aquí a escribir las cartas que mandaba a casa.

Seguí hablando, compartiendo intimidades con ella, recordando episodios que había olvidado. Al rato, Abby adoptó una postura más cómoda.

Hubo un momento en que movió las piernas y pareció que fuera a cruzarlas.

Yo me incliné hacia ella y le susurré:

—No me obligues a castigarte. De momento hemos pasado bastante inadvertidos, pero si te tengo que tumbar sobre mis rodillas es posible que llamemos la atención.

—Lo siento, Amo.

—La próxima vez no te lo recordaré. Sube más la mano.

Ella subió los dedos por mi pierna y yo reprimí un gemido al sentir el contacto. Mi plan de demostrarle que podíamos estar en público durante el fin de semana era muy bueno, pero también ponía a prueba mi autocontrol. Si hubiéramos estado en casa, o incluso en casa de Paul y Christine, ya la tendría tumbada sobre algo. Me miré el reloj, aún disponíamos de algunas horas antes de ir al aeropuerto.

Inspiré hondo y empezamos a charlar de nuevo. Le hablé de cosas intrascendentes, de pequeños detalles sin importancia. Y, sin embargo, era la clase de cosas que también quería saber sobre ella, las cosas que quería oír sobre

su etapa universitaria. Así que me pasé la hora siguiente recordando el pasado. Abby se rio de algunas de las anécdotas que le conté y a su vez me explicó más sobre sus experiencias en la universidad.

Para cuando nuestro fin de semana en New Hampshire llegaba a su fin, supe que por fin lo había comprendido, que ya sabía que podía hablar conmigo durante el fin de semana. Incluso sobre absurdas historias de universidad.

Luego la llevé a comer a un restaurante de lujo. Se mordió el labio mientras pensaba en cómo debía sentarse. Yo me deslicé en un reservado y ella me siguió para sentarse junto a mí y apoyarme la mano en la rodilla.

—Excelente, Abigail —la felicité—. Cuando llegue tu comida, podrás utilizar ambas manos para comer.

« Esta vez », quise añadir.

Mi cuerpo era consciente de cada una de sus inspiraciones, de cada pequeño movimiento. Cada molécula de mi cuerpo reaccionaba a su presencia. Apoyé un brazo en el respaldo del reservado para poderle rozar el hombro con los dedos.

—¿Lo ves? —le dije—. ¿Te das cuenta de que podemos relacionarnos con otras personas aunque lleves puesto mi collar?

—Sí, Amo —contestó, mirando a su alrededor para observar el comedor relativamente vacío—. Para ser sincera, todo el día ha sido... —Bajó la voz—. Bueno, ha sido bastante excitante. Haber estado así contigo. Es como si estuviéramos ocultando un secreto a los ojos del mundo.

Alargué la mano y le acaricié la nuca.

—Más allá de tu collar, hay una conexión entre nosotros que es más profunda de la que tienen otros.

Ella volvió la cabeza.

—Yo también lo pienso —dijo.

La besé con suavidad.

—¿Quieres que pasemos la tarde como hemos pasado la mañana? —le pregunté, cuando trajeron la comida.

—Sí, Amo. Lo estoy pasando muy bien.

—Hace algunas semanas no habría estado seguro de que me estuvieras diciendo la verdad. Pero después de este fin de semana, sí que te creo.

—Gracias.

Después, cuando íbamos de camino al aeropuerto, pensé en la semana que teníamos por delante. Como la boda de Jackson y Felicia se celebraría el domingo, Abby pasaría todas las noches en su apartamento. Su padre llegaría el jueves y habíamos planeado que viniera a cenar a mi casa. No podría volver a tenerla en mi cama hasta el sábado por la noche. Sería la vez que más tiempo pasábamos separados desde que retomamos la relación.

Y el sábado parecía muy lejos.

Cuando estuvimos en el avión, con el cinturón abrochado, y la azafata se marchó para sentarse con el piloto, me volví hacia ella.

—Cuando diga «ahora» tendrás treinta segundos para irte a la habitación, desnudarte y ponerte en la postura número dos, página cinco. ¿Lo has entendido?

Ella tensó la mano que tenía sobre mi rodilla y el deseo que brilló en sus ojos reflejó el mío.

—Sí, Amo.

Cuando estuvimos en el aire y el avión dejó de ascender, lo hice:

—Ahora.

Ella se desabrochó el cinturón y corrió hacia la habitación que había en la parte posterior del avión. Cuando conté treinta, me desabroché también el cinturón muy despacio y me puse de pie.

Abby me esperaba en la habitación, tumbada boca arriba y con las rodillas flexionadas y separadas. Me situé en su campo de visión. Me saqué la camisa de los pantalones y me la quité por encima de la cabeza. Mis zapatos, calcetines y pantalones pronto se unieron a la pila de ropa que había en el suelo.

Me acerqué a la cama, le cogí las manos y se las puse por encima de la cabeza.

—No las muevas de ahí. No me siento cómodo atándote en un avión.

Inspiré hondo tratando de controlarme. Si aquélla iba a ser la última vez que la hiciera mía en seis días, quería tomarme mi tiempo.

—Te puedes correr cuando quieras —le dije—. Todas las veces que puedas. Y quiero oírte.

Me tumbé a su lado. Quería absorber hasta el último ápice de necesidad de ambos. Y quería alimentar su expectativa todo lo que me fuera posible. La mordisqueé. La sentí. Me deslicé entre sus muslos abiertos y la saboreé. Disfruté de la intensidad y la dulzura de su deseo.

—Tócame —le ordené, subiendo por su cuerpo con la necesidad de sentir sus manos sobre mi piel.

Ella las dejó resbalar por mi pecho para explorarme y yo gemí. Luego las deslizó hacia abajo para tocarme la polla.

Contraataqué metiéndome uno de sus pezones en la boca y dibujando un círculo con la lengua. Le di un capirotazo en el otro pezón con los dedos. Ella arqueó la espalda para ofrecerse por completo y acepté lo que me daba metiéndome su pecho en la boca, chupándola con más fuerza y mordéndola con suavidad.

Metí el muslo entre sus piernas y la estimulé con la rodilla, frotándola lentamente contra ella. Asegurándome de que le rozaba el clitoris. Abby meció las caderas contra mí y gimió mientras se corría lentamente.

Me puse encima de ella.

—Abre los ojos. Mirame.

Sus profundos ojos castaños se posaron en los míos y yo me coloqué en la entrada de su sexo.

—Mirame a los ojos —insistí—. Mientras yo poseo tu cuerpo, quiero que comprendas que tú has poseído mi alma.

Me interné en ella.

—Te preguntabas si alguna vez había mirado a alguien de la misma forma que te miro a ti. —Me interné más adentro—. Nunca lo he hecho. Mirame a los ojos. Quiero que veas en ellos la verdad de mis palabras.

Cuando la penetré por completo, abrió mucho los ojos y, a pesar de que yo casi cerré los míos, conseguí seguir mirándola fijamente. Nos movimos juntos lenta y acompasadamente. El uno se ofrecía al otro, encontrando y tomando lo que necesitaba a cambio.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos para acariciarle el clitoris con suavidad y ella volvió a alcanzar el orgasmo, con más intensidad esa segunda vez. Parpadeó y cerró los ojos cuando el placer la recorrió. Yo aumenté el ritmo. Mientras la embestía, disfrutaba de la sensación de su cuerpo contrayéndose alrededor del mío.

Pronto me resultó demasiado difícil seguir conteniéndome y me corrí dentro de ella. Seguí abrazándola; no quería abandonar la comodidad de sus brazos y tampoco estaba preparado para dejar que Abby abandonara los míos. Nos esperaba una semana atareada y muy loca. Ni siquiera estaba seguro de que fuéramos a tener la oportunidad de comer juntos.

Me puse de lado y la arrastré conmigo, de forma que su espalda quedó pegada a mi pecho. Le desabroché el collar.

—Gracias por estar a mi disposición este fin de semana —dije contra la piel de su cuello.

Ella me acarició la mejilla.

—Gracias por concederme el honor de poder estar a tu disposición.

NATHANIEL

Aquella semana, Abby sólo trabajaría lunes y martes. Se había tomado el resto de la semana libre para ayudar a Felicia. Antes de marcharse de mi casa el domingo, hicimos planes para comer juntos el martes.

Me llamó el martes por la mañana. Dos de las bibliotecarias habían llamado para decir que estaban enfermas, iban a llegar tres clases de estudiantes de secundaria para la hora del cuento y el ordenador de la biblioteca estaba imprimiendo fechas de devolución de libros de varios años atrás. Se sentía fatal, pero era imposible que pudiera escaparse una hora para comer.

Así que a las once y media llamé a su restaurante italiano favorito y al mediodía le llevé la comida a la biblioteca.

—Nathaniel —dijo, levantando la vista desde el mostrador principal, donde estaba sentada junto a Martha—. No tenías por qué traerme la comida.

—Y en caso de que no lo hubiera hecho, ¿cuándo y qué hubieras comido? —le pregunté.

Ella salió de detrás del mostrador.

—Me habría comido una barrita rica en proteínas un poco pasada hace dos horas. —Me abrazó—. Gracias.

—No hay de qué —contesté, disfrutando al sentir sus brazos rodeándome.

—¿Te puedes quedar a almorzar conmigo? —me preguntó—. Me puedo tomar treinta minutos, siempre que no te importe comer en la sala de descanso.

—Me encantaría. En realidad, contaba con ello. He traído comida para dos. —Metí la mano en la bolsa—. También he traído esto para ti, Martha. Una pequeña muestra de agradecimiento.

Le di a la sorprendida bibliotecaria una rosa de color amarillo pálido.

—Vaya, muchas gracias, señor West —dijo la mujer, cogiendo la rosa—. Ya no me acuerdo de la última vez que un hombre me regaló una flor.

—Ha sido un detalle por tu parte —comentó Abby, mientras salíamos de la sala principal de la biblioteca y nos alejábamos de Martha, que se quedó en su sitio oliendo su rosa—. Estará alterada durante el resto del día.

—Era lo mínimo que podía hacer. Ya te dije que jamás te habría dejado

aquella rosa si ella no me hubiera sorprendido. Y hablando de eso... —Volví a meter la mano en la bolsa—. Creo que ésta es para ti.

Saqué otra rosa, ésta de color crema con un suave rubor en la punta de los pétalos, y se la di.

Su boca dibujó una «O» absolutamente adorable antes de esbozar una traviesa sonrisa.

—¡Vaya, gracias, amable señor! —exclamó, cogiendo la flor—. Pero creo que le acabas de ofrecer la misma muestra de afecto a mi supervisora.

—Yo no he hecho eso —repliqué con fingido desaire—. La suya era amarilla, la tuya tiene mucho más significado. —Me palpé el bolsillo para asegurarme de que la caja seguía allí—. Además, es posible que tenga alguna cosa más para ti.

Ella arqueó una ceja.

—Después de comer —apunté.

Abby abrió la puerta de la sala de descanso.

—Tendremos que comer aquí. Hoy hay un estudiante de posgrado en la colección de libros raros trabajando en su tesis.

La seguí al interior de la sala.

—Supongo que deberíamos dejarlo trabajar.

—Lo echaría a patadas si pudiera —comentó ella.

—Falta mucho para la noche del sábado. No me tientes.

Saqué los entrantes y le di un tenedor.

—¿Cómo está Fecicia?

Abby se sentó.

—Enfadada conmigo.

Levanté la vista del plato.

—¿Por qué?

—Está enfadada porque he pasado el fin de semana en New Hampshire.

—¿De verdad?

Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ella es así. Creo que todas las novias pasan por eso. Tampoco sé cómo podría haberla ayudado durante el fin de semana. Ha estado todo el tiempo con Jackson.

Pinché una aceituna.

—Siento que nuestra escapada de fin de semana haya causado problemas entre vosotras.

—No lo sientas. Ya te he dicho que últimamente se pone así por cualquier cosa.

—¿Qué planes tienes para el resto de la semana?

—Mañana tengo almuerzo de damas de honor —explicó—. Papá llega el jueves. Elaina y yo vamos a llevar a Fecicia a un spa el viernes, antes del ensayo.

—Cuando me miró le brillaban los ojos—. ¿Y tú?

—El viernes Todd y yo nos llevaremos a Jackson por ahí.

Era una venganza por lo que Jackson le hizo a Todd cuando se casó con Elaina.

—No lo llevaréis a un club de striptease, ¿no?

Yo arqueé las cejas.

—¿Y si fuera así?

Ella posó los ojos sobre el plato con despreocupación.

—Pues tendría que expresar mi respetuosa protesta.

—¿Una respetuosa protesta? ¿Nada de firmes reprimendas?

—Si protesto, no habrá nada firme.

Me rozó la parte superior del muslo con la mano por debajo de la mesa y fue deslizándola hacia arriba.

—Será mejor que quites la mano de ahí. A menos que quieras que te levante de la silla, te cargue sobre mi hombro e irrumpa en la colección de libros raros para darle a ese pobre estudiante de posgrado el mayor susto de su vida.

Su mano trepó un centímetro más y me rozó la base de la polla.

—No te atreverías.

—Abby —le advertí con el tono de voz que reservaba para los fines de semana.

Ella me miró un momento, quizá tratando de decidir si estaba bromeando o no. No bromeaba. Empecé a contar mentalmente. Le daba de margen hasta llegar a tres.

« Uno... dos... »

Apartó la mano.

—Estúpido estudiante de posgrado —murmuró entre dientes.

Hablamos un rato sobre la boda, los planes que teníamos para el fin de semana y en cómo estaban decorando la casa de Todd y Elaina para celebrar la ceremonia y el banquete. Pensé que quizá estuviéramos tan ocupados que el tiempo pasaría muy rápido y enseguida podríamos volver a estar juntos.

Le rocé la mano por encima de aquella minúscula mesa y tuve la sensación de que la caja que llevaba en el bolsillo entraba en combustión. Me cambié de postura en la silla.

Cuando acabamos de comer y recogimos la mesa, Abby se levantó.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Gracias otra vez por la comida.

—Antes de que te vayas... tengo una cosa para ti.

—Es verdad —dijo, cogiendo la rosa—. Algo para compensar que le hayas regalado a mi jefa la misma flor que a mí.

Me saqué la caja de color azul pálido del bolsillo.

Ella abrió mucho los ojos y dejó la rosa sobre la mesa.

—Nathaniel.

—Sólo es algo que encontré y que quiero que te quedes tú.

—¿De Tiffany?

—Ábrelo —dije, dándole la caja.

Ella la cogió con dedos vacilantes.

—Se me ha chafado un poco el lazo de llevarla en el bolsillo —comenté.

Abby soltó el lazo y levantó la tapa con cautela. Al ver lo que contenía se quedó sin aliento: dos pendientes de diamantes. Largos e immaculados. Mi padre tenía un gusto excepcional.

Su expresión pasó de la sorpresa al asombro.

—Esto es... Son...

Se llevó una mano a la garganta.

—Eran de mi madre —le expliqué—. Quiero que te los quedes.

—¿De tu madre?

Asentí a pesar de que ella no me estaba mirando. Resiguió una de las piedras con la yema del dedo. El domingo por la noche me acordé de aquellos pendientes, eran una de las muchas joyas que conservaba de mi madre. Los recordé en aquella caja cerrada que contenía los anillos de boda de mis padres. En cuanto me acordé de ellos, supe que quería que los tuviera Abby.

Quería que ella tuviera otro pedacito de mí, una parte del pasado que me había convertido en lo que era.

—No debería —empezó a decir—. Es demasiado... son de tu madre.

—Por favor. —Le cogí las manos entre las mías, con la caja en medio—. ¿Lo harás por mí?

Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas.

Le sequé una con el pulgar.

—He pensado que podrías ponértelos el día de la boda. Siempre que Felicia no te haya elegido otras joyas.

—No —contestó y yo tuve miedo de que estuviera rechazando mi regalo—. Me ha dicho que no le importa.

La sala se quedó momentáneamente en silencio y yo contuve el aliento mientras esperaba que dijera algo más.

—Gracias —murmuró por fin—. Me encantan. Me siento... muy honrada.

—Mi madre querría que te los quedaras tú —afirmé, completamente seguro de ello—. Me habría gustado mucho que te hubiera conocido. Le habrías encantado.

Abby me sonrió. Esbozó aquella fabulosa sonrisa que iluminaba mis días, como sólo ella era capaz de hacerlo.

—A mí también me habría gustado conocerla.

La abracé sin decir nada y ella me posó las manos en los hombros con la caja aún en la mano.

—Te quiero —le susurré, besándole la oreja—. Si pudiera, te daría el mundo, pero me conformo con ofrecerte pequeñas astillas de mí mismo.

—Me encanta cuando me ofreces astillas de ti mismo —reconoció—. Además, yo no quiero el mundo, te quiero a ti.

Me retiré un poco para poder darle un beso. Largo, lento y profundo. Abby tiró de mí, pasándome la mano que tenía libre por el pelo, sin despegar los labios de los míos.

Entonces alguien carraspeó en la puerta y ella se separó sin dejar de rodearme con los brazos.

—¿Sí? —le preguntó a la adolescente que había abierto la puerta sin que nos diéramos cuenta.

—Siento interrumpir, señorita Abby, pero me han pedido que le diga que el ordenador ha dejado de imprimir fechas de entrega de 2007.

—Buenas noticias —contestó ella—. Pero ¿por qué te han pedido que me lo digas?

—Porque ahora está imprimiéndolas del año 1807.

—Ahora voy —dijo suspirando.

La joven se marchó.

—Disculpen de nuevo —se excusó al hacerlo.

Abby apoyó la cabeza en mi pecho.

—¿Señorita Abby? —pregunté extrañado.

—No preguntes.

Le di un beso en la frente.

—Será mejor que me vaya. Te dejo que te enfrentes con el siglo diecinueve.

Ella se puso de puntillas para besarme.

—Créeme, el siglo diecinueve no tiene nada que ver conmigo.

—Llámame esta noche, ¿vale?

—Claro —contestó, apartándose un mechón de pelo de los ojos con suavidad —. Te quiero.

Cuando sonó el timbre a las seis y media del jueves, sonreí. Sólo Abby llamaría al timbre de mi casa, cuando quedaban menos de dos semanas para que se viniera a vivir conmigo. Ya sabía que le había dado la noticia a su padre, pero mentiría si dijera que no me ponía nervioso pensar que lo iba a conocer.

Apolo corrió hacia la puerta. Sabía que Abby estaba al otro lado.

—Tranquilízate —le dije, imaginando lo rápido que se acostumbraría a tenerla por allí de forma permanente.

Abrió la puerta y decidí que en cambio yo nunca me acostumbraría a que viviera conmigo. Que viniera a cenar a mi casa y a me parecía demasiado bueno para ser verdad.

Le cogí las manos y le di un beso en la mejilla, advirtiéndole enseguida que llevaba puestos los pendientes que le había regalado.

—No tienes por qué llamar al timbre. No me importa que utilices tu llave.

Ella me estrechó la mano y me devolvió el beso.

—Es la costumbre. —Dio un paso atrás y me presentó a su acompañante—. Éste es mi padre.

Era un hombre fuerte y robusto. Abby ya me había dicho que llevaba más de veinte años trabajando como contratista. Le estreché la mano.

—Señor King —dije—, bienvenido a Nueva York

—No me llames señor King —respondió, esbozando una leve sonrisa—. Y gracias.

Abrí un poco más la puerta.

—Por favor, pase. Disculpe a *Apolo*. Siempre se muestra un poco tímido con los desconocidos.

El perro se había quedado pegado a mí y sólo se movía para acariciar a Abby con el hocico cuando pasaba junto a él. Sonreí al recordar cómo reaccionó cuando la vio por primera vez. La reacción que tuvo al conocer a su padre fue mucho más normal.

Miré a Abby a los ojos e hice un gesto con la cabeza en dirección al perro.

«¿Lo ves? —le dije con los ojos—. No te mentía cuando te dije que no le gustan los desconocidos».

Ella me miró poniendo los ojos en blanco y acarició la cabeza de *Apolo*.

—¿Te puedo ayudar en la cocina?

—Tengo el solomillo Wellington y las patatas en el horno —dije.

Abby me había dicho que a su padre le gustaba mucho la carne con patatas y planifiqué la cena según sus preferencias.

—¿Has preparado solomillo Wellington? —repitió, arqueando una ceja—. ¿Crees que debería ir a echarle un vistazo?

—Tu padre y yo te esperaremos en el salón.

Lo mejor era acabar con aquello cuanto antes.

Nos sentamos, yo en el sofá y él en el confidente. Observé la habitación con aire apreciativo. Me pareció que era un hombre callado, más o menos como su hija.

Carraspeé.

—Abby me ha dicho que el sábado llevará a Felicia al altar.

—Felicia siempre ha sido como una segunda hija para mí. Ha pasado por algunas dificultades y me alegro de que por fin haya encontrado a alguien.

—Jackson está completamente enamorado de ella. Nunca lo he visto tan feliz. Sonrió y en sus ojos vi el reflejo de su amabilidad y su calidez; entonces supe que su hija había heredado algo más de él que su naturaleza callada.

—Por lo que me ha dicho Abby, Felicia y Jackson no son los únicos que están enamorados —dijo.

Vale. No me esperaba que fuera tan franco. Abby no había heredado eso.

Mi mente empezó a girar con frenesí e intenté pensar desesperadamente qué debía responder.

« ¿Mis intenciones con su hija son completamente honorables?»

No estaba seguro de que eso fuera del todo cierto, teniendo en cuenta lo que le había dicho a Abby que le iba a hacer la próxima vez que la tuviera en mi cuarto de juegos.

« Joder. El padre de Abby está en mi casa ». Estaba sentado justo debajo del cuarto de juegos donde yo provocaba y atormentaba a su hija. ¿Cómo le explicaría aquella puerta cerrada si me pedía que le enseñara la casa?

« No lo hagas —me dije—. Deja de pensar en eso» .

¿De verdad creía que el hombre se detendría delante de aquella puerta cerrada y me preguntaría qué había allí dentro?

No.

Pero, aun así, era algo que podía suceder.

—Si no lo he entendido mal, Abby se va a venir a vivir contigo el próximo fin de semana —planteó.

Yo me puse más derecho y me esforcé por ignorar el hilillo de sudor que me resbalaba por la espalda. Aquello era peor que el baile de graduación. ¿Y si le prohibía a ella que lo hiciera? ¿Sería capaz aquel hombre de hacer algo así? ¿Qué haría si me convertía en causa de conflicto entre Abby y su padre?

Las palabras escaparon de mis labios:

—Mis intenciones con su hija son completamente honorables, señor.

Me encogí. « Idiota » .

Él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ya sé que eres un hombre con éxito, Nathaniel, y sé que Abby tiene una cabeza muy bien amueblada sobre los hombros. No voy a decir que esté muy contento de lo rápido que va todo esto o que me guste lo de que os vayáis a vivir juntos. —Me lanzó una mirada penetrante y me pregunté cuánto sabría de mi pasado con Abby—. Pero recuerdo muy bien las alegrías de compartir la vida con alguien.

Abby me había dicho que llevaba mucho tiempo solo.

—Así que, aunque no esté muy contento —prosiguió—, lo pasaré por alto. Por Abby. Si tú la haces feliz, bueno, lo único que yo siempre he querido es que sea feliz.

—Gracias, señor —dije, sintiéndome extrañamente aliviado—. Yo también quiero que sea feliz.

—Dios —exclamó—. No me llames señor. Me hace sentir como un anciano. Háblame de tu primo. ¿Hay algo de lo que deba advertir a Felicia?

Me reí y la conversación derivó hacia el mundo del fútbol.

Cenamos en el salón. Yo quería que lo hiciésemos en la cocina, pero Abby creía que el salón era más apropiado y después de pensarlo mejor, accedí. Además de servir a su propósito de los fines de semana, aquella pieza también formaba parte de la casa y debía usarse como tal.

Además, cuando ella le pidió a su padre que se sentara, me di cuenta de que yo estaba disfrutando mucho viéndola hacer de anfitriona en mi casa. Hasta entonces, nunca había celebrado muchas cenas, pero decidí que Abby y yo cambiaríamos eso cuando ella se trasladara.

Me ofrecí a ayudarla a servir, pero se negó rotundamente y me pidió que me sentara a hacerle compañía a su padre. Tomé asiento en mi sitio, a la cabecera de la mesa. El padre de Abby se sentó a mi derecha y ella, a mi izquierda. Yo ya había puesto la mesa antes de que llegaran, lo único que faltaba era la comida.

Abby entró en el salón y se quedó de pie junto a mí. Mi polla reaccionó al recordar cómo me servía allí durante los fines de semana. Me puse la servilleta sobre el regazo. Aún no había llegado el fin de semana.

Aun así, mi cuerpo recordaba...

Y también estaba aquella electricidad que zumbaba entre nosotros siempre que estábamos juntos.

Dejó el solomillo Wellington delante de mí y me rozó el hombro con los dedos.

«Yo también lo noto —me decía su caricia—. Sé exactamente lo que estás pensando».

Me miró a los ojos cuando se sentó y yo le sonreí.

«No del todo —le respondí con la mirada—. Espera a que te vuelva a tener para mí solo».

—¿Lo has cocinado tú? —preguntó su padre, interrumpiendo nuestra silenciosa conversación.

Me volví hacia él sintiéndome un poco avergonzado por estar teniendo pensamientos inapropiados sobre su hija mientras él estaba sentado a mi mesa.

—Sí —respondí. Esperaba que no fuera de esa clase de persona que piensa que cocinar no es cosa de hombres.

—A Abby también le gusta mucho cocinar —aseveró—. Lo debéis de pasar muy bien en la cocina.

—Así es —contesté y mi mente regresó a un día de nieve, una cocina llena de vapor y una comida a base de risotto frío.

—Hace algunas semanas asistimos a unas clases para aprender a hacer sushi —informó Abby, dándome una patada por debajo de la mesa.

Esbozó media sonrisa y yo la miré. «¿Qué?», le pregunté con los ojos. Quizá hubiera perdido mi capacidad de poner cara de póquer.

—¿Le gusta el béisbol? —le pregunté a su padre.

—Oh, sí —respondió—. El béisbol. El fútbol.

—Tengo un palco en el estadio de los Yankees —dije—. Quizá pueda volver este verano y venir a ver algunos partidos. A Abby y a mí nos encantaría tenerlo por aquí unos días.

Intenté subrayar que yo no únicamente veía aquella casa como mía, sino también como de Abby. Y que siempre sería bienvenido en ella.

« Nuestra casa » .

Noté un sorprendente vuelco en el estómago y me di cuenta de que aquello, justo aquello, era la felicidad. ¿Qué era lo que había dicho él? « La alegría de compartir la vida con alguien » .

Volví a mirar a Abby y sí, ella también lo sentía. Alargué el brazo en busca de su mano y se la estreché con suavidad. Pero no se trataba sólo de compartir la vida con alguien, sino de compartirla con aquel alguien en concreto.

ABBY

Decidí que no tenía sentido seguir en la cama. Aparté las sábanas y me levanté. Paseé la vista por mi habitación durante unos minutos y deslicé la mano por la multitud de cajas que tenía apiladas: unas llenas de ropa, otras con libros y demás.

Me pregunté si Felicia estaría durmiendo. Se había quedado en mi sofá. Habíamos pasado un día maravilloso. Primero quedamos con Elaina en el spa favorito de Felicia y le regalamos una mañana entera de mimos. Por la tarde, ella y yo volvimos al apartamento y nos reímos como niñas mientras nos preparábamos para el ensayo, que también fue muy bien. Nathaniel estaba de pie junto a su primo, con porte orgulloso y una leve sonrisa en los labios, mientras Felicia intentaba sonsacarles, sin ningún éxito, un poco de información sobre dónde habían estado todo el día.

Mi vestido de dama de honor estaba colgado en el armario, esperando que fuese el día siguiente. Deslicé un dedo por la seda. Felicia tenía un gusto excelente. El vestido era largo hasta los pies, de color azul hielo, y se ceñía al cuerpo dejando los hombros al descubierto, a excepción de la gasa que subía desde la cintura y se deslizaba por encima de uno de los hombros.

Le di la espalda al vestido y metí algunos libros en una caja medio vacía, pero al final acepté que no conseguiría conciliar el sueño.

Salí al comedor en silencio para no molestar a Felicia, pero me la encontré sentada en el sofá, bebiéndose una taza de té.

—Lo siento —dijo—. ¿Te he despertado?

—No. —Me acerqué al sofá y me senté con ella—. Yo tampoco podía dormir. ¿Estás nerviosa?

Ella flexionó las rodillas hasta colocarlas bajo su barbilla y se rodeó las piernas con los brazos.

—Creo que no son nervios. Sólo estoy excitada. Quizá también un poco preocupada.

—¿Te preocupa casarte con Jackson? —le pregunté inquieta—. Eso es normal, ¿no? ¿No les pasa a todas las novias?

—No, no tiene nada que ver con Jackson —aclaró y yo me sentí un poco mejor—. Bueno, por lo menos no tiene que ver con Jackson el hombre. Me preocupa más casarme con Jackson el quarterback de los Giants de Nueva York. Los *paparazzi* y esas cosas. Eso de ser el centro de atención.

Yo aún recordaba lo frustrada que se sintió cuando se anunció el compromiso. Los fotógrafos la estuvieron siguiendo durante algunos días, se presentaban a la salida de su escuela e incluso llegaron a llamar a la puerta de su apartamento algunas veces. La excitación desapareció bastante rápido y, a decir verdad, yo tampoco le serví de mucha ayuda, porque acababa de dejar a Nathaniel y estaba completamente deprimida.

—No creo que vaya a ser para tanto —la tranquilicé—. Ya sé que es un deportista famoso, pero no es un actor o algo así.

—Tú intenta organizar la seguridad para tu boda y luego dime que no es para tanto —repuso—. Planea tu luna de miel intentando decidir dónde podréis estar a solas la mayor parte del tiempo y luego siéntate a ver cómo tu vestido de novia sale por la televisión para que todo el mundo lo vea.

—Vale. Vale —contesté, tratando de tranquilizarla y de evitar que diera rienda suelta a la novia iracunda que llevaba dentro—. Ya entiendo a qué te refieres. Lo del vestido fue asqueroso.

—Sí. Lo fue.

—Pero escucha —dije—, Jackson te quiere. Salta a la vista. No tienes de qué preocuparte. Si aparecen los *paparazzi*, los dos lo arreglaréis juntos. Además, tienes el apoyo del clan Clark al completo. Y sabes que siempre me tendrás a mí.

Sonrió al oírlo.

—Gracias, Abby.

Me encogí de hombros.

—No es nada. Y como Jackson y tú os iréis a recorrer Europa, estoy segura de que cuando volváis a casa el alboroto de la boda ya habrá pasado. Os habrán sustituido por alguna otra estrella.

Jackson había planeado una luna de miel de dos semanas en Europa. Visitarían el Reino Unido, Francia, Italia y Suiza. Y, aunque yo siempre había querido visitar ese continente, ésa no era mi idea de la luna de miel ideal. Cuando yo me casara, quería pasar la luna de miel a solas con Nathaniel, no saltando de un país a otro.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

«Luna de miel a solas con Nathaniel».

«Joder».

—Tienes razón —dijo Felicia, ignorando el alboroto de mi cabeza—. Es que todo es muy extraño, ¿sabes?

—Sí, muy raro.

Y que ella tuviera que enfrentarse a los *paparazzi* no era lo único.

—Esta noche también es rara, ¿verdad? —preguntó—. Tú y yo. Llevamos toda la vida siendo vecinas y pasado mañana cambiará todo. Es un poco triste.

—Seguirás pudiendo contar conmigo. No me voy a ir a ninguna parte.

Quería preguntarle por qué le resultaba tan raro, pero entonces decidí no hacerlo. No tenía ganas de hablar sobre mis fines de semana con Nathaniel. Aunque Felicia parecía apoyarme más esta vez, no estaba segura de que pudiera escucharme sin juzgar mi vida.

—Me refiero a que es cierto que Jackson es un jugador de fútbol famoso, pero Nathaniel no deja de aparecer en las listas de los veinte americanos más ricos —prosiguió—. ¿Cómo te hace sentir eso?

Sabía lo que intentaba hacer: trataba de sentirse mejor volcando la atención en otra persona, preguntándome cómo gestionaba algo que ella también debía aprender a gestionar. Decidí decirle la verdad.

—No me hace sentir nada —respondí—. Yo estoy con Nathaniel. Nunca pienso en su riqueza o en su valor. Es sólo él. Nathaniel.

—Pero, aun así... —me presionó—. ¿Cómo funcionarán las cosas cuando vivas con él? ¿Le pagarás un alquiler? ¿Pagarás parte de su hipoteca?

¿Acababa de decir que era una de las personas más ricas de América y creía que tenía una hipoteca?

—No tiene ninguna hipoteca —contesté—. La casa es suya. Y no, no le voy a pagar ningún alquiler.

—¿Y los gastos?

—Claro que le ayudaré con los gastos. —Pero todo eran suposiciones mías. Nathaniel y yo habíamos hablado un poco de cómo organizaríamos el tema de los gastos cuando me fuera a vivir con él, pero nunca habíamos entrado en detalle. Nos limitaríamos a ir organizándolo una vez me instalara—. ¿Y Jackson y tú? ¿Estás preocupada por el dinero?

—No —contestó—. Jackson ya ha hecho las gestiones necesarias para abrir una cuenta bancaria conjunta. Pero me resultará extraño tener tanto dinero. Vamos, Abby, admítelo. Tienes que haber pensado en los beneficios materiales que te supondrá irte a vivir con Nathaniel.

—Puede que una o dos veces.

—Una o dos veces, seguro.

—Sé que tiene asistenta —expliqué—. Supongo que me resultará raro que alguien lo limpie todo por mí. Pero te aseguro que no pienso en ello. Me centro más en Nathaniel.

—Yo seré mucho más feliz cuando Jackson se retire y podamos ser un poco más normales.

Estaba fatal. Volví a pensar que quizá les pasara lo mismo a todas las novias. Al final, decidí dejarme llevar.

—¿Va a jugar una temporada más? —le pregunté.

—Sí —me confirmó—. Éste será el último año. Luego probablemente se tome un tiempo libre y después busque algún puesto de entrenador.

Le apoyé la mano en la rodilla.

—Haz una cosa por mí, Felicia: disfruta de este año. Va a ser muy diferente a todo lo que hayas experimentado hasta ahora. —Sonreí—. Estarás bien. Todo el mundo te querrá. Jackson el primero.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó.

—Gracias.

« Nuestra última noche como vecinas» .

Esa idea resonaba en mi cabeza una y otra vez. Parecía surrealista. ¿Cómo era posible que nuestras vidas hubieran cambiado tanto en tan poco tiempo?

Me separé de ella y le alisé el pelo.

—Y ahora tienes que dormir un poco. No queremos tener ojeras para las fotos de mañana.

Mi intención era hacer un comentario gracioso para rebajar un poco la tensión, pero Felicia no sonrió. Me miró a los ojos muy seria.

—Te dije que no quería saber los detalles de tu relación con Nathaniel —empezó—, y sigo sin querer saberlos. Últimamente se te ve muy feliz —Inspiró hondo—. Pero sigo necesitando saber...

—¿Necesitas saber? —repetí, con una nota de pánico en la voz.

—El día que lo dejaste, comentaste que por fin te había besado.

Dijo eso y luego se detuvo y se mordió el labio, como si temiera acabar la frase.

—¿Sí? —le pregunté, aún sin sentirme cómoda con el rumbo que estaba tomando la conversación, pero advirtiendo que se trataba de algo importante para ella.

—¿Ahora lo hace? —inquirió, en un tono casi suplicante—. ¿Te besa durante la semana y los fines de semana? Ya sé que es una tontería, y no estoy segura de por qué es tan importante, pero si lo hace, me sentiré mucho mejor. ¿Lo hace?

Fui incapaz de ocultar la sonrisa que apareció en mi cara. La respuesta debió de ser evidente, porque ella también sonrió antes de que yo contestara a su pregunta.

—Sí, Felicia —le dije—. Sí. Me besa entre semana y los fines de semana, y sí, soy muy muy feliz.

El sábado fue un torbellino. Felicia y yo no paramos ni un segundo desde que se levantó, así que no tuve mucho tiempo de pensar en lo distinto que era aquel día de mis sábados normales.

Me reí.

« Sábados normales» .

¿Desde cuándo mis sábados eran normales?

—¿Te estás riendo, Abby? —me preguntó Felicia—. Cuéntame el chiste. No me iría mal reírme yo también un poco.

Estábamos en una de las habitaciones de invitados de la casa de Elaina y Todd y una estilista estaba haciéndole a Felicia un elegantísimo recogido. Yo ya me había arreglado el pelo, estaba vestida y miré el reloj que había junto a la cama: el espectáculo empezaría a las seis en punto. Quedaban poco más de dos horas.

—No es nada —respondí—. Sólo estaba hablando conmigo misma.

—Pues entonces ¿te importaría bajar y traerme unas cuantas uvas? —me pidió—. Creo que puedo comer uvas sin... ¡Ay! —Levantó la vista y miró a la mujer que la estaba peinando—. ¡Ten cuidado! Me gustaría conservar algún pelo cuando termine.

Sí, ir a buscar unas cuantas uvas parecía una gran idea. Quería mucho a Felicia, pero me estaba volviendo loca. A mí y a todo el mundo.

—Ahora vuelvo —le dije, esquivando su vestido de novia, que aguardaba colgado en mi camino hacia la puerta.

—Supongo que seguiré aquí.

Corrí escaleras abajo levantándome el vestido para no tropezar. No me quería poner los zapatos hasta que fuera absolutamente necesario. Cuando llegué abajo, miré a mi alrededor en busca de Nathaniel. Sabía que estaba en algún rincón de la casa —había visto su coche desde el piso de arriba—, pero aún no lo había visto.

Bueno, dentro de dos horas estaría en el jardín, de pie junto a su primo. Si no lo conseguía antes, lo vería entonces. Entré en la cocina tratando de no molestar a la responsable del catering y los camareros y llegué a la isla central, donde habían preparado un bufet informal de aperitivos para los invitados y la familia.

Examiné la mesa. Uvas, uvas, uvas. Tenía que haber uvas. Felicia no me las habría pedido si no fuera así, ¿no?

Una enorme mano se posó sobre mi hombro desnudo, segundos antes de que un par de cálidos labios me dieran un beso con la boca abierta en la base de la nuca.

—Dios mío. —Nathaniel estaba pegado a mi piel—. Mírate.

Se me pusieron todos los nervios en alerta y una oleada de deseo insatisfecho me recorrió de pies a cabeza.

—Hum —murmuré, acercándome más a él cuando me rodeó con los brazos y sus labios prosiguieron con la exploración de mi espalda.

—Llevo todo el día intentando subir a verte —dijo. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja y sus manos se pasearon por mi cintura para atraerme más hacia él. Elaina había secuestrado a los hombres en el piso de abajo, mientras las mujeres estábamos arriba—. Pero entre Jackson, Todd y Linda, no he tenido la oportunidad de huir.

Por poco se me escapa un gemido cuando sus labios acariciaron el punto exacto en que mi cuello se encontraba con mi espalda.

—Entonces tengo mucha suerte de haber tomado la iniciativa de bajar justo en este momento —comenté.

Me dio media vuelta y me miró con sus ojos oscuros.

—Sí que es una suerte —admitió y se inclinó para besarme con suavidad.

Pero yo había estado separada de él durante casi toda la semana y no tenía ningún interés en la suavidad.

—¿Eso es todo lo que tienes? —lo provoqué.

Él se acercó un poco más y me susurró al oído:

—Cuando te lleve a casa, ya te enseñaré exactamente lo que tengo. La pregunta es si prefieres que te lo enseñe duro y rápido o suave y despacio.

—De las dos formas —contesté, acercándome a él—. Lo quiero duro y rápido al principio, seguido de algo suave y más lento. —Deslicé una mano por debajo de su chaqueta para acariciarle el pecho—. Aunque si te apetece...

—Joder, Abby, a mí siempre me apetece.

Sus labios se pegaron a los míos y yo gimoteé cuando su lengua se internó en mi boca. Su sabor. Vaya, cómo lo había echado de menos. Lo cogí de las solapas de la chaqueta y lo atraje hacia mí, notando su erección al presionarlo contra mi cuerpo. Gemí.

Alguien carraspeó con discreción detrás de nosotros.

«Joder, joder, joder».

Nathaniel se retiró y yo dejé caer la cabeza sobre su pecho, sin soltarle la chaqueta, mientras me esforzaba por volver a respirar con normalidad.

Cuando volvió a hablar, su voz sonó seca y sin emoción.

—Melanie.

Levanté la cabeza de golpe y miré directamente a la encantadora mujer que estaba de pie junto a la mesa.

—Pareces tener la peculiar costumbre de aparecer en los momentos más... —empezó a decir Nathaniel.

Entonces le solté la chaqueta y me puse entre los dos.

—Me alegro de volver a verte.

Dije eso porque es la clase de comentario que uno hace cuando se encuentra con una persona a la que no tiene nada que decirle. La observé unos segundos mientras ella nos examinaba. Era realmente encantadora, llevaba el peinado perfecto y un vestido de fiesta que acentuaba su figura.

Entonces me di cuenta de lo extraño que era estar junto a Nathaniel mientras hablaba con su exnovia. Él había besado aquellos labios perfectos, la había abrazado y le había hecho el amor mucho antes de besarme o abrazarme a mí. Y, aunque hubiera acabado dejándola, debo admitir que me puse un poco celosa.

«Eres tonta», me dije. ¿Qué fue lo que me aseguró el fin de semana

anterior? «Eres tú. Siempre has sido tú».

Así que miré a Melanie y, en lo más profundo de mi ser, supe que nunca había sido ella y eso me hizo sentir mejor.

—Abby —dijo ella, tendiéndome la mano—. Yo también me alegro de volver a verte.

Miré a Nathaniel y vi que la estaba observando. Me pregunté qué estaría pensando. Mientras nos estrechábamos la mano, la mirada de Melanie resbaló hasta mi cuello y, antes de que pudiera disimularla, vi la expresión de sorpresa que apareció en su rostro.

«Vaya, vaya, vaya». A Melanie no la había sorprendido vernos juntos, lo que la había sorprendido era ver que no llevaba el collar. Pero si no le iba a contar los detalles de mi relación a mi mejor amiga, estaba claro que tampoco iba a hacerlo con la exnovia de Nathaniel.

—¿Te podemos ayudar en algo? —preguntó él.

Su voz seguía sonando seca y desprovista de emoción y me pregunté si siempre le habría hablado así. ¿Habría empleado ese tono de voz durante toda su relación o habría aparecido más tarde, cuando se echó sobre los hombros la innecesaria culpa de no poder estar a la altura de las expectativas de Melanie?

En ese momento, fui incapaz de decidir si habría querido mucho a Melanie por no haber sido lo que él necesitaba —cosa que lo habría forzado a buscar una nueva sumisa, es decir a *mí*—, o la habría odiado por todo el dolor y la vergüenza que habría sentido al ver que necesitaba buscar una nueva sumisa.

«Es tiempo pasado —decidí—. Déjalo correr».

—Mamá y yo hemos subido a ver a Linda —comentó Melanie— y Felicia ha mencionado algo sobre unas uvas. Ha dicho que Abby había bajado a buscarlas, pero que llevaba una eternidad aquí abajo.

—Llevo cinco minutos como mucho. —Puse los ojos en blanco—. Novias... —añadí entre dientes.

Nathaniel se rio.

—Ahora que Felicia y yo nos empezábamos a llevar tan bien... Nunca me perdonará por retener sus uvas. —Se volvió hacia mí—. Llévaselas, Abby. De todos modos, yo también tengo que volver con Jackson. —Entonces se inclinó hacia adelante y susurró para que Melanie no pudiera oírlo—: Y esta noche estaré preparado para todo lo que desee tu corazón o tu cuerpo.

Me dio un único beso en los labios, asintió brevemente con la cabeza y con un seco «Melanie», se marchó.

Ella no parecía cohibida en absoluto.

—Lo siento mucho —se disculpó—, pero no podía llegar hasta las uvas y me sentía mal por interrumpir, pero...

Negó con la cabeza.

—No pasa nada —le aseguré, cogiendo una servilleta para volver a buscar las

uvas—. Es cierto que le he dicho a Felicia que enseguida subía.

—Veamos si las uvas están aquí —dijo Melanie, levantando la tapadera de un cuenco y dejando al descubierto toda la fruta que contenía.

Sonreí a la mujer cuya relación con Nathaniel me había provocado tanta curiosidad en su momento. Recordé todos los días que había pasado preocupada, pensando que la habría besado. La sorpresa y la consternación que sentí cuando Elaina me dijo que nunca había sido su sumisa. Incluso la furia que sentí cuando Nathaniel asumió toda la culpa de su fracaso con ella. Coloqué las uvas sobre la servilleta y me di cuenta de que lo único que sentía por ella en ese momento era una leve simpatía.

Dos horas más tarde, estaba recorriendo el improvisado pasillo en el jardín de Elaina y Todd. Odiaba ser el centro de atención y durante los primeros segundos, lo único en lo que podía pensar, era en toda la gente que me estaba mirando.

Pero me olvidé en cuanto levanté los ojos y vi a Nathaniel. Antes no había tenido ocasión de admirarlo de cuerpo entero. Cuando me estrechó entre sus brazos, estaba demasiado cerca como para que pudiera ver lo impresionante que estaba. Mientras caminaba por el pasillo, aproveché para observarlo bien: la forma en que el esmoquin se ceñía a sus hombros, cómo el color negro de la chaqueta contrastaba con sus ojos verdes, el modo en que los pantalones le rozaban los zapatos, y su pelo, como siempre, con aquel aire despeinado que tanto me gustaba.

Era como si sólo su mirada fuera lo que me hacía seguir avanzando. Casi podía sentir el calor que irradiaba su mirada y me pregunté si alguien más se estaría dando cuenta. En ese momento no me pareció tan absurdo pensar que algún día me estaría esperando en otro altar, en otro momento, por un motivo muy parecido. La idea me hizo sonreír.

«Estás impresionante», leí en sus labios, cuando llegué al altar.

«Mira quién habla», le respondí.

Negó con la cabeza con incredulidad y empezamos a escuchar las suaves notas de un arpa que sonaba al fondo.

Sólo advertí que Felicia había llegado al altar cuando bloqueó mi visión de Nathaniel. Me reprendí mentalmente por no prestar más atención. Sería muy vergonzoso que alguien se diera cuenta de que estaba concentrada en el padrino en lugar de en la novia y decidí esforzarme para hacerlo mejor.

Pero cuando el pastor le dio la bienvenida a todo el mundo y Felicia y Jackson intercambiaron los votos que los unirían para siempre, mi mente regresó a Nathaniel. Nos miramos a los ojos y volví a sonreír.

Todo parecía posible.

NATHANIEL

Después de la ceremonia, los invitados se dispersaron y empezaron a beber cócteles y a comer canapés, mientras el jardín de Todd y Elaina se transformaba en una fiesta. Enseguida pude coger a Abby entre mis brazos para bailar con ella como padrino y dama de honor.

—¿Suspiro de felicidad? —me preguntó, apartándose un poco de mí, mientras empezaba a sonar una melodía de piano que me resultaba muy familiar.

—Suspiro de felicidad —contesté—. Jackson y Felicia están casados. He conocido a tu padre y me llevé muy bien con él...

—¿Tenías alguna duda?

—Siempre hay un ápice de duda. Forma parte de mi mentalidad de hombre de negocios.

—Pero esto no son negocios.

La estreché con más fuerza.

—Ya lo sé. Pero forma parte de lo que soy. Además, no me has dejado terminar.

—¿Terminar el qué? —preguntó, relajándose entre mis brazos.

Yo le pasé un dedo por los hombros y luego lo deslicé por su espalda.

—Terminar de explicarte mi suspiro de felicidad.

—Claro. Continúa.

—¿Por dónde iba? —dije—. Ah, sí, ya me acuerdo. Mi primo se acaba de casar. Tengo una nueva prima política. La mujer más maravillosa del mundo está bailando conmigo y lo mejor es que se va a venir a mi casa conmigo esta noche.

—¿Eso es lo mejor?

Giré con ella por la pista de baile y vi a Melanie hablando con Linda. Había sido un poco maleducado antes. Por suerte, Abby me ayudó a relajarme. Y, a decir verdad, no había estado tan mal que Melanie me sorprendiera abrazándola apasionadamente. Si aún le quedaba alguna duda de que yo ya no estaba a su alcance, le habría quedado completamente claro después de ver eso.

—Sí —dije, respondiendo a su pregunta—. Hace demasiado tiempo que no te tengo en mi cama.

—Nathaniel.

—Admítelo. Tú también lo notas.

Abby deslizó la mano hasta mi cintura. Lo bastante abajo como para demostrar lo que quería decir, pero no lo suficientemente abajo como para que se considerara inapropiado.

—Claro que lo noto —contestó.

—Espero poder dormirme abrazándote —le confesé, estrechándola con fuerza.

—¿Dormir? ¿Eso es todo?

—No, pero si hablo demasiado sobre el tema, es posible que acabe arrastrándote a alguna habitación vacía o que te encierre en algún armario.

—Y eso sería malo porque... —me provocó, presionando las caderas contra mí.

—Agaché la cabeza y le mordí el lóbulo de la oreja con fuerza, justo donde sabía que le gustaba.

—Porque cuando lleguemos a casa, me voy a recrear contigo.

La respiración de Abby se tornó pesada y entrecortada.

—Pensaba que habíamos acordado algo duro y rápido primero.

Yo adelanté la pelvis con la esperanza de que nadie se diera cuenta de mis movimientos.

—He cambiado de idea.

—¿Has cambiado de idea? —me preguntó, y me di cuenta de que ya no estábamos bailando, sólo nos mecíamos de un lado a otro, al ritmo de la música.

Retomé una actitud más adecuada.

—Sí, he cambiado de idea. Voy a disfrutar mucho tomándome mi tiempo contigo.

—Hum —murmuró, pero no discutió conmigo.

Yo escondí mi sonrisa en su pelo. Estaba preciosa cuando se ponía nerviosa.

El trayecto hasta casa fue una auténtica tortura. Le di la mano a Abby y ella pasó todo el tiempo dibujando diminutos ojos sobre mi piel. Hablamos sobre los detalles de la boda, nos reímos de algunos fallos, comentamos sobre algunos de los invitados y nos pusimos de acuerdo en lo agradable que había sido que los *paparazzi* no hubieran aparecido en toda la fiesta. Fue una conversación sencilla, en especial considerando lo tensos que estábamos los dos y cómo cada caricia de su dedo en mi mano parecía viajar directamente hasta mi entrepierna.

—Tengo que sacar a *Apolo* —comenté, cuando nos detuvimos frente a mi casa. Yo quería mucho a mi perro, pero a veces deseaba que estuviera entrenado para utilizar el baño.

—Te esperaré arriba —dijo.

—En el vestíbulo, por favor.

Abby arqueó una ceja.

—Está bien.

Le di un beso en la mejilla mientras la ayudaba a salir del coche.

—Gracias.

Después de sacar a *Apolo* y volver a casa, cerré la puerta. Ella me estaba esperando, meciéndose ligeramente sobre los talones.

—¿Existe algún motivo por el que querías que te esperara aquí? —me preguntó, con los ojos llenos de picardía.

Me quité la chaqueta y la dejé caer al suelo.

—¿Te acuerdas cuando te hice pasar todo un fin de semana desnuda?

—Vagamente —bromeó.

Yo hice un gesto en dirección a la escalera.

—Y ¿te acuerdas de que te follé justo ahí, en el tercer escalón?

—¿Recuerdas qué escalón era?

Me acerqué y le apoyé una mano en cada hombro.

—Yo me acuerdo de todo. Recuerdo haberte mirado, aquí en el vestíbulo, y haberme dado cuenta de que éste era el lugar al que pertenecías. Aquí conmigo.

—¿Ese fin de semana?

Su cálido aliento me acarició el cuello.

—Sí. Lo supe entonces sin ninguna clase de duda.

—Me sorprendes.

—Ya lo sé.

Le eché la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—« Hay una dama dulce y amable,

» jamás un rostro me complació tanto;

» y la vi pasar» .

Le deshice el peinado con suavidad y dejé caer las horquillas al suelo. Cuando chocaron contra el mármol, el leve ruido resonó en las paredes del vestíbulo.

—« Y, sin embargo, la amaré hasta que me muera» .

Abby inspiró hondo cuando me oyó recitar uno de sus poemas favoritos, y yo le respondí con una sonrisa. Reseguí el contorno de sus labios.

—« Sus gestos, movimientos y sonrisas,

» su gracia, su voz hechizan mi corazón.

» Hechizan mi corazón, no sé por qué.

» Y, sin embargo, la amaré hasta que me muera» .

—Nathaniel —murmuró con delicadeza.

La rodeé con los brazos y le bajé la cremallera del vestido todo lo que pude. Luego dejé resbalar la suave gasa por su hombro.

—« Cupido es alado y libre,

» el país de mi amada cambia» .

Cerró los ojos y separó los labios. Yo dibujé un camino de besos por su cuello.

—« Pero cambie la tierra, o cambie el cielo,

» yo la amaré hasta que me muera» .

Le deslicé el vestido por el cuerpo, dejando que mis manos se pasearan con libertad por su figura. En ese momento todo parecía libre. Yo era libre. Libre para amarla como ella merecía. Libre para aceptar el amor que ella me diera. Todo parecía tan... posible.

—Te quiero, Nathaniel —susurró.

Sus palabras me dejaron inmóvil. Era la primera vez que me lo decía antes de que se lo dijera yo. ¿Cómo era posible que esas tres palabras me oprimieran el corazón de aquella manera?

La sangre galopó por mi cuerpo en respuesta a su susurro y yo las repetí una y otra vez en mi cabeza.

—Dios, Abby, cómo te quiero —le dije.

A pesar de lo urgente que parecía nuestra necesidad hacía sólo unas horas, en ese momento había desaparecido para dejar paso al único deseo de reconectar.

Me desabroché los botones de la camisa despacio. Ella también se estaba tomando su tiempo. Deslizó las manos por debajo de la tela y pasó los pulgares por mis pezones. Yo agaché la cabeza y la volví a besar. Y durante un buen rato nos quedamos allí, tocándonos y provocándonos mientras nos desnudábamos el uno al otro. Nuestros sencillos susurros resonaban en aquel vestíbulo iluminado por la luz de la luna.

—Mmmm.

—Sí.

—¿Ahí?

—Hazlo otra vez.

—Más.

—Ahora.

—Por favor.

Hasta que al final nos pusimos de acuerdo:

—Vamos arriba.

Al día siguiente nos despertamos enlazados el uno con el otro y fuimos adquiriendo conciencia de nuestros propios cuerpos mientras nos desperezábamos. Al rato, nuestras caricias empezaron a ser más y más urgentes y poco a poco se fueron convirtiendo en provocaciones alimentadas por nuestros propios jadeos.

Abby me tumbó boca arriba, al tiempo que me cogía la cabeza entre las manos y me besaba apasionadamente.

Yo gemí en su boca.

Se puso encima de mí y colocó una rodilla a cada lado de mis caderas. No se había peinado la noche anterior y su salvaje melena caía por encima de sus hombros. Luego levantó el cuerpo y, sin decir ni una sola palabra, se deslizó por mi longitud. Yo me arqueé hacia ella para internarme hasta dentro.

Contoneé las caderas y yo le apoyé las manos por debajo de la cintura. No lo hice con la intención de guiarla ni de controlarla, sólo para sentir cómo se contraían sus músculos debajo de mis palmas. Para disfrutar de cómo se daba placer con mi cuerpo. Para disfrutar de ella.

Mientras se movía encima de mí, echó la cabeza hacia atrás y se arqueó hacia adelante. Deslicé las manos por su torso y le cogí los pechos para pellizcarle los pezones. Ella me respondió acelerando el ritmo.

Estaba preciosa cuando se abandonaba al placer: desde el ligero tono rosado que le cubría el cuerpo, hasta los suaves gemidos lujuriosos que hacía a medida que se iba acercando al orgasmo. Mi propia lujuria aumentó al observarla y bajé las manos, la agarré de las caderas y acogí sus embestidas acompañándolas a las mías. Nuestros cuerpos se movieron al unísono una y otra vez hasta que a ella se le abrió la boca y alcanzó el clímax, dejando escapar un breve grito.

La inmovilicé y la embestí más rápido y más fuerte, sintiendo cómo se aproximaba mi propia liberación. Abby gimoteó y yo le acaricié el clitoris con el pulgar. Segundos después, fui recompensado por la sensación de su cuerpo contrayéndose de nuevo a mi alrededor. Mi propio clímax me atravesó arrancándome un rugido y me corrí dentro de ella.

Entonces se dejó caer sobre mí.

Pasaron varios minutos antes de que pudiéramos hablar.

—Buenos días —saludó por fin, sin levantar la cabeza, que tenía apoyada sobre mi pecho.

—Eso parece —contesté—. ¿A qué ha venido eso?

Ella se rio.

—En agradecimiento por haber citado a Thomas Ford la pasada noche.

—Creía que ya me habías recompensado por eso cuando subimos aquí —dije, recordando las horas que pasamos juntos la noche anterior.

—Oh, no. La cita de Thomas Ford requería una recompensa adicional.

—En ese caso —susurré, deslizándole la mano que tenía libre por la espalda y sintiendo cómo se estremecía bajo mi caricia—, espero tener alguno de sus libros en mi biblioteca.

Aquella tarde volví a casa después de sacar a *Apolo*. Cuando salí, Abby estaba en el salón y me pilló desprevenido ver que me estaba esperando en el vestíbulo cuando entré de nuevo en casa con el perro.

—¿Va todo bien? —le pregunté, mientras *Apolo* pasaba junto a ella para desplomarse sobre el almohadón que tenía en el comedor.

No dijo nada. Sólo dio algunos pasos hasta ponerse frente a mí.

—¿Abby?

Se arrodilló. Sus manos treparon hasta los botones de mis vaqueros azules y empezó a desabrocharlos.

«Oh, sí». La bruja insaciable no había tenido bastante de mí, ni la noche anterior ni aquella mañana. Yo me sentía exactamente igual. Pero no quería que estuviera de rodillas.

Le agarré las manos.

—Sigamos con esto arriba. O en la cocina. ¿Quieres que me suba yo a la encimera esta vez?

Se me puso dura cuando me di cuenta de los derroteros que estaba tomando la conversación.

—No.

«¿No?»

¿Cómo?

¿No quería que subiéramos o no quería que lo hiciéramos en la cocina?

—¿Qué? —le pregunté.

—No.

Estaba intentando decirme algo, pero yo no acababa de comprender lo que era.

—Abby —le dije, estrechándole las manos con suavidad—. No te entiendo.

—No —contestó y entonces añadió en voz baja—, Amo.

Me quedé boquiabierto y me apresuré a cerrar la boca.

Ella suspiró y se dejó caer al suelo, para quedarse sentada a mis pies.

—Ver a Paul y Christine el fin de semana pasado fue una experiencia muy reveladora y tengo muchas ganas de volver al cuarto de juegos contigo. Y entonces pensé que con la boda y todo eso... —Levantó la vista—. No quiero que pienses que no he disfrutado del respiro, porque sí lo he hecho. Es sólo que... —Se encogió de hombros—. ¿Otra semana?

Pensé en lo que había dicho. Sí, el fin de semana libre había sido necesario para afrontar con tranquilidad las responsabilidades del día anterior, pero seguíamos teniendo nuestra necesidad. La habíamos dejado de lado, la habíamos ignorado, pero notaba que seguía ahí. Tirándome de la manga. Y era evidente que a ella le pasaba lo mismo.

—Y ¿has pensado que ésta era la mejor forma de volver? —le planteé.

Ella esbozó una sonrisa.

—Me ha parecido la forma más directa.

—Ya me lo imagino, pero podrías haberme preguntado.

—Esto parecía más natural.

—¿Te acuerdas de lo que te dije que te haría cuando te volviera a tener en el cuarto de juegos?

Además de decirle que la ataría a mi cruz, había hablado con ella de otros elementos que Paul y Christine habían empleado en su escena. A pesar de que Abby me había dicho que no estaba segura de algunas de esas cosas, yo había planeado hacer que las experimentara. A fin de cuentas, no eran límites infranqueables.

—Sí, Señor.

—Está bien. —Me acerqué a la mesa del vestíbulo donde guardaba su collar —. Si quieres jugar hoy, ¿quién soy yo para negarme?

—Gracias, Señor.

—Quizá pronto se te quiten las ganas de darme las gracias, Abigail. —Cogí su collar y lo saqué del cajón—. Ahora ven aquí y acaba lo que has empezado.

Sus palabras sólo tardaron un segundo en abrirse paso hasta mi subconsciente.

Sí, él también lo deseaba.

Me levanté y me acerqué. En sus ojos había un brillo travieso y a mí se me aceleró el corazón de miedo y de lascivo deseo. ¿Qué habría desatado? ¿De verdad quería saber qué se escondía detrás de aquella mirada?

Sí, maldita fuera. Sí quería.

Cuando estuve delante de él, me puse de rodillas y esperé. Observando.

—Te ofrezco mi collar como símbolo del control que tengo sobre ti —dijo—. Cuando lo lleves, deberás obedecer cualquier orden que te dé sin vacilar y hacerlo lo mejor que puedas. Cuando desobedezcas, te castigaré adecuada y rápidamente. Honraré y respetaré tu sumisión y siempre priorizaré tu bienestar mental y físico por encima de todo. Al mismo tiempo, intentaré conseguir que te sometas de la mejor forma posible. —Levantó el collar—. ¿Aceptas mi collar?

Me encantaba que me lo preguntara siempre antes de ponérmelo. Adoraba el modo en que eso nos reafirmaba a nosotros y a nuestra relación.

—Sí, Señor —respondí y mi cuerpo se estremeció ante la expectativa—. Acepto tu collar y me pongo completamente a tu disposición. Mi cuerpo te pertenece para que hagas con él lo que más te complazca.

El metal frío me rodeó el cuello y su caricia me relajó mientras me abrochaba el collar. Luego posó las manos sobre mi pelo a modo de orden silenciosa.

—¿Puedo darte placer oral, Amo? —le pregunté.

Me agarró del pelo con más fuerza.

—Adelante.

Cómo me gustaba que me tirara del pelo. Volví a subir las manos para desabrocharle el pantalón y, cuando se los bajé, me pareció oír un suave suspiro.

Nathaniel se apresuró a sacar los pies de los pantalones y los calzoncillos y no perdió ni un segundo en llevarme la cabeza a su polla. Cuando se internó en ella, me agarró con más fuerza. Yo cerré los ojos y me concentré en sentirlo. Ya le había dado placer oral la noche anterior, pero había una gran diferencia en su

forma de tocarme cuando estaba arrodillada en el vestíbulo.

—¿Te gusta, Abigail? ¿Te gusta que me folle tu boca?

No podía contestar, claro. No cuando tenía la polla en mi boca. Así que me limité a emitir un zumbido.

—Chúpame con más fuerza —me ordenó y yo apreté los labios a su alrededor para hacer el vacío y poder succionar con más fuerza.

—Sí —dijo. Deslizó las manos por mi pelo y las posó a ambos lados de mi cara para apretarme las mejillas con los pulgares—. Más fuerte —pidió—. Quiero notar mi polla mientras te follo.

Me clavó sus ásperas y exigentes manos en la piel. Varió el ángulo de sus caderas para alcanzar el interior de mi mejilla cada vez que me embestía. Durante la semana podía llevarlo al orgasmo en cuestión de minutos, pero los fines de semana todo era muy distinto, porque él se contenía más. Yo sabía que en parte era porque de ese modo nos daba tiempo a los dos para adoptar mejor el papel que nos correspondía, pero me pregunté si también tendría algo que ver con el autocontrol que Nathaniel tenía de su cuerpo.

Utilicé el tiempo para concentrarme en él y en sus necesidades. En servirle para hacer lo que él deseaba. Mientras lo hacía, sentía cómo desaparecía el estrés de la última semana y los nervios de la boda hasta que lo único que ocupaba mi mente era Nathaniel.

Cuando me di cuenta de que se estremecía, me esforcé un poco más y advertí que volvía a enterrar las manos en mi pelo. Me inmovilizó la cabeza mientras entraba y salía de mi boca. Me cautivó su aspereza y ferocidad.

Eso. Eso era lo que yo quería. Eso era lo que tanto había añorado.

Se hundió completamente en mí y por un momento temí atragantarme, pero inspiré hondo y mantuve la calma mientras se corría. Luego tragué con gula, disfrutando de lo mucho que lo había complacido.

Entonces dio un paso atrás y salió de mi boca. Yo le volví a poner los pantalones y luego me quedé arrodillada delante de él con la mirada gacha.

Él me acarició la mejilla.

—Te quiero en el cuarto de juegos en diez minutos.

Cuando entré desnuda en el cuarto de juegos, seis minutos después, estaba vacío. Sabía que Nathaniel había estado allí porque la puerta estaba abierta. Supuse que estaría en el dormitorio. Me pregunté si estaría en nuestra habitación.

«Céntrate».

Eché una rápida ojeada por la sala sólo para ver si era capaz de adivinar lo que habría planeado, pero nada me pareció fuera de lugar. Su cruz estaba en el lugar habitual, al fondo de la habitación, pero dudé que la hubiera movido. Yo sabía que acabaríamos utilizándola, aunque era incapaz de imaginarme qué más

haríamos.

«¿De verdad quieres saberlo? ¿Crees que debes saberlo?»

«La verdad es que no», me contesté. Pero tenía curiosidad, en especial después de las conversaciones que habíamos mantenido tras presenciar la escena de Paul y Christine.

Corrí para colocarme en mi posición de espera en medio de la sala. No había ningún almohadón, así que me arrodillé en el suelo y adopté la postura habitual.

Él entró un minuto después y me pregunté si me habría estado observando desde la puerta.

Sus pasos se acercaron a mí con ligereza. Iba descalzo.

—Me complace que desees esto —dijo—. Hoy podrás expresar tanto como quieras, pero sólo te podrás correr cuando yo te dé permiso. Te presionaré de una forma distinta y necesitarás sentirte cómoda con tus palabras de seguridad. ¿Cuáles son?

—«Verde», «amarillo» y «rojo», Amo.

Se detuvo directamente delante de mí.

—Perfecto. ¿Y si te pregunto si estás bien?

Yo no despegué los ojos del suelo de madera.

—Debo contestar inmediatamente y con total sinceridad, Amo.

—Sí. Y ahora, para empezar el tiempo que vamos a pasar juntos hoy, quiero que te inclines y me beses los pies.

«¿Qué?»

Ya habíamos hablado de ese elemento de la escena de Paul y Christine. Yo le dije que aunque disfrutaba besándole los tobillos mientras hacíamos el amor entre semana, no estaba segura de que me gustara besarle los pies mientras jugábamos. Temía sentirme... rara o degradada o algo así.

Pero ¿cómo iba a saberlo con seguridad si no lo probaba?

—Y cuando acabes, quiero que me desnudes —añadió—. Recuerda que cada prenda de ropa es una extensión de mi persona y, por tanto, deberás tratarla como si fuera yo. Después podrás darme un beso en la polla.

Tampoco era tan complicado. Lo único que tenía que hacer era inclinarme y besarle los pies. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Quizá para asegurarse de que no tuviera que gatear? Aunque estaba segura de que si quería que le besara los pies, acabaría pidiéndome que gateara en algún momento.

Como no quería que tuviera motivos para pensar que estaba vacilando, me incliné hacia adelante, me acerqué a sus pies y apoyé las manos a ambos lados. Para animarme, me imaginé cómo debía de estar viéndome él: mi forma de obedecer, mis ganas de someterme. Me acordé de Christine y no pensé que le estaba besando los pies a Nathaniel, sino que me estaba entregando a él.

Le rocé el pie izquierdo con los labios.

No era degradante. Le estaba demostrando honor y respeto.

Le besé el pie derecho y separé los labios cuando los posé sobre su piel.

No era raro, era liberador. Y quería más.

Volví a su pie izquierdo y se lo besé de nuevo, prestando más atención que antes. Aquel hombre era mucho más que Nathaniel, era mi Amo. Volví a su pie derecho con la intención de ser simétrica.

—Ya es suficiente —dijo, cuando le besé el pie derecho por segunda vez.

Me puse lentamente de rodillas y le subí las manos por las piernas, repartiendo besos por el camino. Cuando llegué a su cintura, me tomé mi tiempo para desabrocharle los pantalones y se los bajé muy despacio. Nathaniel sacó los pies de la prenda y yo los cogí para doblarlos con cuidado. No llevaba camisa, así que no tuve que desnudarlo de cintura para arriba. Le acaricié las caderas y besé su polla erecta una sola vez, tal como me había dicho. Luego retomé mi posición de espera.

Intenté tranquilizarme y me concentré en mi respiración, tratando de adoptar el estado anímico adecuado para servirle. Entonces él me movió las manos para que las apoyara sobre las rodillas. Luego me separó las piernas con delicadeza hasta la anchura de mis hombros y me echó la cabeza hacia atrás para que levantara los pechos.

Dio un paso atrás.

—Ésta es tu postura de inspección. La utilizaré por varios motivos, uno de ellos es asegurarme de que estás obedeciendo mis órdenes sobre cuidados personales.

De esa manera me sentía terriblemente expuesta y en mi cabeza empezó a resonar una pequeña punzada de preocupación.

—Debo decirte, Abigail —dijo con un tono de voz que no hizo nada por aliviar mi inquietud—, que estoy bastante decepcionado. —Se agachó y me acarició el sexo—. Pensaba que había sido muy claro respecto a tus responsabilidades con la depilación.

Yo no me moví.

—Tengo cita para la cera el martes, Amo.

—El martes no es una buena elección, teniendo en cuenta que estamos a domingo y no estás preparada para mí.

—Era un fin de semana libre —contesté, repentinamente angustiada. Sabía que debía estar depilada, pero pensaba que podría esperar hasta después de la boda—. Y no he tenido tiempo...

—¿Estás discutiendo conmigo?

Me estaba empezando a sentir incómoda en la postura de inspección.

—No, Amo —respondí—. Sólo te estoy explicando...

—Me estás contestando. En mi cuarto de juegos.

Si me dejara explicarme...

—No te estoy contestando —insistí—. Estoy intentando explicar...

—No quiero tus explicaciones, Abigail —dijo, cortándome de nuevo—. Quiero obediencia.

Oh, mierda.

—Vuelve a ponerte en posición de espera —ordenó. Cuando lo hice, prosiguió —: Te dije, y tú aceptaste, que te depilaras tan frecuentemente como fuera posible. Deberías haberlo hecho la semana pasada, sencillamente porque tienes que estar siempre preparada. Has sido tú quien me ha pedido que juguemos hoy. Pensaba que todo estaría a punto.

Vale, en eso tenía razón.

—Y —añadió— si tú puedes pedirme que juguemos, yo también puedo hacerlo, y si te lo pido un miércoles, espero que estés preparada. Es cierto que un miércoles podrías rechazarme, pero no creo que lo hagas muy a menudo. A fin de cuentas, yo no te he rechazado hoy, ¿verdad?

—No, Amo.

—En segundo lugar —prosiguió—, nunca debes contestar, discutir o mostrarte agresiva en mi cuarto de juegos. ¿Lo has entendido?

—Sí, Amo —contesté—. Pero yo...

—Maldita sea. ¿Lo estás haciendo otra vez?

Me quedé completamente quieta y no dije nada. Maldita fuera, sí. ¿Qué estaba haciendo?

Nathaniel empezó a caminar a mi alrededor y yo sabía qué estaba pensando. Estaba pensando en castigarme.

—Tú querías jugar hoy —dijo—. Tú has pedido esto y no estás preparada. Ni a nivel físico ni, por lo que parece, a nivel mental. Así que hoy no tendrás permiso para correrte.

No me pareció tan terrible. A fin de cuentas, como mucho en una hora me habría quitado el collar. Estaba segura de que podría aguantar hasta entonces y, si era necesario, acabaría yo misma lo que él había empezado.

—De hecho —añadió—, no te podrás volver a correr hasta que yo te dé permiso.

No me gustaba cómo sonaba eso. En absoluto.

—Levántate —ordenó y yo me puse en pie—. ¿A quién pertenece este cuerpo? —preguntó, agarrándome del hombro.

—A ti, Amo.

Deslizó las manos y me agarró los pechos.

—¿Y estos pechos? —Me acarició entre las piernas—. ¿Y este coño? —Me dio un firme azote en el trasero—. ¿Y este culo?

—Es todo tuyo, Amo.

—¿Quién controla tus orgasmos? —inquirió—. ¿Quién decide si los mereces?

—Tú, Amo —respondí con un hilo de voz.

—Habla más alto.

—Tú, Amo —repetí con más fuerza.

—No habrá orgasmos hasta que yo te lo permita —decretó—. Si tienes suerte, no te haré esperar hasta el viernes por la noche.

¿El viernes por la noche? ¿Estaba hablando en serio? ¿Cinco putos días?

—¿Me has entendido, Abigail? —me preguntó.

—Sí, Amo —contesté.

En ese momento deseé que me hubiera pedido que me tumbara sobre el potro. Por lo menos, la azotaina ya habría acabado. Pero eso de castigarme sin orgasmos... Bueno, era un castigo diferente.

—Mírame.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Su mirada seguía siendo muy intensa y me dejó sin aliento. Su decepción no había conseguido esconder eso.

—Ahora que ya hemos aclarado ese punto —dijo—, creo que aún tenemos que resolver lo que te dije que pasaría cuando te volviera a tener aquí.

Por fin.

—Ve a la cruz, Abigail. Ponte de cara a ella y hazlo rápido. Espero que hoy no haya más descuidos.

Yo tampoco. Si me iba a azotar además de no dejar que me corriera...

Me acerqué a la cruz y me quedé de pie delante de ella. No era más que una enorme X con esposas a la altura de las muñecas y los tobillos.

Se puso detrás de mí y me cogió la muñeca izquierda para esposármela. Luego me cogió la otra mano y me la ató al otro lado para dejarme con los brazos abiertos.

Cuando me cogió de las caderas y me alejó un paso de la cruz, hasta que estuve ligeramente inclinada, se me aceleró el corazón.

Me separó los pies.

—Si te quedas así, no te ataré los tobillos. Si te mueves un solo centímetro, utilizaré las esposas de abajo.

Yo estaba segura de que no iba a hacer absolutamente nada más para provocarlo.

—Levanta el culo hacia mí —me ordenó.

Cuando estuve en la posición correcta, me acarició el trasero varias veces y luego me azotó con fuerza unas cuantas veces más.

Joder, iba a ser una tarde muy larga.

A la mierda con eso, iban a ser cinco días muy largos.

—Céntrate, Abigail.

Yo me concentré en él, en lo que me estaba haciendo y en cómo me hacía sentir. Como de costumbre, sus azotes me provocaron una sensación de necesidad y deseo. Me resistí a la necesidad de acercarle el trasero. En lugar de eso, me concentré en notar cómo me recorría con las manos y en cómo se demoraba justo entre mis piernas, el ligero dolor que me estaba provocando después de

acariciarme todo el cuerpo.

Entonces noté que había algo más deslizándose por mi espalda: el látigo de piel de conejo. A diferencia de las veces anteriores, en que lo utilizó con suavidad y lentitud, esta vez me azotó con rapidez. Nada doloroso, sólo las suaves caricias mezcladas con algún azote ocasional que me daba con la mano. Intenté averiguar el ritmo, pero no lo conseguí. No había ningún razonamiento para explicar con qué me azotaba o cuándo lo hacía, así que al final dejé de buscar un patrón y me limité a sentir.

Me sobresalté un poco cuando noté el impacto de algo distinto. Era un poco más duro y aterrizó en mi nalga izquierda con un ruido seco.

—Ante —dijo. Me azotó de nuevo con el látigo de piel de conejo—. ¿Estás bien?

Me gustó. Era diferente a la piel, pero no tan duro como la correa.

—Sí, Amo.

Los alternó durante un rato y los hizo impactar entre mi trasero y mis muslos. Intenté averiguar el ritmo de nuevo, pero desistí enseguida. El calor que aumentaba por debajo de mi cintura empezó a crecer de forma exponencial y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no cerrar las piernas en busca de fricción.

Uno de sus largos dedos se deslizó por mi sexo.

—Estás muy húmeda —susurró—. Imagínate lo mucho que te gustaría que te la metiera ahora. Lo llena que te sentirías.

«Lo sé —quería decirle—. Ya lo sé. Por favor».

Entonces noté algo dentro de mí y solté un grito cuando me di cuenta de que era uno de sus vibradores.

—Sólo un poco —dijo—. No mucho. Las sumisas respondonas no tienen permiso para correrse.

Deslizó el vibrador dentro y fuera de mi cuerpo unas cuantas veces y tuve que esforzarme mucho para no dejarme llevar por la necesidad de abandonarme al orgasmo.

—Por favor, Amo —le supliqué, cuando empezó a ser insoportable.

—No —contestó, sacándomelo de dentro.

Entonces comprendí por qué me había esposado las muñecas: estaba tan abrumada por la sensación que, si no hubiera estado sujeta, probablemente me habrían fallado las piernas.

Pero aún no había acabado conmigo.

Empezó a azotarme de nuevo con el látigo de ante y para entonces mi piel estaba mucho más sensible. Tenía la sensación de tener todos los nervios de punta, alerta, esperando el siguiente impacto. Gemí cuando me azotó.

—¿Sigues estando bien? —me preguntó.

—Sí, Amo —respondí. El látigo impactó justo donde se unían mis piernas—.

Oh, sí —rugí, cuando sentí el dolor y noté cómo se convertía en placer una y otra vez.

No estoy segura de cuánto tiempo pasó. Yo me concentré en lo que ocurría con mi cuerpo. Lo deseaba sólo a él, me concentré sólo en él y en lo que me estaba haciendo. Sólo Nathaniel sabía cómo hacerme aquello. Sólo él podía manejarlo como lo hacía. Sólo él podía provocar aquella dicotomía de sentimientos en mi interior.

—Te estoy castigando —le oí decir, desde una distancia que se me antojó muy lejana. Los golpes aterrizaban más despacio y con más suavidad.

Yo inspiré hondo y solté el aire.

Más despacio.

Más suave.

—Pero yo no he hecho nada mal —añadió—. Así que yo sí podré correrme.

El látigo se detuvo y lo sustituyó un sonido nuevo. Fricción. En algún sitio.

—¿Dónde lo quieres? —me preguntó.

Yo sabía lo que quería. Era sucio y primitivo, pero lo deseaba.

—Encima de mí, Amo —respondí—. Quiero que te corras encima de mí.

—Joder.

—Por favor.

—Estate quieta —me ordenó, pero yo no comprendía dónde iría a parar—.

Joder —volvió a decir.

Noté una cálida humedad en la espalda. Blasfemé mientras él se corría. Noté cómo su semen impactaba en mi cuerpo y luego resbalaba por mi piel.

—Sí —dijo uno de los dos. No estoy segura de quién fue.

Entonces lo sentí cerca de mí y me susurró al oído:

—Lo has hecho muy bien, preciosa. —Me soltó una muñeca y después la otra—. Estoy muy contento.

Estuve a punto de desplomarme entre sus brazos. Él me sostuvo con delicadeza hasta que estuve en el suelo y pudo sujetarme. Sus labios se posaron sobre mi cara, mi pelo, mis labios, y me susurró elogios mientras me repetía una y otra vez lo mucho que lo había complacido.

Después, cuando nos limpió a ambos y me quitó el collar, me llevó al jacuzzi climatizado. Nos sentamos en el agua durante un rato y nos relajamos. Después de una escena siempre me sentía flácida, laxa y cansada. Pero ese día había algo más y me preocupaba.

Él debió de darse cuenta:

—Abby, ¿ocurre algo? —me preguntó.

Estuve a punto de negar con la cabeza, pero al oírlo llamarme Abby se me llenaron los ojos de lágrimas y supe que no podía mentirle.

—Tu decepción —respondí, observando cómo burbujeaba el agua a mi alrededor—. Tengo la sensación de que es un peso del que no puedo desprenderme.

—Ven aquí —pidió. Me senté sobre su regazo y me abrazó—. ¿Es porque no te he dejado llegar al orgasmo?

Al oírlo me pareció una tontería. ¿Cómo podía ponerme triste por eso? Pero así era y tenía que decirselo:

—Creo que es porque siento como si hubiera algo pendiente entre nosotros. Cuando me azotas, el castigo se acaba y podemos seguir adelante, pero esto sigue estando ahí. Me acuerdo cada vez que te miro y me recuerda que he metido la pata.

—Mirame —dijo y yo levanté la cabeza para mirarlo a los ojos. En ellos adiviné cierta tristeza, pero también una firme resolución—. Se supone que debe ser así. Por eso es un castigo. ¿Qué sentido tendría que te dejara alcanzar el orgasmo esta noche? —No me dio oportunidad de contestar, metió una mano entre nosotros e internó un dedo en mi sexo por un segundo—. ¿Acaso no comprendes que hay una parte de mí que quiere poseerte aquí y ahora? Es la parte de mí que se muere por penetrarte una y otra vez y sentir cómo te corres.

—No me digas que vas a jugar la carta del «esto es más duro para mí que para ti».

Nathaniel sonrió.

—No. Soy muy consciente de que es mucho más difícil para ti que para mí. Si sólo hubiera sido un error, habría dejado que te corrieras en algún momento del día. Pero cuando además te has puesto tan insolente...

—Yo no me he puesto insolente.

—Cuando llevas puesto mi collar, mi palabra es ley —replicó—. Y acordamos que serías castigada si yo decidía que habías descuidado tu depilación, no que iniciaríamos una conferencia en medio del cuarto de juegos para discutirlo. He decidido que deberías haberte depilado antes de la boda y ya está. Punto. Y tú has intentado discúrtmelo.

—Yo no creo que estuviera discutiendo —repuse—. Sólo intentaba explicarme.

—Si alguna vez quiero que me des explicaciones, te las pediré, ¿entendido?

—Sí —respondí, aún un poco enfadada.

—Sí, ¿qué?

—Sí, Nathaniel —dije, enfatizando su nombre. Ya no llevaba el collar puesto y era domingo por la tarde—. ¿Y ahora quién está siendo insolente?

—Para tu información —contestó, volviendo a dejar resbalar la mano entre nosotros—. Un poco de insolencia de vez en cuando durante el fin de semana puede resultar divertida. —Me pellizcó el culo—. Me gusta cuando te pones peleona.

El domingo por la noche nos fuimos a la cama relativamente temprano y pasamos un buen rato hablando. Yo apoyé la espalda sobre su pecho y él me rodeó con los brazos. Seguía sintiéndome un poco molesta por lo de que no me hubiera dejado llegar al orgasmo, pero la parte más racional de mí comprendía su argumento.

—Sabía que te preocupaba eso de besarme los pies —dijo—. ¿Qué te parece ahora?

Recordé el rato que habíamos pasado en el cuarto de juegos.

—Me ha sorprendido lo mucho que he disfrutado haciéndolo. Creía que no me gustaría, pero no ha sido así. Me he sentido tan... —busqué la palabra adecuada—. ¿Humilde? No sé si ésa es la palabra exacta para definirlo, pero al hacerlo he tenido la sensación de estar aún más bajo tu control.

Aunque supuse que no lo suficiente como para cerrar el pico sobre el tema de la depilación.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué te ha parecido a ti?

—A mí no me ha gustado mucho. Pero antes no lo sabía.

Eso me sorprendió.

—¿No sabías si te gustaría e igualmente me has pedido que lo hiciera?

—Claro. ¿De qué otra forma iba a averiguar si no lo que me gusta?

—No lo sé. Supongo que había asumido que tenías la experiencia suficiente como para saber ya lo que te gustaba y lo que querías.

—Ninguna mujer me había mordido los tobillos mientras me hacía el amor —confesó, acariciándome el brazo—. Eso sólo lo has hecho tú, ¿te acuerdas? ¿Recuerdas el fin de semana que te pedí que te vinieras a vivir conmigo? No estaba seguro de cómo me sentiría pidiéndote que hicieras algo como besarme los pies en mi cuarto de juegos.

Siempre se me olvidaba que el funcionamiento de nuestra relación era nuevo para él.

—Teniendo en cuenta que a ti no te ha gustado y a mí sí, ¿me pedirás que lo vuelva a hacer? —le pregunté.

Nathaniel se rio.

—¿Esperas que te cuente todos mis planes?

Le presioné la entrepierna con el trasero.

—Sí.

—Pues no va a suceder —repuso y luego me susurró al oído—: Espera y verás.

Sus palabras me hicieron estremecer. Mmmm. Tenía razón, esperar a ver era mucho mejor que saberlo por adelantado.

—Estoy preocupado —añadió, adoptando un tono de voz más serio—. Hoy parecías tener problemas para concentrarte.

—¿Te has dado cuenta?

—Sí y me preguntaba si ayudaría que volvieras a tomar clases de yoga.

Yo no había vuelto a hacer yoga desde que me puso otra vez el collar. Me ejercitaba por mi cuenta tres días a la semana y tenía pensado utilizar su gimnasio los fines de semana cuando tuviera la ocasión, pero no había vuelto a hacer yoga. Aunque, cuando le oí mencionarlo...

—Creo que te ayudará a concentrarte y, a medida que vayamos progresando, también te ayudará a respirar mejor —dijo.

—Lo pensaré. Miraré cómo puedo encajarlo en mi horario.

—Quizá podamos hacerlo juntos.

—¿Ah, sí?

Sería mucho más divertido si lo hacía conmigo.

—Yo también tengo que mantener despierta mi mente, ¿sabes?

Le dije que lo pensaría seriamente y la conversación se centró en la semana próxima. Los de la mudanza irían a mi casa el miércoles para recoger mis cajas y yo me había pedido medio día de fiesta en el trabajo. No creía que me costara mucho instalarme en casa de Nathaniel.

Mientras hablábamos, empecé a notar cómo se movía despacio detrás de mí. Se estaba separando poco a poco de mi cuerpo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Separarse de mí no era muy propio de él. Especialmente antes de dormir.

—Sí.

—¿Y por qué estás...? —Me volví hacia él y, al hacerlo, choqué contra su erección—. Oh.

Él se volvió a separar y suspiró.

—Es que esto de abrazarte así... Ahora sí que puedo decir, con total seguridad, que tu castigo es literalmente más duro para mí que para ti.

Yo gemí.

—Dime que no acabas de hacer un chiste verde.

—Lo he hecho.

Me acurruqué contra él.

—Pues siento lo de tu pequeño problema, pero estoy segura de que comprenderás que no me sienta inclinada a ayudarte en este momento.

Quise que tomara un poco de su propia medicina.

—No te iba a pedir ayuda —reconoci—. Pero ¿te importaría dejar de frotar tu culo contra mí?

—¿Te refieres a esto? —le pregunté, repitiendo la maniobra.

Él rugió.

—Sí, maldita sea.

—Intentaré dejar de hacerlo, pero ya sabes que me muevo mucho mientras duermo.

—Buenas noches, Abby —dijo con sequedad, dándome un beso en la nuca.

Yo me volví a contonear.

—Buenas noches, Nathaniel.

El martes llamé a mi anterior profesor de yoga y le pedí plaza para los dos. Nathaniel tenía razón, me ayudaría a concentrarme y a mejorar mi respiración. Aunque me alegraba que me hubiera dejado tomar a mí la decisión. Y todavía me alegraba más que fuera a asistir a las clases conmigo.

Como no me permitía llegar al orgasmo, no habíamos vuelto a practicar sexo de ninguna clase desde que se corrió encima de mí en el cuarto de juegos. Me preguntaba cuánto tiempo planeaba alargar aquello. Para ser sincera, pensaba que habría programado algo para el martes. En especial, teniendo en cuenta que yo me había depilado aquella mañana.

Así que el viernes volvía a estar en su vestíbulo, escuchando cómo Nathaniel me ponía su collar y me repetía aquellas palabras que me harían suya durante el resto del fin de semana. Prometió presionarme respetando y teniendo en cuenta mis límites, mientras me dedicaba toda su atención. A cambio, yo debía entregarme a él por completo.

Después de abrocharme el collar y correrse en mi boca, me posó un dedo bajo la barbilla y me levantó la cabeza.

—Quiero la cena en el salón dentro de una hora.

Yo ya conocía muy bien su cocina y el miércoles había trasladado a su casa la mayor parte de mis cosas. Seguía sin sentirme del todo como en la mía, pero empezaba a estar un poco más cómoda. Me alegraba que quisiera cenar en el salón, porque eso me ayudaría a concentrarme en mi papel.

Me quedé de pie a su lado mientras se comía el salmón a la plancha que había cocinado para él. Mi plato me esperaba en la cocina y supuse que me ordenaría que comiera cuando él acabara.

Mientras Nathaniel cenaba, yo no podía dejar de pensar. Observé sus brazos y cómo agarraba el vaso con los dedos. Mis ojos se posaron en su boca mientras masticaba un bocado del pescado que le había preparado. No había en el mundo sensación comparable a la de servirle. Mi confianza en él aumentaba cada

minuto que pasábamos juntos y cuanto más lo miraba, más lo deseaba.

Saber lo mucho que se concentraba en mi bienestar me excitaba todavía más. No tenía ninguna duda de que estaba pensando en mí mientras comía. Quizá estuviera decidiendo lo que me haría. O tal vez estuviera planeando el número de orgasmos que me dejaría alcanzar.

Joder. Iba a dejar que me corriera, ¿no?

El deseo que sentía no desapareció durante la semana. Al contrario, había aumentado. Lo más probable era que me dieriera en cuanto me pusiera las manos encima.

Yo sabía que mi castigo tampoco había sido fácil para él. Después de la agitada semana que precedió a la boda, era consciente de que los dos esperábamos poder disfrutar de una semana más apacible.

Aunque, pensándolo bien, debía admitir que descansar habíamos descansado mucho.

Con lo concentrada que estaba, me llevó algunos segundos darme cuenta de que Nathaniel había hablado y de que me había ordenado que me arrodillara junto a él. Cuando lo hice, me posó una mano bajo la barbilla y me levantó la cabeza.

—Durante el resto del fin de semana, deberás asegurarte de que tu cabeza está siempre por debajo de la mía —dijo.

«¿Qué?»

—Cada vez que entres en una habitación en la que yo esté, tu cabeza deberá estar por debajo de la mía. —Calló un momento y luego prosiguió—: Dejaré que seas tú quien decida cómo cumplir mis órdenes.

Lo miré a los ojos y vi un brillo juguetón en ellos.

«Me gusta cuando te pones peleona», me había dicho el fin de semana anterior.

Hum... Podía ser divertido.

Cuando acabó de comer, se me disparó la mente. Si me iba del salón antes que él, ¿cómo recogería las cosas de la mesa? ¿Tendría que entrar gateando a la cocina? ¿Cómo llevaría su plato? Quizá tuviera que andar de rodillas.

«Vaya. Eso no sería nada divertido».

Por suerte, cuando acabó de comer me apoyó la mano en la cabeza una vez más, me ordenó que comiera en la cocina y que me reuniera con él en el cuarto de juegos cuando acabara. Luego se levantó y se marchó para que yo pudiera quitar la mesa.

«Por fin».

Cuando media hora después entré desnuda al cuarto de juegos, Nathaniel me estaba esperando. Como no pensaba encontrarlo ya allí, corrí para ponerme frente a él y me arrodillé a sus pies.

«¿Llego tarde?»

Decidí que no. No me había dicho de cuánto tiempo disponía para subir.

—Colócate en tu posición de inspección, Abigail. Déjame ver si hoy estás más preparada.

Yo adopté la postura que me había enseñado el fin de semana anterior y él se arrodilló entre mis piernas.

—Excelente —dijo, acariciando mi sexo depilado—. Esto es lo que esperaba.

Se puso de pie y me ordenó que volviera a mi posición de espera.

Cuando lo hice, se volvió a dirigir a mí:

—Has aguantado bien tu castigo. Recuérdate una vez más por qué estabas castigada y mírame a los ojos mientras lo haces.

Yo busqué su mirada.

—No estaba preparada para ti, Amo, a pesar de ser yo quien quiso jugar. Y luego me comporté de forma insolente y respondona cuando llevaba tu collar.

—Y ¿crees que esta noche debería dejar que te corrieras?

« ¡Sí! Maldita sea, ¡sí!»

Pero sabía que no podía contestar eso.

—Siempre que te complazca, Amo, y que pienses que lo merezco.

—¿Eso es lo que piensas de verdad?

Tuve una gran tentación de bajar la vista, pero me obligué a seguir mirándolo a los ojos.

—No, Amo —respondí con sinceridad—. Tengo muchas ganas de llegar al orgasmo y me cuesta dejar mis deseos a un lado en favor de los tuyos.

Me avergonzó admitir que aún no había conseguido adoptar la actitud adecuada para servirle.

—Me complace que seas sincera conmigo. —Me acarició la mejilla—. No te sientas culpable por lo que sientes. Sé que aún te queda mucho camino por recorrer. Sé que aún no eres capaz de olvidar del todo tus necesidades. Pero algún día lo conseguirás.

« Lo entiende» . El alivio hizo desaparecer la culpabilidad de inmediato.

—Gracias, Amo —contesté sonriendo.

—Te conozco, preciosa —aseveró—. Conozco tus pensamientos y tu mente. Conozco cada curva de tu cuerpo y conozco los deseos que llevas escondiendo tanto tiempo. —Se inclinó un poco y bajó la voz—. Son un reflejo de los míos.

« Joder» .

Me había desconcertado. Lo sabía.

Aún no me había dicho que bajara la vista, así que lo miré mientras me daba la siguiente orden.

—Gatea hasta la mesa acolchada, Abigail.

« ¿Que gatee?»

Sabía que llegaría. Sabía que quería que lo probara por lo menos una vez. Para ser sincera, yo esperaba que al hacerlo me gustara, igual que me pasó

cuando le besé los pies. Por eso me sorprendí tanto cuando empecé a gatear hacia la mesa y me di cuenta de que odiaba cada segundo que me estuve desplazando de ese modo. No lo odié lo suficiente como para emplear mis palabras de seguridad, pero sí lo detesté lo suficiente como para estar segura de que mi disgusto se reflejaba en mi cara cuando Nathaniel me miró.

« Todo gira en torno a él —me dije—. En confiar en él. En dejarle decidir» .

Y disfruté mucho besándole los pies. Nunca lo habría sabido si no me hubiera pedido que lo probara.

Esperaba que no le gustara mucho eso de verme gatear.

Me subí muy despacio a la mesa, asegurándome de que mi cabeza permanecía por debajo de la suya. Cuando estuve encima, me quedé quieta y esperé.

—Ponte boca arriba —me ordenó.

Nathaniel se acercó a mí y sus pasos resonaron por la habitación. Vi que llevaba cuatro cuerdas en la mano.

Las levantó.

—Te voy a atar a mi mesa —explicó—. Antes de atarte cada extremidad, te acercaré la cuerda a los labios para que la beses.

Lo que dijo no debería haberme excitado como lo hizo.

Una de aquellas cuerdas tan suaves se posó sobre mis labios.

—Ésta es para atarte la pierna derecha —me explicó.

Yo besé la cuerda.

—Átame la pierna derecha, Amo.

Nathaniel me la cogió y me rodeó el tobillo con la cuerda. Entonces posó una segunda cuerda sobre mi boca.

—Pierna izquierda —dijo.

Yo posé los labios sobre ella.

—Por favor, átame la pierna izquierda, Amo.

Él lo hizo de la misma forma que con la derecha. Repitió esa idéntica operación dos veces más, primero con mi brazo derecho y luego con el izquierdo. En cada ocasión, me acercaba la cuerda a los labios para que la besara y yo le pedía que me atara cada vez que lo hacía.

Cuando acabó, estaba sujeta a la mesa con los brazos y las piernas en cruz.

Sus manos se deslizaron por mis hombros, siguieron por mis pechos, resbalaron por mi vientre y acabaron posándose entre mis piernas.

Metió uno de sus largos dedos en mi sexo. Luego añadió un segundo. Yo me esforcé por no mover las caderas.

—Tu cuerpo me reconoce —comentó, al advertir las pruebas de mi necesidad—. Conoce a su Amo.

Yo casi jadeaba, así que no podía discutirse.

Además, ya había aprendido esa lección.

—Cierra los ojos, Abigail. Vamos a volver a probar una cosa.

Yo ya me imaginaba lo que iba a hacer.

—No puedes decir nada hasta que yo te lo mande —me explicó.

Inspiré hondo cuando noté la primera pasada de la rueda Wartenberg. Tal como ya hizo la vez anterior, primero empezó con una sola, que deslizó por mi pecho, evitando mis pezones por completo. Luego añadió una segunda y las hizo rodar al unísono, deslizándolas en direcciones opuestas. Cruzaban mi cuerpo, reflejando la una los movimientos de la otra, y las dos se acercaban a mis pezones para luego alejarse de ellos. Enseguida me di cuenta de que iba a empezar a gemir y no estaba dispuesta a meter la pata de nuevo después de una semana de castigo. Me estremecí cuando las ruedas pasaron por encima de mis pezones, pero permanecí en silencio.

—Muy bien, Abigail. ¿Quieres que siga?

Yo me reprimí justo antes de contestar. Él dejó escapar una breve carcajada.

—Me parece que no necesitarás que siga mucho rato. Estate quieta.

Las ruedas se deslizaron suavemente por mi cuerpo. La sensación era extraña, cuando las hacía correr en paralelo, era casi como si me estuviera bajando la cremallera. Luego se separaron para pasar por encima de mis huesos pélvicos y me quedé sin aliento; estaba completamente inmóvil. Las puntiagudas ruedas se posaron justo sobre la zona más sensible de mi cuerpo antes de alejarse.

Me iba a volver loca atada a su mesa y esperaba que no se le ocurriera tocarme ahí para nada. Mis sentidos estaban tan alterados, tan al límite, que una mera caricia bastaría para que me abandonara a una liberación monumental.

Por un momento, sentí pánico. ¿Y si quería que me corriera sin darme permiso? ¿Y si decidía ponerme a prueba para ver hasta dónde podía aguantar? No podría hacerlo y menos después de casi seis días de represión.

«Oh, joder. Voy a fracasar otra vez».

¿Debería utilizar mi palabra de seguridad? ¿Debería decir «amarillo»?

El debió de advertir mi preocupación, porque de repente noté cómo se detenían las ruedas.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, Amo. Creo que sí.

—¿Crees que sí? No basta con que lo creas. Abre los ojos. ¿Qué pasa?

Posó las manos sobre mis pies y mis tobillos para comprobar las cuerdas.

—No son las cuerdas —respondí—. Soy yo.

—¿Te duele? —preguntó con gesto preocupado, mientras me posaba las manos en los brazos.

—No, Amo. Sólo tengo miedo.

Se apresuró a desatar las cuerdas que me ataban a la mesa y yo me sentí como una tonta por haberle causado una alarma injustificada.

—En realidad no es nada —comenté.

—Siéntate y explícamelo.

Suspiré y me senté, dejando colgar las piernas por el borde de la mesa.

—Por un momento he pensado que me iba a correr y, aunque me estaba esforzando por contenerme, he creído que quizá tú querías que fracasara. Que querías que me corriera sin tu permiso.

—Y ¿has sentido pánico?

—Sí.

—Yo no quería que fracasaras —dijo muy despacio—. Quería demostrarte lo mucho que habías mejorado desde la última vez que probamos algo así. Ya sé que estás al límite. Puedo sentirlo. —Me acarició la mejilla—. Ya te lo he dicho, conozco tu cuerpo.

—Lo siento, Amo.

—Nunca te disculpes por ser sincera.

Se quedó allí de pie un minuto, pensando. Tenía las manos a ambos lados de mis piernas y miraba fijamente la pared que había a mi espalda. Lo que hubiera dado por meterme en su cerebro un segundo...

Luego levantó la vista con una intensa expresión.

—Tu castigo ha acabado. Puedes correrte cuando quieras.

Después de decir eso, se separó de la mesa, me cogió la cara entre las manos y me besó. Luego me tumbó de nuevo y se puso encima de mí.

« Sí. Sí » .

El alivio se apoderó de mí y me sentí un poco aturrida. Entonces noté sus manos sobre mi piel y la confusión desapareció tan rápido como había llegado. El anhelo, el deseo y la necesidad se hicieron con el control y no me costó mucho volver al punto en el que estaba hacía sólo unos segundos. Supuse que Nathaniel sentía lo mismo, porque su erección me presionaba el vientre con fuerza.

Se retiró y vi la respuesta en sus ojos oscuros. Tiró de mis rodillas y me las separó hasta que quedé abierta de piernas ante él. Luego me las levantó y se rodeó la cintura con ellas para pegarme un poco más a su cuerpo.

Ninguno de los dos se movía. Su polla apenas rozaba mi abertura y yo resistí la necesidad de arquear las caderas hacia él. Disfruté de la deliciosa expectativa de saber que casi lo tenía dentro de mí, y sabía que pronto sería así.

« Casi » .

Se movió una fracción de centímetro y deslizó parte del glande en mi interior con mucha suavidad.

« Oh, sí » .

Sabía que nunca me cansaría de sentir cómo me penetraba, cómo me dilataba y poseía.

Luego se hundió hasta el fondo de una sola embestida y eso bastó para que

me deshiciera debajo de él y me corriera a su alrededor.

Nathaniel sonrió con malicia.

—¿Mejor ahora?

—Oh, Dios —dije, aún abrumada por la sensación—. Sí, Amo.

Fue cuanto necesitó oír. Empezó a moverse con fuerza y me embistió repetidamente. Buscaba su propia liberación. Entonces supe que estaba en lo cierto, para él la semana había sido igual de larga, porque no tardé en notar cómo palpitaba en mi interior al rozar el orgasmo.

Entonces deslizó una mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clitoris con el pulgar.

—¿Te puedes correr otra vez? —me preguntó, con la respiración entrecortada—. ¿Puedes hacerlo por mí?

Tenia razón en lo que había dicho: mi cuerpo conocía a su Amo. Y esa vez no fue distinto. Mi carne hinchada respondió enseguida, provocándome una nueva oleada de placer que me recorrió todo el cuerpo.

Nathaniel gimíó y se corrió dentro de mí.

Nos quedamos tumbados en la mesa durante algunos minutos y yo disfruté una vez más de tener su cuerpo agotado por el placer encima del mío. De cómo mi liberación me había dejado débil y floja. Él trazó un camino de besos por mi cuerpo hasta apoyarse del todo sobre mí. Cuando llegó a mis labios, me besó larga y apasionadamente.

—Tienes que irte a la cama —dijo al fin y me dio un rápido beso.

Fue una petición extraña. Yo sabía que no podían ser mucho más de las nueve. ¿Por qué querría que me fuera a la cama tan temprano?

Quizá hubiera planeado despertarme en plena noche. Después de pasar cinco días sin practicar sexo de ninguna clase, no me sorprendería en absoluto. O tal vez tuviera pensada una jornada larga e intensa para el día siguiente.

O podía ser que se tratara de ambas cosas.

En cualquier caso, yo no era quién para intentar adivinarlo y, fuera lo que fuese lo que hubiera planeado, quería estar preparada.

—Buenas noches, Amo —dije, bajándome de la mesa y caminando hacia la puerta para irme a mi dormitorio.

—Buenas noches, preciosa.

Aquella noche, Nathaniel no me despertó.

Yo pensaba que lo haría, incluso lo esperaba. Me quedé despierta un buen rato, escuchando por si distinguía las notas del piano o sus pisadas al otro lado de mi puerta. Y cuando por fin cerré los ojos, me dije que sólo lo hacía para descansar un rato. Estaba segura de que me vendría a buscar en algún momento de la noche.

Tenía la firme esperanza de que lo hiciera.

Pero el despertador sonó a las seis de la mañana. A menos que me dijera lo contrario, las mañanas de los sábados y los domingos yo debía tener el desayuno preparado en el salón a las ocho. Me había puesto la alarma a las seis.

Me puse la ropa de deporte y me fui a su gimnasio.

«A nuestro gimnasio», me corregí. Aquella también era mi casa.

El sonido procedente del otro lado de la puerta me detuvo antes de entrar. Nathaniel estaba corriendo en la cinta. Dejé la mano quieta sobre el pomo. Debía mantener la cabeza por debajo de la suya. Si me ponía a correr y él empezaba a hacer sentadillas o algo así, ¿cómo lo conseguiría? ¿Tendría que dejar de hacer lo que estuviera haciendo y situarme por debajo de él?

Miré fuera: estaba lloviendo.

«Maldita sea, tampoco puedo salir a correr».

Por mucho que me hubiera dicho que le gustaba verme peleona, era demasiado pronto como para negarme a mantener la cabeza por debajo de la suya en el gimnasio. Ya haría ejercicio más tarde.

Como tenía mucho tiempo, volví a subir, me duché y me vestí. Luego bajé a la cocina y decidí preparar huevos Benedictine.

Nathaniel aún no estaba en el salón cuando entré con su plato, así que dejé el desayuno en su sitio, junto a las jarras del café y el zumo de naranja y esperé. Cuando entró y se sentó, yo me arrodillé a su lado.

—Buenos días, Abigail —saludó. Tenía el pelo mojado y olía a jabón.

—Buenos días, Amo —contesté.

Si todo salía conforme al plan y yo no metía la pata ese fin de semana, quizá

pudiéramos ducharnos juntos la semana siguiente antes de irnos a trabajar. Me encantaba ducharme con él.

—Huevos Benedictine —comentó, cogiendo los cubiertos—. Tienen una pinta estupenda.

—Gracias, Amo.

—¿Por qué no te sirves un plato y desayunas conmigo?

Nathaniel se quedó sentado, así que yo fui gateando hasta la puerta y me levanté cuando llegué al pasillo. No me gustaba nada aquello de gatear y pensaba decírselo cuando me preguntara, o cuando volviéramos a estar en la biblioteca.

Me llevé el desayuno hasta el salón, gateando de nuevo, y me senté frente a él.

—¿Cómo has dormido?

—Muy bien, Amo. ¿Y tú?

El protocolo del salón seguía siendo una zona gris para mí. Sabía que no podía hablar con tanta libertad como cuando comía en la cocina, pero estaba segura de que sí podía preguntarle cómo había dormido.

—Ha sido extraño lo de tener toda la cama para mí solo —contestó—. Pero aparte de eso, he dormido bien.

Asentí. Lo entendía muy bien.

Me di cuenta de que ya casi se había acabado el zumo de naranja, así que cogí la jarra para servirle más.

—No, gracias —dijo—. No quiero más. Ya casi he acabado.

Seguimos comiendo un rato en silencio. El único sonido que se oía era el tintineo de los cubiertos contra los platos.

—¿Te gustaría hacer un poco de ejercicio esta mañana, Abigail? —me preguntó, cuando su plato estuvo vacío y se estaba bebiendo el café que le quedaba.

—Sí, Amo —respondí, sin sorprenderme de que supiera lo que yo quería. Con el paso del tiempo, una se acostumbraba a ello—. Sí que me gustaría.

Asintió.

—Cuando acabes de comer, recoge la mesa y la cocina y puedes utilizar el gimnasio.

—Gracias, Amo.

—Quiero que estés en el cuarto de juegos a las diez y media. —Se levantó—. Y asegúrate de estirar bien.

Se me aceleró el corazón sólo de pensar a lo que podría referirse.

A las diez y veinticinco lo estaba esperando desnuda en el cuarto de juegos. Había un almohadón bajo las cadenas que colgaban del centro de la habitación, así que me arrodillé sobre él y me puse en posición de espera. Nathaniel entró en

el cuarto poco después que yo y se acercó a mí.

—Espero que hayas tenido una buena sesión deportiva —dijo.

—Sí, Amo —respondí.

—Y teniendo en cuenta que te lo he pedido, también doy por hecho que habrás estirado bien.

Yo seguía sintiendo el efecto de las endorfinas recorriéndome el cuerpo, aunque en ese momento se confundían con el distintivo matiz de la lujuria y el deseo.

—Sí, Amo.

—Muy bien. Levántate.

Lo hice, pero mantuve la cabeza gacha. Me cogió un brazo y luego el otro y me los ató por encima de la cabeza. Estaba sujeta, pero las cadenas estaban lo bastante sueltas como para que pudiera hacer movimientos limitados.

—Mírame —me ordenó.

Al hacerlo, me di cuenta de que llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de manga corta. Que yo recordara, Nathaniel nunca había llevado camiseta en el cuarto de juegos. Me pregunté qué podría significar; quizá quisiera que lo desnudara después.

—Abigail —continuó, evidentemente ajeno a mis peregrinos pensamientos.

Yo me concentré en sus ojos en lugar de en los duros músculos que se escondían bajo su camiseta.

—No te podrás correr hasta que te dé permiso —me advirtió. Se acercó y me mordisqueó la oreja, provocándome una punzada de necesidad que me recorrió todo el cuerpo—. No fallarás.

Y yo lo creí.

—No me fallarás a mí —dijo—. Repítetelo si lo necesitas. Quiero que lo comprendas y me demuestres tu consentimiento. Ahora, dílo en voz alta.

—No fallaré —repetí.

Me cogió la barbilla.

—Claro que no, preciosa. Confía en mí.

Asentí.

—Dilo o no te diré lo que he planeado para hoy.

—Confío en ti.

Me soltó la barbilla y se puso detrás de mí para poder deslizar las manos por mi cuerpo. Luego me dio un azote juguetón en el trasero.

—Creo que este culo merece una buena azotaina. Te has olvidado de llamarme Amo. ¿Qué te parece?

« Joder. Sí, por favor » .

—Lo que más te complazca, Amo.

—Hum —murmuró, mientras dibujaba un camino de besos por mi espalda —. Me complace que confíes en mí. Me complace que tu piel se ponga

deliciosamente rosa bajo mi mano y escuchar tus gemidos de placer mientras te llevo a nuevas alturas. —Me frotó los hombros con las manos mientras me susurraba de nuevo—: ¿Te acuerdas de lo que experimentaste el fin de semana pasado?

Recordaba cómo me azotó con el látigo y la dulzura de la rendición cuando me dejé ir y me permití sentir.

—Sí, Amo —respondí con un murmullo.

—Lo voy a hacer otra vez.

Sus palabras me hicieron estremecer.

—Me encanta ver cómo tu cuerpo responde a mi voz —admitió.

Dejó resbalar los labios por mis omóplatos y me habló en un tono tan bajo que su voz se convirtió en un grave murmullo que resonaba contra mi piel.

No sabía que tuviera un látigo en la mano, pero cuando se retiró, las suaves tiras de piel de conejo me rozaron suavemente la espalda. Fue azotándome lentamente con él de arriba abajo. Rozándome. Acariciándome. Mi cuerpo se moría por sentir aquello y yo lo deseaba, ya fuera suave o firme.

Cuando se puso delante de mí, cerré los ojos y él siguió deslizándose el látigo por mi piel. Arrastró las puntas por mis pechos y yo reprimí un gemido.

—No —dijo—. Quiero oír. Quiero oír cada quejido, cada gemido, cada suspiro.

La piel resbaló y me rozó el sexo. Yo arqueé las caderas en busca de más.

—Aún no —me indicó, colocándose detrás de mí para volver a azotarme en la espalda.

Yo gemí, pero el sonido se cortó cuando sentí el suave impacto del ante sobre mis muslos.

—En absoluto —añadió—. Te voy a demostrar lo mucho que has evolucionado desde tu primer fin de semana. —La piel de conejo siguió el mismo camino que el ante—. Y ¿qué te he dicho antes?

—Que no fallaré, Amo.

—Exacto. —El ante impactó contra mi nalga izquierda—. No fallarás.

Ya no dijo nada más. Elijo comunicarse con el látigo. A veces utilizaba el de piel de conejo y otras veces, el de ante. A menudo los usaba los dos a la vez. En esa ocasión me resultó más sencillo dejar que se apoderaran de mí las emociones que aquello me despertaba. Permanecí con los ojos cerrados y gimoteé cuando las puntas del ante se colaron entre mis piernas desde atrás. Gemí cuando las reemplazó por la piel de conejo.

Más. Necesitaba más.

Rebusqué en mi cabeza, desesperada por continuar, y me esforcé por recordar las palabras.

—Verde —dije, prácticamente gritando—. Verde. Por favor.

El siguiente impacto del ante fue más fuerte y sentí un afilado mordisco en

mi nalga derecha.

—¿Así? —preguntó.

—Sí —contesté, mientras notaba cómo el dolor dejaba paso al placer.

Los siguientes azotes impactaron con fuerza y rapidez, exactamente como yo quería. Respondí con un gemido, preparada y dispuesta para dejarme arrastrar a cualquier lugar donde quisiera llevarme. Ya no sentía la piel de conejo, sólo el ante. A menudo me azotaba con la mano y se detenía un momento para deslizar los dedos por mi sexo y poder acariciar y estimular mi sensible piel.

—Precioso —dijo, cuando notó que yo temblaba bajo sus caricias.

Se apretó contra mí y sentí la aspereza de la tela de sus vaqueros contra mi piel. Noté cada parte de él: su erección presionando contra mí, sus brazos rodeándome los hombros, sus dedos acariciando y retorciéndome los pezones, su aliento entrecortado, jadeando en mi oído. Arqué la espalda, desesperada por que me penetrara y colmara mi deseo.

—Aún no —volvió a decir, destruyendo mis esperanzas de alcanzar una liberación sencilla—. Luego. Cuando decida que estás preparada. —Me quitó las esposas de las muñecas y me masajeó los brazos con suavidad—. Abre los ojos —pidió, colocándose delante de mí.

Me encontré con su intensa mirada.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin dejar de hacer magia con las manos sobre mis brazos.

—Sí, Amo.

No me contestó, pero me cogió de la mano y me llevó a una esquina de la habitación, donde había tendido una manta.

—Nos vamos a tomar un pequeño descanso —dijo—. Quiero que te sientes y me esperes aquí.

La manta era suave y tentadora. Debía de haber colocado alguna especie de colchón debajo.

—Va a ser un día muy largo, Abigail —añadió—. Espero que me hayas dicho la verdad cuando me has asegurado que has dormido bien y que has estirado debidamente.

Me puse nerviosa al imaginar lo que podría haber planeado que requiriera que hubiera dormido bien y estirado debidamente. ¿Íbamos a pasar el día entero en el cuarto de juegos?

« Joder » .

—Abigail —dijo.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—Sí, Amo.

—Quédate en tu posición de espera. Vuelvo enseguida.

Yo me apresuré a situarme en esa postura y agaché la cabeza. Mis rodillas se hundieron en el finísimo colchón que había bajo la manta y agradecí que me hiciera esperar allí en lugar de en el suelo.

En el cuarto de juegos era imposible medir el paso del tiempo. Incluso aunque hubiera estado en una postura relajada y hubiera podido merodear por la habitación, allí no había ningún reloj. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que entré? Me moría por buscar una ventana, pero incluso las ventanas estaban cubiertas por cortinas oscuras, así que mantuve la cabeza gacha.

Al rato, lo oí volver y cuando se puso a mi lado, noté cómo se hundía el colchón.

—Relájate, preciosa —me indicó, sentándose a mi lado.

Cuando cambié de postura para sentarme con normalidad, me di cuenta de que sostenía un plato, un plato grande lleno de muchas cosas deliciosas.

—Traigo unos aperitivos —explicó—. Tengo hambre.

¿Qué? ¿Había decidido tomarse un tentempié en el cuarto de juegos?

—Toma. —Me puso el plato en las manos. Todo tenía una pinta deliciosa: albóndigas, pan con ajo y aceite y brochetas de vegetales.

—Son banderillas. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las brochetas y luego abrió una botella de agua grande que tenía al lado—. Empezaré con una de éstas.

Yo volví a mirar los palitos de madera con pepinillos, olivas y cebolletas ensartadas. ¿Que empezaría por una de éstas?

Nathaniel esperaba a mi lado.

¿Quería que yo...?

Oh. ¡Oh!

« Oh » .

—Pero antes —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo para sacar las pinzas para pezones unidas con una cadena—, quiero decorarte un poco.

Yo tragué con fuerza y dejé el plato en el suelo. Recordé el pellizco de las pinzas y el agudo dolor que sentí cuando me las quitó. También recordé que cada vez que él tiraba de la cadena, sentía una punzada de deseo justo entre las piernas.

Me puse de rodillas y arqueé la espalda a modo de invitación y aceptación. Se me endurecieron los pezones en cuanto pensé en lo que iba a hacer.

Él se movía con tranquilidad: me frotó el pezón con los dedos y luego hizo lo mismo con el otro. Me provocaba. Jugaba conmigo. Me susurraba lo guapa que estaba.

Aun así, yo jadeé cuando me puso la pinza en el pezón. Nathaniel deslizó un dedo entre mis piernas y dibujó despreocupados círculos alrededor de mi clitoris para estimularme y jugar un poco más conmigo antes de ponerme la pinza en el otro pezón.

—Estás preciosa —susurró al terminar. Se volvió a sentar sobre los talones—. Ahora ya puedes servirme.

Yo cogí una banderilla y enseguida me di cuenta de que la cadena se balanceaba cada vez que me movía. Todo lo que hacía provocaba un nuevo movimiento de la misma que, a su vez, tiraba ligeramente de las pinzas. Iba a ser una larga pausa para comer. Oculté la sonrisa que esbocé al pensarlo.

—Vamos, Abigail —me apremió, tirando de la cadena y haciéndome gemir.

Yo volví a mirar el plato. ¿Debía sacar los vegetales de la brocheta y dárselos uno a uno, o limitarme a acercarle la banderilla a la boca?

Nathaniel no me había dado ninguna instrucción, así que estaba bastante segura de que podía hacerlo de las dos formas. ¿Qué preferiría él?

No estaba segura.

Aunque lo que sí sabía era lo que quería y si la situación fuera al revés.

Saqué un pepinillo de la brocheta y se lo di. Él abrió los labios. Su lengua rozó la yema de mis dedos, mientras el pepinillo desaparecía en su boca.

Joder, era muy divertido.

El bulto que vi en sus pantalones me dejó intuir que él estaba tan excitado como yo. Le di una aceituna y una cebolleta, deleitándome con la punzada eléctrica que me recorría cuando sus labios me rozaban la piel. Entre eso y el notable dolor que sentía en ambos pezones, para cuando le acerqué a los labios un pequeño trozo de pan untado con ajo y rociado con aceite, ya me había convertido en una auténtica masa temblorosa.

La cadena se volvió a balancear. Sus labios rozaron de nuevo la yema de mis dedos.

Ocurrió lo mismo cuando le di las albóndigas. Y lo mismo cuando volví a darle otra banderilla. ¿Cómo era posible que darle de comer fuera tan excitante?

No estaba segura de cuál era el motivo, pero así era.

Entonces me di cuenta de que servirle era justamente eso: ofrecerme a él de cualquier forma que Nathaniel quisiera. Era la entrega sexual de mi cuerpo, el modo en que le servía el desayuno en el salón, cómo me preparaba, ya fuera haciendo yoga, corriendo o depilándome. Y también era tan simple como darle de comer una aceituna.

—¿Tienes hambre, preciosa? —me preguntó, con los ojos oscurecidos de deseo.

—Sí, Amo —susurré.

Nathaniel me quitó el plato en silencio y me miró fijamente a los ojos mientras desclavaba un pepinillo del palillo y lo acercaba a mis labios. Yo abrí la boca y acepté su ofrecimiento.

Cuando acabé de masticar y me tragué lo que tenía en la boca, me acercó los dedos.

—Tengo aliño en los dedos —dijo—. Será mejor que me lo limpies.

Yo me metí sus dedos en la boca, uno a uno, y le fui limpiando el aliño. Cuando acabé, cogió una oliva y me la dio. Luego me volvió a acercar los dedos y yo le volví a limpiar los restos de aliño.

En una ocasión, me rozó un pezón cuando trataba de llegar hasta el plato y yo reprimí un gemido. El hecho de que Nathaniel me estuviera dando de comer, combinado con el dolor que sentía en los pezones, me hacía sentir licenciosa y primitiva, porque no era su dedo lo que quería meterme en la boca.

—Paciencia —me ordenó, cuando me removí sobre el colchón—. Voy a extraer todo el placer que pueda de tu cuerpo y cuando creas que ya no lo puedes soportar más —tiró un poco de la cadena—, te demostraré todo lo que queda.

Yo me estremecí; me creía cada una de sus palabras.

Él sonrió al notar mi reacción, cogió una albóndiga y acabó de darme de comer.

—Ya has llevado las pinzas mucho rato —observó, cuando acabamos—. Levántate y pon las manos a la espalda.

La comida me había excitado más de lo que habría podido imaginar. Me había dado de comer muy despacio. De vez en cuando, me acercaba la botella de agua a los labios y me decía que bebiera. Él no lo hizo hasta que acabé yo.

Mientras me daba de comer, jugaba con las pinzas de mis pezones. A veces

chocaba contra alguna de ellas como por accidente, pero yo sabía que Nathaniel nunca hacía nada por accidente. Otras veces tiraba de la cadenita con descaro o golpeaba la piel que rodeaba la pinza. Pero no importaba lo que hiciera, las consecuencias siempre eran las mismas. Para cuando acabamos de comer, yo me había convertido en un amasijo de deseo.

Cuando me dio la orden, esperé a que se levantara para ponerme de pie delante de él. Agaché la cabeza y esperé nuevas instrucciones.

Después de quitarme las pinzas, me ató las manos a la espalda con una cuerda muy suave.

—Ve a la mesa —me ordenó.

Mientras me acercaba a ella, intenté no pensar en lo que pasaría a continuación. Intenté concentrarme en hacer lo que me había dicho que hiciera y no anticipar ni tratar de adivinar sus planes. Como debía ir de rodillas y tenía las manos atadas a la espalda, tardé algunos minutos en llegar.

Cuando conseguí subirme a la mesa, tras el que debió de ser el momento menos elegante de toda mi vida, Nathaniel me tumbó boca abajo, apoyó la parte inferior de mi cuerpo sobre un calce acolchado y me elevó la parte superior del cuerpo con ayuda de unos almohadones.

Oí cómo se alejaba para regresar segundos después. Me tapó los ojos con una venda. Por un momento, sentí un poco de pánico, pero me relajé cuando él me acarició el pelo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, Amo.

—«Amarillo» o «rojo» si necesitas que afloje o que pare —me advirtió sin dejar de acariciarme el pelo—. Aún tengo que preparar algunas cosas. Relájate.

El tono de su voz era grave, pero conservaba su habitual despreocupación. Entre eso y que sus manos empezaron a deslizarse por mi cuello, los hombros y la espalda, sentí cómo me rendía a él.

—Preciosa —dijo, sin apartar las manos de mi piel.

Al cabo de un rato, me percaté de que los preparativos que había mencionado tenían que ver conmigo. Me estaba preparando a mí.

«Joder» .

Mis sospechas se confirmaron cuando me cogió un brazo y me ató una cuerda a la muñeca. Yo me contoneé un poco en la mesa.

Entonces noté el impacto de su mano sobre mi trasero, cuando me dio un firme azote.

—No te he dicho que te muevas.

Me quedé completamente quieta mientras me ataba otra cuerda en la muñeca opuesta. Luego me masajeó la cintura, amasándome la zona inferior de la espalda con los dedos. Me relajé un poco más.

La parte inferior de mi cuerpo ya estaba expuesta a él, pero me cogió el

tobillo izquierdo y lo ató a mi muñeca izquierda; luego repitió la maniobra con el tobillo derecho y la muñeca derecha, dejándome aún más expuesta. Me sentía indefensa.

—Muy bonito —comentó.

Yo no me sentía especialmente atractiva. Más bien indefensa e incómoda.

Me sobresalté al oír el sonido de una cámara detrás de mí.

—Sólo lo hago por si no me crees —dijo.

Oí el sonido de sus pasos al rodearme y luego otra vez el clic de la cámara.

Joder, me estaba sacando fotos.

—Mira esto —susurró, deslizando un dedo en mi interior un momento—. Creo que te gusta bastante la idea de que esté sacando pruebas físicas de tu belleza.

Luego se acercó a mi cabeza y chasqueó la lengua.

—Vaya, se me han vuelto a ensuciar los dedos.

Me rozó los labios y yo abrí la boca para limpiárselos. Tenía razón, me excitaba saber que me estaba haciendo fotos, en especial estando atada de aquella forma.

—Mírate, tan expuesta y esperándome. —Me rozó la abertura con los dedos—. Imagina todo lo que podría hacerte.

Hizo girar los dedos alrededor de mi clitoris.

—Lo que te podría hacer aquí.

Insertó dos dedos en mi sexo y me estremecí. Gemí al notar cómo mis doloridos pezones rozaban el almohadón de la forma más agonizantemente deliciosa.

Nathaniel se rio.

—O aquí.

Desplazó los dedos hacia arriba para estimularme la otra abertura. Yo inspiré hondo.

« Oh, sí. Otra vez. Quiero que me llene de nuevo» .

Dejé escapar un gimoteo cuando noté cómo me untaba el lubricante con efecto calor.

—Estás muy necesitada —dijo. Dibujó círculos alrededor de mi ano con alguna clase de tapón—. ¿Te acuerdas? —me preguntó—. ¿Recuerdas a Paul y Christine?

Yo rebusqué entre mis recuerdos, tratando de encontrar a qué se refería.

—¿Te acuerdas de que te preguntaste cómo te sentirías?

Presionó y fue penetrándome con el tapón muy despacio.

Yo notaba cómo se me dilataba el cuerpo.

Estaba dilatada, abierta, expuesta y expectante.

Entonces me dio un fuerte azote en el trasero.

—¿Te acuerdas ahora? —inquirió.

« Oh, sí» .

—Contéstame.

—Sí, Amo.

Volví a sentir el suave movimiento de sus manos provocándome al deslizarse por mi abertura. Fueron ganando aspereza poco a poco y me pellizó los labios exteriores. Luego me azotó de nuevo. Alternaba los azotes con las provocaciones, hasta que me empezó a resultar difícil distinguir el placer del dolor. Las manos de Nathaniel conseguían que ambas sensaciones se mezclaran.

Entonces noté cómo presionaba contra mí algo duro y de piel. «¿Una correa de piel?» La deslizó arriba y abajo, me azotó el clitoris con ella con aire juguetón, para luego hacerla impactar con más fuerza sobre mis nalgas.

Yo gemía.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Sí —contesté entre jadeos.

Entonces la correa impactó con más fuerza justo donde estaba el tapón.

«Cielo santo».

—Sí, ¿qué? —quiso saber.

—Oh, Dios —jadeé—. Sí, Amo.

Me azotó de nuevo.

—Eso está mejor.

La piel golpeaba con suavidad mi creciente y dolorosa necesidad, mientras él dibujaba círculos en mi clitoris con los dedos. Me sentía como si me costara mucho aguantar el equilibrio y casi me caí cuando volvió a azotarme con la correa con fuerza. Con más fuerza.

No quería que se acabara nunca. Y durante un rato, parecía que fuera a ser así.

El tapón dentro de mí, sus dedos provocándome y la correa. Y cómo, de alguna forma, él conseguía unirlos todo para lograr una mezcla de placer salpicado de dolor.

—Te voy a follar así —dijo al fin, con la respiración pesada—. Así de llena y abierta.

Oí el sonido de una cremallera y noté una corriente de aire. Apoyó las manos en mis caderas y se enterró en mi interior de una dura y profunda embestida. Yo grité. La sensación era increíble: colmada por él y el tapón al mismo tiempo. Abierta, tensa y atada. Me pregunté cuánto tiempo aguantarían mi sensibilizada piel y mi cuerpo después de tanta provocación.

—Puedes correrte cuando quieras —jadeó.

Nathaniel me penetró una y otra vez, colmándome más y más. Me poseyó lenta y profundamente. Sus embestidas eran controladas y medidas. Yo volví a buscar el equilibrio, quería concentrarme en cómo me sentía.

Mi cuerpo se estremeció, víctima de la inminente liberación, y mis músculos se pusieron tirantes y tensos. Él empezó a moverse más rápido detrás de mí. Se

movía más rápido en mi interior. Apreté los puños mientras me penetraba, mientras embestia y se empotraba contra el tapón. Otra vez.

Estaba...

Estaba...

... gritando de placer.

Me sentía muy ligera.

O pesada.

Sí, era eso. Me sentía demasiado pesada como para moverme y mi cuerpo no me respondía. Me recorrió un ligero temblor.

Decidí que eran los efectos residuales de mi orgasmo.

Nathaniel me fue acariciando mientras me desataba y me susurró con un tono de voz suave y grave. Yo no entendía nada de lo que me decía, pero no importaba. Él estaba allí. Tenía las extremidades doloridas, pero Nathaniel me trató con mucha delicadeza.

Me quitó la venda de los ojos. El cuarto de juegos estaba oscuro.

—Relájate —dijo—. Descansa.

Justo antes de que se me cerraran los ojos, sus labios se posaron sobre los míos con tierno afecto.

NATHANIEL

La abracé mientras dormía.

La llevé en brazos del cuarto de juegos hasta el dormitorio y allí la tapé con mantas y le acaricié el pelo. Nuestro día había sido más largo y más intenso que nunca y no estaba seguro de cómo reaccionaría Abby. Aunque sí imaginaba que se dormiría cuando acabáramos y sabía que al día siguiente estaría dolorida. Cuando se despertara, pasaríamos un rato en el jacuzzi climatizado para relajarnos y desentumecer los músculos.

No pude evitar comparar mis acciones y mis planes con ella con lo que había hecho con otras sumisas. Yo siempre las cuidaba, pero incluso después de un día tan duro como al que acababa de someter a Abby, las demás habrían dormido en el cuarto de las sumisas. Jamás habrían dormido en mi cama.

Me pregunté si era diferente porque aquella era nuestra habitación. ¿Si Abby no hubiera aceptado irse a vivir conmigo, la habría dejado descansar en la habitación del otro extremo del pasillo?

No. Sabía que incluso aunque ella se hubiera quedado en su apartamento, aquella noche habríamos dormido en mi cama.

Cuando se empezó a desperezar, las sombras de la habitación ya comenzaban a alargarse. Yo mantuve la mano sobre su hombro y la fui acariciando con suavidad mientras se despertaba. Se desperezó contra mí y me rozó la ingle con el trasero sin querer; dejó escapar un delicado gemido.

«Está dolorida».

Tenía el agua y el ibuprofeno preparados, pero en ese momento lo más importante era que supiera que yo estaba a su lado. Se había quedado dormida en el cuarto de juegos, era posible que se sintiera desorientada.

Me apoyé en un codo para incorporarme y le susurré al oído:

—Estás en nuestra habitación. Cuando te apetezca levantarte, dímelo.

—Hum —murmuró ella, aún medio dormida.

—He preparado unas ensaladas César para la cena de esta noche —dije. Sabía que era una de sus comidas ligeras favoritas—. He pensado que cuando te levantes, podemos ir un rato al jacuzzi.

Se mostró más habladora dentro del agua. En especial cuando le sugerí que durmiera en nuestra cama aquella noche.

Se revolvió sobre mi regazo y me miró.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Amo?

—Sí —asentí, encantado de que se sintiera más cómoda hablando conmigo durante el fin de semana—. Claro. Puedes hablar con libertad.

—Si no fuera yo... —empezó—. Si estuvieras con otra de tus sumisas, ¿le pedirías que durmiera contigo?

—No. Pero no comprendo qué tiene que ver esto con nada.

—Si el dormitorio del otro extremo del pasillo era lo bastante bueno para ellas, ¿por qué no lo es para mí?

Se le había soltado un mechón de pelo de la cola y se mecía delante de sus ojos. Se lo puse detrás de la oreja.

—Tú no eres una de mis anteriores sumisas —contesté—. Tú eres tú.

—No quiero que me trates diferente.

—Y te lo agradezco, pero todo lo que tiene que ver contigo es diferente. Y —añadí, levantándole un poco la barbilla con la mano—, mis anteriores sumisas tenían experiencia. Tú no.

Inspiró con rabia.

—Pues no veo qué tiene eso que ver con nada —replicó, repitiendo mis mismas palabras.

—¿Te estás volviendo a poner insolente? —le pregunté, medio en broma medio en serio.

—No, Amo —se apresuró a negar—. Sólo quiero que me lo expliques.

Inspiré hondo.

—¿Estás de acuerdo conmigo en que hoy hemos pasado más tiempo en el cuarto de juegos que nunca? —le planteé—. ¿Y en que la sesión ha sido más intensa que nunca?

Ella asintió.

—A veces se pueden sentir ciertas... —busqué la palabra que necesitaba— emociones después de una sesión tan larga y tan intensa —dije—. Puede resultar difícil desconectar.

Ella se quedó allí sentada y reflexionó durante algunos minutos; estaba muy concentrada.

—¿A ti te pasa lo mismo?

—Sí —respondí—. Pero ya me he acostumbrado. Yo ya sé qué puedo esperar después de una sesión así y sé cómo reaccionaré. Y siempre lo he llevado bien.

—¿Te importaría que no durmiera contigo esta noche? —me preguntó—. Sólo

quiero el mismo trato que dispensabas a tus anteriores sumisas.

—¿Quieres pasar la noche en la otra habitación?

Yo sabía que nunca la trataría exactamente igual que a mis anteriores sumisas, pero comprendía los motivos de su petición.

—Me gustaría —contestó, deslizando una mano vacilante por mi pecho.

Yo reprimí un gemido. Ella estaba dolorida y no quería que hiciera nada muy enérgico.

—¿Me prometes que vendrás a buscarme si necesitas hablar? —le pedí—. ¿O que por lo menos llamarás a Christine?

—Lo prometo.

—Aun así, hablaremos mañana —determiné—. Y quizá también el lunes. Me quiero asegurar de que estás bien.

—Estoy bien —aseveró.

—¿Te sientes dolorida?

—Sólo un poco. —Se revolvió sobre mi regazo—. Nada que sea terriblemente incómodo.

—Quiero que te tomes otro ibuprofeno antes de irte a dormir esta noche. Es muy probable que mañana te sientas incómoda. —Había planeado un domingo muy relajante, nada muy activo ni intensamente físico. Posé los labios sobre los suyos y le di un beso rápido—. Si te empiezas a sentir a disgusto, ¿me lo dirás?

Ella sonrió contra mis labios.

—Sí, Amo.

Cuando le quité el collar el domingo, fui con ella al sofá y le empecé a masajear los pies. No había pasado por alto que se sentía más cómoda hablando mientras nos tocábamos y quería que estuviera a gusto. Además, a mí también me relajaba.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado de lo que hemos hecho este fin de semana? —le pregunté, para romper el hielo.

Ella apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y suspiró.

—Cuando me tomaste ayer. Fue muy surrealista; todo el día de ayer lo fue. Incluso he llegado a olvidar algunas partes. —Sonrió—. ¿Me llevaste en brazos hasta el dormitorio? No recuerdo que fuera caminando.

—Sí. Estabas agotada.

—¿Eso es normal?

—Para ti es evidente que sí —dije—. Aunque teniendo en cuenta algunas de tus reacciones previas, yo ya esperaba que te quedaras dormida.

—Quiero volver a sentirlo —afirmó, con un brillo travieso en los ojos.

—Me alegro. Yo también quiero volver a hacerte sentir así.

Alargó el brazo hasta una de mis piernas.

—¿Por qué no subes las piernas y me dejas que te masajee los pies?

—No, déjame hacer esto por ti.

—Me gustaría devolverte el favor.

—¿Te acuerdas de que te dije que necesitaba reordenar mis sentimientos cuando se acaba el fin de semana?

—Sí.

—Ésta es una de las formas. —Le masajee la parte superior del pie—. Me ayuda. —No dijo nada—. No es que hiciera esto con mis anteriores sumisas, porque nunca lo hice. Pero me he dado cuenta de que contigo me ayuda. —Arquee una ceja—. ¿Te parece bien?

Ella relajó un poco más el pie.

—Claro, siempre que lo hagas bien.

Me llevé su pie a los labios y le di un beso en la suave planta.

—¿No lo hago siempre?

Se limitó a estremecerse a modo de respuesta y yo bajé el pie y continué con el masaje.

—Lo que menos te ha gustado de todo el fin de semana —le pregunté.

—En eso no tengo dudas —contestó—. Odio gatear. Lo odio. Lo odio. Lo odio.

—¿Ah, sí? —dije. Aunque su respuesta no me sorprendió. Ya había advertido su expresión de desagrado en algunos momentos.

—Sí, no quiero hacerlo mucho.

—Es una pena —comenté—. Me refiero a que no te haya gustado.

—¿A ti sí? —Levantó la cabeza del respaldo del sofá—. Dime que no te ha gustado.

—Sí me ha gustado —la contradije y ella gimoteó.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede gustarte que te bese los pies? ¿Por qué te tiene que gustar que gatee?

—Porque cuando me besas los pies no te puedo ver el culo.

—¿Qué?

—He dicho —sonreí— que cuando me besas los pies no te puedo ver el culo.

—¿Me estabas mirando el culo mientras gateaba?

—¿Qué pensabas que estaba haciendo? —le planteé. Deslicé la mano por su muslo desnudo y rocé la costura de sus shorts—. Tienes un culo increíble.

—Tendré que creérmelo. Yo nunca lo he visto.

—Eso no supone ningún problema. Tengo fotos.

Abby se sonrojó.

—Oh, Dios.

Me reí.

—¿Quieres que las traiga?

—No.

—En otro momento —dije, prosiguiendo con el masaje.

—¡Vaya! —replicó. Pocos segundos después, habló de nuevo—. Entonces ¿me volverás a pedir que gatee?

—¿Es un límite infranqueable? —le pregunté, en lugar de responder su pregunta.

—No.

—Verás, Abby, el Dominante soy yo y a mí me gusta verte gatear. Pero me alegro de que seas abierta y sincera sobre lo que te gusta y lo que no te gusta. Necesito la información.

Yo sabía que le volvería a pedir que gateara, igual que sabía que le volvería a pedir que me besara los pies, incluso aunque era algo que no me gustaba particularmente.

Seguí masajeándole los pies en silencio durante algunos minutos y utilicé las manos para aliviarla y relajarla.

—¿A qué ha venido todo eso de mantener la cabeza por debajo de la tuya? —me consultó—. No me ha parecido que tuviera mucho sentido.

—Es un tema mental —le expliqué—. Algo que te ayuda a mantener el estado anímico adecuado. Pensé que te ayudaría a concentrarte.

—Oh.

—¿Ha funcionado?

—Supongo que sí —admitió y yo cambié de pie.

Dejé resbalar la mano por el empuje y le agarré el talón.

—Quiero hablar de lo que pasó el viernes por la noche.

—Debería haber dicho «amarillo» cuando me entró el pánico.

—Sí —convine—. Pero al margen de eso, debo admitir que yo fui un poco agresivo con mis planes y lo siento. No debería haberte presionado tanto después de un castigo tan largo.

—Pensaba que estabas enfadado conmigo por no utilizar mi palabra de seguridad —confesó.

—Eso también, pero la palabra de seguridad no habría sido necesaria si yo hubiera hecho mejor las cosas.

—No quiero decepcionarte.

—El hecho de que utilices tu palabra de seguridad nunca será un motivo de decepción —afirmé—. Sólo puedo presionarte si estoy convencido de que dirás «amarillo» o «rojo» cuando lo necesites. Y sí, también espero que digas «amarillo» cuando sientas pánico y creas que te estoy presionando para que fracasas.

—No estaba segura.

—Prométeme que lo harás —dije, negándome a seguir hablando del tema hasta que me demostrara que estaba de acuerdo.

—Lo prometo —contestó—. Al fin y al cabo dije «verde», ¿no?

Pensé en el día anterior, cuando la azoté con los látigos mientras estaba

encadenada. No era la primera vez que una sumisa decía «verde» durante una sesión y a pesar de que oír esa palabra me seguía provocando un desconcierto momentáneo, yo no había reaccionado del modo que tanto temía. Cuando Abby dijo «verde» lo que sentí fue orgullo y placer.

—Sí —respondí—. Lo hiciste. Y me encantó ver que te sentías lo bastante cómoda como para decirme lo que necesitabas.

—Me sentía justo al límite de ese sentimiento. ¿Sabes a qué me refiero?

—El espacio sumiso. No lo conozco por experiencia personal, pero sí, sé de lo que estás hablando.

—Sencillamente, supe que si empezabas a ir más rápido y a hacerlo más fuerte, llegaría hasta ahí —comentó, dejando resbalar la vista por una estantería lejana, mientras recordaba.

—Y ¿lo conseguiste? —le pregunté, para confirmar lo que ya sabía. Pero ella no contestaba—. ¿Abby?

—¿Eh? —Me volvió a mirar a los ojos y sonrió—. Sí. —Apartó los pies de mis manos y se sentó—. Gracias.

—De nada, pero aún no había acabado.

—Quiero darte las gracias con un beso —explicó, acercándose a mí—. Como es debido.

Sus labios estaban junto a los míos. No pude evitar mirarlos.

—Me gustaría decir que no tienes por qué darme las gracias, pero me muero por ese beso.

—¿Ah, sí? —dijo, sentándose sobre mi regazo.

—Mmmm —murmuré, cuando sus labios rozaron los míos.

Abby empezó a besarme y le dejé llevar la batuta mientras disfrutaba de su lengua deslizándose por mi boca. Separé un poco los labios y degusté su sabor. Su muestra de agradecimiento fue suave, lenta y larga. Podría haber dejado que se quedara sentada en mi regazo durante horas, pero sabía que seguía estando dolorida.

«Luego —me dije—. Quizá esta noche».

Cuando por fin nos separamos, se quedó sobre mi regazo y yo le acaricié el pelo mientras ella se apoyaba en mi pecho.

—Los recién casados estarán de vuelta la semana que viene, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, el viernes por la noche. La última vez que llamó Felicia me comentó que podríamos ir a comer el sábado. Le dije que ya veríamos. No estaba segura de qué decirle.

—No tenemos por qué recluirnos. Podemos ir y estar con ellos una o dos horas. Tendremos que acostumbrarnos a equilibrar nuestros fines de semana. —Le acaricié la espalda—. Siempre que tú quieras ir, claro.

—La he echado de menos.

—Ya lo sé. Sólo porque sea fin de semana no significa que no podamos hacer otra cosa que estar encerrados en el cuarto de juegos.

—Aunque sería divertido —bromeó ella.

—Estoy de acuerdo, pero no te quiero presionar. —Dejé resbalar una mano por su espalda—. ¿Sigues dolorida?

—Sólo un poco. —Se encogió de hombros—. Nada que no pueda soportar.

—Quiero saber...

—Nathaniel —me interrumpió—, ya soy mayorcita y conozco mi cuerpo. Ya te he dicho que te lo diré. Te lo diré.

—Lo siento. Sólo quería asegurarme.

—Ya te has asegurado.

—Cambiemos de tema —propuse—. He hecho una lista de la compra para la asistenta. Está en la cocina. Quiero que la repases y que pienses si necesitas que compre algo más.

—¿No haces tú la compra?

—No —respondí, tratando de recordar cuándo fue la última vez que fui a comprar.

—¿Nunca?

—Ya no —respondí—. No lo necesito. ¿Por qué?

—Es un poco raro eso de tener a alguien que lo haga por ti.

—Te acostumbrarás —le aseguré—. Además, entre la empresa y mis fines de semana contigo, no tengo tiempo para recorrer los pasillos del supermercado buscando pan y leche.

—Lo dices como si estuvieras por encima de eso —comentó—. ¿Sabes que la mayoría de la gente lo hace sin siquiera planteárselo?

—¿Vamos a discutir sobre esto? —le pregunté—. ¿De verdad?

Ella se quedó inmóvil entre mis brazos, probablemente sopesando sus palabras.

—No —dijo al fin—. No quiero discutir contigo.

—Me alegro. Yo tampoco quiero discutir contigo. —La volví a besar—. ¿Quieres salir a pasear un rato?

—Sí —contestó, levantándose y estirándose—. Me irá bien un poco de aire fresco.

Aquella noche me esperó metida en nuestra cama, con las sábanas hasta el cuello y una traviesa sonrisa en los labios.

—¿Te estás escondiendo? —le pregunté, gateando para ponerme a su lado.

—No. Sólo es una pequeña sorpresa.

Tenía los hombros desnudos, así que decidí que no podía tratarse de ninguna prenda de lencería nueva. No conseguía imaginar qué otra cosa podía ser.

—¿Para mí? —quise saber.

Ella asintió.

—Tienes que destaparla —dijo, arqueando el pecho.

—¿Ah, sí? —Me acerqué y le reseguí el contorno de la clavícula—. Pues resulta que me encanta destapar sorpresas.

Bajé los labios y seguí con ellos el mismo camino que había dibujado con el dedo.

—Mmmm —murmuró—. Más abajo.

—Ya llegaré —dije, haciendo girar la lengua por el hueco de su garganta—. Al final.

Quería preguntarle si seguía dolorida, pero sabía que lo más probable era que la hiciera enfadar. Si ella me deseaba...

Bueno, no iba a discutirle eso.

Levanté la sábana con delicadeza.

—¿Qué estás escondiendo aquí debajo? —inquirí, echando una ojeada—. Joder, Abby —exclamé, momentáneamente sorprendido.

—¿Te gustan?

Lo que quería saber si me gustaban eran unos anillos para los pezones o algo muy parecido, que decoraban cada uno de sus pechos. Al contrario que los anillos normales, los suyos eran rojos. No los llevaba antes y había estado en casa toda la tarde y toda la noche.

—¿Nathaniel? —preguntó.

—Oh, sí —exclamé, rozando uno—. Sí que me gustan. Me gustan mucho.

—He pensado que me apetecía probarlos.

—¿De dónde has sacado la idea? —quise saber, sin despegar los ojos de sus pechos.

—Christine lleva *piercings*, o por lo menos antes los llevaba. ¿Lo sabías?

Inspiró hondo cuando yo agaché la cabeza para lamerle con suavidad el pezón expuesto.

—No —respondí. La última vez que la había visto en el cuarto de juegos llevaba sujetador y ya hacía muchos años de la vez anterior.

—Me dijo que era muy estimulante sexualmente, pero me sugirió que proba éstos primero.

—Christine es una mujer muy lista —susurré, concentrándome en el otro pecho—. Sabía que presentártela era una buena idea.

—Me gustaría hacerme algo permanente, como un *piercing*, si a ti no te parece mala idea.

Se me puso la polla incómodamente dura.

—¿*Piercing*?

Ella asintió.

—¿Quizá sólo un pezón? No lo sé.

« Joder» .

—¿Estás pensando en hacerte un *piercing*? —insistí.

—Sí. ¿Te molesta la idea?

Suspiré y me incorporé un poco para poder mirarla a los ojos.

—Creo que tienes un cuerpo precioso, Abby. Debo admitir que la idea del *piercing* resulta bastante excitante, pero no quiero que te precipites. —Volví a rozarle el pezón—. De momento empezaremos con éstos.

Ella recuperó la sonrisa traviesa.

—También tengo colgantes.

—¿Colgantes?

—Mmmm. —Se dio media vuelta para ponerse encima de mí—. Puede que te sorprenda con ellos mañana.

NATHANIEL

Tuve una sensación rara durante toda la semana. Era incapaz de decidir qué era, Abby y yo no habíamos llegado a discutir por nada, pero había algo extraño.

Para ser sincero, fue una semana muy ajetreada. Aunque la verdad es que todas lo eran. Yo seguía asistiendo a una sesión de terapia por semana, Abby y yo íbamos a cenar con mi familia los martes y la semana anterior ella nos apuntó a clases de yoga por parejas los lunes y los miércoles.

El viernes por la mañana, Sara me envió un recordatorio de mi inminente viaje a China.

« Joder » .

Me había olvidado de mencionarle el viaje a Abby. Esperaba que no tuviera ningún problema para pedir unos días libres en la biblioteca. Suponía que no le pondrían ningún inconveniente y que podría ausentarse una semana. Podíamos irnos a primera hora del sábado y volver la noche del domingo de la otra semana. Quizá incluso pudiéramos tomarnos el lunes y el martes siguientes de fiesta para relajarnos. Le regalaría una buena sesión de spa. Aún hablaba del día que pasó en el spa con Elaina y Felicia justo antes de la boda.

Unas horas después, me reuní con ella para comer en nuestro restaurante italiano favorito. Le di un rápido beso antes de sentarme.

—¿Cómo va tu día? —le pregunté. Disfrutaba mucho comiendo con ella; siempre me ayudaba a hacer un paréntesis en los días de más estrés.

Abby sonrió y bebió un sorbo de agua.

—Bien —respondió—. ¿Y el tuyo?

—Igual.

Después de pedir la comida, hablamos de cosas triviales, básicamente acerca del regreso de Jackson y Felicia y de nuestra intención de comer con ellos al día siguiente.

—Hace tiempo que quería decirte —empecé, cambiando de tema— que tengo planeado un viaje para dentro de dos semanas y me gustaría que pudieras venir conmigo.

—Dentro de dos semanas no me va bien.

—¿Hay alguna forma de hacerte cambiar de opinión? —le planteé, subiendo y bajando las cejas—. Tengo entendido que cuando quiero puedo ser muy persuasivo.

—Dentro de dos semanas tengo un congreso —explicó, ocultando una sonrisa y fingiendo ignorar mi movimiento de cejas.

—Eso suena muy aburrido —dije—. Vente conmigo a China. Déjame convencerte.

—¿Te vas a China?

—Ah, veo que mis poderes de persuasión están funcionando. Sí. A China.

—Tus poderes no están funcionando —repuso—. Tengo que asistir a ese congreso si quiero optar a quedarme con el puesto de Martha cuando ella se retire.

—¿Martha se retira?

—Dentro de algunos años. Además, no tengo pasaporte.

—¿No? —me extrañé. ¿Cómo podía ser que no tuviera pasaporte?—. Pues tendremos que solucionarlo. Te podemos solicitar uno.

—¿Es que voy a hacer muchos viajes internacionales? —me preguntó y, de repente, el tono desenfadado de nuestra comida quedó desplazado por esa tensión subyacente que había percibido durante toda la semana.

—Sí, espero que hagas muchos viajes internacionales —contesté—. Conmigo.

Ella se movió incómoda en el asiento, pero antes de que pudiera decir nada, el camarero regresó con nuestra comida.

—Eso sería genial —comentó cuando se marchó—. No puedo ir a China, pero tienes razón. Necesito un pasaporte. Ya me ocuparé de ello.

A juzgar por su tono de voz, no parecía tan genial, pero Abby cambió de tema y yo le seguí la corriente. Sabía que debía decir algo más, que tendría que preguntarle qué le ocurría y por lo menos intentar averiguar lo que le estaba pasando por la cabeza. Pero cuanto más pensaba en ello, mejor me parecía esperar. Después de todo, no había ningún motivo para sincerarse en un restaurante. Además, si le ocurría algo, ¿no me lo diría?

Aquella tarde en el trabajo estuve distraído por esa insistente sensación de que algo no iba bien. Quizá no era exacto decir eso, pero sucedía algo raro. Cada vez estaba más seguro. Tenía por delante varias reuniones, pero por suerte se encargaron mis *seniors* y yo sólo tuve que hacer acto de presencia para saludar.

Cuando llegué a casa, eran casi las seis. Cualquier otro viernes habría estado sonriendo al pensar en los planes que tenía para el fin de semana. Sin embargo, los de aquella noche consistían en sentar a Abby y tener una larga charla con ella antes de hacer nada. No estaba seguro de qué era lo que pasaba, pero pretendía averiguarlo antes de ponerle el collar.

Me estaba esperando en el vestíbulo, sentada en el banco acolchado, con *Apolo* a sus pies, y cuando me vio entrar esbozó una sonrisa nerviosa.

Yo dejé mi maletín en la entrada y me senté a su lado. No nos tocamos y la tensión entre nosotros era palpable.

—Hola —saludó.

—Hola —le respondí, confuso, inseguro y un poco asustado—. ¿Qué ocurre?

—Nada importante —dijo—. Sólo quería hablar contigo.

Seguíamos sin tocarnos y sus palabras no me hicieron sentir mejor.

—Yo estaba pensando lo mismo —contesté—. En realidad, iba a decirte que teníamos que hablar. Has estado muy rara toda la semana.

Ella suspiró.

—El periódico publicó un artículo sobre ti y tu negocio. ¿Lo has leído?

Me habían entrevistado hacía dos semanas y me había olvidado de ello por completo. Intenté recordar qué cosas me preguntaron que pudieran haberla llevado a actuar de esa forma tan extraña.

—No —respondí—. No lo he leído.

—¿Por qué no me dijiste que este año no ibas a cobrar tu sueldo?

—¿Qué?

—¿Por qué no me contaste que habías decidido no cobrar tu sueldo? —me repitió.

Ah, claro. Eso.

Me encogí de hombros.

—Fue algo que decidí antes de que te convirtieras en mi sumisa por primera vez. Supongo que nunca se me ocurrió sacar el tema.

—¿No pensabas que era importante?

—No —contesté—. No mucho. ¿Por qué?

—Porque a mí me resulta confuso —dijo—. ¿Quién puede decidir que no necesita su sueldo?

—Soy un hombre rico, Abby.

—Ya lo sé —aseveró—. Pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo rico que eras.

—¿Mi dinero es un problema para ti?

—Sólo necesito acostumbrarme.

—No lo entiendo.

—A veces me siento... No lo sé. —Se trabó con las palabras—. Es como si ya no reconociera mi vida.

Sus palabras casi me destrazan y no supe cómo responder.

—Eso suena terrible —se apresuró a añadir—. Incluso para mí, porque nunca he sido tan feliz. De verdad. No quería decirte nada porque no quería parecer ingrata o despreciativa, o que pensaras que no quiero estar contigo.

Empecé a darme cuenta de que me dolía el pecho.

—¿No reconoces tu vida?

Ella se volvió para mirarme.

—Mierda. Lo siento.

—No lo sientas, Abby —dije, esforzándome por mantener la calma y no asumir lo peor. A fin de cuentas, me había dicho que quería estar conmigo—. Prefiero que me lo hayas dicho que dejar que las cosas empeoren. —Yo ya lo había hecho muchas veces en el pasado—. Pero sigo sin estar seguro de cuál es el problema.

—Es que antes me sentía útil. Y ahora me siento un tanto insignificante.

«¿Insignificante?»

Contó con los dedos.

—No necesitas que limpie ni que ordene la casa. Eres perfectamente capaz de cocinar solo. No tengo que hacer la colada ni ir a comprar. Es evidente que no necesitas mi sueldo. Bueno, ni siquiera necesitas el tuyo. No estoy contribuyendo económicamente a los gastos, o sea que sí, me siento completamente insignificante en medio de todo esto —concluyó, haciendo un movimiento con la mano que abarcó todo el vestíbulo.

Reflexioné unos segundos. No estaba seguro de cuál era el mejor modo de responder y no sabía cómo explicarle lo absurdo de su planteamiento.

Al final me puse de pie y le tendí la mano.

—Ven conmigo.

Ella me dio una mano vacilante y yo se la estreché con delicadeza mientras se levantaba. La llevé escaleras arriba, pasamos por delante del cuarto de juegos y de nuestro dormitorio, cruzamos el pasillo y llegamos a un pequeño vestíbulo que daba a una puerta. La abrí y le mostré el tramo de escalera que había al otro lado. No creía que hubiera estado en el desván y me siguió mientras subíamos.

El espacio era enorme, tan ancho como toda la casa. Había muebles cubiertos con sábanas blancas y también varios baúles junto a las paredes. Algunas ventanas repartidas aquí y allá permitían que la luz se colara en aquel espacio polvoriento.

Hacía bastante tiempo que no subía allí y me asaltaron un sinfín de recuerdos.

—Aquí era donde me gustaba esconderme cuando era pequeño —le expliqué—. Me sentaba en el desván durante horas: jugaba a piratas, leía o exploraba. —Me acerqué a una de las siluetas blancas y levanté la sábana para destapar el sillón que había debajo—. Cuando reformé la casa, dejé el desván como estaba e hice subir aquí muchos de los muebles antiguos.

Ella deslizó una mano por el sillón de piel.

—Es tu historia.

Sonreí.

—Durante mi etapa universitaria, también subía mucho. Pasaba horas aquí arriba. Me costaba decidir qué hacer. —La miré a los ojos—. ¿Sabías que hice una entrevista en la Academia Naval?

Ella asintió.

—Linda me lo dijo una vez.

—Una parte de mí quería hacer algo diferente y poder ir a algún sitio donde nadie me conociera. Empezar de cero. —Recordé aquellos días lejanos, cuando era un adolescente desesperado por encontrar mi lugar en el mundo—. No estoy seguro de que nadie sepa, ni siquiera ahora, lo mucho que luché conmigo mismo. Me sentía atrapado por lo que el mundo quería que fuera Nathaniel West y no me quería sentir así. —Me volví de nuevo hacia ella—. Quería ser alguien.

La ventana que teníamos al lado daba a un enorme roble que crecía en el jardín.

—¿Ves ese árbol?

—¿El roble? —preguntó ella, acercándose un poco más a la ventana.

—Sí. Algún día quiero construir una casa en ese árbol. Para nuestros hijos.

Me quedé inmóvil y dejé que asimilara mis palabras. Oí cómo inspiraba hondo.

—Para mí es un gran paso pensar en eso, Abby —dije—. Permitirme pensar que algún día tú y yo nos casaremos y tendremos hijos. Pero eres tú quien me da la libertad para soñar. —Me volví y le cogí la cara entre las manos—. La riqueza, la asistenta, el sueldo que no voy a cobrar este año... no significan nada. Eso sí son cosas insignificantes, Abby. Tú no. Tú eres lo más importante de mi vida.

—Nathaniel —susurró.

—Te quiero —dije—. Y eso es lo único que importa. Si quieres ir a comprar y hacer la colada, hazlo. Si te vas a sentir mejor ayudando con los gastos, hazlo. Pero, por favor, por favor, no te olvides nunca de lo mucho que significas para mí.

Cerró los ojos.

—Lo siento.

—No. —Le besé un párpado—. No te disculpes. Es normal que venirse a vivir conmigo y cambiar toda tu vida te haya estresado. Tardarás un tiempo en ajustarte a los cambios.

—No lo he llevado muy bien.

—Pero ahora estamos aquí, ¿no? —Dejé resbalar las manos hasta su cintura y la atraje hacia mí—. ¿No es eso lo único que importa?

Ella apoyó la cabeza sobre mi pecho y suspiró.

—Sí.

El peso de toda la semana se disipó y en su lugar quedó una sensación de alegría y paz. Nos envolvió el silencio y dejé que los viejos recuerdos y las dudas que tuve cuando era un adolescente se desvanecieran bajo los nuevos sueños que había hecho posibles la mujer que tenía entre mis brazos.

Abby suspiró.

—He echado a perder el fin de semana.

—¿A qué te refieres? —murmuré contra su pelo. Sinceramente, el fin de

semana estaba yendo mejor de lo que imaginaba cuando aparqué delante de casa.

—A estas horas ya me habrías puesto el collar —contestó.

—Te lo puedo poner por la noche —repuse, reorganizando mentalmente mis planes.

Ella me abrazó con más fuerza.

—Me parece muy bien.

—Una cosa más —añadí—. Necesito que sepas que, aunque aprecio que quieras que te trate igual que a mis anteriores sumisas, es algo que no ocurrirá jamás.

Me retiré para mirarla a los ojos y la vi fruncir el cejo.

—Tú no eres como mis anteriores sumisas —continué—. Ya te expliqué que me preocupaba por ellas, pero no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Ni de lejos.

—Eso nunca lo he puesto en duda.

—Y sin embargo me pediste que te tratara igual —le recordé—. Me sigues preguntando qué haría con ellas.

—Pues dímelo —dijo—. ¿Habrías pospuesto el fin de semana tal como has hecho conmigo?

Asentí.

—Si hubiera creído que ocurría algo entre nosotros, sí. —Cuando advertí la sorpresa en sus ojos, proseguí—. Pero jamás se me habría ocurrido traerlas aquí arriba, ni contarles lo que te he contado a ti. He hablado mucho con Paul acerca de esto, Abby, y tú no tienes nada que ver con las demás. No me importa tratarte de un modo distinto. No debes que te importe a ti.

—Lo intentaré.

La estreché con fuerza.

—No te compares con ellas. Tú eres completamente diferente. Nosotros somos completamente diferentes.

Nos pasamos las horas siguientes explorando el desván. Y de vez en cuando, uno de los dos sorprendía al otro mirando el roble que crecía en el jardín y nos sonreíamos.

Nathaniel me había dicho que íbamos a hacer alguna clase de representación y el domingo por la mañana lo esperaba leyendo en el salón. No lo había visto desde el desayuno. Salió del comedor poco después de tomarlo, ordenándome que me pusiera el conjunto que me había dejado en el armario.

Yo nunca había llevado ligero. El que él me había dejado preparado era negro y tengo que admitir que, cuando me lo puse, mis piernas parecían más atractivas de lo habitual. Nunca se me había ocurrido ponerme esas cosas y decidí organizar una salida con Felicia para comprar algo la semana siguiente.

Me tiré de la falda con aire distraído. Era ridículamente corta y apenas me llegaba por debajo de las nalgas. Estaba segura de que se me veía el ligero al andar. La chaqueta no era mucho mejor: ajustada, apenas me tapaba los pechos. Ni siquiera me había dejado una blusa, sólo un sujetador de puntilla negra, que se veía cuando hacía según qué movimientos. Aunque tenía que admitir que me excitaba pensar en lo que habría planeado.

¿Cómo sabría que ya estaba preparado? ¿Vendría a buscarme?

Tendría que hacerlo, ¿no?

Volví a pensar en el viernes por la noche. Nathaniel tenía tantas ganas como yo de hablar y pospuso el juego hasta que se aseguró de que todo iba bien entre nosotros. Yo seguía esbozando una absurda sonrisa cada vez que pensaba en aquella casa del árbol y en que él quería las mismas cosas que yo.

Pasamos horas en el desván, investigando el contenido de viejos baúles, y cada vez que destapábamos un mueble nuevo era como si descubriera una parte de sí mismo. Al final, acabó poniéndome el collar y, por algún motivo, nuestro ritual fue más intenso que de costumbre. Luego, cuando llegó la hora de dormir, me invitó a pasar la noche en su cama y ni se me ocurrió rechazarlo.

La comida con Jackson y Felicia del sábado fue maravillosa. Casi nunca pasaba tanto tiempo sin ver a mi amiga y enseguida me di cuenta de que seguía estando radiante. Por primera vez, no me sentí celosa de que compartiera una conexión con Nathaniel que yo no tenía. Después de nuestra conversación del viernes por la noche, él y yo nos sentíamos más cómodos con nuestra relación,

con el momento en el que estábamos y con lo que queríamos que fuera algún día.

Me puse de pie y me acerqué a las estanterías para guardar el libro que fingía leer.

—¿Tú qué crees, *Apolo*? —pregunté—. ¿Debería buscarme algo que hacer o es mejor que me rinda?

El perro ladeó la cabeza, dejó escapar un gruñido y se puso panza arriba. Capté la indirecta. Quería que le rascara la tripa.

Entonces sonó mi teléfono: tenía un mensaje.

—Lo siento, *Apolo* —dije, acercándome a la mesa que había junto al sofá, para coger mi teléfono—. Supongo que será Felicia.

Pero no era Felicia. Era Nathaniel. Cuando leí el mensaje, se me aceleró el corazón.

« Ven a mi despacho. Ahora ».

Me quedé mirando el mensaje demasiado rato.

¿A su despacho?

¿Qué despacho?

Primero fui a mirar al escritorio que había en la biblioteca. Nada. Ni siquiera estaba en la biblioteca. Tenía un despacho al otro lado del salón, que utilizaba cuando trabajaba en casa.

Corrí todo lo rápido que me permitían los zapatos negros de tiras que llevaba. Esperaba que la puerta estuviera cerrada, pero estaba abierta. Asomé la cabeza, pero también estaba vacío.

No se refería a su despacho, ¿no? ¿Al de la ciudad?

Pero no se podía referir a nada más.

Cogí el bolso y las llaves de su otro coche, acaricié la cabeza de *Apolo* y fui al garaje. En el asiento había una nota para mí.

Sí, señorita King. Me refería a mi despacho de la ciudad. El guardia de seguridad la dejará entrar al edificio. Atentamente, señor West. P. D.: Llega usted tarde.

Mientras conducía hacia allá, pensé que para ser una nota tan corta contenía mucha información. Para empezar, sabía que podría llamarlo señor West en vez de Amo, y también sabía que por lo visto llegaría tarde. La idea me emocionó y me excitó.

Dejé el coche en el aparcamiento que había al otro lado de la calle de su despacho y me di cuenta de que tendría que pasearme en público con la ropa que Nathaniel había elegido para mí. Sentí una extraña combinación de orgullo y excitación.

Corrí por la calle hasta el altísimo edificio donde estaban las oficinas de su compañía.

—¿Sí, señora? —preguntó el guardia del fin de semana, cuando llegué a la puerta de la entrada.

Yo ya conocía al de entre semana y hablaba con él siempre que iba a visitar a Nathaniel a su despacho. Pero aquel tipo no era aquel anciano, sino un hombre más joven y no me sonaba de nada.

—La señorita King para ver al señor West —dije, tirándome de la falda.

Me pregunté si me habría visto el ligero al entrar y luego me reprendí mentalmente. ¿Acaso importaba?

—Sí, señora —contestó—. El señor West la está esperando. Me ha pedido que la hiciera subir enseguida. —No dejaba de mirarme a los ojos. Su mirada no se dirigió a mí conjuntamente ni una sola vez—. Necesito ver su identificación.

—¿Qué? —pregunté—. Oh, sí.

Aquel hombre no me conocía como el guardia de entre semana. Saqué el monedero y le mostré mi permiso de conducir.

—Gracias —dijo y luego me hizo un gesto en dirección a los ascensores.

El despacho de Nathaniel estaba en el último piso y, aunque ya había estado en sus oficinas en muchas ocasiones, aquella vez era distinta. Aquél no era un encuentro normal para ir a comer o para irnos juntos a la clase de yoga.

Por supuesto, Sara no estaba en su puesto habitual, dado que era domingo. La enorme puerta de madera que daba acceso al despacho de Nathaniel estaba cerrada y me detuve un momento, porque no estaba segura de cómo proceder.

Él debía de haber oído el pitido del ascensor cuando llegó a su planta, ¿no? ¿Debería llamar a la puerta o enviarle un mensaje? Quizá sería él quien abriera.

Pero me había pedido que fuera a su despacho. Estaba claro que no me iba a salir a abrir.

Llamé a la puerta.

Me contestó con un tono de voz grave e imponente.

—Pase.

Empujé la puerta con mano vacilante. Nathaniel estaba sentado a su escritorio y revolvió unos papeles. Cuando entré, levantó la vista y me miró frunciendo el cejo.

—Pase, señorita King.

La puerta se cerró detrás de mí con un sonoro clic.

—Llega tarde —me reprochó.

Yo había decidido el papel que adoptaría mientras iba de camino, así que me puse el pelo por detrás del hombro y ladeé la cabeza.

«Me gusta cuando te pones peleona», me había dicho hacía sólo dos semanas.

¿Le gustaba peleona? Pues sería peleona.

—No estaba segura de a qué hora quería que viniera, señor West —contesté.

Él arqueó una ceja.

—¿Mi mensaje no especificaba que tenía que ser «ahora»?

—Es posible. La verdad es que no me acuerdo.

—Ése es un problema recurrente en usted, ¿verdad? —me preguntó—. Me parece que es un poco desmemoriada.

Me encogí de hombros.

Nathaniel dejó los papeles sobre la mesa.

—Según tengo entendido, últimamente está usted un poco olvidadiza. Por lo visto, está pensando en otras cosas cuando debería estar trabajando.

—Tengo muchas preocupaciones —dije—. Pero siempre acabo mi trabajo.

Rebuscó entre los papeles que tenía delante.

—Según pone aquí, realiza usted llamadas personales en las horas de trabajo.

—Una o dos.

—Una o dos a la hora, quizá —replicó—. ¿Llama a algún hombre?

Me cambié el peso de pierna.

—A veces llamo a mi novio.

Me miró de pies a cabeza y luego hizo un gesto en dirección a mi conjunto de ropa.

—Y ¿ya sabe su novio que se viste así?

—Oh, no, señor West. —Le seguí la corriente y traté de tirarme de la falda—. Mi novio nunca me ve así. Esto lo llevo porque me lo ha pedido mi Amo.

Pensaba que mi sinceridad lo confundiría o que, por lo menos, demostraría cierta complicidad. Pero se limitó a asentir.

—Ah, ya veo —contestó—. Es usted una fetichista.

Pensé en el fin de semana anterior y sonreí.

—Mucho.

—Estoy seguro de que le encanta vestirse así —aseveró—. Seguro que disfruta luciendo su cuerpo ante su Amo.

—Sí —confirmé, deslizando las manos por mis caderas y sacando un poco el pecho.

—Y seguro que también le gusta lucirse delante de otros hombres, ¿verdad, señorita King? —Empujó la silla hacia atrás—. Como, por ejemplo, delante del guardia de seguridad de la puerta.

—Estaba bien. —Me subí las manos por el cuerpo hasta rodear mis pechos—. Pero en realidad estaba más interesada en su opinión, señor West.

Se levantó y se acercó a mí sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Ésta es la actitud con la que debe enfrentarse a su supervisor? —preguntó—. ¿Este flirteo tan inapropiado?

Esbocé mi mejor sonrisa.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Qué le parece mi conjunto?

Se puso detrás de mí y me rodeó el cuerpo con los brazos para agarrarme los pechos.

—La chaqueta es demasiado ceñida. —Tiró de la tela y los botones cayeron al suelo. Cuando dejó resbalar las manos por mis caderas, su voz se tornó grave y profunda—. Y la falda es demasiado corta —me susurró al oído.

—¿Cree que le gustaría más si me la quitara? —le pregunté, presionando hacia atrás y sonriendo al notar su erección.

—Señorita King —dijo, como si estuviera sorprendido—. ¿Se da usted cuenta de la gravedad de sus actos? Podría despedirla por sus impertinencias.

Me dijo eso, pero no despegaba las manos de mi cuerpo.

Yo me di media vuelta y batí las pestañas.

—Pero señor West, necesito este trabajo.

—No tengo más remedio —se lamentó y dio un paso atrás—. Tengo que despedirla. No puedo dejar que este irrespetuoso y extravagante comportamiento distraiga a los demás empleados.

Yo me acerqué ligeramente hacia él, dejando caer lo poco que quedaba de mi conjunto al suelo.

—Estoy segura de que habrá algo que yo pueda hacer.

—No lo sé. Es una situación muy seria.

—Tiene que haber algo.

Entonces paseó la vista por todo mi cuerpo.

—Quizá haya una cosa.

—Lo haré —aseguré. Me resultó muy extraño darme cuenta de lo mucho que aquella representación estaba aumentando mi confianza. Contoneé las caderas mientras me acercaba a él. Luego le deslicé un dedo por el pecho—. Por favor.

Nathaniel se volvió y se acercó a su escritorio, quitándose el cinturón muy despacio mientras se alejaba. Cuando estuvo junto a la mesa, se volvió hacia mí y dobló el cinturón entre sus manos.

—No sé si está preparada para esto.

«Joder. ¿Me va a azotar con el cinturón?»

—Le aseguro que lo estoy, señor West.

—Venga aquí.

Yo me acerqué a su escritorio.

—Estire los brazos —me ordenó.

Me cogió las manos y me las rodeó con el cinturón para unirme las muñecas. Me empujó hacia adelante y yo no me resistí. Le di la espalda y apoyé los antebrazos en la mesa.

Cuando Nathaniel tuvo claro que yo veía todos sus movimientos, rodeó el escritorio para abrir un cajón. Sacó una paleta de madera y la dejó sobre la mesa. Yo inspiré hondo.

«¿Tiene una paleta en su despacho?»

Pocos segundos después, ya lo tenía detrás de mí. Me pellizcó la piel de los muslos mientras me desabrochaba los ligeros. Me frotó el trasero con aspereza por encima del encaje de las bragas, antes de deslizar los dedos por la goma de la cintura y bajármelas para dejarme completamente expuesta.

—Ha sido una empleada muy traviesa, señorita King —dijo—. Voy a tener que castigarla.

Yo contoneé el trasero.

—Lo que más le complazca, señor West.

Su mano impactó sobre mí, propinándome un satisfactorio azote.

—Voy a asegurarme de que comprende las consecuencias de sus actos. —Seguía azotándome mientras hablaba—. Tiene que entender qué espero exactamente de mis empleados. Lo que es admisible. Si lo olvida, me veré obligado a recordárselo de nuevo.

Chasqueó la lengua cuando deslizó uno de sus largos dedos entre mis piernas.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no tiene ningún efecto disuasorio para usted?

Tenía el culo caliente y sensible debido a sus azotes y moví las caderas tratando de absorber un poco más su dedo.

—No lo sé, señor West. Quizá debería castigarme más.

Cogió la paleta de encima del escritorio.

—Si insiste, señorita King.

—Me temo que es la única forma de que aprenda la lección.

La paleta impactó contra la piel de mi trasero y yo gemí.

—Éstas son las reglas que deberá obedecer si quiere seguir trabajando para mí.

Mientras hablaba, me azotaba con la paleta una y otra vez.

—Se vestirá apropiadamente.

Azote.

—Se acabaron los ligeros y los conjuntos ajustados que exhiban su cuerpo de esta forma.

Azote.

—Se acabaron las llamadas personales a su novio durante las horas de trabajo.

Azote.

—Nada de flirtear con los empleados. Ni siquiera conmigo.

Azote.

—Se acabó eso de ser tan olvidadiza.

Azote.

—Y cuando le digo que venga a mi despacho inmediatamente, tiene usted que venir inmediatamente.

Azote.

—¿Me ha comprendido, señorita King?

Azote.

Antes de que pudiera contestar, ya me había puesto las manos encima. Empezó a estimular y jugar con la hinchada carne de mi sexo.

«Fóllame. Fóllame ahora».

Me dio otro azote en el trasero, pero esa vez lo hizo con la mano en lugar de con la paleta.

—Le he hecho una pregunta, señorita King.

«Claro. Claro. Claro».

—¿Eh? —fingí tartamudear—. ¿Cuál era la pregunta?

Me azotó con más fuerza.

—¿Ha comprendido cómo debe actuar mientras siga trabajando para mí?

Yo moví las piernas, estaba desesperada por un poco de fricción.

—Sí, señor West. Lo he comprendido.

Él suspiró.

—Debería despedirla de todos modos. Nunca había tenido que hacer algo así hasta ahora.

El despacho se quedó en silencio. Los únicos sonidos que se oían eran el suave y continuo tictac del reloj que había sobre su escritorio y un ligero zumbido procedente de una pequeña nevera en la esquina.

Yo me incorporé de la mesa muy despacio y miré a mi espalda. Nathaniel se había retirado algunos pasos, pero estaba sonriendo.

—Probablemente haga usted que me detengan —dijo.

Yo me desaté las muñecas y dejé caer el cinturón al suelo.

—Yo nunca haría que lo detuvieran.

Él negó con la cabeza.

—Tratarla así...

—Lo necesitaba.

—No —repuso—. No hay excusa para mi comportamiento.

—Pero ahora seré buena, señor West. —Me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador. Me bajé los tirantes de los hombros y dejé caer la ligera prenda al suelo—. Déjeme demostrarle lo buena que puedo llegar a ser.

Él se recolocó los pantalones.

«Sí».

—La acabo de azotar por mostrar esta clase de comportamiento —me recordó.

Yo negué con la cabeza.

—No estoy flirteando. Le estoy demostrando lo buena chica que soy. —Me senté sobre su escritorio y me mordí el interior de la mejilla al percibir una pequeña punzada de incomodidad. Me deslicé hacia adelante y apoyé los pies

sobre el escritorio, flexionando y separando las rodillas para asegurarme de que él veía exactamente lo que quería ver—. Por favor, señor West.

Él se acercó con el aspecto de un gato acechando a su presa.

—Y ¿cómo de buena puede llegar a ser?

—Venga a averiguarlo. Haré que valga la pena.

Él se fue desabrochando los pantalones mientras caminaba. No llevaba nada debajo.

—Oh, señor West —dije al ver su polla—. La tiene usted mucho más grande que mi novio.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Sí —contesté—, pero es posible que la tenga un poco más pequeña que mi Amo. —Levanté la vista para mirarlo a los ojos—. Él la tiene enorme.

Se rio con suavidad y se quitó los pantalones. Dio dos cortos pasos y se colocó delante de mí, justo entre mis piernas.

—Será mejor que le quitemos esta camisa, ¿vale? —dije, mientras le desabrochaba rápidamente los botones. Me impacienté cuando llegué al tercero, agarré la tela y tiré—. ¡Uy! —exclamé, cuando sus botones rebotaron sobre el escritorio y por el suelo.

—Me ha roto la camisa, señorita King —me recriminó—. Tendré que volver a azotarla.

—Me encantaría, señor West.

Le deslicé la camisa rota por los hombros, mientras dejaba resbalar las manos por su pecho.

—Hum —murmuró—. La verdad es que parece usted deliciosa.

Yo me incliné hacia atrás para ofrecerle los pechos.

—¿Por qué no los prueba?

Él me respondió con hechos: inclinó la cabeza hacia mi cuello y paseó la lengua por el hueco de la base. Sus dientes dibujaron un camino de mordiscos hasta uno de mis pezones y luego hasta el otro. Me chupó con suavidad, casi con reverencia, y luego repartió infinidad de besos por mi piel hasta llegar a mi oreja para susurrar:

—Tal como imaginaba. Es usted deliciosa.

Le cogí la cabeza entre las manos y decidí susurrarle algo yo también. Me sorprendió darme cuenta de la facilidad con que las palabras salieron de entre mis labios.

—Debería probar mi coño.

Él me mordió el lóbulo de la oreja.

—Estoy sorprendido, señorita King. —Pero deslizó un dedo entre mis piernas abiertas para internarse momentáneamente en mí y sacarlo de nuevo. Se lo lamó con la punta de la lengua—. Aunque es muy cierto.

Tiré de él hacia mí y me deleité en el placer que experimenté al sentir su pecho contra el mío y el abrazo de su calidez. Le arañé la espalda suavemente con las uñas.

—Estoy impaciente por sentirlo dentro de mí, señor West.

Él se rodeó la cintura con mis piernas.

—Entonces no debería hacerla esperar más.

Me penetró de una sola embestida y me colmó por completo.

—Joder, señorita King.

Ya no hablamos más. A partir de ese momento centramos toda nuestra atención en el movimiento de nuestros cuerpos. Disfrutábamos de cómo se acercaban y se separaban. Él gimió en mi oreja y yo le respondí con mis propios gemidos guturales.

Cada nueva embestida hacía que mis caderas se desplazaran por la dura madera del escritorio y esa sensación, combinada con el ligero remanente de sus azotes, me llevó más deprisa hacia el orgasmo. Me penetró más rápido, incluso más fuerte, provocando corrientes de placer que me recorrían todo el cuerpo.

—Señor West —jadeé, estrechándolo más fuerte con las piernas.

—Tenía razón señorita King —dijo con una poderosa arremetida y alcanzando ese punto escondido en mi interior—. Es usted muy buena.

Mi necesidad de llegar al orgasmo aumentó y me esforcé por aguantar hasta que él me diera permiso.

—¿Puedo? —le supliqué—. Me corro.

Él me embistió de nuevo.

—Sí.

Dejó caer la cabeza contra mis hombros y yo me estremecí cuando me rozó la piel con los dientes.

—¡Joder! —exclamé—. Más fuerte.

Su única respuesta fue un intenso mordisco en mi hombro, pero eso fue todo. El orgasmo me recorrió de pies a cabeza y me corrí con fuerza. Él mantuvo el ritmo hasta que empezó a reducir la velocidad a medida que se acercaba al clímax. Los músculos de su espalda se tensaron bajo mis manos y noté cómo se corría dentro de mí.

Luego dejó escapar un suave suspiro y se relajó.

—Siempre tendrá trabajo aquí, señorita King.

Dos semanas después, Nathaniel se marchó a China un viernes por la noche. Yo lo acompañé al aeropuerto, quería pasar con él todo el tiempo posible. No me soltó la mano en todo el camino; la larga semana que estaríamos separados se extendía interminable ante nosotros.

—Hacia mucho tiempo que no pasábamos tanto tiempo separados. Desde marzo —dijo él, mirando fijamente la carretera, cuando ya estábamos cerca del aeropuerto.

« Sólo es una semana. Sólo es una semana» .

Me daban ganas de echarme a llorar sólo de pensarlo.

—Ojalá me pudiera ir contigo —susurré.

Él se llevó mi mano a los labios y me rozó la piel con suavidad.

—Estás haciendo lo mejor para ti y para tu carrera. Y yo lo respeto mucho.

Me volvió a besar la mano y dejó los labios pegados a mi piel mientras me oía.

—Abby —murmuró, con una voz tan suave como su caricia—, te quiero.

La noche anterior habíamos estado haciendo el amor hasta altas horas de la madrugada. Él me había demostrado su afecto despacio y con reverencia, se tomó su tiempo y memorizó cada detalle de mi cuerpo. Incluso cuando por fin me penetró, se movió lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Cuando salió el sol y nos despertamos el uno en los brazos del otro, hicimos el amor de nuevo, pero esa vez con la ferocidad y la urgencia nacidas de la certidumbre de que pronto pasaríamos separados más de una semana. Nos amamos apresuradamente, hasta que nos derrumbamos juntos. Luego descansamos un rato antes de obligarnos a levantarnos de la cama.

Ya en el aeropuerto, me quedé con él hasta que su piloto carraspeó con discreción y miró su reloj. Después me quedé en las instalaciones del aeropuerto hasta que su jet desapareció en el cielo. Entonces regresé a su coche para recorrer el largo y solitario camino de vuelta a casa.

Cuando llegué, entré en el vestíbulo y dejé las llaves en la mesa. Nunca había estado en casa de Nathaniel —en mi casa, me corregí— sin que estuviera él.

Recorrí las habitaciones comprobando las alarmas, a pesar de que sabía que él lo había hecho antes de marcharse.

Cuando me convencí de que estaba a salvo, subí a nuestra habitación. Hasta que pasé por delante del cuarto de juegos no recordé lo que Nathaniel me había dicho aquel día:

«No podré ponerte mi collar este fin de semana —comentó mientras comíamos—. Pero he preparado algunas tareas para ti» .

Me dijo que me dejaría unos sobres en el cuarto de las sumisas.

« Aunque si quieres, me gustaría que durmieras en nuestra habitación» .

Sí, yo sabía que quería acostarme en nuestra habitación. Aunque él no estuviera, podría dormir con su almohada y quizá disfrutar de unas sábanas que siguieran conservando su olor.

Me detuve un momento en la pequeña habitación. Había unos cuantos sobres para mí. Encima de ellos vi un paquete envuelto en papel marrón, con una etiqueta escrita con su pulcra caligrafía.

Viernes noche.

Lo levanté para leer lo que ponía en el sobre que había debajo.

Sábado, 08.30 de la mañana.

Como el paquete no tenía hora, me lo llevé a nuestra habitación y lo dejé sobre la cama. Volví a buscarlo después de haberme dado una larga ducha caliente. Decidí dormir con una de las camisas de Nathaniel, así que me subí a la cama y flexioné las piernas por debajo de la prenda, luego desenvolví el paquete muy despacio.

Era un diario encuadernado en piel.

Lo abrí por la primera página y se me aceleró el corazón cuando leí lo que ponía:

Sé que a veces te cuesta expresar tus sentimientos verbalmente. He pensado que quizá te sientas más cómoda escribiéndolos.

Quiero que utilices este diario para escribir tus miedos, tus dudas y tus angustias, así como también tus alegrías, tus esperanzas y tus sueños. Me gustaría que lo utilizaras sobre todo para referir tu aventura en el mundo de la sumisión, aunque entiendo que también pueda haber interferencias de tu día a día.

Para empezar, te haré algunos encargos. Lo único que te pido es que lo que expliques sea completamente sincero. Nada de lo que escribas en este diario será utilizado en tu contra.

Me has dado mucho. Sé que también me darás esto.

Pasé un dedo por encima de la tinta y de alguna forma me sentí más cerca de él. Hojeé las páginas en blanco. Christine me dijo que escribía un diario, pero yo nunca me había planteado hacerlo.

Sin embargo, Nathaniel...

Cogí el sobre que se había caído de entre las páginas del diario y lo abrí. Dentro había una hoja de papel.

Esta semana hemos acordado que cuando vuelva de China iremos juntos a una fiesta BDSM. Escribe una lista de tus miedos y sugiere una forma de contrarrestar cada uno de ellos. En una página aparte, anota los beneficios que crees que te aportará asistir. Lo hablaremos cuando vuelva.

¿Lo decía en serio? Aquello parecía una tarea propia de un profesor.

¿Me evaluaría después?

Y si creía que no lo había hecho bien, ¿me castigaría?

Me reí al pensarlo, pero luego recordé lo mucho que me asusté cuando me sugirió lo de la fiesta por primera vez y decidí que tal vez fuera una buena idea escribir sobre mis miedos. Rebusqué en el cajón de la mesilla de noche hasta encontrar un bolígrafo atrapado debajo de unas libretas.

Me sorprendió mucho ver la soltura con la que me salían las palabras cuando empecé a escribir. Me sentía libre y desinhibida. Escribí sin parar. Me limité a plasmar sobre el papel todo lo que me venía a la cabeza y llené página tras página con mis miedos y lo que esperaba conseguir asistiendo a la fiesta.

Cuando acabé, miré el reloj y me sorprendí de lo rápido que había pasado el tiempo. El avión tardaba dieciséis horas en llegar a Hong Kong, así que no esperaba que Nathaniel me llamara todavía.

Bostecé, apagué la luz y me metí debajo de las sábanas. *Apolo* se subió a la cama para acostarse a mi lado. Quizá fuera debido a la falta de sueño de la noche anterior, pero me quedé dormida en cuestión de minutos.

Sábado, 08.30 de la mañana.

Le di la vuelta al sobre, ansiosa por saber qué contendría. ¿Sería otro encargo de redacción? Deslicé el dedo por debajo de la solapa y lo abrí.

Son las 08.30 de la mañana del sábado y yo sigo volando. Espero que hayas descansado bien y que Apolo te haya hecho compañía. Tuve una charla muy seria

con él antes de marcharme.

Sus palabras me hicieron sonreír. Había progresado mucho en los últimos meses y me encantaba ver su lado divertido y juguetón. Acaricié la cabeza del perro y seguí leyendo.

Durante los últimos meses, hemos estado en el cuarto de juegos incontables veces, pero ni siquiera nos hemos acercado a explorar todas las diferentes formas de juego de las que podemos disfrutar. Esta mañana quiero que vayas allí e investigues un poco. Busca un juguete u objeto que no hayamos usado, pero con el que te apetezca experimentar la próxima vez que juguemos. Luego escríbelo en tu diario para que podamos hablarlo cuando vuelva.

Quizá decida utilizarlo.

P. D.: Sólo tienes una hora. Felicia llegará a las nueve y media para llevarte de compras y a comer.

Miré el siguiente sobre de reajo.

Sábado, 03.30 de la tarde.

Me quedaba mucho tiempo para disfrutar de unas horas con Felicia.

Volví a leer la carta de las ocho y media. Nunca había podido explorar el cuarto de juegos yo sola. Nathaniel y yo lo habíamos hecho juntos antes de que me pusiera el collar, varios meses atrás, y la limpieza de la sala era mi responsabilidad, pero seguía sintiendo que estaba en sus dominios.

Como ya me había duchado y había desayunado, subí hacia allá. Una vez dentro, pasé junto al potro, la mesa acolchada y la cruz, para dirigirme a la pared del fondo. En una serie de armarios hechos a medida, encontré una gran variedad de látigos. Nathaniel ya había empleado algunos: el de piel de conejo y el de ante. Pero tenía más, claro, de piel y otros trenzados; parecían más pesados y me pregunté qué se sentiría.

« Hum. Tal vez » .

Debajo de los armarios había una mesa enorme y llena de cajones, hecha de aquella misma madera tan elegante. Abrí uno de los cajones y vi su colección de tapones y vibradores. Juguetes divertidos, pero nada que me llamara la atención.

Su colección de varas estaba pegada a la pared y deslicé un dedo por una de ellas. Había vuelto a hablar sobre ellas con Christine desde que fuimos a visitarlos, pero aún no estaba preparada para utilizarlas.

Intenté imaginar qué cara podría Nathaniel si le dijera que quería que me azotara con una vara.

¿Se sorprendería? ¿Aceptaría?

Pero volví a pensar que no me sentía preparada, así que seguí mirando.

Rebusqué entre una buena colección de máscaras y mordazas. Nunca habíamos jugado con ellas y yo me seguía preguntando qué se sentiría al estar amordazada.

Cogí una de bola y traté de imaginarme a Nathaniel usándola conmigo en combinación con un nuevo látigo. Podría ser divertido. Aunque en su nota decía que eligiera una cosa. Una. ¿Cómo podía elegir sólo una?

Cogí el bolígrafo y el diario y me senté en medio del cuarto de juegos a pensar. Imaginé distintas situaciones, utilizando varias de las cosas que había encontrado en cajones y armarios. Todas parecían divertidas, pero no conseguía decidirme sólo por una.

Hice repicar el bolígrafo contra el lomo del diario e incliné la cabeza para escribir. Lo hice sobre el juguete que había elegido y, sólo por diversión, añadí algunos detalles de la escena que había imaginado.

Felicia y yo íbamos de camino a nuestra primera parada, en una tienda de lencería, cuando me sonó el teléfono.

« ¡Nathaniel! »

—Hola —dije.

—Abby.

Se me calentó el corazón en cuanto oí su voz.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Largo —respondió. Sonaba cansado—. Acabamos de aterrizar.

Intenté calcular la diferencia horaria.

—¿Qué hora es ahí?

—Pasan un poco de las once de la noche —dijo—. Es como si hubiera perdido un día entero.

—No te preocupes —bromeé. Me lo imaginé pasándose los dedos por el pelo, tal como hacía siempre que estaba cansado o frustrado—. Este sábado está siendo un rollo. Tampoco te has perdido mucho.

—Me encanta oír eso —habló Felicia mientras conducía—. Está de compras conmigo y nuestra primera parada es en una tienda de lencería. Este sábado no es ningún rollo.

Nathaniel se rio.

—Ya hablaremos dentro de algunas horas. Sólo quería oír tu voz y decirte que había aterrizado.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté, aún no quería colgar.

—Registrarme en el hotel y dormir un poco antes de volver a trabajar.

—¿En domingo?

—No tengo nada más que hacer —contestó en tono burlón—. Alguien se negó a venir conmigo.

—Ya sabes por qué —le dije con suavidad.

—Lo sé y lo entiendo.

—Deberías salir a explorar un poco —le sugerí—. Uno no va a China todos los días.

—Gracias a Dios. De acuerdo, exploraré un poco. Aunque dudo mucho que la Gran Muralla haya cambiado demasiado desde la última vez que la vi.

—¿Vas a ver la Gran Muralla?

—No —respondió—, está demasiado lejos. La próxima vez que venga, quizá puedas acompañarme y vayamos a verla juntos.

—Ya te echo de menos.

—Yo también te añoro.

—Ya hemos llegado —anunció Felicia.

Estaba tan absorta hablando con Nathaniel que no me había dado cuenta de que Felicia había aparcado.

—Te dejo ya —dijo Nathaniel—. Pasadlo bien. Y no os metáis en muchos líos.

—Hum —bromeé—. Eso de los líos suena bien.

—Luego —replicó, pero entonces bajó el tono—. Te quiero.

—Te quiero.

Varias horas después, volví a casa con bolsas de ropa y lencería nueva, varios ligeros distintos y sintiéndome más ligera, después de haber hablado de muchas cosas de chicas con mi mejor amiga. La vida de casada le sentaba muy bien y nunca la había visto tan satisfecha y feliz.

Canturreé mientras guardaba mis compras. Quizá en algún momento de la semana me pusiera alguna prenda de lencería para mandarle fotos a Nathaniel.

A las tres y media abrí el siguiente sobre.

Espero que hayas disfrutado del rato que has pasado con Felicia. Tú y mi nueva cuñada sois muy distintas, y aun así sé que vuestra amistad significa mucho para las dos. No quiero que nunca tengas la sensación de haber abandonado nada por haber elegido llevar mi collar.

Dicho esto, ya sé que ya hemos hablado de que ser una sumisa no te convierte en una persona débil, ingenua o inocente. En realidad es todo lo contrario.

Para tu siguiente encargo, quiero que escribas mil palabras sobre el tema siguiente:

Mi sumisión: lo que significa para mí.

Cuando acabes, date un paseo, come algo y luego escribe mil palabras más sobre el siguiente tema:

Mi sumisión: lo que significa para mi Amo.

Estoy impaciente por hablar de ambos encargos contigo y decirte lo que pienso de cada uno.

Vaya.

No mentía cuando dijo que me haría utilizar el diario. Aunque la noche anterior había sido bastante liberadora en cuanto a lo que iba descubriendo mientras escribía. Cuando Nathaniel me propuso lo de la fiesta, me puse un poco nerviosa, pero cada vez tenía más ganas de que llegara el día. En especial desde que me había animado a pensar en el tema y a escribir una forma de superar mis miedos.

Me moría por descubrir qué cosas me enseñaría aquel nuevo encargo de escritura.

Sábado, 22.30.

Hoy vas a descubrir cómo puedes servirme a larga distancia. Tienes quince minutos para desnudarte y coger el móvil.

Me llamarás desde nuestra cama a las 22.45.

Cuando leí su nueva nota se me aceleró el corazón.

«¿Servirle a distancia?»

Estaba impaciente por averiguar a qué se refería. Y aún me resultaba más excitante tener la oportunidad de oír su voz. Calculé mentalmente la diferencia horaria. En Hong Kong ya sería de día.

Quizá estaría haciendo una pausa temprana para comer.

Quince minutos después, ya estaba esperando en la cama. A las once menos cuarto en punto marqué su número.

El teléfono emitió un clic cuando contestó.

—Abigail —dijo, y ya no era el viajero agotado con el que había hablado hacía algunas horas. Aquella grave e imponente voz que me provocaba escalofríos en la espalda sólo podía pertenecer a una persona.

—Amo.

NATHANIEL

Ella sólo había dicho « Amo », pero ya pude percibir la excitación nerviosa en su voz.

—¿Has seguido mis instrucciones? —le pregunté.

—Sí, Amo.

—Quiero que pongas el altavoz, dejes el teléfono en la cama y te pongas en la posición de inspección —le indiqué—. Avisame cuando lo hayas hecho.

Oí un murmullo al otro lado del teléfono y me la imaginé haciendo lo que le había pedido.

—Ya estoy preparada, Amo —me hizo saber.

—Gracias, preciosa. Ahora dime lo que vería si estuviera allí.

Escuché mientras ella describía su cuerpo y detallaba su postura.

—Muy bien —dijo cuando acabó—. Ahora puedo verte en mi mente y ésa es una de las cosas que quería conseguir. Pero has pasado un buen rato escribiendo sobre dos temas específicos. Vuelve a decirme qué vería, teniendo en cuenta todo lo que has escrito.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono mientras ella pensaba en mis palabras y entonces oí un suave « Oh » y sonreí.

—¿Qué veo? —le volví a preguntar—. Empieza por la cabeza.

—No sólo ves mi cabeza echada hacia atrás, sino también lo que significa —explicó con excitación.

—Y ¿qué significa?

—Mi garganta está expuesta. Vulnerable. Y yo la muestro a modo de ofrecimiento para ti.

—Sí —afirmé—. ¿Y tu pecho?

—Está arqueado hacia adelante —contestó—. Pero se trata de mucho más que de presentarte mis pechos. Ahí es donde está mi corazón y en esta postura mi corazón también es vulnerable. —Habla con orgullo—. Es uno de los órganos más importantes de mi cuerpo, así como el centro simbólico de mis emociones. Es casi como si te estuviera ofreciendo mi vida. Podrías hacerme daño, pero yo confío en que no lo harás. Podrías herirme en mis sentimientos, pero sé que no lo

harás.

La excitación y el gusto que estaba demostrando al responder no tardaron en abrirse paso hasta mi propio centro simbólico.

—¿Tienes idea de lo que me provoca y lo que significa verte ante mí de esa forma?

—No, Amo —respondió—. Pero empiezo a comprenderlo.

—Entonces los dos estamos progresando.

—Sí, Amo.

—Si estuviera contigo, me colocaría detrás de ti y te diría que te pusieras en la posición de espera. ¿Qué harías con la cabeza?

—La agacharía, Amo.

—Hazlo —le ordené—. Luego te apartaría el pelo para poder verte el cuello desnudo. Ahora me inclino sobre ti y tú sientes mi aliento rozando la delicada piel de tu espalda.

Ella inspiró temblorosamente.

—Mis labios siguen el camino de mi aliento —proseguí—. Te rozan con suavidad el omóplato derecho. Deslizo la mano por el izquierdo y deslizo los dedos por tu delicada columna.

Suspiró.

—Noto cómo te estremeces —dije—. Tu reacción me la pone dura. —Me acaricié por impulso, pero lo hice con suavidad. Aún teníamos mucho que hacer—. Utiliza las manos para simular las mías, mientras bajan por tu cuerpo. Te agarran los pechos con delicadeza y siento el latido de tu corazón. Está acelerado. Te froto los pezones y se te endurecen. Te estás excitando, ¿verdad, Abigail?

—Sí, Amo.

—¿Sientes tu corazón?

—Sí —contestó—. Está acelerado, Amo.

—Hago rodar tus pezones entre mis dedos y empiezo a besarte el cuello. Mis dientes te rozan la piel y mi lengua sigue el mismo camino. —Me humedecí los labios—. Tu sabor es increíble.

Cerré los ojos y me la imaginé.

—Tumbate boca arriba —le ordené, porque para ella sería más fácil y porque ya llevaba mucho rato de rodillas—. Ahora estamos en nuestra cama. Flexiona las piernas y sepáralas. —Oí el susurro de las sábanas cuando ella obedeció—. ¿Sientes el aire frío en tu sexo? ¿Te mueres por tocarte?

—Sí, Amo —contestó casi con un rugido.

—Pero ¿siguen tus manos sobre tus pechos, donde las dejé?

—Sí, Amo.

—Excelente —exclamé—. Las deslizo por tu cuerpo y siento cómo tu pecho sube y baja y noto que tu respiración es cada vez más pesada. ¿Tú también lo notas?

—Sí, Amo.

—Sigo bajando las manos y te acaricio las caderas. Me coloco entre tus piernas, pero soy cauteloso para no tocarte donde más me necesitas. —Cerré los ojos e imaginé—. Separas los labios bajo mi beso. Suspiras con suavidad y yo deslizo la mano para dibujar lentos círculos sobre el hueso de tu cadera.

Abrí los ojos y miré el teléfono que tenía al lado, como si pudiera ver a través de él. « La próxima vez utilizaremos la *webcam* » .

—¿Estás dibujando esos círculos?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, Amo.

—Te pellizco el pezón derecho por ese descuido —dije y oí cómo jadeaba al hacerlo—. Vuelvo a deslizar la mano hacia abajo y la paso por tu vientre. ¿Qué sientes?

—Siento tu calidez contra la parte delantera de mi cuerpo —respondió en un susurro—. Tu polla está dura y me presiona el vientre. Quiero sentirte más abajo. Me aprieto contra ti. Ansiosa.

—Sé muy bien lo que quieres, preciosa —susurré—. Y sabes que te lo daré. Pero aún no estoy preparado.

Ella gimoteó y yo sonreí.

—Agacho la cabeza y te chupo —proseguí—. Estoy rodeándote el pezón con la lengua. ¿Estás fingiendo que tus manos son mis dientes?

—Sí, Amo.

—Bien. Pues pellízcate, porque te lo estoy mordiendo y tirando de él. Me encanta sentirte dentro de mi boca y notar cómo se estira tu piel.

Ella jadeó.

—Y me encantan los sonidos que haces —añadí con una sonrisa y una punzada de añoranza por no poder estar con ella en persona para escuchar esos sonidos.

—Me encanta hacer ruidos para ti, Amo —confesó—. A veces no puedo evitarlo.

—Mi sonido favorito es el de cuando te penetro —murmuré, rozándome la polla al recordarlo—. Si te dijera que te movieras con libertad, ¿qué harías?

Juro que pude escuchar su sonrisa a través del teléfono.

—Me deslizaría por tu cuerpo, estimularía la punta de tu polla con la lengua e intentaría provocarte y yo misma algunos sonidos, Amo.

Me reí. Se mostraba más juguetona desde el día de la representación en mi despacho y yo estaba impaciente por seguir disfrutando de esa faceta. Que llevara mi collar los fines de semana no significaba que tuviera que renunciar a esa parte de sí misma.

—Estoy seguro de que enseguida conseguirás mucho más que eso —dije,

agarrándome con la mano—. La tengo durísima sólo de pensar en ello. ¿Vas a seguir provocándome o te la vas a meter en la boca?

—Voy a seguir provocándote, Amo —contestó—. Me encanta tu polla y pasaré todo el tiempo que me dejes mordisqueándola y acariciándola con suavidad con los labios. Ahora te estoy chupando y deslizando un dedo por toda tu longitud. —Mis manos siguieron sus palabras fingiendo que estaba allí conmigo y lo estaba haciendo ella misma—. Mi lengua gira por la punta y por fin me la meto entera en la boca, pero sólo un momento.

Mis caderas se arquearon hacia arriba.

—Provocadora —musité.

—Me lo has pedido tú, Amo —replicó en tono de satisfacción.

—Así es, preciosa. Así es —respondí, complacido al ver lo mucho que se estaba metiendo en la situación—. ¿Dónde tienes las manos?

—No me has dicho que las moviera. Siguen sobre mis pezones.

—Déjalas resbalar por tu cuerpo. Ahora me toca a mí provocarte. ¿Sigues con las piernas flexionadas y separadas?

—Sí, Amo.

—Mientras bajo por tu cuerpo, voy dibujando un camino con la lengua sin olvidarme de ninguna zona. A excepción del lugar donde más me deseas. Acerco la cara al interior de tu rodilla izquierda y beso la minúscula peca que tienes ahí.

Cerré los ojos y me la imaginé, un diminuto puntito justo en el pliegue de la rodilla.

—Sigo dibujando un camino de besos por la cara interior de tu muslo y me acerco a tu sexo, pero justo cuando crees que te voy a tocar ahí, me alejo y vuelvo a empezar con tu muslo derecho. ¿Me sientes, preciosa? ¿Sientes mi aliento sobre tu piel?

Ella murmuró a modo de respuesta.

—Más alto, Abigail —le ordené—. O pararé.

—Sí, Amo.

—Bien —continué—. La siguiente vez que paso por ahí, rozo el exterior de tu sexo. Estás húmeda, ¿verdad?

—Sí, Amo.

—Tócate. Con suavidad —le indiqué—. Luego chúpate el dedo y dime a qué sabe.

—Un poco salado. Una nota de almizcle y un punto de dulzor.

—Eres tan dulce... —Bajé la voz—. Si estuviera ahí, no dejaría que disfrutaras de tu sabor. Me lo quedaría todo para mí.

—Es todo para ti de todas formas, Amo —dijo ella en voz igual de baja.

« Joder, sí, es todo para mí. Es mía y de nadie más ».

—Creo que ya te he provocado bastante —proseguí—. Mira debajo de mi lado de la cama y coge la bolsa que he dejado ahí.

Esperé mientras ella se bajaba de la cama y me imaginé lo que encontraría debajo. La cama se movió cuando se volvió a subir.

—Ya la tengo, Amo —me informó.

—Ábrela —ordené, imaginando el consolador que había metido en la bolsa antes de irme. Ella jadeó cuando lo vio—. ¿Te gusta? —le pregunté.

—Oh, Dios, sí, Amo.

Sonreí.

—Me alegro. Vuelve a tumbarte boca arriba con las piernas flexionadas y separadas. Finge que es mi polla y chúpalo unos segundos. —Oí sus movimientos desde el otro lado de la línea—. Imagínate follándome tu boca y piensa en lo bien que te vas a sentir cuando salga y me folle ese coño.

Cuando decidí que ya había tenido el consolador en la boca durante el tiempo suficiente, le volví a hablar:

—Me deslizo por tu cuerpo por última vez. Coge el juguete y finge que soy yo. Colócalo justo en tu abertura, porque te voy a provocar con la punta durante algunos minutos.

Jugueteé con la punta de mi polla, fingiendo que ella estaba conmigo en la habitación y la estaba provocando.

—Te estoy metiendo sólo la punta —puntalicé—. Sólo hago un ligero movimiento con las caderas y tú no puedes mover las tuyas.

—Por favor, Amo.

—No —dije—. Aún no. Te siento temblar debajo de mí. Me deseas mucho. Muevo un poco más las caderas y me interno un poco. —Me acaricié la polla, pero no mucho. Ni de lejos todo lo que quería. Ni de lejos todo lo que ella necesitaba—. ¿Qué sientes, Abigail?

—Noto tu respiración en la oreja —respondió—. Siento cómo tus músculos se tensan bajo mis manos, porque te estoy cogiendo de las caderas para aferrarme a tu cuerpo, pero no puedo moverme. Te deseo. Necesito que me la metas. Por favor, Amo.

—Mueve el juguete dentro y fuera de tu coño, rápido y superficialmente —le indiqué—. Te voy a dar un poco de fricción, pero de momento voy a negarte lo que necesitas.

Ella gimió, pero oí sus movimientos y dejé que se provocara un poco más.

—Ahora —le expliqué, acariciándome más deprisa— te estoy penetrando un poco más profundamente. ¿Me sientes?

—Sí, Amo.

—Métete toda mi polla dentro —ordené, agarrándome con fuerza—. Córrete cuando quieras, pero péntrate hasta el fondo. Te estoy embistiendo lo más fuerte y profundamente que puedo.

No hablamos durante los siguientes minutos. Yo me concentré en mi polla y en los pequeños gemidos de placer que la oía hacer al otro lado del teléfono. Su

respiración era cada vez más rápida.

—Déjame oírte. Yo aún no he acabado —le pedí, mientras sentía cómo crecía mi clímax—. Suéltate.

—Oh, joder, Amo —jadeó y la vi en mi mente, la vi penetrándose con el consolador tan fuerte como podía—. Oh.

Yo levanté las caderas de la cama al ritmo de las caricias de mi mano y arqueé la espalda, imaginándola debajo de mí. Alargué la mano justo a tiempo, en busca del pañuelo que tenía preparado y me corrí en él.

Por los sonidos de la respiración de Abby, deduje que ella también había llegado al orgasmo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, Amo —contestó con la voz teñida de placer—. Gracias.

—Si estuviera ahí, te estrecharía contra mi pecho para poder escuchar los latidos de tu corazón —me lamenté—. Te daría mil besos y te susurraría al oído lo mucho que te quiero.

—Te quiero, Amo —dijo ella tímidamente.

Se me encogió el corazón al comprender que no estaba hablando con Nathaniel, estaba hablando con su Amo. No se me pasó por alto que aquella era la primera vez que me decía que me quería de esa forma.

—Abigail —susurré—. Mi amor.

Nos quedamos como estábamos durante un rato, felices de estar conectados a través del teléfono. Aunque yo sabía que había tenido un día muy largo y que era probable que estuviera cansada.

—Debería dejarte dormir —dije al cabo de un rato.

—Ojalá pudiera seguir conectada a ti toda la noche y pudiera oírte respirar.

—Pronto —contesté—. Pronto estaré en casa.

—No lo bastante pronto.

Estuvimos hablando tranquilamente un rato más. Cuando la oí bostezar, nos deseamos buenas noches y colgamos.

Me recosté en el cabezal de la cama e inspiré hondo varias veces. Seguía deseando que Abby hubiera podido viajar conmigo, pero la comprendía y admiraba por haberse quedado en Nueva York para asistir al congreso. Además, teníamos el resto de nuestras vidas para viajar juntos.

«Florida», me recordé. Tenía que explicarle lo del viaje a Florida que había planeado.

El sexo telefónico con ella había sido increíble. En realidad, cuando estaba con mis anteriores sumisas era algo a lo que recurría con frecuencia cuando me asaltaba la necesidad durante la semana, o quería recompensarlas por algo y pensaba que lo disfrutarían.

Aunque con ellas se trataba básicamente de sexo y me sorprendía comprobar que con Abby nunca se trataba sólo de eso. ¿Satisfacía una necesidad? Sí. ¿Hacia

que se sintiera completa? Sí. Pero era mucho más que eso.

Con Abby todo significaba más.

Pero ya no me asustaba como antes.

Miré el reloj que tenía en la mesilla. Ella ya estaría acurrucada en la cama, intentando dormir. Ya sólo le quedaban dos sobres para el día siguiente. El primero debería abrirlo a las nueve y media. Era el último encargo de escritura. A las once, Elaina la recogería para llevarla a un almuerzo.

Pensé en el resto de la semana. El lunes había programado que le llevaran la cena a casa. Sushi. Con una pequeña nota en la que le recordaba lo mucho que significaba para mí que hubiera accedido a comer sushi conmigo hacía ya algunos meses, en lugar de mandarme a paseo tal como merecía.

El martes había quedado con Felicia después del congreso. Abby tenía que cambiar su dirección y su amiga tenía que actualizar su apellido. Me sentí bien al saber que compartiríamos la misma dirección. Recordé que la casa estaba llena de vida cuando era un niño y me encantaba volver a tener esa sensación.

Pensé en las flores que había encargado que le entregaran el martes. Cuando llegara a casa, le llevarían dos docenas de rosas de color crema con un toque de rubor en los pétalos, junto a una carta que le había dejado a la florista. Sólo una pequeña nota en la que le decía lo feliz que me hacía saber que vivía conmigo.

El miércoles, justo antes de salir de una reunión que parecía no acabar nunca y cuando me dirigía a comer, mi teléfono vibró para avisarme de que tenía un nuevo mensaje. Abby y yo solíamos mandarnos mensajes o nos llamábamos antes de comer, así que me excusé ante los demás asistentes y fui al despacho que había estado utilizando durante mi estancia.

Busqué el texto.

« Me estoy preparando para meterme en la cama », escribió.

« Ojalá pudiera arroparte », le contesté.

« A mí también me encantaría —respondió—. Tengo una cosita para ti... »

Lo que me mandó a continuación me dejó sin aliento y me tambaleé hasta la silla para sentarme. Me había enviado una foto de sí misma o de partes de su cuerpo. Zonas más tapadas y otras no tan cubiertas por pequeños retazos de encaje. Un ligero aquí. Un fragmento de sujetador allá. Un pezón jugando a esconderse detrás de un trocito de encaje. Un tanga que dejaba poco a la imaginación.

« Joder », escribí cuando dejaron de llegar fotos.

« ¿Te gusta? », me preguntó.

« Digamos simplemente que si estuviera allí te quitaría toda esa lencería. Con los dientes ».

« ¿Ah, sí? —preguntó—. Y ¿qué harías después? »

Me miré el reloj. Aún disponía de algunos minutos antes de tener que salir de ese despacho.

« Te tumbaría boca abajo a los pies de la cama » .

« Suena bien » , contestó.

« Te daría unos azotes por ser tan provocadora » .

Sonreí y tecleé deprisa.

« Te metería un dedo en el coño » .

« Mmmm » , exclamó.

Alguien llamó a la puerta.

Joder, joder, joder.

« La maldita comida » , escribí.

« Maldito viaje de negocios » , me respondió.

« Por lo menos tú puedes aliviarte —repliqué—. Yo estaré atrapado en una comida muy aburrida » .

« Puedes ahogar tus penas en *jiu* » .

« Lo haré —convine—. Dulces sueños » .

« Dulces sueños pronto —escribió—. Primero tengo que solucionar un pequeño problema » .

Rugí al imaginarla con el juguete que encontraría en su mesilla de noche, con las piernas separadas...

« Provocadora » .

« He aprendido del mejor » , sentenció.

Sólo quedaban dos días para que me pudiera marchar de China, pero sabía que se me harían eternos. Cuando llegué al hotel aquella noche, llamé a Jackson. Mi primo era muy madrugador y sabía que estaría despierto.

—Nathaniel —dijo—. ¿Qué tal China?

—Larga y aburrida —contesté—. No te habré despertado, ¿verdad?

Teniendo en cuenta la diferencia horaria, sabía que allí eran poco más de las cinco de la mañana.

—Qué va. Me estaba preparando para mi sesión de *footing* matutino.

Hablamos durante un rato sobre nada en particular e hicimos algunos planes para quedar cuando volviera. No pasó mucho rato hasta que la conversación se centró en su reciente boda con Felicia. A Jackson le encantaba hablar de su nueva esposa.

—Tengo una pregunta para ti —le planteé, después de escucharlo hablar un rato de los planes que tenían para cuando él se retirara—. ¿Tu compromiso dio lugar a muchas habladurías?

La verdad es que era incapaz de recordarlo; para mí había sido una temporada muy difícil, teniendo en cuenta que Abby me dejó y todo eso.

—Se habló un poco sobre que Felicia podría estar embarazada —contestó, soltando una carcajada—. Claro que eso no era cierto.

Sabía que los dos querían tener hijos, pero también sabía que querían esperar unos años.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Tú y Abby estáis...?

—No —lo interrumpí—. Nada de eso. —«Aún no»—. Es sólo que como sé que no hacía mucho tiempo que os conocíais cuando os comprometisteis, me preguntaba qué ocurrió.

—Uno —dijo—, me importa un pimiento lo que piense la gente y sé que a ti tampoco te importa.

Me reí. En líneas generales tenía toda la razón.

—Dos —prosiguió—, si encontrara a la mujer con la que quisiera casarme y ella se quisiera casar conmigo, ¿qué tendría eso que ver con lo que pensarán los demás?

—No quiero que chismorreen sobre Abby —dije sin pensar—. No quiero que nadie la rebaje.

—¡Ajá! —exclamó—. Lo sabía.

Yo puse los ojos en blanco, a pesar de que sabía que él no podía verme.

—Yo no he dicho que haya pensado en casarme con Abby.

—Pero lo has insinuado —replicó y luego siguió hablando sin esperar mi respuesta—. Mira, tío, Abby es una mujer fuerte.

—Eso ya lo sé.

—Y tiene la suficiente seguridad en sí misma como para no dar importancia a las habladurías —añadió—. Además, cualquiera que vaya a hacerla de menos por casarse contigo o es que es idiota o está celoso.

Me reí.

—Gracias, Jackson. A veces sólo necesito hablar las cosas.

—No hay problema.

—Esta conversación queda entre nosotros, ¿verdad? —le pregunté—. No le dirás a...

—¿Mi mujer que el novio de su mejor amiga está pensando en declararse? —preguntó. Sabía que estaba sonriendo.

—Exacto.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Pasé gran parte de la tarde pensando en la conversación que había tenido con Jackson. Antes de irme a la cama aquella noche, le mandé a Abby un mensaje de tres sencillas líneas:

« Te deseo.

» Te añoro.

» Te quiero» .

La llamé el viernes por la noche, hora de China, con malas noticias.

—Han surgido algunos problemas —le dije, mientras miraba cómo mi piloto hablaba por el micrófono de sus auriculares. Estaba haciendo aspavientos con las manos—. No conseguiremos salir a tiempo.

—¿Cuánto te retrasarás?

—Creo que algunas horas —respondí—. Debería llegar a Nueva York sobre las tres de la madrugada. Cogeré un taxi hasta casa.

—Yo puedo ir a recogerte. No hay ningún problema.

—Ya lo sé, pero prefiero que duermas. Yo estaré allí cuando te despiertes.

No me quedé al teléfono mucho rato. Estaba muy enfadado por no poder salir a tiempo y no quería que Abby pensara que estaba molesto con ella.

Casi veinte horas después, entré de puntillas en nuestra habitación. Se había dormido abrazando mi almohada y *Apolo* estaba acurrucado a su lado. Levantó la cabeza cuando me oyó entrar y yo señalé el suelo.

Cuando *Apolo* saltó, con un pesado suspiro, yo me desnudé y dejé la ropa en el suelo. Tiré de la sábana con suavidad y casi se me para el corazón cuando vi que Abby llevaba puesta una de mis camisas.

Me metí en la cama procurando no despertarla y la estreché entre mis brazos con delicadeza. Ella se acurrucó contra mí, con un leve suspiro de satisfacción. Yo cerré los ojos.

Ya estaba en casa.

Por fin.

Tenía que recordar algo importante. En mi sueño, me esforzaba por recordar lo que era. Algo iba a ocurrir. Algo que sabía que no debía olvidar.

Algo. Algo. Algo.

Cuando me empecé a despertar, me di cuenta de que alguien me estaba abrazando, noté unos brazos calientes y la sensación de que alguien me observaba. Abrí un ojo muy despacio.

« ¡Nathaniel! »

—Hola —susurró, con aquella sonrisa rompecorazones que siempre conseguía derretirme.

No había nada mejor que despertarse entre los brazos de Nathaniel. Nada. Nada. Nada.

—Hola —saludé, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cuándo has llegado a casa?

—Sobre las cuatro. —Alzó la cabeza por encima de mi hombro para mirar el reloj de la mesilla de noche—. Hará unas tres horas.

—Y ¿no duermes?

—No —contestó—. He dormido en el avión. Me he quedado aquí abrazándote y viendo cómo dormías. —Me tocó el contorno de la oreja con un dedo—. ¿Sabías que también tienes un pequeño lunar justo aquí?

Noté cómo me sonrojaba.

—No.

Entrecerró los ojos para mirarlo.

—No lo había visto. —Entonces me dio un beso en ese punto por detrás del lóbulo—. Tenía ganas de hacer esto, pero no quería despertarte.

—Tampoco me habría quejado —confesé, apretando mi cuerpo contra el suyo. « Vaya, vaya, vaya »—. Estás desnudo.

Se rio, pero sus ojos se pusieron serios enseguida.

—Y tú no.

—Espero que no te importe —dije—. Te he cogido prestada una camisa.

—Oh, no, no me importa en absoluto. De todos modos te queda mejor a ti. Pero estaba pensando que no es muy justo que yo esté desnudo y tú no.

—No te preocupes, tu asistente trajo tus camisas de la tintorería hará un par de días. —Le pasé una mano por el pecho—. Puedes ir a buscar una y así tú tampoco estarás desnudo.

—Hum —murmuró—. No, gracias.

Alargué los brazos hacia él, lo atraje hacia mí e inspiré su fragancia.

—Te he echado de menos.

—Yo también —me susurró al oído.

—La próxima vez me iré contigo —afirmé.

—La próxima vez te arrastraré conmigo —puntualizó, apartándose un poco para mirarme a los ojos.

Asimilé su imagen. Por fin estaba en casa. En la cama. Conmigo. La luz del sol brillaba con fuerza a través de la ventana que había detrás de él.

—No quiero salir de esta cama en todo el día —le dije y luego le pregunté—: No tienes planes para hoy, ¿verdad?

—Oh, sí —contestó, frotando la nariz en mi mejilla—. Tengo millones y millones de planes.

—Y ¿cuáles son? —pregunté, esperando que los suyos coincidieran con los míos.

—Para empezar —respondió, con su aliento haciéndome cosquillas en la oreja y su mano acariciándome el vientre—, voy a traer el desayuno y te voy a usar de mesa.

—¿Yo también te podré usar de mesa?

—Claro —respondió—. Luego tengo planeado pasar horas haciéndote el amor en todas las posturas conocidas por el hombre y cuando hayamos acabado... —Me empezó a desabrochar la camisa muy despacio y bajó la voz—. Nos inventaremos algunas posturas nuevas.

Yo me estremecí al sentir sus dedos acariciándome los pechos con suavidad. Aunque no tenía frío. En realidad era todo lo contrario.

—Es muy probable que nos saltemos la comida, porque estaremos muy ocupados inventándonos todas esas posturas —contesté con toda la despreocupación que pude, mientras él me seguía desabrochando la camisa.

—Luego, si te parece bien —continuó—, no hay nada que me apetezca más que una pizza enorme recubierta de carne y verduras. Podemos pedir que nos la traigan y comérmola fuera.

—No sé, estaba pensando en unos fideos chinos. Hay un restaurante nuevo que sirve a domicilio.

Nathaniel se echó hacia atrás.

—¿De verdad quieres comida china?

Cuando vi su expresión de sorpresa, me eché a reír.

—No. Te estaba tomando el pelo.

—No me provoques, mujer —dijo, retomando su tarea con la camisa y

consiguiendo desabrochar el último botón—. Soy un hombre desesperado.

Yo me deslicé debajo de él y pasé las manos por su culo desnudo.

—No eres el único.

«Es curioso —pensaba al día siguiente, arrodillada en mi posición de espera—. Por algún motivo, esto no era lo que tenía en mente cuando contesté a su pregunta de ayer».

Me lo había preguntado el sábado, después de comernos la pizza.

Estábamos en el jardín. Yo me había sentado en su regazo y nuestros pies se balanceaban dentro del jacuzzi climatizado. Hacía demasiado calor para meternos en agua caliente.

—Deberíamos hacer construir una piscina —comentó con la cabeza echada hacia atrás y disfrutando del sol—. Pero ¿dónde crees que deberíamos ponerla? ¿Dentro o fuera?

Una piscina exterior tenía varias ventajas, pero vivíamos en Nueva York, por lo que quizá tuviera más sentido ponerla dentro. Eso le dije.

—El sótano está bastante inacabado —comentó—. Es una pena que no podamos construirla ahí.

—Podría ser una piscina exterior cerrada.

—Es una posibilidad. —Lo pensó durante algunos segundos—. Llamaremos a un contratista la semana que viene para que le eche un vistazo al jardín.

Me encantaba que utilizara la primera persona del plural tan a menudo y la naturalidad con que lo hacía. Levanté la cabeza y le di un beso en los labios.

—¿Por qué tienes un sótano inacabado? —le pregunté.

Él me dio otro beso. Más largo.

—Cuando empecé a renovar la casa, no conseguía decidir si quería poner el cuarto de juegos allí o no.

—¡Vaya! —exclamé—. Un cuarto de juegos en la planta baja.

—Como un calabozo.

—Eso suena... —lo pensé mientras hablaba— escalofriante.

Me hundió los dedos en el pelo.

—Calabozo. Cuarto de juegos. En realidad es lo mismo.

—Me gusta cómo suena cuarto de juegos —dije—. En los calabozos hay cadenas y cuerdas y...

Nathaniel arqueó una ceja.

—Vale —contesté riendo—. En realidad es lo mismo.

Sonrió.

—Hablando de cuartos de juegos, ¿te apetece llevar tu collar este fin de semana? He pensado que quizá podríamos jugar durante algunas horas mañana.

Yo deslicé un dedo por sus labios y él lo capturó con un beso. Me di cuenta de

que lo había echado mucho de menos. A todo él: al dulce y considerado amante de entre semana y al severo e inflexible Amo de los fines de semana. Los amaba a los dos y los necesitaba a los dos.

—Me encantaría llevarlo mañana durante algunas horas —dije.

Qué poco me imaginaba que lo llevaría mientras él pasaba las páginas de mi diario y se aseguraba de que había cumplido todos sus encargos. Por supuesto, yo tenía la cabeza agachada, así que no podía saber lo que estaba leyendo. Estaba segura de que cuando dijo « interesante, muy interesante », estaba en la parte del juguete que había elegido y la escena que había detallado.

Estaba sentado en una silla acolchada, conmigo a sus pies. Yo estaba arrodillada sobre el suelo alfombrado del cuarto de juegos, no sobre un almohadón.

—Mírame, Abigail —me ordenó por fin.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. ¿Estaría contento con lo que había escrito? No podía saberlo sólo mirándolo.

—Escribes muy bien —comentó.

¿En serio? Pensaba que la mayor parte de lo que había escrito era una lluvia de ideas al azar.

—Parece que te resulta más sencillo comunicarte de esta forma —prosiguió—. Y la escena que has detallado es muy creativa.

—Gracias, Amo —dije—. Tú me inspiras.

Esperaba que supiera que no le estaba haciendo un cumplido gratuito, sino que estaba siendo completamente sincera. La sumisión había liberado una parte de mí que yo ni siquiera sabía que existía. La Abby del año anterior no se habría atrevido ni a pensar las cosas que había en el diario y mucho menos escribir sobre ellas y dejar que las leyera otra persona.

Qué diablos, antes de conocerlo a él tenía una vida sexual tan insatisfactoria que estuve a punto de olvidarme del sexo por completo. Pero cuando Nathaniel entró en mi vida...

Bueno, estaba de rodillas, desnuda, a sus pies.

Y el día anterior habíamos disfrutado del sexo más alucinante.

—Estoy muy contento de todo lo que has descubierto, preciosa —confesó—. Y quiero hablar de muchas de estas cosas contigo, pero de momento... —Se puso de pie y se acercó a sus armarios. Oí las pisadas de sus pies descalzos mientras se alejaba—. Tu escena me ha inspirado y creo que mereces una recompensa.

Se volvió hacia mí y me di cuenta de que tenía la mordaza de bola y una campanilla en las manos.

—Ve a la mesa —me indicó—, pero de momento sólo debes sentarte.

Me levanté —no me había pedido que gateara—, y me acerqué a la mesa. ¿Pondría en práctica todas mis ideas o sólo algunas? Yo había elegido la mordaza de bola en lugar de otro juguete porque pensaba que él decidiría combinarla con

algo más. Y aunque también había escrito sobre un látigo nuevo para mí, sabía que sólo lo utilizaría si le apetecía.

Volví a oír el sonido de sus pisadas acercándose, pero me concentré en su rostro. Con el rabillo del ojo advertí su pecho desnudo y los objetos que llevaba en las manos.

—Abre la boca —me ordenó. Entonces me puso la mordaza, me la ató detrás de la cabeza y noté cómo se me aceleraba el corazón. Los fuertes latidos retumbaban por todo mi cuerpo.

—Relájate —me susurró, acariciándome el pelo—. No pasa nada. Respira por la nariz.

Dejó que me quedara allí sentada unos segundos para que me acostumbrara a la sensación de tener algo metido en la boca y a la respiración.

—Mírame —me pidió al fin y, cuando lo hice, prosiguió—: Ahora no puedes decir tus palabras de seguridad, así que necesitarás esto. —Me puso la campana en la mano—. Si necesitas decir «amarillo» o «rojo» déjala caer. Asiente si lo comprendes.

Asentí.

—Bien —dijo—. Ahora quiero que lo pruebes. Suelta la campanilla.

Ésta resbaló de mi mano y cayó al suelo: se oyó un tintineo y un golpe. Nathaniel se agachó, la recogió y me la volvió a poner en la mano.

—Otra vez.

Y yo la volví a dejar caer.

La siguiente vez me agarró la muñeca y me la pegó a la espalda.

—Otra vez —dijo. Estaba tan cerca que podía sentir su pecho contra el mío y su cuerpo entre mis piernas. Dejé caer la campanilla de nuevo. Él me soltó las muñecas inmediatamente.

Cuando me volvió a poner la campanilla en la mano, me levantó la barbilla.

—¿Te sientes cómoda con la campanilla? Asiente para decir que sí, niega con la cabeza para decir que no.

Yo asentí.

Él se inclinó hacia mí.

—Me excita mucho verte amordazada para mi placer —me susurró sin soltarme la barbilla—. Has tenido una idea excelente, Abigail. —Me rozó el lóbulo de la oreja con los dientes—. Vamos a probar tu siguiente idea, ¿vale?

«Sí —pensé yo cuando me levantó de la mesa y me tumbó sobre ella—. Esto ya se empieza a parecer a lo que tenía en mente».

Miré el reloj. Ya casi era la hora de reunirme con Nathaniel en el vestíbulo.

Era domingo y nos íbamos a una reunión de la comunidad de BDSM de Nathaniel. Me explicó que los miembros nuevos tenían que asistir a una reunión

antes de poder asistir a una fiesta. Como ésta se celebraba aquella misma noche, asistiríamos a la reunión previa por la tarde.

La mente me iba a mil por hora y me moría por confesarme en mi diario, para poder poner en orden todas las ideas que tenía flotando en la cabeza.

Era mejor que no llegara tarde a mi cita con Nathaniel. Sabía que si le daba algún motivo, no dudaría en castigarme antes de salir. Y estaba segura de que si no podía sentarme, todo el mundo se daría cuenta enseguida de lo que había pasado.

Me miré en el espejo por última vez. Él me había elegido unos vaqueros y una camiseta. Ésta tenía un cuello en uve que dejaba ver mi collar y llevaba el pelo recogido en una cola baja. No creía que tuviera mucho aspecto de sumisa. ¿Qué sentido tenía aquello?

Y ¿qué aspecto se suponía que debía tener una sumisa?

¿Sería capaz de reconocerlas en la reunión? Estaba bastante segura de que me resultaría más fácil distinguirlas en la fiesta.

El conjunto que llevaría a la fiesta estaba guardado en una funda en el armario y tuve que reprimirme en más de una ocasión para no curiosear. Nathaniel me había dicho que no podía verlo hasta que me tuviera que vestir.

Por lo menos, decidí, la parte positiva era que llevaría un conjunto. Ya me había imaginado unas cuantas veces teniendo que ir desnuda.

Oí cómo Nathaniel regresaba con *Apolo* y corrí escaleras abajo para reunirme con él.

Lo evalué con mirada crítica. ¿Sabría todo el mundo que era un Dominante?

«Qué tontería —pensé—. Él ya conoce a toda esta gente. Ya saben quién es y lo que es».

Lo que significa...

—Abigail —dijo, esbozando una ligera sonrisa—. ¿Hay algún motivo para que estés tan contenta?

Estoy segura de que su pregunta me hizo sonreír todavía más.

—Sí, Amo. Me acabo de dar cuenta de que todo el mundo lo sabrá.

Se acercó a mí. ¿Cómo era posible que tuviera unos andares tan atractivos?

—¿Todo el mundo sabrá el qué, preciosa?

—Lo que me haces —respondió—. A veces tengo la sensación de que nos escondemos. Aunque Elaina, Todd y Felicia lo sepan, no es lo mismo. Ellos son diferentes, porque no participan.

—¿Y al estar rodeada de los que sí participan...? —inició la pregunta, deteniéndose delante de mí.

—... puedo servirte con libertad —respondí—. Puedo demostrarle a todo el mundo lo mucho que disfruto siendo tuya. —Sonreí—. Estoy impaciente.

—Estás impaciente —repitió y me puso las manos en los hombros—. Éste no es exactamente el mismo estado de ánimo de la sumisa que llenó páginas de

miedos la semana pasada.

—No, Amo —contesté, presionando la mejilla contra su mano mientras me acariciaba la cara con los dedos—. Escribir me ha ayudado. Gracias.

—Yo sólo te di las herramientas —dijo él—. Lo demás lo tenías que descubrir por ti misma. —Movi6 la otra mano para cogerme toda la cara—. Estoy muy orgulloso de ti.

Luego rozó sus suaves y ligeros labios contra los míos y una sombra de deseo se abrió paso hasta mi est6mago. Nathaniel también debió de sentirlo, porque no pasó mucho tiempo hasta que empezó a profundizar en el beso. Aunque siempre conseguía poseerme con sus caricias, había algo en el beso de mi Amo que conectaba con un deseo enterrado en lo más profundo de mi ser.

Al poco se retiró y me dio un último beso muy delicado.

—Y yo estoy impaciente por demostrarle a todo el mundo lo mucho que disfruto siendo tuyo.

La reunión preparatoria se celebraba en el centro que la comunidad tenía en la ciudad. Nathaniel me explicó que allí no estarían todos los asistentes a la fiesta. El encuentro consistía en una especie de conferencia sobre un tema concreto y después tendría que firmar unos documentos.

—Nos tenemos que proteger —dijo, para explicar lo de los documentos—. No podemos dejar que cualquiera asista a la fiesta.

Yo pensé en Samantha, la chica que me explicó lo de Nathaniel. Eso debió de ser una gran transgresión del protocolo.

—Me alegro de que Samantha ya no esté en Nueva York —comentó él como si me hubiera leído la mente—. No me habría gustado nada tener que ser yo el encargado de hablar con ella. En especial, teniendo en cuenta que fue su descuido lo que te trajo a mí.

Su tono y sus palabras me dejaban entrever lo serio que era el asunto y lo importante que era para él el tema de la confidencialidad.

Llegamos al centro poco después de las tres. Nathaniel me acompañó al interior del edificio con la mano apoyada en la parte inferior de mi espalda. Siempre me tranquilizaba sentir su contacto. Y, aunque estaba excitada, también estaba un poco nerviosa. Era evidente que él podía sentir cómo la excitación me recorría el cuerpo.

Al final de un pequeño vestíbulo nos esperaba un hombre de mediana edad delante de una puerta. Saludó a Nathaniel con mucha calidez y a mí me miró esbozando una sonrisa.

«Son gente completamente normal», me recordé. Si me hubiera encontrado con ese hombre en el supermercado, no lo habría mirado dos veces. Bueno, ni siquiera lo miré dos veces en aquella situación.

En la sala había una enorme mesa de reuniones y unas quince personas. Los recorrí a todos rápidamente con la vista. Parecía haber un número equitativo de hombres y mujeres, aunque no todo el mundo parecía estar emparejado.

Me dije que era normal que fuera así. En una de las esquinas había un grupo de tres mujeres hablando. Una de ellas, una rubia, miró a Nathaniel de arriba

abajo. Él no pareció darse cuenta, pero saludó con la cabeza y sonrió a varios de los asistentes. Parecía conocerlo casi todo el mundo, pero nadie vino a hablar directamente con nosotros.

Retiró una silla de la mesa y me hizo un gesto para que tomara asiento. Hasta que él se sentó a mi lado, no me paré a analizar la estancia con más atención.

Sentado a la cabecera de la mesa estaba el guardia de seguridad del despacho de Nathaniel, al que me encontré en la puerta del edificio el día de nuestra representación. Cuando me vio, me guiñó un ojo y esbozó una leve sonrisa.

Se me debió de escapar alguna clase de sonido, porque Nathaniel me apretó la rodilla por debajo de la mesa. Lo miré y él negó con la cabeza. «Ahora no», me dijo en silencio.

Me mordí los labios para evitar decir nada, pero le devolví la sonrisa a aquel hombre y lo miré de nuevo.

Tenia el pelo negro bastante largo y facciones angulosas. Estaba recostado en el respaldo de su silla y tamborileaba con los dedos sobre su rodilla, moviendo la cabeza al ritmo de alguna melodía que sólo él parecía escuchar. No había nadie sentado a su lado y enseguida me di cuenta de que no llevaba collar.

«Es un Dominante —decidí—. Definitivamente un Dominante».

Al saber lo que era y consciente de lo que yo necesitaba en una relación, lo miré más detenidamente, intentando distinguir si sentía algún interés por él. Era bastante guapo: tenía un cuerpo esbelto y musculoso y lucía un tatuaje oscuro alrededor del brazo derecho. Al margen del placer que podría haber sentido al admirar cualquier obra de arte, no sentí nada. No percibí ninguna chispa, deseo, ni atracción por aquel hombre.

Sin embargo, cuando volví a mirar a Nathaniel, todo mi cuerpo reaccionó. Se me aceleró el pulso, mi mirada resbaló de sus ojos a sus labios y me estremecí al recordar esa boca sobre mi piel. Sólo él conseguía estremecer mi cuerpo y mi alma. No había nadie más que pudiera ni acercarse a eso.

Pero al mirar otra vez al hombre de la cabecera de la mesa, me pregunté si sería uno de los que Nathaniel pensó facilitarme el nombre cuando le dejé, a principios de aquel año. Me había dicho que no lograba decidirse por nadie y por primera vez me pregunté por qué. ¿Sería cruel aquel hombre moreno? ¿Habría algún defecto en su carácter que lo hacía poco deseable como Dominante?

Entonces me llamó la atención un sonido procedente del fondo de la habitación y tanto yo como los demás asistentes nos volvimos para mirar a la mujer que entraba. Incluso el guardia de seguridad (deseé haber mirado su etiqueta identificativa cuando me crucé con él, para saber cómo llamarlo) se sentó más derecho y se concentró en la recién llegada.

No había nada especialmente destacable en ella, aparte de que era alta, pero tenía unos ojos muy despiertos y se movía con gran elegancia. Su presencia y su dominio eran innegables.

Dijo que se llamaba Eve y se dirigió a la sala con relajada autoridad, para darle la bienvenida a todo el mundo y ofrecer una breve charla sobre el tema del día: tipos de cuerdas y sus distintos usos.

No tardé mucho en desconectar de su conferencia sobre las ventajas y los inconvenientes de las cuerdas de fibras naturales y las de fibras sintéticas. También vi cómo la rubia que había estado mirando a Nathaniel disimulaba un bostezo. Nos miró y yo esboqué una leve sonrisa, acercándome un poco más a Nathaniel. Él me posó la mano en la rodilla y yo recordé el fin de semana anterior, cuando representó la escena que yo había escrito.

La mordaza de bola. Los azotes del látigo de piel, que me resultaron más punzantes que cuando me azotaba con el de ante. Nathaniel follándome duro y rápido desde atrás. Y cómo me ordenó, cuando acabamos, que me arrodillara y le besara los pies en señal de agradecimiento.

Joder.

Me revolví incómoda en la silla.

«Céntrate», me dije y obligué a mi cerebro a concentrarse en los distintos puntos que tener en cuenta a la hora de elegir una cuerda para atar a alguien. Porque la verdad era que, pensándolo bien, ¿cómo iba a imaginar que hubiera que plantearse tantas cosas?

Cuando la charla acabó y Eve respondió a todas las preguntas, se despidió de nosotros. Nathaniel se levantó y me retiró la silla.

—¿Estás lista para rellenar esos documentos? —me preguntó.

Cuando le dije que sí, me llevó ante el Dominante moreno y le pidió los papeles necesarios. Luego me dejó sola para que los leyera y los rellenara. Yo sabía que lo hacía para demostrar que la decisión era mía. Si no me hubiera sentido cómoda, nos habríamos marchado y él no me lo habría reprochado ni una sola vez.

Ya sabía qué clase de información tendría que detallar, y a que Nathaniel me lo había explicado. En los documentos se especificaban algunas normas básicas y, si estaba de acuerdo, debía firmar al final del pliego. En la última página también encontré los detalles sobre el nombre por el que quería que me llamaran y otras informaciones.

Cuando acabé de leerlos y completarlo todo, se los entregué al tipo moreno.

Él los miró antes de dirigirse a mí.

—Bienvenida, Abby —dijo, con los ojos iluminados por algo que debía de parecerle divertido—. Soy Jonah.

Le estreché la mano.

—Hola, Jonah. Me alegro de volver a verte.

—Igualmente —contestó, sin dejar de sonreír.

Sabía que me había sonrojado y dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Pensaba que eras guardia de seguridad.

—Y soy guardia de seguridad —me aclaró—. Pero cuando el señor West llamó a la señora Eve, no me pude negar.

Aquello no tenía sentido para mí.

—¿Sólo le estabas haciendo un favor a otro Dominante? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Yo no le pedí explicaciones a la Señora. No suelo cuestionar sus decisiones. —Se rio—. A menos, claro, que me sienta especialmente descarado o quiera que me castigue.

Me quedé boquiabierta.

—¿Eres un sumiso?

—Prefiero el término pasivo —respondió con una sonrisa—. Pero sí, lo soy.

—Oh —exclamé, sintiéndome un poco estúpida—. No me había dado cuenta.

—Me señalé el collar—. No podía distinguirlo.

Entonces levantó la mano derecha y por primera vez vi la muñequera de cuero que llevaba.

—No todos los collares se ponen en el cuello. Aunque también tengo algunos de éstos.

—Yo sólo tengo éste —dije.

Claro que ya sabía que la mayoría de las sumisas no llevaban collares de diamantes, pero pensaba que serían más evidentes.

« Idiota. Esto es lo que te pasa por hacer tantas conjeturas» .

Él encogió los hombros por debajo de la camiseta.

—El señor West siempre hace las cosas a su manera.

Entonces pensé que Jonah debía de saber mucho sobre Nathaniel aparte de su forma de ser como jefe. Sentí curiosidad por saber cuánto tiempo hacía que lo conocía, así que se lo pregunté.

—Ya hace tres años —respondió—. Y llevo uno trabajando para él. Es un buen jefe. Tiene la cabeza muy bien puesta sobre los hombros. No hay muchos directores ejecutivos que conozcan al supervisor de seguridad de los fines de semana. —Sonrió con despreocupación—. También es un buen Dominante. Ya lo he visto en acción varias veces.

—¿Ah, sí? —pregunté, con la esperanza de que no se notara lo mucho que estaba abriendo los ojos.

—Claro —respondió—. A él y a su anterior sumisa. ¿Cómo se llamaba?

—Beth —contesté, y me pregunté si asistiría a la fiesta.

—Exacto. Solían hacer demostraciones de vez en cuando.

Nathaniel llevaba más de diez años siendo Dominante. Me había contado muchas cosas sobre sus anteriores sumisas y las cosas que hacían. Yo ya sabía que había sido muy activo en la comunidad, como mentor y como participante. No me ponía celosa pensar que hubiera estado con otras mujeres antes de conocerme a mí. Me reconfortaba saber que yo era la que quería. En ese

momento y para siempre. Ninguna de sus anteriores sumisas dormía en su cama, ni se había hecho un lugar en su corazón y en su mente como yo. Y tampoco formaban parte de su sueño de la casita del árbol.

—¿Sabes? —dijo Jonah, interrumpiendo mis pensamientos—, también soy miembro de un grupo de sumisión que se reúne una vez al mes. ¿Te gustaría venir a nuestra reunión?

El último encargo que Nathaniel me hizo mientras estaba en China consistió en detallar dónde me veía, como sumisa, al cabo de cinco años. Yo había escrito que quería ser activa como mentora de nuevas sumisas, tal como había hecho él con otros Dominantes. Quería ayudar a otras personas, igual que Christine había hecho conmigo, y de la misma forma que me podría ayudar ese grupo.

—Sería genial —admití—. Y ¿qué hacéis?

Costaba mucho imaginar a un grupo de sumisos y sumisas hablando de, bueno, de cómo ser sumiso.

Él se inclinó sobre la mesa y cruzó los brazos.

—Depende —respondió—. En la última reunión, uno de los miembros nos trajo su receta de pasta casera y todos intentamos hacerla.

Mi carcajada atrajo la atención de algunos de los asistentes. Incluso Nathaniel me miró arqueando una ceja. Estaba hablando con la rubia.

—Perdona —me disculpé—. Sea lo que sea que hubiera imaginado que hacíais, definitivamente no tenía nada que ver con la pasta casera.

—No pasa nada. Supongo que al principio suena raro. También hablamos mucho sobre nuestro estilo de vida. Toma —añadió, cogiendo un trozo de papel de la mesa para escribir algo en él—. Éste es mi número. Llámame y te daré los detalles.

Cogí el papel.

—Gracias.

—Me tengo que ir —anunció, mirando por encima de mi hombro hacia donde fuera que estuviese Eve haciéndole gestos—. Te veo esta noche.

—Claro —respondí—. Será muy agradable conocer a alguien.

—Bueno —dijo, mirándome divertido—. No creo que te sea de mucha compañía; estaré atado. —Se acercó a mí—. La Señora y yo vamos a hacer una demostración de bondage japonés.

Mientras se alejaba, me sonrojé al pensar en lo mucho que probablemente acabaría viendo de él aquella noche.

—¿Nos vamos, Abigail? —me preguntó Nathaniel, apareciendo detrás de mí y posándome la mano en el hombro.

—Sí, Amo —contesté, sorprendida de la facilidad con que dije la palabra «Amo» y de que no me pareciera extraño decirla rodeada de aquella gente.

—Te he visto hablando con Jonah. Es un hombre brillante e inteligente. Supervisa a mis guardias de seguridad.

Eché a andar hacia la puerta.

—Me ha sorprendido mucho verlo aquí —comenté.

—Fue un detalle que Eve me dejara utilizarlo como lo hizo.

Recordé el papel de Jonah el día de nuestra representación. En ningún momento dejó de mirarme a la cara y no bajó la vista ni un segundo hacia el resto de mi cuerpo. Incluso cuando Nathaniel y yo salimos, vistiendo una ropa completamente distinta, se limitó a decirnos un « Que pasen un buen día ».

—Un gran detalle, Amo —convine.

—Estoy segura de que Eve lo recompensó debidamente. Le dije que era muy digno de su entrenamiento.

Sus palabras me sorprendieron.

—Espero que yo también sea digna de tu entrenamiento, Amo.

—Claro que lo eres, preciosa —respondió—. Y como has superado tu primera reunión con nota, te recompensaré debidamente cuando lleguemos a casa.

—Lo que más te complazca, Amo —dije con una sonrisa en los labios.

Mi recompensa consistió en permanecer atada a su mesa con los brazos en cruz, las piernas flexionadas y el culo en el borde de la misma, mientras él deslizaba los labios por mi cuerpo. Me mordisqueó y me lamió, más abajo, más abajo, más abajo, hasta que, Dios, oh, sí, justo ahí...

Nathaniel levantó la cabeza.

« ¿Qué narices? »

—Te puedes correr cuando quieras y todas las veces que quieras —me indicó, acariciándome la piel con su cálido aliento—. Pero no te puedes mover ni te permito que digas nada.

El diablo. Aquel hombre era el mismísimo diablo.

Y me encantaba.

Meforcé por quedarme quieta, mientras me daba placer con los labios, los dedos y la lengua. Me fue presionando lenta y metódicamente, sabía exactamente qué hacer y cómo reaccionaría mi cuerpo.

Mi primer orgasmo llegó muy despacio y me recorrió el cuerpo con suavidad. Consegui quedarme quieta sin problemas. Sin embargo, incluso a pesar de lo delicado y silencioso que fue, a Nathaniel no le pasó desapercibido.

—Sí —susurró—. Precioso.

Sus manos se tornaron más atrevidas y empezaron a acariciarme los pezones, los pechos y el vientre hasta que se concentró en la zona entre mis piernas. Esa vez fue más enérgico y me acarició el clítoris con la nariz —« Cielo santo, justo ahí »—, mientras me penetraba con la lengua.

Me costó más permanecer inmóvil cuando sentí aproximarse el segundo

orgasmo. Mis rodillas amenazaban con cerrarse y tuve que esforzarme para no levantar las caderas, cuando lo que realmente quería era presionarme contra su boca. Pero al final lo conseguí y me quedé inmóvil también la segunda vez.

—Excelente —dijo él, rozando la nariz contra mi muslo, mientras yo me relajaba—. Ahora me muero por follarte.

No era el único.

—Pero voy a esperar —añadió—. No podrás tener mi polla hasta después de la fiesta. Y sólo la tendrás si considero que te la has merecido.

Un absoluto diablo. Tal como pensaba.

Era una casa modesta, muy parecida a la de Paul y Christine. No había nada ostentoso ni vi fuera nada que diera ninguna pista de lo que estaba ocurriendo dentro. Aunque ése era parte del motivo por el que yo debía llevar un abrigo. Nathaniel me dijo que sería irrespetuoso por nuestra parte llegar exhibiéndonos.

Debajo del abrigo llevaba el conjunto que Nathaniel había elegido para mí: un precioso corsé de encaje negro. Tenía un poco de relleno en las copas para que no se me vieran los pezones, aunque sí se me veía un poco la piel del torso a través del encaje. Se completaba con unas delicadas medias y un ligero, con una falda tan corta encima que nunca se me ocurriría llevarla en público, pero que me encantaba poder lucir aquella noche. Nathaniel ya me había advertido que en algún momento quizá me pidiera que me quitara la falda, pero incluso aunque lo hiciera, sabía que un bañador revelaría tanto como lo que llevaba o incluso más.

Nathaniel no apartó la mano de mi espalda cuando nos acercamos a la entrada y le dio nuestros nombres al hombre que había en la puerta. Cuando nos dejó pasar, nos recibió una mujer que asumí que debía de ser la anfitriona.

—Hola, Nathaniel —lo saludó y, como ya empezaba a ser habitual, me pareció que tenía un aspecto de lo más normal—. Me alegro mucho de verte. —Se volvió hacia mí—. Ésta debe de ser Abby.

La saludé también, pero estaba ansiosa por ver el resto de la casa. Estaba casi desesperada por ver lo que ocurría en una fiesta como aquella. Al rato, Nathaniel avanzó conmigo y pude observar un poco más. Quería recorrer todos los rincones y verlo todo de golpe, pero me obligué a ir despacio.

Lo primero en lo que me fijé fue en que todas las puertas estaban abiertas.

—No se permite jugar con las puertas cerradas —me había explicado Nathaniel—. Si hay alguna puerta cerrada, significa que no se puede entrar en esa habitación, y si estás en una habitación, la puerta debe estar abierta.

Me pareció que tenía mucho sentido. Todo era más seguro de esa forma.

Oí unos suaves gemidos que procedían de una habitación muy cercana a nosotros, pero Nathaniel no se acercó. Nos quedamos en el salón y, aunque

algunas personas vinieron a hablar con nosotros, yo sabía que el motivo principal de quedarnos era que yo me fuera acostumbrando a estar allí.

Vi una o dos personas completamente desnudas y a muchos otros a los que les faltaba poco. La mayoría, como Nathaniel, llevaban vaqueros y una camiseta, aunque había varias mujeres que vestían conjuntos muy parecidos al mío. Una llevaba una correa que sostenía un hombre. Ella estaba arrodillada a sus pies y miraba el suelo mientras él hablaba con otra persona.

Aparte de los gemidos y del nivel de desnudez de algunos de los presentes, la fiesta podría ser como cualquier otra.

—Al contrario de lo que mucha gente cree —me había dicho Nathaniel—, estas fiestas no son orgías multitudinarias. Aunque sí existen grupos y clubes que ofrecen esa clase de cosas. Pero no es lo que a mí me gusta.

En las fiestas del grupo de Nathaniel no se permitía la penetración de ninguna clase.

—Ni siquiera entre parejas como nosotros —explicó—. Cualquiera que quiera seguir con el juego, deberá hacerlo después, en su propio tiempo y en su propio espacio.

Me sentí un poco aliviada al saber que no vería a nadie practicando sexo. Era agradable observar a otros, pero ése no era el motivo por el que estábamos allí.

Miré a Nathaniel y le rocé la mano con delicadeza, nuestra señal predeterminada para indicarle que estaba preparada para seguir explorando la casa. Él me miró arqueando una ceja y yo asentí.

Fuimos juntos a la siguiente habitación, aquella de la que procedían los gemidos de mujer. Cuando conseguimos abrirnos paso entre un pequeño grupo de personas, pude verla.

Estaba tumbada sobre una mesa acolchada muy parecida a la que tenía Nathaniel en su cuarto de juegos, mientras un hombre la azotaba con un látigo de tiras. Me sorprendió ver que era la rubia con la que había estado hablando Nathaniel después de la reunión. Quería preguntarle lo que quería, pero no había encontrado el momento. Y tampoco podía preguntárselo en medio de la fiesta.

«Luego», me dije.

—Mira cómo se arquea —me susurró él, para que sólo pudiera oírlo yo. Se puso detrás de mí y me rodeó la cintura con las manos mientras hablaba—. Cómo suplica en silencio el siguiente azote del látigo. Cómo lo desea su cuerpo.

Al observar cómo se movía mientras aquel hombre la azotaba, comprendí a qué se refería Nathaniel. Él caminaba a su alrededor con el látigo en la mano, mientras la provocaba, la atormentaba y jugaba con ella. Me sorprendió descubrir que me estaba moviendo al mismo ritmo que ella contra el cuerpo de Nathaniel.

Otra de las cosas que me impresionaron fue que no parecía que estuviéramos allí. Nadie nos prestaba ninguna atención. Tampoco a ella ni al hombre que la

azotaba parecía importarles, ni se mostraban nerviosos por estar representando una escena delante de otras personas. La libertad que vi en aquella mujer me excitó.

Nathaniel deslizó las manos hacia arriba y me rozó el lateral de los pechos.

—En tu diario decías que te gustaría convertirte en mentora dentro de cinco años —dijo—. ¿Sigues pensando lo mismo?

El hombre al que estábamos observando hizo impactar el látigo de tiras sobre el trasero de la mujer con un sonoro chasquido. Juro que pude sentir el calor en mi propia piel y me presioné contra Nathaniel.

—Sí, Amo —respondí.

—¿Algún día te gustaría convertirte en una participante más activa de una de estas fiestas? ¿Te gustaría que te observara todo el mundo mientras te azoto y te doy lo que tanto deseas? —me preguntó—. ¿Te gustaría servirme en público?

—Sí, Amo —contesté, presionándome contra él con más fuerza. No podía sentir su erección a través de los pantalones, pero estaba segura de que estaba ahí.

—¿Es una fantasía exhibicionista?

El estadio de fútbol. Paul y Christine. La biblioteca.

Los placeres traviesos aumentaban la excitación del riesgo de que alguien te sorprendiera.

—Sí, Amo.

Su voz sonó grave y profunda.

—Quítate la falda.

NATHANIEL

Habían pasado más de seis meses desde la última vez que asistí a una fiesta y debía admitir que me sentí muy bien al volver a estar entre mis iguales. Y aún me sentí mejor estando con Abby. Disfruté mucho observando la experiencia desde su inexperto punto de vista, pero aún me gustó más ver cómo su nerviosismo se convertía en excitación.

No conseguí concentrarme en la escena que se estaba representando; Abby atraía toda la atención de mi cuerpo y mi mente. Se movía contra mí y me rozaba cada vez que las colas del látigo aterrizaban sobre el trasero de la rubia. « Mary —me corregí—. La rubia se llama Mary » .

Era una de las chicas que le hizo llegar su solicitud a Godwin, el caballero que hacía una primera criba de mis candidatas a sumisa. La mandó en la misma época en que Abby me sugirió que quería enviar su solicitud por segunda vez. Pensaba que me bastaría con decirle a Godwin que no estaba interesado en Mary, aunque no se me había ocurrido pensar que ella asistiría a la fiesta de esa noche.

Se me acercó después de la reunión, mientras Abby rellenaba sus documentos.

Sí, le confirmé que recordaba que Godwin la había mencionado.

No, no estaba buscando una nueva sumisa.

No, no creía que jamás volviera a buscar una nueva sumisa.

Sí, asistiría a la fiesta.

No, no estaba interesado en participar en ninguna escena con ella.

Nunca, añadí al final, con la esperanza de disuadirla y conseguir que dejara de interrogarme.

Se lo tomó todo muy bien, aunque temía haber sido bastante seco. En otro momento y en otro lugar, quizá sí hubiera estado interesado. Estaba de buen ver y tenía una actitud despreocupada que podría atraer a muchos Dominantes, pero no a mí. Y menos cuando ya tenía todo lo que siempre había deseado.

Abby.

Cuando le ordené que se quitara la falda, no despegó los ojos de la escena que

se representaba delante de nosotros, pero se llevó las manos a la espalda. Se bajó la cremallera de la falda muy despacio, no sin antes acercarse un poco más a mí y rozarme la polla con la mano.

—Eres muy traviesa —le susurré, encantado con su lado juguetón—. Pagarás por esto, Abigail.

Cuando me acarició por segunda vez, me quedó bien claro que lo esperaba con ganas.

Se bajó la falda y la dejó caer al suelo para luego sacar una pierna y después la otra. Cuando me dio la falda, seguía mirando fijamente la escena que tenía delante.

—Dóblala y métetela en el bolso —le dije.

No había planeado que ella participara en nada durante la fiesta, sólo quería darle algunas sencillas órdenes. La amaba y la respetaba, pero también estaba decidido a presionarla. Asistir a una fiesta de ese tipo, quitarse la falda y pasearse por allí en corsé, ligeros y medias era presión más que suficiente por una noche. Tampoco quería asustarla.

Sin embargo, dado que sus metas a largo plazo coincidían con las mías, quizá al cabo de algunos meses pudiéramos celebrar nosotros una fiesta en casa. Presionarla un poco más. Quizá representar alguna sencilla escena de demostración. Cuando volvimos a casa después de la reunión, me contó su conversación con Jonah. Me alegraba mucho que él le hubiera pedido que se uniera a su grupo de sumisión. Allí encontraría mentoras y la amistad y el apoyo que la ayudarían a crecer y progresar.

«Escúchate, West —me reprendí—. Estás pensando en metas a largo plazo, en crecimiento y progreso en una fiesta. Relájate un poco, hombre».

La escena que estábamos observando estaba empezando a perder intensidad. Me miré el reloj. Ya casi había llegado la hora de la demostración de Eve y Jonah.

—Abigail —le dije, apartando su atención de la pareja—. Ven conmigo.

Yo le había dicho que debía caminar por detrás de mí y quedarse siempre lo bastante cerca como para que pudiera tocarla. Sabía que si la obligaba a concentrarse en algo la ayudaría a relajarse. Aunque mientras observaba la escena de los azotes, tampoco me pareció que estuviera muy nerviosa.

La guí por la zona del salón, que estaba unida a una cocina muy espaciosa. Ya le había explicado antes que el salón y la cocina se consideraban zonas neutrales. No se podía representar ninguna escena en ellas, aunque yo sabía que podía pedirle que me sirviera de formas discretas, como por ejemplo dándome de comer.

Vi un pequeño sofá de dos plazas junto a una mesa cerca de la cocina.

«Hum. Quizá más tarde».

La escena de bondage se iba a representar en una habitación del piso de

arriba. Como era algo nuevo para Abby, pensé que sería buena idea que viera cómo lo hacían otros antes de intentarlo.

Cuando elegimos un sitio, miré a mi alrededor y vi a algunas personas que conocía, pero la mayoría eran nuevas o desconocidas. Pensaba que Carter y Jen, una pareja con la que había jugado en el pasado, asistirían a la fiesta, pero de momento no había llegado. Me sentí un poco aliviado. Le había hablado de ellos a Abby, pero temía que fuera un poco raro. Además, había otra pareja en la fiesta que podía enrarecer bastante más las cosas, aunque de momento todo iba bien.

Eve y Jonah se estaban preparando para la demostración. Eve estaba detrás de él y le susurraba algo que no pudo oír nadie más. Jonah hablaba de vez en cuando y por sus labios se podía ver que decía: « Sí, Señora ».

Yo ya hacía varios años que lo conocía y me alegraba de que trabajara para mí. Me manejaba muy bien en su puesto de líder en el trabajo, pero en su vida privada ansiaba y necesitaba la dominación que le proporcionaba Eve.

Por supuesto, ella iba vestida para la ocasión, con unos tacones de aguja y una falda y un corsé ajustados de piel negra. Jonah, naturalmente, estaba desnudo.

Le había dicho a Abby que mientras estuviéramos viendo alguna escena debía colocarse delante de mí. Quería que pudiera disfrutar de la escena tranquila y quería poder susurrarle al oído. Mientras observaba a la pareja que tenía delante, le apoyé una mano en cada hombro y la atraje hacia mí.

—Jonah disfruta mucho de estas cosas —le susurré a modo de explicación, por si acaso le costaba conectar al enérgico hombre que había conocido por la tarde con el que tenía delante en ese momento—. Le encantan las demostraciones. El exhibicionismo —continué—. Le gusta casi tanto como hacer de mentor para otros. Es un tipo muy complejo y tiene una personalidad con muchas capas. —Le di un beso en la nuca—. Se parece a ti. Me alegro mucho de que se haya ofrecido a cobijarte bajo su ala.

Jonah sería un buen amigo para ella. Era un confidente reputado y alguien de fiar.

La demostración dio comienzo y Eve empezó a hablar sin traspasar la fina línea entre instruir a los asistentes y mantener parte de su atención puesta en su sumiso.

Cogió dos cuerdas y explicó brevemente la diferencia que había entre ellas.

—Yo utilizo las cuerdas con dos propósitos —musité al oído de Abby mientras ella observaba. Dejé resbalar las manos por sus brazos y le puse las muñecas a la espalda—. El primero es inmovilizarte y conseguir que te estés completamente quieta para darme placer. ¿Te acuerdas del fin de semana que te fotografié?

Yo sabía que recordaría ese fin de semana y cómo la mantuve atada mientras la tomaba por detrás.

—El segundo —continué— es provocarte y atormentarte. Y todo se basa en

las cuerdas y el lugar en que se sitúan los nudos.

Guardé silencio un segundo para que pudiera prestar atención a lo que estaba haciendo Eve. La Dominante cogió un trozo de cuerda y la ató alrededor del muslo de Jonah, mientras explicaba la clase de nudo que estaba utilizando.

—Si se hace bien —le dije a Abby, mientras Eve seguía atando la cuerda alrededor de las caderas de Jonah—, podrías llevar las cuerdas debajo de la ropa. —Le agarré los pechos—. Imagínate lo que sentirías caminando con cuerdas pegadas aquí. La presión. Los tirones. La fricción. —Bajé las manos hasta sus caderas—. O aquí. Imagina cómo podría pasártelas entre las piernas, de forma que ejercieran la presión justa para atormentarte. Podría dejártelas puestas durante horas y obligarte a hacer vida normal sin dejar que llegaras al orgasmo.

Seguimos observando algunos minutos más.

—Esta noche está utilizando cuerdas negras —le susurré, mientras Eve explicaba varias cosas que tener en cuenta respecto a la seguridad de las cuerdas—. Y aunque me parece una buena elección, creo que contigo utilizaría el rojo. —El cuerpo de Abby se estremeció cuando le deslicé las manos por la espalda—. Contrastarían muy bien con la palidez de tu piel.

Eve le estaba haciendo algo a Jonah, podía oír sus gemidos, pero yo estaba concentrado en Abby.

—La clase de bondage que quiero utilizar puede resultar muy intenso —expliqué, mientras de fondo Eve le ordenaba a Jonah que guardara silencio—. Necesitamos un fin de semana largo. ¿Qué te parece, Abigail? ¿Te excita la idea?

—Sí, Amo —susurró.

—Y ¿cuándo te parece que puede ser el momento? —le pregunté. El día festivo más cercano era el Día del Trabajo.

—En agosto podré disponer de una semana entera.

Abby me había dicho que Martha le iba a dar unos días libres.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Hum —murmuró, mientras yo le acariciaba las caderas—. Sí, Amo.

—Lo marcaré en el calendario.

Cuando Eve acabó de atar a Jonah, le habló directamente durante algunos segundos y luego empezó a desatarlo muy despacio.

—Por muy erótico que pueda resultar atar a alguien —le susurré a Abby—, desatarlo también puede ser muy estimulante. —Le pasé las manos por los brazos—. Imagina mis manos liberándote muy despacio de la presión de las cuerdas. Mis labios repasando su recorrido con suavidad. ¿Puedes sentirlo?

—Quiero sentirlo, Amo.

La primera cuerda se descolgó por el brazo de Jonah.

—¿Ves las marcas? —le pregunté—. Son muy débiles, pero están ahí.

Las cuerdas no habían estado contra su piel el tiempo suficiente como para dejar marcas muy profundas, pero si se observaba con atención, podían

apreciarse. Mientras observábamos, Eve empezó a desatarle las piernas.

—Cuando yo te quite las cuerdas, tus marcas serán evidentes —le indiqué—. Las repararé con los dedos y la sensación será muy distinta a la de cualquier cosa que hayas experimentado antes.

Pocos minutos después, la demostración se acabó y la gente se fue marchando.

—Abajo hay un sofá de dos plazas cerca de una mesa —le dije a Abby—. Ve a servir un plato de comida y coge una botella de agua. —No me apetecía ningún refresco y el alcohol estaba prohibido—. Yo bajaré dentro de diez minutos para que me sirvas. Si el sofá está ocupado, quédate de pie junto a él y espera a que se quede libre.

Alimentarme sería una forma muy leve de servirme en público, pero la excitaría. Estaba seguro de ello. Abby tenía una vertiente exhibicionista y ésa sería una sutil forma de explorar esa faceta.

Cuando se marchó, me di la vuelta para hablar unos minutos con Eve sin dejar de mirar el reloj para controlar el tiempo.

—Es encantadora —comentó ella, cuando se hizo evidente que mi cabeza no estaba en nuestra conversación.

—Gracias —contesté—. Estaba un poco nerviosa por venir aquí esta noche, pero creo que lo ha hecho muy bien. Me alegro de que Jonah haya hablado hoy con ella.

Eve lo miró, estaba agachado ordenando las cuerdas y guardándolas. A primera vista no parecía que encajaran, pero yo sabía que compartían un vínculo muy profundo.

—Me ha dicho que la ha invitado a la siguiente reunión —dijo.

—Me alegro mucho —contesté—. Le vendrá muy bien estar con otros sumisos. Asegúrate de darle las gracias de mi parte.

Ella sonrió con picardía.

—Oh, lo haré —convino—. Puedes estar seguro.

Yo le devolví la sonrisa y seguía sonriendo cuando bajé la escalera poco después. Volví a mirar el reloj. Abby me estaría esperando. Le pediría que me diera de comer durante algunos minutos y luego la dejaría que fuera a buscar su propio refrigerio. Para entonces, probablemente ya habría tenido suficiente contacto con la gente. Nos íbamos y la llevaría a casa para disfrutar un poco en el cuarto de juegos...

Cuando llegué al último escalón, se me congeló la sonrisa.

Ella estaba junto al sofá, como le había pedido que hiciera, y tenía un plato con comida y una botella de agua en las manos. Estaba de pie porque el sofá estaba ocupado.

Ocupado por la única pareja que no quería presentarle: Nicolas y Gwen.

Mis ojos pasaron por encima de Gwen. Vi que estaba desnuda arrodillada

junto a Nicolas y que él asía su correa. Ella no me vio y yo no hice ningún movimiento para llamar su atención. Tampoco me planteé si sentía algo especial al verla, estaba concentrado en Abby.

Ésta negó con la cabeza, respondiendo negativamente a algo que dijo Nicolas. Él levantó el brazo, quizá con intención de tocarla o quizá no, pero era una posibilidad.

Crucé la sala en menos de dos segundos.

—Ni se te ocurra —le advertí con un suave susurro, para que no me oyeran los demás asistentes a la fiesta.

Su mano se quedó inmóvil y él se volvió hacia mí con una sonrisa de absoluta felicidad maligna en la cara.

—West —dijo, dejando caer la mano sobre su regazo—. Qué agradable sorpresa. Hacía meses que no te veía.

Miré a Abby. Tenía unos ojos abiertos como platos.

—¿Te ha tocado? —le pregunté—. ¿Te ha dicho algo inapropiado?

Nicolas no era un mal Dominante y yo me estaba arriesgando mucho al sugerir tal cosa.

—No, Amo —respondió ella.

—¿Amo? —repitió Nicolas—. Oh, ¿es tuya, West? —prosiguió sin esperar respuesta—. Cuesta distinguirlo, con ese collar tan mínimo que lleva. —Hizo un gesto en dirección a la mujer que estaba a sus pies, con un grueso collar de cuero negro—. Deberías marcar tu propiedad de un modo más adecuado.

Me dirigí a él con los dientes apretados.

—No creo que necesite tus consejos.

—¿Ah, no? —preguntó—. Lamento discrepar. Y estoy seguro de que esta chica diría lo mismo, pero esta noche no puede hablar. Si no, podrías preguntárselo tú mismo.

Abby nos estaba observando, mirando alternativamente a Nicolas y Gwen como si estuviera viendo un partido de tenis.

« Joder » .

Gwen mantuvo la cabeza gacha durante toda la conversación. Sabiendo lo que sabía de ella, no esperaba menos.

Pero Nicolas no estaba sujeto a tales restricciones y no dejaba de mirar a Abby de arriba abajo.

—Había oído decir que tenías una nueva sumisa —comentó—. Y que estabas... ¿cómo se dice? Ah, sí, ¿enamorado?

—Cierra la puta boca —le advertí, apretando los puños. No habría sido muy inteligente por mi parte empezar una pelea en ese momento. En público. Y en una fiesta.

—No está mal —declaró—. Quizá algún día tenga la oportunidad de disfrutar de ella.

Estaba cruzando la línea. Cuando estuviera más relajado, tendría que pensar en qué hacer al respecto.

Me acerqué a Abby y le quité el plato y la botella de agua. «Lo siento», le dije en silencio, colocándome entre ella y Nicolas.

—Abigail —dije en voz alta—. Vuelve a ponerte la falda.

Uno de los vigilantes me tocó el hombro y relajó inmediatamente el ambiente.

—¿Hay algún problema, amigos?

—No —contestamos Nicolas y yo al unísono.

—Si no pueden actuar civilizadamente, tendré que acompañarlos a todos a la calle —añadió el hombre.

Probablemente quedaría mal que Abby y yo nos marcháramos, pero en ese momento no me importaba. Ver a Nicolas mirándola. Verla a ella con Gwen a sus pies, imaginando...

—Nosotros ya nos íbamos —me excusé, dejando el plato y el agua en la mesa y cogiendo a Abby de la mano.

Pero, por supuesto, Nicolas aún no había tenido suficiente.

—Cuando tampoco puedas darle lo que necesita —comentó, mientras nos abríamos paso por el salón en busca del abrigo de Abby—, asegúrate de darle mi número. Es posible que en su caso no me importe ser el segundo plato.

Su risa resonó por detrás de nosotros.

El camino a casa fue muy silencioso. Al mirar atrás ahora, creo que Abby tenía miedo de hablar. No debía estar segura de qué decir. Pero en ese momento di por hecho que no hablaba porque llevaba puesto mi collar y no quería ser la primera en decir algo o meter la pata.

No tengo muchos recuerdos del trayecto, pero tuve la sensación de que llegamos enseguida.

Cerré la puerta del coche de un portazo y lo rodeé para abrirle la suya a Abby. No dije ni una sola palabra cuando ella salió y subió la escalera de la puerta principal detrás de mí.

—En el cuarto de juegos en diez minutos —dije, porque era lo que ella esperaba y lo que supuse que querría.

Saqué a *Apolo*, pero lo hice todo de forma mecánica. Un pie detrás del otro. Nada conseguía alejar mi mente de Nicolas y Gwen y el millón de emociones que me habían provocado.

Cuando subí, Abby estaba arrodillada sobre un cojín. Seguía llevando el conjunto de la fiesta.

«No le has dicho que se lo quite».

Le pedí que se desnudara y que se acercara a la mesa acolchada, aunque,

para ser sincero, debo admitir que no tenía ningún plan concreto sobre lo que iba a hacer. Ella se puso de pie, se desnudó rápidamente y se dirigió a la mesa.

Mientras lo hacía, yo me acerqué a los armarios, esperando inspirarme con lo que encontrara en ellos. Cogí un látigo de puntas muy pesado y recordé la última vez que lo utilicé. Fue con Gwen. Deslicé los dedos entre las colas.

La voz de Nicolas resonó en mi cabeza: « Cuando tampoco consigas darle lo que necesita...» .

Me dije que yo era exactamente lo que Abby necesitaba. Me di media vuelta. Ella ya estaba en posición, tumbada sobre la mesa, esperando.

« ¿Por qué no se me ocurrió pensar que Nicolas y Gwen estarían en la fiesta? ¿Por qué no pensé en advertirle a Abby sobre él?»

Di unos lentos y cuidadosos pasos hasta donde ella me esperaba.

« Debería habérselo dicho cuando los vi» .

Ella seguía esperando.

Llevé la mano libre hacia atrás y la azoté unas cuantas veces. Abby se quedó completamente quieta, mientras su piel se tornaba rosada.

« Yo siempre seré lo que ella necesita» .

Levanté el látigo y la azoté en los muslos. Inspiró hondo. Me lo tomé como una señal para seguir adelante y la azoté más arriba. La siguiente vez lo hice en su trasero.

Cuando bajé el látigo por tercera vez, seguía oyendo la risa de Nicolas en mi cabeza.

Abby se movió delante de mí.

—Amarillo.

El tiempo se detuvo.

—Amarillo —musitó de nuevo—. Por favor.

Yo parpadeé.

Me quedé mirando horrorizado el látigo que tenía en la mano.

« ¿Qué estoy haciendo?»

—Para —susurré cuando el látigo cayó al suelo. Y entonces dije más alto—: Rojo. Oh, joder. Rojo.

Ella se volvió y me miró por encima del hombro.

—¿Amo?

—Lo siento. —Negué con la cabeza—. No puedo.

Parecía verdaderamente preocupada por primera vez.

—¿Nathaniel?

Yo me di media vuelta, me metí en el servicio que había en el cuarto de juegos y cogí un albornoz que había colgado. Cuando regresé, la envolví con él, le quité el collar y me lo metí en el bolsillo.

Cuando me cogió de la mano, estaba temblando.

—¿Vienes conmigo a la habitación?

—Nathaniel, ¿estás bien? —me preguntó cuando salimos al pasillo.

No respondí. No sabía qué decir.

Cuando llegamos al dormitorio, me subí a la cama, la estreché contra mi pecho y le olí el pelo. La necesitaba para tranquilizarme después de aquella noche tan intensa. Necesitaba sentirla entre mis brazos y saber que estaba conmigo.

—Lo siento —dije por fin—. No debería haberte pedido que fueras al cuarto de juegos esta noche. No después de lo que ha pasado en la fiesta. Gracias por utilizar la palabra de seguridad.

—¿Qué ha pasado?

—No me encontraba en el estado anímico adecuado —expliqué—. No después de verlos. Pero pensaba que podría hacerlo. Pensaba que era lo que tú querías y que te decepcionaría si no lo hacía.

—Esto no es por esa pareja, ¿verdad?

—Lo siento —repetí—. Debería haber supuesto que estarían allí y haberte hablado de ellos. Cuando los he visto por primera vez debería haberte dicho algo.

—¿Quiénes son? —Alargó los brazos y me pasó las manos por el pelo. No me había dado cuenta de que yo me lo estaba estirando.

—Cuando Melanie y yo rompimos —contesté—, bueno, cuando yo rompí con ella, volví a mi estilo de vida con mucha intensidad. Llevaba más de seis meses sin jugar y estaba ansioso por volver.

Abby asintió.

—Lo entiendo.

—Gwen y yo nos conocimos en una fiesta. Gwen es la mujer que estaba hoy con Nicolas —expliqué—. Nunca llegué a ponerle mi collar. No conseguimos pasar del fin de semana de prueba.

—¿Por qué?

—Ella necesitaba más de lo que yo podía darle.

Abby ladeó la cabeza.

—¿Como Melanie?

—No —respondí y luego susurré—. Necesitaba más dolor.

Me sentí culpable al recordar que cuando Jackson me preguntó si conocía alguna mujer soltera el primer fin de semana que yo pasé con Abby, bromeé conmigo mismo pensando en darle el teléfono de Gwen.

—Oh —musitó Abby.

—Ella no paraba de decir «verde». Siempre quería más —continué—. Y yo no podía hacerlo. Es como lo de la asfixia erótica, yo conozco mis límites. Sé la cantidad de dolor que soy capaz de provocar y lo que no puedo hacer.

Ella asintió.

—¿Y Nicolas?

—Es evidente que le da lo que necesita —respondí—. Y me parece bien. Es

un capullo, pero no es un abusón. Pero eso que ha dicho sobre jugar contigo ha estado fuera de lugar. Ya pensaré en qué hacer al respecto.

Abby resopló.

—Estoy de acuerdo contigo en eso de que es un capullo.

—Me gustaría que en algún momento habláramos de los límites del juego y de cuándo se convierten en un abuso —proseguí—. Creo que es importante. —Reflexioné un segundo—. Quizá podamos sugerir un debate abierto en la próxima reunión.

—¿Te refieres a cuando alguien pide algo peligroso? —preguntó—. ¿Eso fue lo que hizo Gwen?

—No me pidió nada peligroso —le aclaré—. Sólo me pidió más de lo que yo estoy dispuesto a dar. Por eso es tan importante conocer los propios límites, tanto si eres Dominante como si eres sumiso. Yo sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar. No creo que le fallara. Sencillamente éramos incompatibles. Debería haber imaginado que no funcionaría. Después de Gwen, le di a Godwin instrucciones más severas.

—¿Esto es porque me has visto junto a Nicolas?

Yo cerré los ojos un momento y asentí.

—Sí, creo que ha sido por eso, y por lo que ha dicho de que tampoco podré darte lo que necesitas.

—Oh, Nathaniel.

—Creo que eso ha conectado con mis antiguos miedos —susurré—. Me ha puesto de mal humor y luego no he conseguido volver al estado de ánimo necesario para jugar.

—No se te habrá ocurrido pensar que te podría dejar por Nicolas, ¿no?

—Dios, no. Eso ni se me ha pasado por la cabeza. —Sonreí por primera vez desde hacía horas—. Es un progreso, ¿no?

—Supongo que sí —dijo ella. Esbozó una sonrisa tan amplia que no pude evitar inclinarme y besarla—. Hum —murmuré—. ¿A qué ha venido eso?

—Por quererme —respondí—. Por apoyarme. Por confiar en mí. —Me retiré, sintiéndome un poco mejor después de haber hablado del tema—. No debería haberte dicho que fueras al cuarto de juegos.

—Pero te has parado —contestó—. Lo he dejado seguir demasiado tiempo y por eso te pido perdón.

—Me diste las palabras de seguridad por un motivo. Ahora comprendo por qué.

—¿Por qué has dicho «amarillo»?

—Me sentía rara —confesó—. Todo ha sido muy extraño después de la fiesta. Luego, cuando me he dado cuenta de que estabas usando un látigo distinto y la sensación era más intensa, he sentido la necesidad de ralentizar un poco las cosas. Volver a donde necesitaba estar.

Le acaricié la espalda y alargué el brazo para tocarle el culo.

—¿Te he hecho daño? ¿Estás dolorida?

—Estoy bien —contestó—. Te lo prometo.

—Te quiero —dije, sintiendo la necesidad de decir esas palabras.

—Y yo te quiero a ti —respondió, probablemente consciente de lo mucho que necesitaba escucharlo.

—Así que Gwen...

—¿Qué pasa con ella?

—Jugaste con ella.

Me encogí de hombros.

—No lo hice durante mucho tiempo, pero sí. ¿Te incomoda ver sumisas con las que he jugado?

Ella frunció el cejo, concentrada.

—Es raro, pero no me resulta incómodo. Ya sé que tuviste otras sumisas antes de conocerme.

—Eso no es lo mismo que verlas.

—Sí, pero sigue siendo lo mismo. Conozco tu pasado. En realidad, adoro tu pasado. Es lo que te ha hecho ser como eres. —Me cogió la cara entre las manos y me miró fijamente a los ojos—. Y tú, todo tú, pasado, presente, todo, eres el hombre al que quiero.

Le sostuve la mirada.

—Puede que no hayas sido mi primera sumisa —susurré—, pero te juro por lo que más quiero que serás la última.

Ella se inclinó hacia adelante para besarme.

—Más te vale.

Sentí sus suaves y delicados labios sobre los míos.

Justo lo que necesitaba.

Mientras me ataba la cuerda alrededor del muslo izquierdo, pensé en las últimas semanas y en todo lo que había ocurrido desde la noche en que los dos utilizamos las palabras de seguridad.

Nathaniel se negó a volver a ponerme el collar aquella noche. En lugar de jugar, nos fuimos a la cama y dormimos abrazados. Aún recuerdo cómo me dormí con su pierna casi protectoramente puesta encima de mi muslo. La mañana siguiente seguimos hablando sobre Gwen y Nicolas, e incluso sobre Mary. A media mañana, los dos estábamos más tranquilos y relajados y acordamos que llevaría el collar durante el resto del día.

Después de lo que ocurrió aquella noche, me sentía aún más conectada con él. Estaba claro que yo ya sabía que él aflojaría el ritmo o se detendría si yo utilizaba la palabra de seguridad, pero de algún modo, haberlo experimentado me confirmó lo mucho que podía confiar en él. Nathaniel me dijo que lo que pasó a él le había afectado de la misma forma y que se sentía mejor sabiendo que yo utilizaría mis palabras de seguridad cuando las necesitara.

Fui a la reunión de sumisión y Jonah me presentó enseguida a todo el grupo. Además de todo lo que aprendí sobre el estilo de vida, me sorprendieron mucho los sentimientos que me suscitaron los distintos miembros del grupo.

Jonah era como mi hermano mayor, se reía y se mostraba seco en algunas ocasiones, era protector y comprensivo. Como era uno de los más experimentados, todo el mundo se fijaba en él. Enseguida supe que él y su Señora eran muy respetados en la comunidad.

Las acciones de Nicolas no pasaron desapercibidas la noche de la fiesta y, según Jonah, poco después de que nos fuéramos Nathaniel y yo, le pidieron que se marchara y que no volviera por allí. Sin embargo, Gwen seguía siendo bienvenida y me sorprendió mucho ver que había asistido a mi primera reunión.

Parecía una mujer independiente y segura de sí misma. Me costaba relacionarla con la sumisa desnuda que vi arrodillada a los pies de Nicolas. Y lo más sorprendente fue que, a pesar de saber que había jugado con Nathaniel, no sentí recelo hacia ella.

De la mujer que me sentí más celosa fue de Jen. Cuando lo pienso, sé que no tiene ningún sentido, porque Jen mantenía una estrecha relación con Carter, había jugado con Nathaniel muy pocas veces y siempre en presencia de Carter. No obstante, supongo que los celos son así. No tenía por qué tener ningún sentido. Especialmente sabiendo que Nathaniel no sentía nada por ella. Así que conseguí ignorar esa sensación.

Y debo admitir que me sentía un poco superior a Mary. Yo tenía lo que ella quería. Nathaniel era mi Amo, mi amante. Yo llevaba su collar y eran sus manos las que dictaban los movimientos de mi cuerpo durante los fines de semana. Ella podía mandarle su solicitud a Godwin todas las veces que quisiera. Jamás conseguiría que fuera suyo.

—¿Hay algún motivo que explique esa sonrisa vengativa, Abigail? —me preguntó Nathaniel, devolviéndome a la realidad de lo que estábamos haciendo.

—No, Amo —dije.

Pensé contarle lo que estaba pensando y quizá añadir algún comentario ácido, pero decidí no hacerlo. A fin de cuentas, había un momento y un lugar para esa actitud peleona que tanto le gustaba.

Nathaniel arqueó una ceja.

—¿Tenemos que pasar unos minutos por el potro para centrarte?

Vaya, vaya. Decididamente, no era el momento de ponerse peleona.

No me pasó por alto que él había usado el plural y que, por tanto, la decisión final sería mía.

—No, Amo —contesté, con la esperanza de haber eliminado de mi cara cualquier rastro de sonrisa.

Me lanzó una mirada severa antes de retomar su tarea y seguir con los nudos. Habíamos pasado bastante tiempo de los últimos fines de semana (y una divertida noche de miércoles) trabajando para llegar a ese punto. Un día me ató el pecho con multitud de cuerdas y nudos; otro día me ató las piernas. El fin de semana sería una combinación de ambos.

Como no me dijo que no lo hiciera, cerré los ojos y me concentré en sus manos mientras me rodeaba con la cuerda. Trabajaba metódica y lentamente, cogiendo una cuerda y rodeando la parte superior de mi pierna antes de repetir lo mismo con la otra.

Sus labios se deslizaron por mi vientre y me habló con suavidad.

—Te estoy atando para mi placer —dijo—. Vas a pasar todo el día y toda la noche con las cuerdas. —Me deslizó la mano entre las piernas—. Te voy a hacer algunos nudos aquí para provocarte y no tendrás permiso para correrte hasta que yo te lo diga.

« Jodeeeeeer » .

Nathaniel siguió hablando:

—Te he dejado un vestido preparado. Te lo pondrás para ir a casa de Linda.

Nadie sabrá ni será capaz de adivinar lo que llevas debajo. —Se rio—. O lo que no llevas.

Algo me dijo que no habría bragas junto al vestido.

—Te pondré unos ganchos para que te los puedas quitar rápido justo aquí —me explicó, rozándome por debajo del ombligo—. Cuando tengas que ir al servicio, me tendrás que pedir permiso y yo te quitaré la cuerda de entre las piernas.

Faltaban pocas horas para que diera comienzo el picnic en casa de su tía. Todo el mundo estaría allí. La familia llevaba sin reunirse casi un mes por culpa de nuestras apretadas agendas. Tenía muchas ganas de ir.

Nathaniel me puso una cuerda delgada entre las piernas y se aseguró de que me rozaba lo justo.

Tenia muchas ganas de ir por más de un motivo.

—Esto es sólo el principio —me susurró.

—Estás preciosa —me dijo, mientras me llevaba en coche a casa de Linda.

—Gracias, Amo.

Tal como me había dicho, las cuerdas quedaban discretamente escondidas bajo el vestido que había elegido. Llevaba cuerdas alrededor de los muslos, la cintura y entre las piernas. Se había negado a dejarme llevar sujetador. En lugar de eso, me había atado unas cuerdas rojas alrededor del tórax, tanto por encima como por debajo de los pechos, y llevaba más cuerdas en medio. A pesar de que el vestido era de manga corta, el cuello alto ocultaba la que me rodeaba la nuca.

Cuando movía los brazos de la forma adecuada, la tensión de las cuerdas tiraba de la tela del vestido y me rozaba los pezones desnudos provocándome un escalofrío.

—Creo que me gustaría escuchar un poco de jazz —comentó Nathaniel.

«Sí, cuando me muevo justo así».

—Gracias, Abigail —dijo, con una sonrisa que me dio a entender que sabía perfectamente lo que sentí cuando me incliné hacia adelante para cambiar la emisora.

—No, Amo —contesté, mientras las suaves notas de jazz empezaban a sonar en el coche—. Gracias a ti.

Una hora después, estaba en el jardín hablando con Linda y Elaina mientras Todd, Jackson, Nathaniel y Felicia jugaban un partido de baloncesto poco equilibrado. Yo decliné la invitación a unirme, principalmente porque llevaba vestido. Los deportes no eran mi pasatiempo favorito, aunque supongo que jugar con las cuerdas alrededor del cuerpo habría hecho que todo fuera mucho más

interesante.

—Nathaniel nos ha dicho que os vais a Florida el mes que viene —comentó Linda.

—A Orlando, sí —contesté—. Tengo muchas ganas. Llevo años sin disfrutar de unas buenas vacaciones.

—Nathaniel también —intervino Elaina.

—Pues me temo que para él esto tampoco serán unas verdaderas vacaciones —dije—. Hay una conferencia sobre economía y él tiene que pronunciar el discurso de apertura.

Llegaríamos el sábado y nos quedaríamos hasta el viernes siguiente. Yo tenía muchas ganas de hacer ese viaje, porque nos daría la oportunidad de explorar nuevas formas de jugar.

—Tú sólo prométeme que conseguirás sacarlo de ese traje durante algunas horas —me pidió Linda—. Le iría muy bien descansar y relajarse un poco.

Elaina se acercó a mí y me susurró:

—Estoy segura de que conseguirás quitarle el traje durante algo más que unas cuantas horas.

Yo me reí.

—Seguro que sí.

Estaríamos en Florida tanto entre semana como en fin de semana y si me salía con la mía, cuando Nathaniel estuviera fuera de la sala de conferencias, no llevaría ese traje ni un minuto. En realidad, no llevaría nada.

Linda le dirigió a Elaina lo que debía de ser una mirada estricta, pero sólo consiguió hacernos reír aún más. Me encantaba lo unida que estaba aquella familia. Y que nos hubieran recibido a Felicia y a mí con los brazos abiertos.

Tal como había vaticinado Nathaniel, nadie se dio cuenta de lo que yo llevaba debajo del vestido. A mí me gustaba pensar que Linda no sabía nada de nuestro estilo de vida. A fin de cuentas, nunca había insinuado que lo supiera. Por otro lado, las dos nos habíamos unido mucho durante los últimos meses y la consideraba como una segunda madre.

Elaina era como la hermana que nunca tuve. A pesar de que ella sí conocía los detalles de la relación que manteníamos Nathaniel y yo, nunca hablaba del tema conmigo y, para ser sincera, yo lo prefería.

No sé si Jackson estaba al corriente. Nathaniel me dijo que por el momento no, así que yo actuaba como si así fuera. Existía la posibilidad de que se lo hubiera dicho Felicia, pero si lo había hecho, lo cierto era que él no me trataba de manera distinta.

No me di cuenta de que el partido había acabado hasta que me rodearon unos fuertes brazos muy calientes.

—¡Uf! —exclamó Elaina a mi lado, apartando a Todd. Su marido la había abrazado de la misma forma que Nathaniel a mí—. Estás sudando.

« Hum. Nathaniel » .

—¿Estás bien? —me susurró.

—Sí —contesté, sin añadir la palabra « Amo » . Estábamos demasiado cerca de su familia y alguien me podía oír.

Me estrechó con más fuerza y ejerció la presión justa sobre las cuerdas.

—¿Estás segura?

Yo cerré los ojos y me recosté contra él, mientras me recorría una oleada de deseo.

—Mucho.

—¿Me lo dirás si no es así? —preguntó.

—Sí.

—Lo estás haciendo muy bien —musitó. Se separó de mí antes de que yo pudiera responder—. ¿Puedo ayudarte con la comida? —se ofreció.

—No —respondió Linda—. Todo está listo.

Jackson se acercó a nosotros y cogió la bebida que le ofrecía Felicia.

—Te hemos echado de menos en el partido, Elaina.

Ella quitó una hebra imaginaria de la camisa a Todd.

—Por lo visto, cuando Todd estudió medicina le explicaron que las mujeres embarazadas no pueden practicar según qué deportes.

Todos tardamos unos segundos en asimilar lo que había dicho y luego todo el mundo habló a la vez.

—¿Estás embarazada?

—¿Por qué no lo habías dicho antes?

—¿De cuánto estás?

Elaina y Todd se quedaron allí de pie, mirando a su familia y sonriendo.

—De diez semanas —respondió Elaina cuando nos quedamos en silencio el tiempo suficiente como para que pudiera decir algo—. Ayer le oímos los latidos del corazón.

Antes de que Nathaniel y yo pudiéramos unirnos al resto de la familia para felicitar y abrazar a los futuros padres, él me pasó un brazo por la cintura.

—La casa del árbol será mucho más divertida con sobrinas y sobrinos corriendo por allí, ¿no crees? —me susurró.

Yo me volví hacia él y nuestros labios se fundieron en un dulce beso.

Cuando volvimos a nuestra casa (todavía me seguía costando ver aquella imponente mansión como nuestra), me dijo que subiera a prepararle la ducha. Era una nueva clase de orden, pero no me resultó tan inesperada. A fin de cuentas, Nathaniel había estado sudando y necesitaba ducharse.

Para cuando subió, después de sacar a *Apolo*, yo ya había abierto el agua y colocado algunas toallas en el toallero radiador. También me pareció que lo más

correcto era que me quitara el vestido, así que lo hice. No sabía si debía ponerme de rodillas o quedarme de pie, de modo que cuando llegó aún seguía de pie.

Nathaniel miró el vestido, que yo había dejado en el suelo.

—¿Va todo bien, Abigail?

—Sí, Amo —dije. Él seguía vestido. Estaba absolutamente delicioso.

—¿Necesitas usar el servicio?

Pues sí. Ahora que lo mencionaba, sí.

—Por favor, Amo.

Cruzamos el cuarto de baño y él me quitó con rapidez la cuerda de entre las piernas. Aunque tomándose un momento para jugar con mis pezones expuestos.

Yo gemí al sentir la presión de su pulgar.

Nathaniel se rio y me dio un seco azote en el trasero.

—Date prisa en volver. Necesito tu ayuda.

Su cuarto de baño era enorme. Durante el fin de semana, pensaba en ese espacio como suyo, a pesar de que había pruebas de nuestra convivencia en uno de los tocadores. Los fines de semana, yo solía utilizar el del cuarto de las sumisas.

Cuando volví, Nathaniel ya se había desnudado. Intenté no pensar que desnudo estaba todavía más delicioso, pero fracasé estrepitosamente. Sonrió como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Maldita fuera.

—Luego, Abigail.

Claro. Me había dicho que no habría orgasmo hasta que él me diera permiso.

Maldije de nuevo.

Me deslizo las manos por todo el cuerpo para provocarme y hacerme cosquillas mientras manipulaba la cuerda que llevaba entre las piernas. Para mí suponía un verdadero reto quedarme quieta estando tan cerca de él cuando los dos estábamos desnudos, pero conseguí controlarme.

Me volvió a colocar la cuerda, le dedicó a mi clitoris una última y suave caricia y susurró:

—Lo estás haciendo muy bien.

Yo moví las piernas; ya estaba acostumbrada a la forma en que las cuerdas tiraban de mi cuerpo y al suave y constante tormento.

—Gracias, Amo.

Sonrió.

—Ya estoy listo para mi ducha.

Oh, claro, la ducha.

Abrí la mampara del enorme espacio, comprobé el agua para asegurarme de que estaba a la temperatura adecuada y di un paso atrás para dejarlo entrar. Nathaniel pasó por mi lado y por un momento me pregunté si debía seguirlo. No

estaba segura. Supuse que las cuerdas se podrían mojar y no pasaría nada, ¿no?

—Abigail —dijo, colocándose bajo una de las alcachofas.

—¿Sí, Amo?

—Necesito tu ayuda —contestó. Su voz había sonado grave y con cierta brusquedad. Al mojarme, la presión de las cuerdas aumentó un poco, pero me obligué a concentrarme en él en lugar de pensar en mi cuerpo.

No era tan difícil. Se colocó debajo del agua mientras yo ajustaba los chorros laterales y luego se sentó en uno de los bancos.

Durante la semana, nos duchábamos muchas veces juntos. Hacerlo era una de mis formas preferidas de levantarme. Por las noches compartíamos una botella de vino mientras nos relajábamos en su enorme jacuzzi climatizado.

Pero entonces me recordé que aquél no era Nathaniel, era mi Amo.

Cogí su champú y me puse un poco en la mano. Empecé a masajearle la cabeza y a frotarle el cuero cabelludo con los dedos, con suavidad, tal como sabía que le gustaba.

—Hum —murmuró poco después—. Qué bien, Abigail.

Mi pecho rozó sus hombros por *accidente*.

—Gracias, Amo.

Cuando acabé con su pelo, seguí con el resto de su cuerpo, comenzando desde arriba y bajando poco a poco. Disfruté de poder lavarlo, del modo en que mis manos se deslizaban por su pecho y su espalda mientras lo enjabonaba, de cómo cerraba los ojos de placer cuando cambié la dirección de uno de los chorros laterales para quitarle el jabón. Y todo el tiempo los numerosos chorros, tanto laterales como verticales, nos mantenían calientes y llenaban la ducha de vapor.

Me agaché y él se puso de pie para facilitarme la tarea. Esquivé su erección a propósito y le enjaboné los muslos, masajeándole primero una pierna y luego la otra.

Cuando llegué a los pies, me arrodillé en el suelo de la ducha, cogí su pie derecho, lo coloqué sobre mi rodilla, me incliné hacia adelante y se lo besé.

Él me puso las manos en la cabeza.

—Hazlo otra vez —ordenó.

Le di un beso en el empeine con la boca abierta y deslicé los labios por el lateral antes de cambiar al otro pie y hacer lo mismo. Luego se lo dejé en el suelo y levanté la cabeza. Me estaba mirando con aquellos preciosos ojos oscuros y yo me sentía caliente, pero no se debía sólo al vapor que nos rodeaba.

—Te has dejado una parte —señaló, arqueando un poco las caderas.

Yo deslicé las manos por sus piernas.

—Oh, no, Amo. No he olvidado nada. Sólo estoy dejando lo mejor para el final.

—¿Ah, sí?

—Sí, Amo —respondí, cogiendo más gel de baño y enjabonándome de nuevo

las manos.

Me acerqué con suavidad, le cogí los testículos con delicadeza, y lo lavé lo mejor que pude. Me recreé en su miembro, que agarré con fuerza para asegurarme de que no me dejaba ni un centímetro.

Tenía los ojos cerrados, pero los abrió de golpe cuando aparté las manos de su cuerpo.

—¿Ya has acabado? —me preguntó.

—Ya he acabado de lavarte, Amo —dije—. Pero si no te importa, hay algo que me gustaría hacer.

—Dime.

—¿Puedo demostrártelo?

—No —contestó—. Quiero que me lo digas con palabras.

¿Quería que se lo dijera con palabras? Pues se lo diría con palabras.

—Quiero tu polla, Amo —le pedí, sin notar el delator calor que me recorría la piel cuando decía guarradas—. Quiero metérmela en la boca.

Él siguió en silencio. Yo me quedé escuchando el sonido del agua que caía sobre nosotros temiendo que me dijera que no. A fin de cuentas, ése era su privilegio. Podía negarse con la misma facilidad con que podía decirme que sí.

Me puse tensa y me prometí que si me decía que no, no me lo tomaría como algo personal.

—Eso me gustaría mucho —dijo al fin.

Se me aceleró el corazón, pero esperé. Aún no me había dado permiso.

—Adelante, Abigail.

—Gracias, Amo —susurré, porque sabía que por mucho que yo lo deseara, eso no significaba que pudiera tenerlo. No durante el fin de semana.

Sabía a jabón y lo lamí haciendo girar la lengua alrededor de su polla antes de chupársela entera. La tenía gruesa, larga y dura y, como siempre, tardé un minuto en acostumbrarme a tenerlo metido en la boca.

Él hundió los dedos en mi pelo y empezó a balancear ligeramente las caderas, pero en general me permitió que me tomara mi tiempo. Adopté una cadencia fija y empecé a acelerar muy despacio hasta que encontré el ritmo.

Había sido yo quien le había pedido permiso para servirle y él me estaba dejando que lo hiciera a mi manera. Seguía teniendo las manos en mi cabeza, pero los únicos movimientos que hacía eran los suaves balanceos de sus caderas al compás de mi succión. Al moverme, las cuerdas me tiraban deliciosamente y me pregunté, no por primera vez, cuándo me daría permiso para correrme.

—Joder —exclamó tan bajito que apenas pude oírlo por encima sonido del agua que caía sobre nosotros.

Interpreté su exclamación como una señal de estímulo y empecé a moverme más deprisa. Deslicé las manos por su piel. Me costaba mucho agarrarlo, porque estaba muy mojado, pero redoblé mis esfuerzos y lo conseguí. Mis manos

empezaron a jugar con su trasero y deslicé un dedo vacilante entre sus nalgas.

Él se arqueó contra mí en un gesto de evidente placer.

Vaya, vaya, vaya. Iba a ser muy interesante explorar eso.

—Joder —repitió, embistiendo mi boca con más fuerza.

Yo apreté los dedos por detrás de sus muslos y poco después relajé la garganta para que se corriera en mi boca.

Cuando me ayudó a levantarme, parecía completamente satisfecho.

—Gracias —dijo.

—Ha sido un placer, Amo.

El brillo de sus ojos me dejó muy claro que me recompensaría por haberle servido tan bien y yo estaba impaciente por saber qué tendría reservado para mí.

El domingo me llevó al cuarto de juegos, me ató con más cuerdas y utilizó distintos látigos. Empezó con el de piel de conejo y fue aumentando la intensidad con los de cuero hasta provocarme aquellas sensaciones que yo empezaba a ansiar. La misma que deseaban todos los sumisos con los que había hablado.

Cuando acabó, yo temblaba de deseo; estaba segura de que con una sola mirada de Nathaniel, alcanzaría un poderoso orgasmo. Pensaba que me poseería en el cuarto de juegos, pero cuando estuve un poco más recuperada y conseguí tenerme en pie, me cogió de la mano y me llevó a nuestra habitación.

Entré detrás de él y enseguida me di cuenta de que la estancia estaba más oscura de lo habitual gracias a los reguladores de intensidad que había instalados. Había velas encendidas sobre la cómoda y en las mesitas de noche y sonaban las delicadas notas de un piano.

—Túmbate boca arriba en medio de la cama —me ordenó.

Yo ya me había acostumbrado a los tirones de las cuerdas, pero mi excitación creció cuando intenté imaginar lo que habría planeado.

Cuando lo hice, subió también a la cama y se colocó encima de mí. Empezó por mi pecho y fue desatando la cuerda que me lo rodeaba con la misma lentitud con que me la había atado. Quizá incluso más despacio. Cuando el trozo de cuerda resbaló de mi cuerpo, Nathaniel hizo lo que me había prometido hacía ya varias semanas y deslizo los dedos por encima de las marcas que la cuerda me había dejado.

—Tienes la piel llena de marcas —dijo—. ¿Lo notas?

Claro que lo notaba. Las zonas donde había llevado las cuerdas durante todo el día estaban hipersensibilizadas. Me sentí como cuando me quitaba una tirita y dejaba al descubierto la piel nueva. Me estremecí cuando sus dedos repasaron las marcas que yo sólo podía recrear en mi cabeza.

Al rato, cayó otro trozo de cuerda y sus labios se unieron a sus dedos en la exploración de mi piel. Cerré los ojos y sentí su cálido aliento sobre los pezones,

los dulces y tiernos besos sobre mi piel sensibilizada, las suaves y relajantes caricias en mi espalda, que seguía roja por efecto de su látigo.

Sus manos resbalaron hasta mi cintura para soltar las cuerdas que cubrían esa zona.

—Puedes correrte cuando quieras —me indicó con voz ronca y áspera.

La cuerda que tenía entre las piernas desapareció y la substituyó la calidez de su caricia. Entonces comprendí lo que estaba haciendo: me estaba haciendo el amor como mi Amo. Un hombre. Dos facetas.

Nathaniel, mi amado. Mi dulce y considerado amante, que adoraba mi cuerpo y me había robado el corazón.

Mi Amo, también mi amado. Mi Dominante, que me sometía con sólo una mirada, controlaba mi cuerpo y tenía mi alma suavemente atrapada entre sus poderosas manos.

Y en ese momento, en esa fracción de tiempo, los dos se unieron en uno solo y abrí los ojos para ver cómo me miraba desde mi cintura.

—Sí —dije casi en un quedo susurro.

—¿Sí? —preguntó, volviendo la cabeza para darme un leve beso en la cara interior del muslo.

—Sí —repetí—. Los dos. Ahora. Así.

Sabía que probablemente aquello no tuviera ningún sentido para él, pero no pude evitarlo. Tanto si lo entendió como si no, prosiguió con lo que estaba haciendo, desatándome las cuerdas sin dejar de hacerme sentir como si me estuviera desenvolviendo.

Cuando cayó la última, suspiré. Era como si hubiera vuelto a nacer con una piel nueva. Cada caricia, cada bocanada de aire parecía nueva y sin estrenar. Temblaba, estimulada por las sensaciones que me provocaba. Volví la cabeza y me perdí en el baile de las sombras que las velas proyectaban en la pared. Luego cerré los ojos y me permití experimentar el deleite de sus caricias mientras la suave música me transportaba a otro lugar.

Él se rio contra mi piel.

—No te estarás quedando dormida, ¿verdad?

—No, Amo. Sólo estoy intentando empaparme de todas las sensaciones.

Nathaniel subió por mi cuerpo y se detuvo en mi torso. Sacó la lengua para dibujar un círculo en mi pecho y dejó que su cálido aliento me acariciara el pezón.

—Yo también quiero empaparme de todo.

Se metió un pecho en la boca haciendo girar la lengua y rozándome con los dientes. Luego repitió lo mismo con el otro pecho.

—¿Me sientes? —me preguntó, cambiándose de postura para que pudiera sentir su anhelo y su deseo.

Yo deslicé las manos entre nuestros cuerpos y agarré su miembro.

—Sí, Amo.

—¿Me deseas? —me preguntó, empujando un poco.

Lo agarré con más fuerza.

—Sí, Amo.

—Demuéstramelo —susurró.

Coloqué las piernas una a cada lado de él y arqueé las caderas para alinear nuestros cuerpos. Luego lo metí en mi interior y noté cómo me dilataba mientras me colmaba.

—Sí —afirmé de nuevo. « Sí », repetí en mi cabeza.

Él me pasó la mano por debajo de una rodilla y me levantó un poco más la pierna para deslizarse más adentro.

—Oh, Dios —exclamé, cuando alcanzó una zona nueva.

—¿Te gusta? —me preguntó, embistiéndome para enfatizar su pregunta.

—Sí, Amo —gemí—. Más. Por favor. Otra vez.

Él me respondió con una nueva embestida y alcanzó el mismo punto. Deslizó la otra mano hasta mi trasero y me pegó más a él. Yo gimoteé al sentir el placer que me provocaba su mano justo ahí, donde mi piel seguía sensible debido al beso de su látigo.

—¿Lo sientes? —me preguntó y yo lo sentía todo: su posesión, su dominación, su protección, su amor. A él.

No conseguía articular las palabras, así que le contesté con un gemido.

—Te quiero —dijo, al tiempo que me embestía de nuevo—. Te quiero, Abigail.

Sólo me había dicho que me quería durante el fin de semana en una ocasión y fue en respuesta a mi propia declaración. Después de que yo se lo dijera primero por teléfono. Pero en ese momento estaba haciendo mucho más que hacerle el amor a Abigail, su sumisa. Me estaba demostrando con su cuerpo, sus palabras y sus acciones que había vencido su miedo y que ya no temía amarme y dominarme.

Deslicé las manos por su espalda y entonces me di cuenta de que yo también tenía esos mismos miedos. Que temía que llegara un día en que Nathaniel se diera cuenta de que no quería o necesitaba aquellos dos aspectos de sí mismo. Y mientras seguía moviéndose dentro de mí, supe en lo más profundo de mi alma, que él siempre necesitaría esas dos facetas. Igual que yo necesitaba también las mías. Y como ambos necesitábamos las dos facetas del otro.

Me penetró de nuevo y yo le respondí arqueando las caderas.

Nuestros cuerpos se hicieron con el control y hablaron por nosotros de formas que las palabras jamás conseguirán expresar. Cuando noté que se acercaba mi clímax le rodeé la cintura con las piernas.

Mi liberación fue creciendo lentamente hasta que él deslizó la mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clítoris. Entonces me corrí, dejando escapar un

corto grito que me hizo estremecer de pies a cabeza. Nathaniel se quedó inmóvil, profundamente enterrado en mí, mientras su propia liberación lo recorría entero. Yo seguí rodeándolo con las piernas, quería conservar nuestra conexión física el mayor tiempo posible.

Al rato, rodó conmigo sobre la cama hasta que estuve encima de él y me estrechó entre sus brazos. Levanté la cara y le besé la mandíbula. Él suspiró.

—¿Amo? —llamé, para asegurarme de que disponía de toda su atención.

—¿Hum?

—Te quiero.

Me estrechó con más fuerza.

—Te quiero.

A finales de septiembre nos fuimos a Florida. Debo admitir que mi idea de unas estupendas vacaciones no tenía nada que ver con estar rodeada de niños gritones, familias exhaustas y cuerpos sudorosos. Exceptuando, por supuesto, el sudoroso cuerpo de Nathaniel.

El hotel donde nos alojamos era muy bonito. De lejos parecía una enorme mansión victoriana y, si uno conseguía ignorar el continuo trasiego del vestíbulo, enseguida se daba cuenta de que también estaba muy bien decorado. Nathaniel había reservado una suite y en los pisos superiores se estaba relativamente tranquilo.

Cuando llegamos el viernes por la noche, yo ya llevaba puesto el collar. Al principio pensé que sería como cuando estuvimos en Tampa para la Super Bowl, pero Nathaniel no tardó en corregirme.

—Este fin de semana quiero que duermas en mi cama, Abigail —dijo.

No pensaba discutirle eso.

Su participación en la conferencia no comenzaba hasta el domingo por la noche, así que durante la primera parte del viaje, el tiempo nos pertenecía sólo a nosotros. Bueno, a nosotros y a las doscientas mil personas que habían decidido visitar Florida al mismo tiempo que nosotros.

El domingo intentamos hacer un poco de turismo. Yo estuve observando a Nathaniel y disfruté de su juguetero lado infantil; de inmediato me percaté de que la muerte de sus padres le había robado una parte muy significativa de su infancia. Pero sólo pudimos escaparnos de las multitudes durante un día. Supongo que ambos somos personas relativamente tranquilas, que disfrutamos de un poco de privacidad. Y eso es lo que hicimos el domingo por la mañana. Por algún motivo, no me había dado cuenta de que él llevaba una maleta llena de barras separadoras, látigos y paletas.

El lunes me pasé la mañana en el spa del hotel. Fue la recompensa de Nathaniel por el día anterior. Luego estuve un rato en la piscina, viendo cómo los niños pequeños jugaban en la parte menos honda. Y aunque estaba intentando leer, enseguida fui consciente del momento en que Nathaniel entró en el recinto

de la piscina.

Para empezar, porque seguía llevando traje y corbata. A pesar de estar en Florida para una conferencia, no había visto a nadie más vestido de aquella forma.

Y en segundo lugar, porque se trataba de Nathaniel, y era una imagen digna de contemplar. Tal como quedó patente por el número de mujeres que se lo quedaron mirando o empezaron a hablar más animadamente cuando apareció. Yo subí un poco la revista para esconderme mientras lo observaba.

Miró por todo el recinto intentando encontrarme. Cuando empezó a buscar junto a la piscina, yo clavé los ojos en el texto.

Supe que había dado conmigo cuando las mujeres que tenía al lado bajaron la voz. Meforcé por escuchar lo que decían cuando resultó evidente que Nathaniel se dirigía hacia mí.

—Estás aquí —dijo, sentándose en la tumbona vacía que había a mi izquierda. Yo doblé la revista sobre mi pecho y le sonreí contenta.

—¿Qué tal ha ido?

—Bueno —respondió—, tan bien como cabía esperar. Hablar, hablar y más hablar. En realidad ha sido terriblemente aburrido.

—¿No hay ninguna recepción o alguna fiesta esta noche?

—No —contestó—. Sólo tú y yo.

—Qué bien —exclamé.

La noche anterior asistimos a una recepción y acabé hasta la coronilla de tanto sonreír y de que me presentaran gente.

—Pronto me habré quitado este traje.

Pensé en lo que le dije a Elaina sobre lo de quitarle la ropa. Y nuestra suite tenía un jacuzzi privado.

—¿Qué te parece si te ayudo con eso? —le pregunté—. Podemos pedir un poco de vino al servicio de habitaciones.

Nathaniel se levantó.

—Cuenta conmigo.

Cogí mis cosas y me puse un pareo. Cuando me marché con el protector brazo de Nathaniel alrededor de la cintura, no me pasaron por alto las miradas de envidia de las mujeres que tenía a mi derecha.

El martes por la tarde, me sorprendió después de la conferencia del día. Yo rebuscaba en mi maleta un libro para leer, cuando Nathaniel dijo:

—Prepárate una bolsa con lo que necesites para pasar la noche fuera. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Pasar la noche fuera? ¿No lo estamos haciendo ya? —Hice un gesto en dirección a una maleta vacía guardada en el armario.

Se lo veía ilusionado.

—Considéralo como unas vacaciones de las vacaciones.

—Está bien —accedi, dejándome llevar por su lado jugueteón y olvidándome de mi libro—. Y ¿qué clase de cosas mete uno en la maleta de las vacaciones de las vacaciones?

—Primero —se empezó a quitar la corbata mientras hablaba y yo me acerqué para ayudarlo—, ponte el vestido que te regaló Elaina y...

—¿Ése? —pregunté sujetándole la cara entre las manos para obligarlo a mirarme a los ojos—. ¿Adónde me llevas?

Esbozó una sonrisa ladeada.

—Si te lo digo ya no será una sorpresa.

Lo miré con el ceño fruncido, pero él siguió sonriendo.

—Está bien —cedí—. Me pondré el vestido de fiesta. A nadie de este planeta se le ocurriría llamarlo sólo « vestido ». Pero ¿qué más?

—Coge algo más informal para mañana.

El miércoles era su día libre. Lo miré entrecerrando los ojos como si pudiera hacerme con la información que contenía su cerebro utilizando el poder de mi mente.

« ¿Cuál será el plan? »

—Un bañador. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al baño—. Y supongo que necesitarás coger también tus doscientos frascos de crema facial.

Me reí.

—No todos son de crema facial y no tengo doscientos. Sólo tengo una crema limpiadora, un tónico y...

—Sí, sí —me interrumpió con evidente diversión—. Todos. Cógelos todos.

—Eres imposible.

Volví a sonreír.

—No para ti —replicó—. Para ti nunca soy imposible.

Yo resoplé y me crucé de brazos con fingido enfado.

—¿Cuánto tiempo tengo?

Me dio un rápido beso en la mejilla.

—¿Dos horas?

Dos horas después, ya estaba vestida y tenía la maleta hecha. Debo admitir que me sentía un poco estúpida con el vestido que Elaina me regaló para mi cumpleaños puesto. En realidad, seguía sin comprender por qué había sentido la necesidad de regalarme un traje de fiesta. Supongo que sabía que necesitaría ropa formal, porque Nathaniel asistía a muchas fiestas de etiqueta.

El vestido era precioso: un elegante diseño con cuello halter, y un cinturón alrededor del talle, confeccionado con una gasa esponjosa. El color pizarra

podría haber sido una mala elección, pero, por algún motivo, Elaina ya debía saber lo bien que me quedaría.

Y, sin embargo...

Tendría que pasearme por un hotel familiar con un traje de fiesta y arrastrando una maleta. Estaba segura de que todo el mundo me miraría como a una tonta.

Me contemplé en el espejo del salón para comprobar que no tenía pintalabios en los dientes. No quedaría bien que saliera tan bien vestida para ir a algún sitio —«algún sitio secreto», me recordé—, con pintalabios en los dientes.

Asentí a mi reflejo. No estaba mal. Ni siquiera para ir arrastrando una maleta.

Y entonces Nathaniel salió del cuarto de baño.

Ya lo había visto antes con esmoquin y siempre me había dejado boquiabierto, pero de algún modo aquella noche estaba más... más.

Lo miré de arriba abajo.

—Hola, guapo.

—Hola, preciosa —contestó, dándome un beso en la frente—. Estás tan guapa que da miedo tocarte.

«¿Y eso lo dice el hombre que se ha traído látigos y una paleta de madera?»

—No seas tonto —le dije, golpeándole el pecho.

Él dio un salto hacia atrás con una expresión de horror, como si le hubiera pegado, pero antes de que me pudiera dar cuenta de lo que había pasado, su rostro recuperó la normalidad.

Parpadeé.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Oh, sí —respondió—. Sólo pensaba que me había olvidado de coger una cosita.

Ladeé la cabeza.

—Y ¿lo has hecho?

—¿Hacer el qué?

—Olvidarte de coger esa cosita.

—No. La cosita está perfectamente controlada.

Cogí el asa de mi maleta.

—¿Ya estamos?

Nathaniel se miró el reloj.

—Casi. —Levantó un dedo—. Sólo necesito...

Alguien llamó a la puerta.

—Eso —concluyó.

«¿Eso?»

—Que el botones venga a recoger nuestro equipaje —explicó.

Claro. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que Nathaniel permitiría que yo

cargara con mi propia maleta vestida de punta en blanco?

Abrió la puerta, le dio las maletas al chico que esperaba al otro lado y me tendió el brazo.

—¿Nos vamos?

Recorrimos infinitas salas y pasillos de camino a la salida. Me percaté de las cabezas que se volvían a nuestro paso. Con el rabillo del ojo incluso vi cómo una mujer nos hacía una fotografía con el móvil. Yo me reí antes de recordar que mi nombre había aparecido en la revista *People*. A decir verdad, mi fotografía también había salido por haber sido la dama de honor de Felicia.

Pese a todo, eso no bastaba para justificar una foto robada.

Recordé que había buscado el nombre de Nathaniel en Google después de reunirme con él en su despacho por primera vez y que encontré una fotografía en la que aparecía junto a Melanie. Me preguntaba si esa imagen seguiría siendo la primera en aparecer o si la habrían sustituido por otra en la que saliera conmigo. Tomé nota mental de comprobarlo en mi portátil cuando regresara a la habitación.

Mientras bajábamos al vestíbulo, ocurrió algo interesante.

Yo caminaba muy recta, con los hombros echados hacia atrás y con la cabeza bien alta. Y, mientras lo hacía, me di cuenta de que no sólo era la cita de Nathaniel, su sumisa o incluso su novia que vivía con él.

Era su igual.

En todo.

En el dormitorio y fuera del mismo. En el cuarto de juegos y fuera de él. En el mundo de los negocios y en la vida cotidiana.

Él no era ni mejor ni peor que yo y yo no era ni mejor ni peor que él.

Me quedé tan sorprendida al descubrirlo, que cuando fui consciente de dónde estábamos ya habíamos llegado al final de un muelle.

Miré a Nathaniel.

—¿Me vas a llevar en barco? —pregunté.

Él se inclinó hacia mí y me susurró:

—Técnicamente es un yate, pero sí, eso voy a hacer.

La embarcación era larga y elegante y parecía más propia de la portada de una revista de navegación que de un muelle de Florida. Aunque tampoco iba a quejarme de que estuviera allí.

—Yo nunca he subido a un barco —confesé y me apresuré a añadir—: O a un yate.

—¿Nunca?

—No. Nunca me ha interesado mucho la pesca.

—¿No quieres navegar?

—Oh, no. Siempre he querido ir en barco, pero no en uno de pesca.

—Yate —repitió, haciendo una seña con la cabeza en dirección al hombre uniformado que se acercaba a nosotros—. Se podría ofender si sigues llamando barco a su preciosidad.

—Yate —dije—. Siempre he querido subir a uno de éstos.

El capitán nos dio la bienvenida a bordo y nos dejó solos para que pudiéramos explorar con libertad. Había un dormitorio, un salón y un cuarto de baño perfectamente equipado. Me di cuenta de que ya habían dejado nuestras maletas en el armario de la habitación.

Cuando volvimos a salir a cubierta, estaba empezando a anochecer. Miré a mi alrededor. El yate se había alejado del muelle y del hotel y se estaba dirigiendo hacia el centro del lago.

Me quedé observando el agua durante unos minutos, mientras disfrutaba del suave zumbido del motor de la embarcación. Cuando estuvimos lo bastante lejos del resto del tráfico del hotel, nos detuvimos.

—La cena está lista —me susurró Nathaniel, apareciendo detrás de mí y cogiéndome de la mano.

Yo asentí y me di media vuelta. Alguien había estado muy ocupado. Habían puesto una mesa con velas, servilletas recién planchadas y porcelana fina.

—Qué bonito —exclamé.

Nathaniel sonrió.

—Supongo que eso es relativo. Ven conmigo —me indicó—. He pedido tus platos favoritos.

Me retiró una silla y cuando él se sentó, sirvió un poco de vino tinto para los dos. Cogi la copa que me ofrecía y levanté la mirada mientras bebía. En el cielo se distinguían miles de estrellas muy brillantes, que acentuaban la belleza de la escena.

Entonces apareció un camarero y colocó un cuenco de sopa delante de cada uno.

—¿Sabes? —le dije, después de tomar la primera cucharada de aquella excelente sopa—, algún día te voy a sorprender.

—¿Ah, sí? —me preguntó.

—Sí —contesté—. Primero te vendaré los ojos.

—Me gusta cómo suena.

Tomé otra cucharada de sopa. Era de calabaza. El sabor dulce tenía ciertas notas selváticas.

—Luego te obligaré a subir al coche y conduciré.

—Y ¿adónde me llevarás?

—A un lugar completamente inesperado. —Su expresión casi me suplicaba que prosiguiera, así que lo hice—: Al supermercado.

Él dejó la cuchara.

—¿Al supermercado?

—Sí —respondí—. Y te arrastraré por los pasillos para enseñarte a elegir bien la leche y el pan.

—¿Me vas a sorprender llevándome al supermercado?

Asentí.

—Sí. Porque a mí nunca se me ocurriría nada tan maravilloso como esto. —Hice un gesto con la mano—. Es precioso. Gracias.

—Ya me estás dando las gracias y aún no hemos llegado ni al primer plato.

—No necesito llegar al primer plato —respondí—. Con estar aquí contigo me basta. Lo mucho que has pensado en esto y cómo lo has planeado todo. Es perfecto. Gracias.

—Abby —dijo—, he pasado solo la mayor parte de mi vida adulta. He disfrutado mucho planeando esto. —En sus ojos seguía presente el brillo de excitación que tenían hacía algunas horas—. Además, tú a la luz de la luna, con el brillo de las velas iluminándote la cara y con ese vestido... —Negó con la cabeza—. Es todo el agradecimiento que necesito.

Era verdad que había pedido mis platos favoritos. Después de la sopa, nos sirvieron cordero asado con espárragos y luego trajeron un plato de quesos.

—La cena ha sido maravillosa —comenté al terminar, dejando la servilleta junto al plato vacío—. No creo que pueda comer ni un bocado más.

Nathaniel le sonrió al camarero que vino a retirarnos los platos.

—De momento no tomaremos nada más.

Me pregunté qué más habría planeado.

—Gracias, señor —dijo el hombre y se marchó con las manos llenas de platos vacíos.

Mientras cenábamos, estuvo sonando una música muy suave por toda la cubierta. Poco después de que se marchara el camarero, la música cambió y se oyeron las familiares notas de un piano.

Nathaniel se levantó, se puso a mi lado y me tendió la mano.

—¿Quieres bailar conmigo?

Yo le cogí la mano y me puse de pie.

—Siempre.

Me estreché entre sus brazos mientras bailábamos y yo sentí la calidez de su mano en mi espalda. Tuve un ataque de nostalgia y suspiré al recordar tantas cosas.

—¿Es un suspiro de felicidad? —preguntó.

—Sí —contesté—. Estaba recordando.

—Recordando ¿qué?

—Nuestro primer baile. —Me aparté un poco y lo miré a los ojos—. ¿Te acuerdas?

—Claro —respondió—. Tú hiciste que quisiera bailar. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Creo... —añadí, mordiéndome el labio inferior— creo que ésa fue la noche en que me percaté por primera vez de que me podía enamorar de ti.

—¿Ah, sí?

—Mmmm —murmuré, mientras él nos hacía girar por la cubierta con suavidad. No había ni rastro del camarero y me sentía como si fuéramos las únicas personas de la Tierra. Y quizá lo fuéramos. Proseguí—: Cuando me di cuenta, me asusté. Aún no estaba segura de quién eras, pero no me importaba. Yo sabía que corría el peligro de enamorarme de ti. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. ¿En qué pensabas tú aquella noche?

Nathaniel tenía una expresión distante en los ojos.

—La noche de nuestro primer baile, durante la fiesta benéfica de Linda, y o seguía víctima de una terrible negación. Era incapaz de admitir lo mucho que sentía por ti.

Pensándolo bien no resultaba tan sorprendente.

—Pero —añadió, deslizando la mano hasta mi cintura— la noche de nuestro segundo baile...

—¿En la fiesta de compromiso de Felicia y Jackson?

Asintió.

—Esa noche sabía exactamente lo mucho que me importabas. Lo mucho que te quería. Y entonces era yo el que estaba asustado. Me aterrorizaba pensar que no quisieras volver a tener nada que ver conmigo.

La velada era demasiado perfecta para pasarla anclados en el pasado. Ya habíamos hablado sobre el tema demasiadas veces. Yo quería hablar de nuestro presente, del futuro.

—Pero nuestro tercer baile —dije—. El día que se casaron...

—Ese baile —me interrumpió, esbozando una sonrisa—, fue casi perfecto.

—Sí, pero no tan perfecto como éste.

Dejamos de bailar y, aunque la música siguió sonando, nos quedamos allí de pie, rodeándonos con los brazos. Lo miré a la cara. Mi Nathaniel. Me dolía el corazón de pensar lo mucho que lo quería. Si hubiera existido alguna forma de embotellar aquella noche para poder respirarla cuando las cosas se complicaran...

Los dos tragamos saliva varias veces.

—Abby —empezó a decir, pero luego se detuvo.

«Joder, ¿algo va mal?»

—¿Estás bien? —pregunté.

Él asintió casi distraídamente antes de proseguir.

—He pensado en esto muchas veces y he ensayado una frase tras otra. Pero por algún motivo ahora creo que lo mejor es hacerlo de la forma más sencilla.

«¿Qué...?»

Nathaniel dio un paso atrás, se sacó algo del bolsillo interior de la chaqueta e

hincó una rodilla en el suelo.

Yo me llevé la mano a la boca.

—Abby King —dijo, con los ojos rebosantes de amor y adoración—, te quiero. ¿Quieres casarte conmigo? —Abrió la caja, que contenía un impresionante solitario—. ¿Quieres ser mi mujer? ¿Abby?

Hasta que Nathaniel volvió a decir mi nombre, no me di cuenta de que me había quedado muda, tapándome la boca con las manos.

« ¿No he contestado ya? »

—Sí —contesté por si acaso y en su rostro apareció una expresión de alegría, alivio y placer.

—¿Sí? —me preguntó, todavía desde el suelo.

—Sí, sí, sí —respondí, mientras el anillo empezaba a ponerse borroso ante mis ojos.

Nathaniel se levantó.

—Estás llorando.

—Lo siento. —Me sequé las lágrimas—. Es que eres tú. Ahí. —Señalé el anillo—. Y entonces...

Lo sacó de la caja muy despacio y pude verlo con más claridad: era un sencillo aro de diamantes, con una piedra central de por lo menos tres quilates.

Nathaniel me cogió la mano izquierda sin dejar de mirarme a los ojos ni un instante y me dio un beso en el dedo anular, justo donde éste se unía con la palma de la mano. Luego me puso el solitario.

—Es de la medida perfecta —afirmé, bajando la vista para mirarme la mano.

La luz de la luna se reflejaba sobre aquella piedra perfecta y me sentía la mano pesada y ligera al mismo tiempo.

—He hecho trampa —reconoció—. Felicia me ayudó con la medida.

Me reí al comprender el tiempo que llevaría planeando aquella noche.

—¿Y Elaina?

—En realidad —respondió—, lo del vestido fue idea suya.

—Pero ¿lo sabía? —pregunté—. ¿Sabía lo de esta noche?

—Ajá. —Asintió y me volvió a coger la mano izquierda—. Estoy impaciente.

—Yo también —contesté, moviendo los dedos y entendiendo a la perfección a qué se refería. Estaríamos casados antes de fin de año.

Me estreché entre sus brazos y empezó a darme besos en la mejilla. Yo le hundi los dedos en el pelo y levanté la barbilla para rozarle los labios con los míos. El contacto me resultaba familiar y, sin embargo, por algún motivo, también parecía nuevo. Separé los labios y lo saboreé, al tiempo que le cogía las manos y lo atraía hacia mí, deleitándome en el convencimiento de que aquello, aquel hombre, aquella caricia, sería mío para siempre.

Y yo sería suya.

Al rato se separó un poco y me besó la palma de la mano, rozando el anillo con los labios una vez más.

—Abby West —pronunció mi nuevo nombre—. Me gusta como suena.

—Abigail West —dije yo, habituándome al sonido de ese nombre.

—Oh, sí —contestó, esbozando una encantada sonrisa—. Eso también.

Epílogo

SEIS AÑOS DESPUÉS

Es viernes por la noche y la casa está muy tranquila. Como de costumbre, *Apolo* está tumbado en el vestíbulo del primer piso, entre las puertas cerradas de las dos habitaciones. Suspira y apoya la cabeza sobre las patas, sabiendo que no pasará mucho rato hasta que pueda ver al bebé de nuevo. Quizá al día siguiente puedan volver a salir y jugar bajo la sombra de la casita del árbol.

Henry tiene ocho semanas. Su hermana, Elizabeth, cumplirá tres años el próximo mes.

Se abre la puerta del dormitorio principal y Abby sale desnuda, sólo lleva puesto el sujetador. Sus pasos son ligeros y rápidos. A pesar de que sigue teniendo un cuerpo estilizado, ha cambiado mucho en los últimos años. Y aunque sus noches distan mucho de ser tranquilas, en ese momento no está cansada.

Hace tres años la nombraron directora de la biblioteca. En todo este tiempo ha organizado una campaña de alfabetización, ha aumentado el programa de tutorías para alumnos de instituto y ha puesto en marcha un campamento de verano para niños de primaria y secundaria. Disfruta mucho de su trabajo, pero la semana próxima presentará su dimisión, porque quiere estar en casa con sus hijos.

Sin embargo, esta noche tiene la atención puesta en otra cosa muy diferente y se detiene un momento junto a la puerta de cada una de las habitaciones, para asegurarse de que no se oye ningún ruido dentro, antes de darse media vuelta y entrar en el cuarto de juegos. Cuando lo hace, se siente excitada y vacilante a un mismo tiempo. Excitada porque ya hace mucho tiempo que no pasan un buen rato en el cuarto de juegos y vacilante por el mismo motivo.

Sabe que él será suave con ella esta noche. Como lo fue la primera vez que jugaron después de que naciera Elizabeth. Pero a Abby no le importa. Después de años de vivir juntos, amarse, discutir y reconciliarse, está muy cómoda con la idea de que en el cuarto de juegos él es su Amo.

Y no quiere que sea de ninguna otra forma.

Poco después, la puerta se cierra detrás de ella, se vuelve a abrir la puerta de

la habitación principal y Nathaniel sale al pasillo. Lleva puestos los vaqueros negros que suele vestir en el cuarto de juegos. Repasa mentalmente los planes que tiene para esa noche y pasa algunos minutos tratando de imaginar cómo reaccionará Abby. Es probable que su mujer sepa que no la presionará mucho. En realidad, el encuentro sólo será una readaptación para ambos.

Se detiene un momento ante las puertas de las habitaciones de sus hijos y se los imagina dormidos. Elizabeth, tan llena de vida, con sus ojos inquisitivos y su mente curiosa, tan parecida a la de su madre. Y Henry, que ya empieza a dar señales de ser un alma tranquila y contemplativa.

Se mira el anillo de casado, la alianza de su padre, y sonríe antes de entrar en el cuarto de juegos. Dentro está su esposa, su sumisa, su amante, la madre de sus hijos y su mejor amiga. Esa noche, él volverá a dominar su cuerpo y su mente, provocándola de esa forma que ella tanto desea y como sólo él es capaz de hacer.

Cuando acaben, se la llevará a su dormitorio, donde la adorará con palabras y caricias y la envolverá con la seguridad y el consuelo de su amor.

Agradecimientos

Ante todo y muy especialmente, muchas gracias a mi marido, el señor Sue Me. No estoy segura de lo que esperaba cuando se casó conmigo hace diecisiete años (por si acaso os lo estáis preguntando, teníamos cinco cuando nos casamos), pero tengo la firme sospecha de que no era lo que acabó consiguiendo. Gracias por tu apoyo. Sé que no siempre ha sido fácil, pero tú has estado a mi lado a pesar de todo. O por lo menos estabas ahí cuando por fin confesé lo que me gustaría escribir...

Abrazos, besos y amor infinito para mis dos hijos. Lo que más deseo en el mundo es que no os haya marcado para siempre toda esa comida a domicilio, tanto plato de papel y no dejar de oír: « Sí, mamá está escribiendo. Sí, otra vez» .

Todo mi cariño y agradecimiento para Danielle y Cyndy. La historia no sería la misma sin vosotras (lo de tapar los ojos fue idea tuya, Danielle, y fue perfecto). No quiero ni pensar en cómo habría quedado la novela sin las dos.

Gracias a Ccchellesss por los sobres.

A Amy, que nunca se rindió, y a Gereurd por seguir siempre adelante.

Mi más profundo agradecimiento, respeto y admiración a todos los trabajadores de Penguin, por ser el equipo de gente más alucinante con el que he trabajado en mi vida.

Jhanteigh, nunca olvidaré el día que recibí tu correo electrónico mientras conducía y cómo paré en el aparcamiento más cercano para poder leerlo. Siempre te agradeceré que vieras algo en mí (y nunca volveré a pasar por delante de un Burger King sin sonreír).

Claire, eres para mí un ancla en este mundo tan loco. Gracias por tu paciencia, guía y dirección.

Gracias también a cualquiera que me haya ayudado de cualquier forma; ojalá mi memoria fuera lo bastante buena como para poder acordarme de todos vuestros nombres. Hay un pedacito de vosotros en todo lo que hago.

Y a la señora K., una vez más, no tengo palabras. Gracias por ser una verdadera amiga. Soy muy afortunada de tenerte en mi vida. Nunca podrás librarte de mí.



TARA SUE ME escribió su primera novela a los doce años, y pasaron veinte hasta que escribió la segunda.

Tras seguir con varias historias románticas, decidió probar con algo más atrevido, que se convirtió en *La sumisa*. Lo que empezó como un ejercicio de escritura adquirió vida propia. Pronto siguieron *El dominante* y *La experta*. Ávida lectora de novelas de distintos géneros, le gusta utilizar diferentes registros a la hora de escribir.

Vive en el sudeste de Estados Unidos con su esposo, dos hijos, dos perros y un gato.